

Las rutas del impreso: el folletín, la novela por entregas y la sociedad letrada bogotana
(1850-1860)

Lucía Camargo Rojas

Trabajo de grado para optar por el título de Comunicadora Social con énfasis en Producción
Editorial y Multimedial

Director: José Luis Guevara Salamanca

Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Comunicación y Lenguaje
Carrera de Comunicación Social
Bogotá, 2008

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus tesis de grado. Sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales. Antes bien, se vea en ella el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

Artículo 23 del Reglamento Académico

ASESORIA DEL TRABAJO DE GRADO EVALUACION DEL ASESOR

Sr.(a) Asesor(a): La Asignatura Trabajo de Grado que Usted asesora requiere, como las demás asignaturas, de dos notas parciales correspondientes al 60% y una nota final correspondiente al 40% para una definitiva correspondiente al 100%. En esta evaluación Usted debe considerar el proceso de elaboración del Trabajo y su producto final, especificando en el caso de grupo, la nota correspondiente para cada estudiante.

TITULO DEL TRABAJO: Las rutas del impreso: el folletín, la novela por entregas y la sociedad letrada bogotana (1850-1860)

ESTUDIANTE (S)	30%	30%	40%	Definitiva
Lucía Camargo Rojas	50	50	50	50

OBSERVACIONES (Justificación de la Calificación)

Este trabajo no sólo cumple con los requisitos planteados por la Facultad para los ejercicios de investigación, sino que además se arriesga a proponer algunos planteamientos sobre los sistemas que rodean la producción impresa en la sociedad bogotana del siglo XIX. De esta forma logra vincular los distintos agentes que hacen parte de impreso, su distribución y recepción.

FECHA: _____

FIRMA DEL ASESOR: _____

c.c. : _____

TELEFONO : _____

RESUMEN DEL TRABAJO DE GRADO

Este formato tiene por objeto recoger la información pertinente sobre los Trabajos de Grado que se presentan para sustentación, con el fin de contar con un material de consulta para profesores y estudiantes. Es indispensable que el Resumen contemple el mayor número de datos posibles en forma clara y concisa.

I. FICHA TÉCNICA DEL TRABAJO

- 1. Autor (es):** Lucía Camargo Rojas
- 2. Título del Trabajo:** Las rutas del impreso: el folletín, la novela por entregas y la sociedad letrada bogotana (1850-1860).
- 3. Tema central:** La Novela por entregas y el folletín en la Bogotá de mediados del siglo XIX.
- 4. Subtemas afines:** Ciudad letrada, sistema de comunicación, circuito comunicativo del libro, apropiación, construcción de realidad.
- 5. Campo profesional:** Producción editorial y multimedial
- 6. Asesor del Trabajo:** José Luis Guevara Salamanca
- 7. Fecha de presentación: Mes:** 01 **Año:** 2008 **Páginas:** 158

II. RESEÑA DEL TRABAJO DE GRADO

- 1. Objetivo o propósito central del Trabajo:** El objetivo central del trabajo consiste en estudiar el circuito comunicativo que se generaba alrededor de las novelas por entregas y el folletín a mediados del siglo XIX en Bogotá.
- 2. Contenido** (Transcriba el título de cada uno de los capítulos del Trabajo)
 - I. La novela por entregas y el folletín en Europa durante el siglo XIX
 - II. Los impresos en la aislada Bogotá: el arma de los letrados para legitimarse
 - III. Las novelas por entregas y el folletín en Bogotá durante la década de 1850: el caso de *El Doctor Temis y Manuela*.
- 3. Autores principales** (Breve descripción de los principales autores referenciados)

La descripción del origen de la novela por entregas y el folletín en Europa se realiza gracias a estudios de historia de la comunicación como el de Williams, de historia social como el

de Hauser y de historia del libro como el de Escolar. A la vez, se define el concepto de novela por entregas y folletín gracias a estudios de a novela por entregas española como el de Romero y Montesinos.

Se utiliza el concepto de sistema de comunicación de los historiadores Burke y Briggs. A su vez, la idea de apropiación de los textos que instaure Chartier. Paralelamente, se utiliza el concepto de “circuito comunicativo del libro” creado por Darnton.

4. Conceptos clave

Novela por entregas, folletín, sistema de comunicación, circuito comunicativo del libro, ciudad letrada, apropiación.

5. Proceso metodológico. (Tipo de trabajo, procedimientos, herramientas empleadas para alcanzar el objetivo).

El trabajo es una investigación histórica sobre los procesos comunicativos generados alrededor de la novela por entregas y el folletín bogotano. Se parte de una investigación sobre el sistema de comunicación europeo del siglo XIX, para, posteriormente, dar cuenta del origen de la novela por entregas y el folletín en el Viejo Continente. Para realizar este apartado se utilizaron textos sobre historia de la comunicación, así como historia del libro. A la vez, para el segundo capítulo, se consultaron varios libros sobre historia, económica, política, social y cultural de la Bogotá del siglo XIX. Para el tercer capítulo se utilizaron las fuentes primarias de la investigación: las novelas *El Doctor Temis* y *Manuela*. La edición de 1851 de la primera se encuentra en formato libro tanto en la Sala de Libros Valiosos de la Pontificia Universidad Javeriana como en la Biblioteca Nacional. La segunda se publicó a manera de folletín en el periódico *El Mosaico* entre diciembre de 1858 y abril de 1859.

6. Reseña del Trabajo (Escriba dos o tres párrafos que, a su juicio, sinteticen el Trabajo).

El trabajo parte de la investigación sobre el panorama comunicativo que se daba a principios del siglo XIX en Europa. El ferrocarril, el barco y el telégrafo, así como varias innovaciones técnicas en los impresos, fomentaron un mundo en donde culturas antes distantes se conectaban y en el que la información circulaba cada vez de forma más veloz. Es en medio de este contexto que surgen las novelas por entregas y el folletín, como una

forma de acceder a los nuevos y viejos lectores de la sociedad europea: mujeres, obreros, burguesía y aristocracia.

A continuación se describe el sistema comunicativo que se generaba en la Bogotá de mediados del siglo XIX. Así, se demuestra que la capital estaba aislada no sólo del resto del mundo sino de las otras ciudades del país. Los bogotanos tenían una rutina diaria sencilla y sin afanes. En el contexto de se sistema de comunicación, tan diferente del europeo, se generan las novelas por entregas bogotanas. Alrededor de ellas se crea un circuito comunicativo del libro en el cual un miembro de la élite letrada, escribe para otro miembro del grupo sobre cómo la ciudad letrada es quien debe organizar la sociedad y permanecer en un puesto privilegiado.

José Luis Guevara Salamanca

Datos básicos	<p>Cédula de ciudadanía: 80091121 Fecha de nacimiento: 17 de octubre de 1981 Estado civil: soltero</p>
Perfil profesional	<p>Comunicador con conocimientos en producción editorial y con formación en Ciencias Sociales.</p>
Producción editorial	<p>En el área de producción editorial, tengo conocimientos y experiencia en la creación de publicaciones impresas, ya sean publicaciones periódicas como revistas, boletines, periódicos, entre otros, y publicaciones no periódicas como libros y otros productos editoriales. Además tengo conocimientos en el área de producción editorial multimedial y digital como la producción de páginas web, manejo de internet, revistas digitales y otras producciones editoriales en formato digital.</p>
Formación en Ciencias Sociales	<p>También poseo fuertes categorías de análisis y de crítica basadas en una cercanía teórica con las Ciencias Sociales. Esta aproximación está sustentada por el interés de investigar sobre los vínculos entre la comunicación y el estudio de la sociedad, a partir de la formación del conocimiento desarrollado por disciplinas como la Historia. Como consecuencia de este acercamiento, poseo sólidos conocimientos en investigación.</p>
Estudios	<p>1999 – 2004 PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA Bogotá Comunicación social – Énfasis en el campo de producción editorial y multimedial.</p>
Otros estudios	<p>Primer semestre 1999 ESC – English School Calgary. Calgary (Canadá).</p>

	<p>2000 – 2004 PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA Bogotá 6 semestres de la Carrera de Historia.</p> <p>2002 – 2003 PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA Bogotá Seminarios de investigación y docencia programados como complemento de la carrera de comunicación social.</p> <p>Febrero 2005 – octubre 2005 Estudios de francés en la Alianza Francesa de Bogotá. Dos primeros niveles.</p>
<p>Experiencia laboral</p>	<p>Enero – junio 2004 Producción de la revista del campo editorial de la Carrera de Comunicación Social titulada <i>En el Medio</i>.</p> <p>Enero – junio 2004 Publicación del artículo “Miedo y sociedad: los realities como representación de nuestros temores”, en la revista <i>En el Medio</i>.</p> <p>Diciembre 2003 – abril 2004 Corrección de estilo de la revista digital <i>Vuelta de Tuerca</i> de la Biblioteca Luis Ángel Arango.</p> <p>Agosto 2003 – agosto 2004 Comunicador del Hospital Universitario San Ignacio Producción de las publicaciones del Departamento de Recursos Humanos. Coordinación de las actividades de inducción de los internos y residentes.</p> <p>Diciembre 2003 Coordinación editorial del boletín institucional <i>Lo Nuestro</i> del Hospital Universitario San Ignacio</p> <p>Enero – junio 2005 Corrección de estilo de la revista <i>En el Medio</i>, No. 3.</p>

	<p>Desde el segundo semestre de 2005 Profesor de cátedra. Curso de Historia de las publicaciones, Campo editorial, Facultad de Comunicación y Lenguaje, Pontificia Universidad Javeriana.</p> <p>Desde noviembre de 2005 – diciembre de 2006 Asistente editorial Editorial Universidad del Rosario Universidad del Rosario</p> <p>Desde enero de 2007 hasta la fecha Coordinador editorial de libros Editorial Pontificia Universidad Javeriana Pontificia Universidad Javeriana-Bogotá</p>
Proyectos	<p>Septiembre 2004 PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA Tesis de Grado: Comunicación e historia: un estudio sobre el pensamiento ilustrado neogranadino en el siglo XVIII.</p>
Idiomas	<ul style="list-style-type: none"> • Inglés • Conocimientos básicos de francés.
Sistemas	<ul style="list-style-type: none"> • Conocimientos en Windows, Microsoft Office (Word, Excel, PowerPoint), Fireworks, Photoshop, Flash, Internet.

Referencias

Juan Felipe Córdoba
Director - Editorial Universidad del Rosario
Universidad del Rosario
Tel: 3366582

Johanna Pardo Mendoza
Cel: 3158656555

PROYECTO DE TRABAJO DE GRADO
- Único Formato aceptado por la Facultad -

Profesor Proyecto Profesional II: Juan Felipe Córdoba y Mauricio González

Fecha: junio del 2007 **Calificación:** 4.5

Asesor Propuesto: Jose Luis Guevara

Tel.: _____ **Fecha:** _____

Coordinación Trabajos de Grado:

Fecha inscripción del Proyecto:

I. DATOS GENERALES

Estudiante: Lucía Camargo Rojas

Campo Profesional: Producción editorial y multimedial

Fecha de Presentación del Proyecto: junio de 2007

Tipo de Trabajo:

Teórico: **Sistematización de Experiencia:** **Producción:**

Profesor de Proyecto Profesional II: Juan Felipe Córdoba y Mauricio González

Asesor Propuesto: Jose Luis Guevara

Título Propuesto: (Provisional, corto, creativo, con subtítulo explicativo)

Las novelas por entregas a mediados del siglo XIX en Bogotá como propiciadoras de un particular proceso comunicativo

II. INFORMACIÓN BÁSICA

A. PROBLEMA

1. ¿Cuál es el problema? ¿Qué aspecto de la realidad considera que merece investigarse?

¿Qué proceso comunicativo propiciaba la producción de las novelas por entregas en los periódicos de la Bogotá de mediados del siglo XIX?

¿Por qué es importante investigar ese problema?

Es importante investigar los procesos comunicativos que se empezaron a generar en la época en que se empezaba a originar la nación colombiana porque dan cuenta de cómo se empieza a forjar una nueva forma de identidad nacional. Además, es un pequeño aporte para la historia de la comunicación colombiana, así como para la historia de las publicaciones, pues se empieza a avanzar en estas áreas al demostrar cómo aún falta mucho por estudiar. Por otro lado, estudiar la manera en que se publicaban los textos y los procesos comunicativos que generaban permite adentrarse en la sociedad del XIX: sus pensamientos, valores y manera de concebirse a sí misma. En la medida en que se entiendan estos procesos se puede entender el porqué de la nación actual y cómo los procesos comunicativos han ayudado o no a crear una nación que respete la diferencia y sea más tolerante o simplemente han contribuido a perpetuar la misma jerarquía.

¿Qué se va investigar específicamente ?

Se va a investigar específicamente dos novelas: *Manuela* y *El Doctor Temis*. La primera fue publicada en 1858 en el periódico *El Mosaico*, por lo que se estudiará también esa publicación periódica. La segunda fue publicada en 1851 por la Imprenta Imparcial, por lo que se analizará también el tipo de producción de esa imprenta.

Estas novelas se analizarán, además, a partir de textos sobre las novelas por entregas en Europa, así como sobre textos que den cuenta del contexto del siglo XIX en Bogotá. También se investigarán textos sobre las publicaciones del siglo XIX, así como documentos sobre las novelas *Manuela* y *El Doctor Temis* específicamente. A su vez, se analizarán textos sobre teoría e historia de la comunicación.

B. OBJETIVOS

Objetivo General:

Investigar el proceso comunicativo que se generó alrededor de la producción de las novelas por entregas en la Bogotá de mediados del siglo XIX mediante el estudio de los textos originales en los que se publicaron tres de ellas y del contexto del siglo XIX en Bogotá.

1. Objetivos Específicos (Particulares): (Especifique qué otros objetivos se desprenden del Proyecto. ¿Qué tipo de metas se propone cumplir para lograr el objetivo general?).

* Investigar el panorama de los procesos comunicativos que se daban en Europa en el siglo XIX mediante la lectura de textos sobre el tema.

* Analizar la producción y el origen del folletín a mediados del siglo XIX en Europa (particularmente en Francia y posteriormente en España) a partir del estudio de textos críticos sobre el tema.

* Investigar el contexto histórico bogotano en el que se produjeron las novelas por entregas (posterior a las guerras de independencia) mediante el estudio de textos sobre el tema.

* Investigar la situación de las publicaciones periódicas a mediados del siglo XIX en Bogotá mediante la lectura de textos sobre el tema.

* Analizar la situación de construcción de nación en la que estaban inmersas las publicaciones periódicas en la época mediante la lectura de textos críticos sobre el contexto del siglo XIX.

* Analizar el proceso comunicativo que generó la producción de novelas como *Manuela*, *Dolores* y *El Doctor Temis* mediante la lectura de los textos en sus formatos originales.

* Investigar desde qué discursos se producían las novelas *Manuela* y *El Doctor Temis* mediante la investigación del periódico en el que se publicó la primera y la imprenta en la que se publicó la segunda, o a partir de textos que hablen sobre el tema (respondiendo las preguntas ¿Quiénes eran sus editores?, ¿creían en algún partido?, ¿qué concepción de la literatura y de la novela tenían?, ¿a qué público querían llegar?, ¿habían salido o no de Nueva Granada?, ¿si querían convencer de algo, de qué era?, ¿cuál era su discurso?, ¿a quiénes se excluía?, ¿cuál era el modelo de nación que se tenía en mente?, ¿cuál era el propósito editorial a la hora de elaborar la publicación (y sobretodo a la hora de instaurar las novelas), ¿qué estrategias de seducción tenían para que el lector adquiriera el siguiente número?).

* Investigar quiénes leían las novelas mediante la lectura juiciosa de la recepción que se publica en los periódicos o —si es posible— mediante textos que hablen sobre la cotidianidad de lectura bogotana a mediados del siglo XIX.

III. FUNDAMENTACION Y METODOLOGIA

A. FUNDAMENTACION TEORICA

¿Qué se ha investigado sobre el tema?

Capítulo 1

Briggs, A. y Burke, P. (2002), *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, Madrid, Taurus

Carey, J. (1997), *Tiempo, espacio y telégrafo* en Crowley, D. y Heder, P. (1997), *La comunicación en la historia*, Barcelona, Bosch Comunicación. (Pp. 196-2002)

Darnton, R. (2003), *Una de las primeras sociedades informadas: Las novedades y los medios de comunicación en París del siglo XVIII*, en *El coloquio de los lectores*, México, Fondo de Cultura Económica. (P. 371-429)

Escolar, H. (1993), *Historia universal del libro*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

Magnien, B. (1995), *Hacia una literatura del pueblo: del folletín a la novela (El ejemplo de Timoteo Orbe)*, Barcelona, Anthropos.

Lyons, M. (2004), *Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros* en Cavallo, G. y Chartier, R. (2004), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Santillana.

Thompson, J. (1998), *Los media y la modernidad: una teoría de los medios de comunicación*, Barcelona, Paidós.

Williams, R. (1992), *Historia de la comunicación. Vol 2. De la imprenta a nuestros días*, Barcelona, Bosch.

Capítulo 2

Acosta, C. (2005), *Leer literatura. Ensayos sobre la lectura literaria en el siglo XIX*, Bogotá, Cooperativa editorial magisterio.

Fundación Misión Colombia (1988), *Historia de Bogotá. Tomo II. Siglo XIX*, Bogotá, Villegas Editores.

Loaiza, G. (2004), *Manuel Ancízar y su época. Bibliografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*, Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit.

Ocampo, J. (1979), “El proceso político, militar y social de la Independencia” en *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.

Tirado, A. (1979), “El Estado y la política en el siglo XIX”, en *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.

Vanegas, J. (2005), *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Ediciones Uniandes.

Capítulo 3

Anjel, J. (1851), *El Doctor Temis*, Bogotá, Imprenta Imparcial.

Anjel, j. (1897), *El Doctor Temis*, Paris, Imprenta Garnier Hermanos. En: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/literatura/temis/indice.htm>.

Rama, A. (1984), *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte.

Uribe, M. (2002), *Cien años de prensa en Colombia*, Medellín, Universidad de Antioquia.

¿Cuáles son las bases conceptuales con las que trabajará?

Folletín y novela por entregas

El **folletín** nace como un espacio en la prensa, más exactamente, en la parte inferior de los periódicos. Su principal característica consistía en presentar un contenido diferente al

político, es decir, al del periódico en general. Por consiguiente, en sus primeras apariciones el folletín muchas veces se titula “variedades”. La idea consistía en presentar contenido ameno y entretenido. No había una regla específica en cuanto a esa variedad “artículos de costumbre, economía doméstica, higiene, policía urbana... novedades de la corte y de los espectáculos... toros”, [era] la enumeración de las materias susceptibles de tener cabida en el folletín del *Diario de Madrid* (2/6/1839) (Magnien, 1995, p. 17). No muy diferentes a las de otros periódicos. Muchas veces, además, el espacio del folletín, por estar aparte del resto del periódico, se podía cortar y coleccionar.

Con el paso del tiempo, en este espacio inferior del periódico denominado como folletín comenzaron a publicarse —muchas veces exclusivamente— cuentos, novelas cortas o poemas de una o dos entregas, aunque esta no es una total innovación ya que, según Magnien, “A finales del siglo XVIII, ya podían leerse en la prensa española obras literarias reproducidas por fragmentos” (1995, p. 18).

La innovación del espacio del folletín en el periódico consiste en que “esta forma de edición literaria va a generalizarse y, al especializarse en relatos en prosa y al adoptar una periodicidad más regular, generará profundos cambios tanto en el comportamiento de los lectores como en la estructura narrativa de las obras publicadas” (Magnien, 1995, p. 18).

El auge del folletín fue tan exitoso que si un folletín no gustaba, el periódico no se vendía. Es decir, el contenido del mismo estaba íntimamente relacionado con el nuevo público. Fue tanto el éxito, que los editores no tardaron en ver las posibilidades económicas que traía este nuevo fenómeno, por tanto, muchos de ellos decidieron publicarlas a modo de libro mediante el formato de las entregas. Dicho formato consistía en tener un contenido y forma igual al de un libro, pero cuya comercialización era la misma de la prensa: aparición periódica, venta de suscripciones y bajo coste de cada entrega.

Escolar describe el fenómeno de folletín como una nueva forma de comercialización, lo que no está lejos de ser verdad. El folletín instaaura la forma de comercializar las obras a partir de las entregas. Sin embargo, esta forma de comercialización, da un paso particular cuando se generaliza a tal punto que el contenido del espacio folletinesco o de las entregas que se convertirán en libro, comienza a adquirir una estructura particular, al punto de instaurar un nuevo género: el de la novela folletinesca.

Así, a la hora de realizar un estudio sobre la novela publicada por entregas y el folletín hay que tener en cuenta dos puntos. El primero consiste en que —antes que nada— la entrega es una forma de comercialización que deriva del espacio del folletín. El segundo consiste en que de ese espacio derivó un género conocido como la novela folletinesca, cuyos mayores exponentes son los escritores franceses, pero que —al ver el éxito del género— los editores aprovecharon al punto de crear una especie de “fórmula para el éxito” que fue la novela de folletín, que tuvo varios ejemplos, y entre las cuales, sólo algunas destacan.

Ciudad letrada

El concepto de *ciudad* letrada, fue instaurado por Ángel Rama. Para el autor la monarquía española necesitó de un grupo social especializado que promulgara el sistema ordenado de la monarquía absoluta y difundiera la “misión civilizadora” en América. Ese grupo, además, debía ser consciente de ejercer un poder equiparable a la clase sacerdotal. Este grupo debía ordenar los signos de la ciudad al servicio del orden monárquico. El grupo se organizaba en el centro de la ciudad y se constituía a partir de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales.

Es decir, todos aquellos que manejaban la pluma y que además estaban estrechamente relacionados con las funciones de poder.

La producción literaria de este grupo letrado (que era sólo una parte de su producción total) la consumía el mismo grupo letrado. La circulación de las novelas (por ejemplo) se daba en un círculo doblemente cerrado: nacía en el poder virreinal y volvía a él. Estos productos coloniales no tenían un mercado económico, sino que circulaban en la opulencia de la corte.

La ciudad letrada tenía dos tareas principales que contribuyeron a fomentar su fortaleza. La primera consistía en tomar las riendas de la administración colonial duplicando los controles. La segunda tarea consistía en la evangelización (transculturación) de la población indígena que era de millones. Para cumplir con estas dos tareas se necesitó un elevado número de letrados, que se instalaron en las ciudades. Además, la monarquía necesitaba formar una élite dirigente que ni siquiera debía trabajar o administrar sus bienes, pero que sí debía dirigir la sociedad al servicio del proyecto imperial. Por lo anterior se dieron puestos importantes a una nueva generación de administradores o intendentes y se contribuyó a la formación de profesionales que eran más peninsulares que criollos. Así se creó el cogollo urbano letrado, que tenía funciones importantes para el proceso colonizador.

Los integrantes de la ciudad letrada mostraron capacidad para institucionalizarse a partir de la función específica de ser dueños de la letra, para procurar volverse un poder autónomo dentro de las instituciones de poder a las que pertenecieron (como Audiencias, Capítulos, Seminarios, Colegios, Universidades). Tenían la capacidad de ser productores (en tanto que conciencias que elaboran mensajes), así como habilidad para diseñar modelos culturales destinados a la formación de ideologías públicas. Los letrados, por su experiencia, sabían que podían modificar el tipo de mensajes que emitían sin que se alterara su condición de funcionarios, porque dominaban el ejercicio de los lenguajes simbólicos de la cultura. No sólo servían al poder, sino que también eran dueños del poder.

B. FUNDAMENTACIÓN METODOLÓGICA

¿Cómo va a realizar la investigación?

La materia prima de la investigación son las dos novelas: *Manuela* y *El Doctor Temis*. La primera fue publicada en el periódico *El Mosaico* por lo que es necesario hacer una investigación del mismo. También puede estudiarse a partir de trabajos ya publicados como los de Carmen Elisa Acosta. La novela *El Doctor Temis* se encuentra en la Sala de Libros Valiosos de la Pontificia Universidad Javeriana en su primera edición. También está publicada en la Biblioteca Virtual del Banco de la República en su segunda edición. Para investigar acerca de la Imprenta Imparcial (donde se publicó *El Doctor Temis*) es necesario analizar las publicaciones que ésta tuvo para dar cuenta de los discursos bajo los cuales trabajaba.

La investigación acerca del panorama comunicativo europeo, el contexto histórico y social bogotano, y la idea de la ciudad letrada, se hará toda a partir de la lectura de textos.

¿Qué actividades desarrollará y en qué secuencia?

Julio 2007. Lecturas que hacen falta de capítulo 1.

Agosto 2007. Redactar capítulo 1.
Investigación de campo: *El Mosaico* e Imprenta Imparcial
Septiembre 2007. Lecturas que hacen falta de capítulo 2
Redactar capítulo 2
Correcciones capítulo 1
Octubre 2007. Investigación de campo: *El Mosaico* e Imprenta Imparcial
Correcciones capítulo 2
Noviembre 2007. Redactar capítulo 3.
Diciembre 2007. Correcciones capítulos 1, 2 y 3.
Enero 2007. Introducción y conclusiones
Correcciones introducción y conclusiones

1. Bibliografía básica (Escriba todos los datos bibliográficos completos de aquellos documentos, textos, artículos, fuentes que serán fundamentales en la realización del trabajo).

Acosta, C. (2005), *Leer literatura. Ensayos sobre la lectura literaria en el siglo XIX*, Bogotá, Cooperativa editorial magisterio.

Anjel, J. (1851), *El Doctor Temis*, Bogotá, Imprenta Imparcial.

Anjel, j. (1897), *El Doctor Temis*, Paris, Imprenta Garnier Hermanos. En: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/literatura/temis/indice.htm>.

Briggs, A. y Burke, P. (2002), *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, Madrid, Taurus

Carey, J. (1997), *Tiempo, espacio y telégrafo* en Crowley, D. y Heder, P. (1997), *La comunicación en la historia*, Barcelona, Bosch Comunicación. (Pp. 196-2002)

Clavell, S. (1977), *Los antecedentes del periódico de masas: ocasionales, canards y almanaques*, Madrid, Universidad Europa de Madrid.

Darnton, R. (2003), *Una de las primeras sociedades informadas: Las novedades y los medios de comunicación en París del siglo XVIII*, en *El coloquio de los lectores*, México, Fondo de Cultura Económica. (P. 371-429)

Escolar, H. (1993), *Historia universal del libro*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

Escolar, H. (1993), *Historia universal del libro*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

Ferreras, J. (1972), *La novela por entregas 1840-1900: concentración obrera y economía editorial, estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, Taurus. (BLAA 863.09 F37 n 2)

Fundación Misión Colombia (1988), *Historia de Bogotá. Tomo II. Siglo XIX*, Bogotá, Villegas Editores.

Gimeno, I. y Aparici P. (1996), *Literatura menor del siglo XIX: una antología de la novela de folletín (1840-1870): ideas literarias. Temas recurrentes. Tomo I*, Barcelona, Editorial Anthropos.

Gimeno, I. y Aparici P. (1996), *Literatura menor del siglo XIX: una antología de la novela de folletín (1840-1870): ideas literarias. Temas recurrentes. Tomo II*, Barcelona, Editorial Anthropos.

La novela por entregas: unidad de creación y consumo. En: Botrel, J. y Salaün, S. (1974), *Creación y público en la literatura española*, Madrid, Editorial Castalia.

Loaiza, G. (2004), *Manuel Ancízar y su época. Bibliografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*, Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit.

Lyons, M. (2004), *Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros* en Cavallo, G. y Chartier, R. (2004), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Santillana.

Magnien B. (1995), *Hacia una literatura del pueblo: del folletín a la novela (el ejemplo de Timoteo Orbe)*, Barcelona, Anthropos.

Magnien, B. (1995), *Hacia una literatura del pueblo: del folletín a la novela (El ejemplo de Timoteo Orbe)*, Barcelona, Anthropos.

Ocampo, J. (1979), “El proceso político, militar y social de la Independencia” en *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.

Rama, A. (1984), *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte.

Romero, L. (1976), *La novela popular española del siglo XIX*, Madrid, Editorial Ariel. (BLAA 863.09 R65n).

Thompson, J. (1998), *Los media y la modernidad: una teoría de los medios de comunicación*, Barcelona, Paidós

Tirado, A. (1979), “El Estado y la política en el siglo XIX”, en *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.

Uribe, M. (2002), *Cien años de prensa en Colombia*, Medellín, Universidad de Antioquia.

Vanegas, J. (2005), *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Ediciones Uniandes.

Williams, R. (1992), *Historia de la comunicación. Vol 2. De la imprenta a nuestros días*, Barcelona, Bosch.

A Cecilia Camargo

Índice

Introducción.	1
CAPÍTULO I. La novela por entregas y el folletín en Europa durante el siglo XIX.....	7
1.1 Sistema de comunicación de la Europa occidental de principios del siglo XIX...	8
1.2 Circuito comunicativo del impreso.....	12
1.3 Impresos en la Europa del siglo XIX.....	18
1.3.1 Búsqueda de más lectores y menores precios: la prensa.....	25
1.3.2 El folletín y la novela por entregas.....	27
1.3.4 El folletín en España: las traducciones.....	39
CAPÍTULO II. Los impresos en la aislada Bogotá: el arma de los letrados para legitimarse.....	44
2.1 Sistema de Comunicación en la Bogotá de 1850-1860.....	44
2.1.1 El tortuoso viaje por el río Magdalena.....	44
2.1.2 Llegada a Bogotá.....	49
2.1.3 La vida sencilla bogotana.....	52
2.2 Circuito comunicativo de los impresos en la Bogotá de 1850-1860.....	57
2.2.1 Los criollos (élite letrada) como productores de los textos.....	58
2.2.2 Lectura y educación repetitiva.....	64
2.2.3. Los impresos en la Bogotá de 1850-1860.....	74
2.2.4 Las novelas por entregas en la Bogotá de 1850-1860.....	81
CAPÍTULO III Las novelas por entregas y el folletín en Bogotá durante la década de 1850: el caso de <i>El Doctor Temis</i> y <i>Manuela</i>	86
3.1. Los autores de los textos: José María Ángel Gaitán y Eugenio Díaz Castro.....	86
3.2. <i>El Doctor Temis</i> como legitimador del letrado y <i>Manuela</i> como crítica del mismo.....	92
3.3. El lector letrado, la novela por entregas <i>El Doctor Temis</i> y el folletín <i>Manuela</i>	104

Conclusiones.....	136
Anexos.....	141

Introducción

Las novelas de Dickens se encontraban en total concordancia con lo que el público inglés quería leer. El lector se sentía identificado con personajes como David Copperfield y Oliver Twist y se impacientaba por saber el rumbo de sus vidas. El autor escribía sus novelas por fragmentos que eran publicados periódicamente en los famosos cuadernillos azules. Éstos, al unirse y completarse, formarían un libro. El lector inglés esperaba con impaciencia el anhelado cuaderno, al punto de que salía al encuentro del correo fuera del pueblo y andaba un par de millas, para arrancarle al cartero de las manos el tan ansiado envío¹ (Hauser, s.f y Zweig, 1941).

El acercamiento a la forma de escribir, publicar y ser leído de Dickens lo tuvo la autora del presente trabajo cuando cursó la clase Historia de la Comunicación. Allí, por primera vez, conoció sobre un fenómeno de comunicación masiva de la obra literaria: el de la novela por entregas. Productores, formato y lectores formaban un círculo en el que las diferentes partes se exigían y correspondían.

Las preguntas que dan origen al presente trabajo surgieron gracias al comentario de Cristo Figueroa en la clase de Literatura Latinoamericana del siglo XIX: “existen más de treinta novelas publicadas por entregas en Colombia antes de la aparición de *María*”². Esta afirmación llevó a la autora del presente texto a cuestionarse: ¿Cuáles fueron esas novelas?, ¿por qué se publicaban por entregas? y sobretodo ¿qué fenómeno comunicativo se generaba alrededor de las mismas?, ¿era el mismo fenómeno de masas que se daba en Europa? Así, se generó la idea de reconstruir el proceso comunicativo generado por las novelas por entregas (tantas veces estudiado en Europa) en Colombia, particularmente en la Bogotá de mediados del siglo XIX.

Los estudios de la novela por entregas y el folletín demuestran que primordialmente éstos formatos han sido analizados en Europa. Particularmente en las bibliotecas bogotanas se encuentran investigaciones de la novela por entregas en España (Romero, 1976;

¹ Véase Lemonier, L. (1963), *Dickens*, Barcelona, Editorial Planeta.

² Cristo Figueroa hizo el comentario a partir de la investigación hecha por Flor María Rodríguez que se concreta en los libros: Rodríguez, F. (2006), *Bibliografía de la Literatura colombiana del siglo XIX Tomo I (A-L)*, Buenos Aires, Stockcero y Rodríguez, F. (2006), *Bibliografía de la Literatura colombiana del siglo XIX Tomo II (M-Z)*, Buenos Aires, Stockcero.

Montesinos, 1966 y Lecuyer y Villapadiera, 1995) probablemente por estar escritas en español. En textos de historia de la comunicación e historia del libro se encuentran datos que permiten entender cómo surge la novela por entregas y el folletín en Europa (Williams, 1992; Lecuyer y Villapadiera, 1995; Hauser, s.f; Romero, 1976 y Núñez, 1997)³, así como algunas de las características particulares de quienes las leían (Eco, 1970 y Zweig, 1941). Por otro lado, gracias a estudios de la novela por entregas y el folletín español como los de Romero, Montesinos, Núñez y Escolar se entiende la diferenciación entre la novela por entregas y el folletín.

No se han realizado estudios específicos de la novela por entregas y el folletín colombianas como un medio de comunicación. Sólo existe el trabajo de grado para optar por el título de Filósofo de María Teresa García Schlegel titulado *Las novelas por entregas de Soledad Acosta de Samper* (1991), en el que, a pesar de su título, no se habla de las entregas como medio de comunicación, sino que se analizan algunas novelas de Soledad Acosta desde una mirada intrínseca de los textos.

En cuanto a investigaciones que analicen los impresos bogotanos del siglo XIX existen trabajos enfocados en dar fechas de la aparición de distintas publicaciones como los de Cagua (1995)⁴ e Higuera (1970), en hacer la historia de la Biblioteca Nacional (Canal y Chalarcá, 1973), en dar cuenta de una imprenta del siglo XIX como empresa (Castellanos, 1995), en hacer reconstrucciones sobre el imaginario criollo en la prensa como el de González⁵ y en tratar de reconstruir el lector del XIX a partir de los impresos como los de Acosta (1999, 2005). A su vez, existen textos que tocan de manera tangencial el tema de los impresos como los de Loaiza, (2004) y Uribe (2002). Por consiguiente, aún no se han hecho suficientes análisis en cuanto a la historia de los impresos del siglo XIX en Colombia, particularmente en cuanto a las novelas que se publicaban a manera de entregas.

³ Ver también Clavell, S. (1977), *Los antecedentes del periódico de masas: ocasionales, canards y almanaques*, Madrid, Universidad Europa de Madrid; Ferreras, J. (1972), *La novela por entregas 1840-1900: concentración obrera y economía editorial, estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, Taurus; Gimeno, I. y Aparici P. (1996), *Literatura menor del siglo XIX: una antología de la novela de folletín (1840-1870): ideas literarias. Temas recurrentes. Tomos I y II*, Barcelona, Editorial Anthropos y Brunori, V. (1980), *Sueños y mitos de la literatura de masas. Estudio crítico de la novela social*, Barcelona, Gustavo Pili.

⁴ Ver también Cagua, A. (1991), *Doscientos años: orígenes del periodismo colombiano*, Bogotá, Nelly; Cagua, A. (1968), *Historia del periodismo colombiano*, Bogotá, Fondo Rotatorio de la Policía Nacional.

⁵ González Rodríguez, A. (2005), *La prensa independentista: un reflejo de los imaginarios criollos a principios del siglo XIX*, [Trabajo de grado], [CD-ROOM], Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Comunicación Social

En el capítulo primero del presente trabajo, se abordan las preguntas que dirigen la investigación a partir de un marco teórico basado en textos tanto de historia de la comunicación, como de historia del impreso. Libros como el de Crowley y Heder (1997), Thompson (1998), Williams (1992) y Burke y Briggs (2002) se utilizan para enmarcar el panorama comunicativo del siglo XIX europeo que da origen a las novelas por entregas y el folletín. Particularmente, gracias a *De Gutenberg a Internet: una historia social de los medios de comunicación* se introduce el término sistema de comunicación, es decir, la relación entre los distintos medios de comunicación. Esta idea permite ubicar el origen europeo de la novela por entregas en un contexto en el cual la aparición de nuevos medios de transporte como el barco y el ferrocarril, así como la de nuevos medios de comunicación como el telégrafo contribuyó a gestar un mundo diferente en el que las noticias sobre otros lugares llegaban mucho más rápido que antes, culturas antes distantes se conectaban y en el que los europeos debieron adaptarse a nuevos itinerarios. Un mundo en el cual el flujo de la información era cada vez más veloz.

A su vez, se hace énfasis en la historia de los impresos principalmente a partir de los estudios de Roger Chartier (1994) y Robert Darnton (2002, 2003a, 2003b). El primero aporta un término fundamental para la presente investigación: el de apropiación. Así, Chartier demuestra que existe un proceso de recepción de los impresos, fundamental a la hora de estudiarlos, que demuestra cómo el lector tiene una invención creadora. Es decir, el lector realiza una práctica, una manera diferente de apropiarse de los materiales que circulan en una sociedad dada. El autor francés hace especial énfasis en el proceso de recepción de los textos, así como en la materialidad de los mismos pues considera que éstos tienen mucho que decir en cuanto a los procesos de construcción de sentido. Sin embargo, busca analizar los procesos de recepción del libro sin tener en cuenta el autor, la circulación y el contexto. El autor de *Libros, lecturas y lectores en la edad moderna* considera que la investigación del libro no se debe ligar a la de la comunicación, porque ésta aplica un método de estudio nuevo que trata de imponer categorías de la comunicación a procesos de apropiación de los textos que no las tienen.

Contrario a la posición de Chartier, está la de Darnton que sí se enmarca en el estudio del libro desde el análisis de la comunicación. Darnton crea el concepto de “circuito

comunicativo del libro” que será fundamental para dar un direccionamiento al presente trabajo. Para Darnton, el libro como medio de comunicación fomenta la creación de todo un circuito que, al ser estudiado, da cuenta sobre cómo determinada sociedad construía su propia experiencia.

Por consiguiente, el presente escrito toma los conceptos de apropiación y materialidad de Chartier, así como el de circuito comunicativo de Darnton para entrar a analizar la historia del impreso, particularmente el de la novela por entregas y el folletín, enmarcada en el sistema de comunicación europeo.

A su vez, se complementan los conceptos de Darnton, Chartier, Burke y Briggs a partir de los estudios postestructuralistas como el de Foucault (1987) y Said (2004). Gracias a Foucault, se sabe que la realidad está atravesada por el lenguaje y, por lo tanto, es una construcción hecha por un grupo social. Por consiguiente, el sistema de comunicación y el circuito comunicativo del libro, al ser estudiados, dan cuenta sobre cómo determinada sociedad construía su propia realidad porque están atravesados por los discursos políticos, culturales, morales y económicos de la misma. A la vez, Geertz (1997) contribuye a entender este hecho, gracias a su teoría de cómo una sociedad construye su propia urdimbre, su propio tejido de significación y éste es el que debe ser estudiado e “interpretado”.

Este marco teórico, permite empezar a estudiar el impreso en la Europa de mediados del siglo XIX, que, como se ha visto, estaba inmerso en un sistema de comunicación específico. Así, gracias a los estudios sobre la lectura como el de Lyons (2004) se sabe que las diferentes clases sociales de la Europa de esta época se alfabetizaron. Por lo tanto, en el panorama europeo entraron nuevos lectores (como las mujeres, los niños y los obreros) ávidos de lectura de entretenimiento, sobretodo, de novelas⁶. A su vez, hubo innovaciones técnicas en los impresos de las que da cuenta Escolar (1993)⁷.

⁶ Ver también Manguel, A. (1998), *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza.

⁷ Ver también Escolar, H. (1974-1975), *Historia social del libro*, Madrid, [Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos](#); Escolar, H. (1986), *Historia del libro*, Madrid, Fundación G. Sánchez Ruipérez; Escolar, H. (1987), *Historia de las bibliotecas*, Madrid, Fundación germán Sánchez; Escolar, H. (1998), *Historia del libro español*, Madrid, Editorial Gredos; Escolar, H. (2000), *Manual de historia del libro*, Madrid, Gredos.

Ese panorama particular permite analizar el origen y desarrollo del formato de la novela por entregas y el folletín en Europa. Así, gracias al primer capítulo, se entiende la sociedad en que se produjeron esos formatos y la forma en que fueron apropiados.

En cuanto al segundo capítulo denominado “Los impresos en la aislada Bogotá: el arma de los letrados para legitimarse” se continúa la dirección de la investigación propuesta en el primero. Por consiguiente, se procura tejer el sistema de comunicación y el circuito comunicativo del libro de la Bogotá de 1850 a 1860. El análisis se enmarca en este rango de tiempo por haberse editado en esos años *El Doctor Temis* (1851) y *Manuela* (1858), novelas bogotanas publicadas por fragmentos que son el estudio de caso del tercer capítulo.

El sistema de comunicación bogotano de la época funcionaba de manera distinta al Europeo. A partir de textos sobre historia económica de Colombia⁸ (Safford, 2003; Ospina, 1979; Melo, 1979), así como a investigaciones particulares acerca de la navegación en el país para la época, como la de Nichols (1973), se sabe que el viaje por el río Magdalena era tortuoso y lento. Los viajeros llegaban picados por los mosquitos, después de varios días de viaje a la ciudad de Bogotá, en donde el ritmo de vida era lento y sencillo. A su vez, la capital se encontraba aislada no sólo del resto del mundo, sino de las demás ciudades del país (Fundación Misión Colombia, 1989 y Mejía, 1999).

En cuanto al circuito comunicativo de los impresos de la Bogotá de mediados del siglo XIX se observan diferencias radicales con el europeo expuesto en el primer capítulo. Los productores eran miembros de una colectividad letrada llamada por Ángel Rama “ciudad letrada” (1984) y buscaban legitimarse y diferenciarse de los otros miembros de la sociedad a partir de diferentes estrategias simbólicas, sobretodo, a partir de los impresos (Arias, 2005).

Éstos, a su vez, detentaban el poder de la escritura, en un medio analfabeta en el que muy pocos tenían acceso a la educación (Fundación Misión Colombia, 1989; Zuluaga, 2002). Era en las aulas de clase, además, donde se enseñaba a leer y, por tanto, se creaban los futuros lectores de literatura (Acosta, 1999 y 2005). Entonces, los miembros de la ciudad letrada eran quienes tenían acceso a los impresos por ser una minoría alfabetizada.

⁸ Ver también McGreevey, W. (1975), *Historia económica de Colombia 1845-1930*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo; Molina, L. (1998), *Empresarios colombianos del siglo XIX*, Santa Fe de Bogotá, Banco de la República, El Ancora y Therrien, M. (2007), *De Fábrica a Barrio: urbanización y urbanidades la fábrica de loza bogotana*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Además, no sólo eran los que accedían sino también los que producían los textos. Por consiguiente, en el segundo capítulo se reconstruye la situación de los impresos en la Bogotá de mediados del siglo XIX para demostrar cómo era el grupo letrado el que producía, circulaba y leía las publicaciones de la época.

En el tercer capítulo (Las novelas por entregas y el folletín en Bogotá durante la década de 1850: el caso de *El Doctor Temis* y *Manuela*), se analiza el circuito comunicativo de la novela publicada por entregas *El Doctor Temis* y la novela publicada a manera de folletín *Manuela*. A partir del estudio de las distintas partes del circuito de las dos obras se demuestra, finalmente, la hipótesis que guía el estudio de todo el presente trabajo: las novelas por entregas y el folletín publicadas a mediados del siglo XIX en Bogotá, generaron un circuito comunicativo muy diferente al europeo, porque era una sociedad distinta la que lo creaba. En la medida en que la sociedad bogotana, a diferencia de la europea, construía un sistema de comunicación lento, con una vida cotidiana sencilla, en donde existían fuertes diferencias sociales, la construcción que se haría de la realidad sería diferente a la del Viejo Continente. En Bogotá se presenta un fenómeno particular: quienes manejaban los impresos eran miembros de la élite letrada, por lo tanto, el circuito comunicativo generado alrededor de las novelas por entregas era producido por un sujeto letrado para que lo leyera otro miembro de la colectividad letrada. En esos escritos, además, los miembros de este grupo se legitimaban como aquellos que debían seguir detentando el poder y creando la sociedad bogotana.

La investigación presente en este trabajo demuestra que gracias al estudio de los periódicos del siglo XIX, como de las distintas novelas publicadas a manera de entregas se pueden encontrar datos como los avisos promocionales que se hacían de las obras, algunas de sus fechas de venta y registros sobre otras novelas publicadas en el mismo formato. Por consiguiente, se considera que el estudio de las novelas por entregas y de los impresos bogotanos en general aún es un campo nuevo para los investigadores que se interesen en él. Queda mucho por descubrir y desempolvar en cuanto a los registros. Este trabajo pretende ser una invitación para continuar haciéndolo.

CAPÍTULO I. La novela por entregas y el folletín en Europa durante el siglo XIX

Eugenio Sue, Dickens, Balzac, Dumas son nombres que a mediados del siglo XIX fueron famosos no sólo por las novelas que escribieron sino por el formato en el que se distribuyeron: el de la novela por entregas y el folletín. Gracias a esta nueva forma de publicación los textos de estos autores llegaron a varias capas sociales y estuvieron condicionados por las apetencias del público. Obras como *Los Misterios de París* y *El Conde de Montecristo* eran esperadas con ansias por obreros, mujeres, aristocracia y burguesía, sin distinción. En la medida en que los lectores demostraran su interés a partir de su compra, los tirajes de las mismas aumentaban a la vez que la historia se alargaba a partir de la creación de nuevos obstáculos. Por eso los autores debían tener en cuenta el gusto del público a la hora de dar vida a la obra. Por ejemplo, cuando Dickens hizo aparecer a la señora Gamp en la obra *Martín Chuzzlewit* la tirada, que hasta entonces había sido más bien reducida, se elevó a 33.000 ejemplares.

La novela por entregas y el folletín, por tanto, fueron una forma de producción de literatura de masas que apareció a mediados del siglo XIX en Europa. Las novelas eran exitosas si el público las leía, al punto de que se crearon empresas de producción para escribir varias obras en un menor tiempo. Este fenómeno sólo pudo darse en un contexto particular en el que las diferentes capas sociales accedieron a los impresos y en el que la relación entre los distintos medios de comunicación fomentó un mundo más rápido y ágil en el que varias culturas, antes distantes, se interconectaban.

El objetivo primordial de este primer capítulo es describir el origen de ese nuevo formato y qué circunstancias contribuyeron a que haya sido tan exitoso. Intentará demostrar, a su vez, cómo en Europa⁹ se creó un particular sistema comunicativo (es decir, la relación entre los diferentes medios de comunicación) que fomentó la creación de la novela publicada por entregas. Para hablar de esta nueva forma de publicación se explicarán las modificaciones sufridas por los impresos (como una parte sustancial de ese sistema), al punto de dar paso a una nueva forma de distribución de la novela: las novelas por entregas y el folletín. A continuación se hará un recorrido por el desarrollo de esta nueva forma de producción y su apropiación por parte de los lectores para demostrar que

⁹ En el presente escrito se usará el término “Europa” para referirse únicamente a los tres países que se estudiarán : Francia, Inglaterra y España (Europa occidental).

esta manera de publicar fue una “moda” de la época originada en Francia y posteriormente “copiada” en España. Esas novelas que se traducían del francés al español en España serán, finalmente, las que se publiquen en la Bogotá de mediados del siglo XIX.

En ese sentido, ese formato nació bajo unas condiciones y una sociedad particular. Estudiarlo implica entender la manera en que surge y las apropiaciones que de él hacen los lectores del XIX. Al hacerlo se evidenciará cómo unos medios, unas formas, responden a unas determinadas prácticas y unos contextos específicos. Estudiar el formato, su manera de producirse, de circular y de ser apropiado, por tanto, permite estudiar a la sociedad de la cual hace parte. Al analizar los diferentes medios a través de los cuales se expresa una colectividad, se puede entender la manera en que las sociedades daban sentido a los diferentes discursos que circulaban, es decir, la forma en que construían su propia realidad.

A continuación, se describirá el sistema de comunicación que imperaba en la época para, posteriormente, esbozar el desarrollo que tuvieron los impresos (como parte de ese sistema) en el siglo XIX. Primero se hablará del libro, luego de la prensa y finalmente, (como producto del desarrollo de los dos anteriores) de la novela por entregas y el folletín. El recorrido permitirá que se vislumbre la situación en la que se encontraban los impresos en la Europa del XIX y su forma de modificarse, en la medida en que la sociedad también se transformaba. Si el impreso (la materialidad) cambia, necesariamente tendrá que ver con el contexto y los discursos de una determinada sociedad. A su vez, también será diferente la apropiación. Por lo tanto, el estudio del impreso dará luces sobre la forma en que una sociedad iba transformando su propia experiencia.

1.1 Sistema de comunicación de la Europa occidental de principios del siglo XIX

Un sistema comunicativo está integrado por varios medios de comunicación que se interrelacionan de manera diferente para circular información de una forma u otra y producir significados. Según Burke y Briggs “es preciso considerar los medios como un sistema en constante cambio, en el que diferentes elementos desempeñan papeles más o menos importantes” (2002, 15). Por lo tanto, un sistema de comunicación es la expresión de la manera en que una sociedad construye su propia realidad. Según Darnton, “los sistemas de comunicación siempre le han dado forma a los acontecimientos” (2003, 371), a su vez,

las formas en que se comunica una sociedad ponen al descubierto mucho de la manera en que ésta entiende su propia experiencia (Darnton, 2003, 372).

El sistema de comunicación europeo de principios del siglo XIX estaba integrado por el ferrocarril, el barco, el telégrafo, el libro, el periódico y el correo. La relación de todos estos medios ayudó a que la información fluyera de manera más rápida y diferente de como lo había hecho en siglos anteriores. Esta nueva interrelación de medios hizo que los individuos involucrados en ese sistema comenzaran a percibir el mundo de una forma distinta.

En primer lugar, el desarrollo del ferrocarril¹⁰ fue encabezado por Gran Bretaña. En 1830 se dio la apertura de la línea ferroviaria entre Liverpool y Manchester. Gracias al nuevo medio de transporte las distancias podían ser atravesadas en un menor tiempo por varios pasajeros. Por lo tanto, esto produjo dos cambios sustanciales para la concepción de mundo de la sociedad europea (y más adelante para los otros continentes). Por un lado, se instauró una nueva idea: la de velocidad. Y por otro, los sujetos comenzaron a concebir el mundo como un lugar más pequeño. Además, el ferrocarril también modificó sustancialmente la vida cotidiana de los individuos europeos quienes ahora debían adaptarse a los itinerarios.

En cada país del Viejo Continente se dio un desarrollo distinto del ferrocarril.

Hacia 1845 ya había en Europa nueve países con ferrocarril (de los que Gran Bretaña había sido gran proveedor de acero y locomotoras); en 1855 eran catorce. Fuera de Europa, donde a menudo Gran Bretaña llevó el negocio del ferrocarril por intermedio de Thomas Brassey (1805-1870), el mayor contratista del siglo XIX, en 1855 había ferrocarriles en cinco continentes (Briggs, y Burke, 2002, 147).

El ferrocarril, como integrante del sistema de comunicación del siglo XIX, ayudó al desarrollo de otros medios. Por ejemplo, a través del ferrocarril muchos editores comenzaron a enviar sus libros a otros países, lo que contribuyó a fomentar un mercado internacional del libro. A su vez, el nuevo medio de transporte fue de gran ayuda para la prensa, ya que a través de éste se comenzaron a mandar reporteros a cubrir noticias de otras localidades. Por consiguiente, el ferrocarril aumentó la velocidad en la que fluía la información, así como también contribuyó a fortalecer el intercambio de información entre diferentes culturas.

¹⁰ En 1774 Watt construyó la máquina de vapor, invento necesario para el desarrollo del ferrocarril.

En segundo lugar, el barco de vapor fue también otro integrante del sistema de comunicación europeo de la época. Este nuevo medio de transporte contribuyó a la realización de viajes transatlánticos en un menor tiempo. “Sólo en 1839, el barco británico *Sirius* realizó un viaje transatlántico completamente a vapor, en dieciocho días y diez horas. Unas horas después, el *Great Western*, construido especialmente para el viaje, llegó a Nueva York desde Bristol en quince días y quince horas” (Briggs, y Burke, 2002, 149).

Por consiguiente, tanto el barco de vapor como el ferrocarril influyeron en que los sujetos europeos de principios del siglo XIX consolidaran la idea de “mundo más pequeño”. Se creó la concepción de un mundo amplio en el que se podía conocer toda una serie de nuevas culturas, noticias e información. Los nuevos medios de transporte son algunos de los elementos del sistema comunicativo que contribuyeron a satisfacer el ansia de conocimiento sobre lo que sucedía en otros lugares.

El ferrocarril, además, funcionaba en conjunto con un nuevo medio de comunicación: el telégrafo¹¹. Estos nuevos medios contribuyeron a relacionar culturas separadas por grandes distancias y a transmitir información de una manera más ágil y aún más novedosa que la transmitida solamente por el ferrocarril. El telégrafo unió mercados nacionales e internacionales, entre ellos las bolsas de valores y los mercados internacionales de bienes. Además, aceleró la transmisión de información pública y privada, local, regional, nacional e imperial. Permitted conocer información acerca de negocios, cuestiones de familia, datos meteorológicos y desastres naturales o provocados por el hombre.

A su vez, el telégrafo aceleró radicalmente la llegada de las noticias a los periódicos. Es decir, influyó en el desarrollo de la prensa. Gracias al nuevo medio de comunicación, se crearon empresas para llevar noticias allende las fronteras. La Agencia Havasm, la primera de ellas, fue fundada en París en el año 1835. En 1851 se fundó la Reuter Telegram Company, por el barón Julios Reuter, en Londres. Por consiguiente, la aparición del telégrafo contribuyó a que la prensa se publicara más rápidamente. En la medida en que había más noticias en un menor tiempo, las publicaciones noticiosas debían salir cada vez con más periodicidad y en un tiraje mayor.

¹¹ Como varias de las invenciones modernas la telegrafía no puede adjudicarse a una sola persona o país. Sin embargo, en 1837 se tiene el registro de que William Fothergill Cooke y Charles Wheatstone, en Gran Bretaña, fueron los primeros en enviar un mensaje a través del telégrafo.

Parafraseando a Marshall McLuhan, el telégrafo permitió, por vez primera, que los mensajes llegaran más deprisa que los mensajeros. Según James Carey, el aspecto más importante del telégrafo consiste en que marcó la decisiva separación entre *transporte* y *comunicación*, pues hasta su aparición, estas palabras eran sinónimas. El telégrafo permitió que los símbolos se movieran de manera independiente a la geografía y al transporte. De hecho, gracias al nuevo medio de comunicación, los mensajes pudieron llegar mucho más rápido que este último (1997, 196).

El telégrafo también influyó sobre el comercio pues al mandar mensajes sobre los precios a distintas ciudades simultáneamente, fijó de manera equitativa los precios en los mercados. Antes, cada ciudad tenía sus precios y los vendedores trasladaban la mercancía de un lugar a otro con el fin de venderla en la ciudad con el precio más alto. El telégrafo hizo que la geografía fuera irrelevante y puso a todo el mundo en el mismo sitio con fines comerciales. “El telégrafo apunta las condiciones de oferta y demanda de todos los mercados a la determinación de un precio” (Carey, 1997, 199). En esa medida, el telégrafo influyó en el desarrollo de otra parte sustancial del sistema de comunicación: el libro. Los libreros ahora podían enterarse de los precios en otras partes y pedir libros por encargo a otros lugares a través del novedoso aparato.

Con el advenimiento del telégrafo, según Thompson, el espacio y el tiempo se habían separado. La separación del espacio y el tiempo preparó el camino para el descubrimiento de la simultaneidad despacializada (Thompson, 1998, 53). Antes de la aparición de medios como el telégrafo, la experiencia de los acontecimientos que ocurrían “al mismo tiempo” implicaba la existencia de un lugar en el que el individuo podía experimentar acontecimientos simultáneos. Es decir que “al mismo tiempo” tenía que implicar necesariamente “en el mismo lugar”. Pero con la acentuada separación del espacio y el tiempo que se originó por el telégrafo la simultaneidad se separó de esa condición de tener un lugar común. Por consiguiente, se pudieron experimentar acontecimientos que sucedían en lugares alejados espacialmente. Así, surgió un sentido del “ahora” que ya no dependía del hecho de estar en un lugar determinado. Antes de la aparición del ferrocarril cada ciudad o pueblo tenía su propio estándar de tiempo local, sin coordinación con los otros. Con el desarrollo de este nuevo medio de transporte creció la necesidad de estandarizar el tiempo a una escala más allá del tiempo local.

Por otro lado, el ferrocarril y el telégrafo ampliaron los horizontes porque permitieron que los individuos conocieran acontecimientos más allá de los cotidianos. La misma función la cumplieron las publicaciones (libros, revistas y periódicos). Lo anterior, según Thompson, permitió que los horizontes espaciales de comprensión se ampliaran porque ya no se necesitaba estar físicamente presente en los lugares en que los acontecimientos ocurrían para conocerlos (Thompson, 1998, 56).

1.2 Circuito comunicativo del impreso

Los impresos—como el libro, la prensa y la novela publicada por entregas— son otra parte sustancial del complejo sistema de comunicación de la Europa de principios del siglo XIX. Como se dijo anteriormente, las publicaciones se relacionan con los otros medios de manera fundamental. El desarrollo de nuevos medios como el ferrocarril, el barco y el telégrafo influyó necesariamente en la producción de los libros, los periódicos y, por consiguiente, en las novelas publicadas por entregas y el folletín.

En la medida en que el enfoque del presente trabajo son las novelas publicadas por entregas, se pretende hacer énfasis en las publicaciones como parte de ese sistema de comunicación. Estudiar el ferrocarril, el barco y el telégrafo permite comenzar a reconstruir el ambiente que se estaba propagando en la Europa durante el siglo XIX: de una vida más rápida, en la que agentes antes lejanos se conectaban. A la vez, se comienza a prever que necesariamente esos cambios influyeron en la forma como se presentaban las publicaciones (formato) y por tanto en su producción técnica, su contenido, su circulación y su apropiación (lectores).

A continuación, se explicará cómo el libro se encuentra inmerso en el denominado *circuito comunicativo del libro*, para, posteriormente, dar cuenta de ese proceso en las publicaciones europeas del XIX. Por último, se ahondará en los impresos de la época para dilucidar el origen y el desarrollo de la novela publicada por entregas y el folletín.

El libro, como una publicación que hace parte del sistema de comunicación europeo, en donde los diferentes elementos que lo componen se relacionan e influyen, hace parte también de lo que Darnton llama el *circuito comunicativo*.

Para Darnton los libros, y los impresos en general, pasan por un ciclo que puede ser descrito como un circuito comunicativo. Tal circuito inicia desde el autor como productor y

continúa con el editor (si el librero no asume ese rol). Posteriormente el texto llega al impresor, luego se distribuye (*shipping*), a continuación lo vende el librero (*bookseller*) y, finalmente, llega al lector. El lector —según Darnton— completa ese circuito porque influye al autor tanto antes como después de la composición. Los autores son lectores de sí mismos. Cuando leen y se asocian con otros escritores construyen sus nociones de género y estilo, así como una noción general de la empresa literaria. Un escritor debe responder en su texto a las críticas que se hayan hecho a su trabajo anterior. O anticipar las reacciones que su texto pueda provocar. Él direcciona, a través de su escritura, a lectores implícitos y oye de lectores explícitos. Entonces el circuito atraviesa un círculo completo. Transmite mensajes, transformándolos en una dirección, mientras éstos pasan del pensamiento al texto escrito, y de allí a caracteres impresos, y luego vuelven, otra vez, al pensamiento. Para Darnton, se debe estudiar cada fase de ese proceso y el proceso como un todo, en todas sus variaciones por encima del espacio y el tiempo y en todas sus relaciones con otros sistemas: económico, social, político y cultural (Darnton, 2002, 10). A lo anterior, se le agrega el estudio de todo el sistema comunicativo del cual ese circuito comunicativo del libro hace parte. Es decir, se entiende el estudio de la historia del libro, de la lectura y la edición, como parte del sistema de comunicación social.

Las preguntas cruciales, a la hora de estudiar ese circuito comunicativo del libro, estarían enfocadas en buscar el sentido, la manera en que se apropian los discursos por medio de la lectura y la forma en que la transmisión de esos discursos construye la realidad de una determinada sociedad. Roger Chartier, por ejemplo, preguntaría sobre cómo la circulación del impreso modificó los pensamientos y las sensibilidades de una determinada sociedad. Sin embargo, hay que pensar no sólo en la materialidad del texto y en la recepción o apropiación del mismo (énfasis que hace Chartier) sino también en el autor, la circulación y el contexto. Es decir, es necesario preguntarse por la manera en que todos esos discursos y prácticas se articulan en un mismo circuito y se interrelacionan para crear un proceso de significación de sentido, de construcción de la realidad de una sociedad.

“La historia del libro, convertida en historia de la edición e historia de la lectura, tiene mucho que enseñar sobre la forma en que se transformaron las condiciones del ejercicio del poder, las discrepancias entre los grupos y las clases, las prácticas culturales y las formas de estar en sociedad” (Chartier, 1994, 36). A su vez, el teórico considera que

“comprender la forma en que una nueva manera de estar en el mundo ha podido imponerse a una sociedad entera exige por tanto prestar atención a los lugares sociales que la comunican (la corte, la familia, la escuela, la iglesia), pero también a los libros que la transcriben y transmiten, y a sus usos” (1994, 36).

Chartier insta un concepto que será fundamental a la hora de entender los diferentes procesos de producción de significado y, por tanto, de construcción de realidad, para desentrañar las diferencias de las novelas publicadas por entregas y el folletín en Bogotá con respecto a las europeas: el de apropiación. Según el teórico, esta idea “permite pensar las diferencias en la división, porque postula la invención creadora en el corazón de los procesos de recepción” (Chartier, 1994, 53). Para el historiador, se trata de “caracterizar unas prácticas que se apropian de manera diferencial de los materiales que circulan en una sociedad dada” (1994, 53). La apropiación de los discursos será, entonces, diferente en cada cultura y cada contexto, y fundamental para dar cuenta de la manera en que una sociedad teje su propia realidad.

En ese sentido, el análisis de todo el circuito comunicativo del libro no se limita sólo al estudio de un formato y sus características. Implica dar cuenta de los discursos que circulaban en una colectividad. Es decir, se respondería a las preguntas cruciales para Foucault en *El orden del discurso*: qué discursos están detrás del texto y en qué discursos está inscrito el texto. Para Foucault, los discursos tienen significado, fuerza y efecto dentro de lo social. No son el reflejo del mundo sino que participan en la construcción del mundo. Según el filósofo los discursos necesitan espacios de circulación. Sin embargo, esos espacios no los reciben de manera pasiva, sino a través de una situación activa. Por lo tanto, el discurso también tiene efecto dentro del contexto.

Para el teórico “los discursos deben ser tratados como prácticas discontinuas que se cruzan, a veces se yuxtaponen, pero que también se ignoran o excluyen” (Foucault, 1987, 53). A su vez, considera que “es necesario concebir el discurso como una violencia que se ejerce sobre las cosas, en todo caso como una práctica que les imponemos; es en esta práctica donde los acontecimientos del discurso encuentran el principio de su regularidad” (Foucault, 1987, 53). Según el autor, el discurso es el que produce la realidad.

Todo sistema comunicativo, entonces, contribuye a construir la realidad de una sociedad. Por lo tanto, a través de ese sistema circulan unos determinados discursos y unas

determinadas prácticas. Las prácticas, las apropiaciones, dan cuenta de la forma en que la sociedad entiende su propia experiencia (Darnton, 2003, 372).

Por eso Clifford Geertz, antropólogo, apunta a un concepto de cultura esencialmente semiótico, pues él mismo afirma: “creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones” (1997, 20). Geertz afirma que el análisis cultural debe consistir en desentrañar las estructuras de significación y en determinar un campo social y su alcance. Por lo tanto, el estudio de ese circuito comunicativo del libro, dentro del sistema comunicativo general, debe apuntar a buscar esa “urdimbre” en la que está inmersa determinada sociedad. Un tejido que no es más que un entramado de significación (de prácticas, apropiaciones y discursos) que apunta a entender la manera como concibe determinada sociedad su universo. Precisamente, porque una cultura sería la construcción de una ficción (significación), y ésta es una forma narrativa que se produce desde un punto de vista. Por consiguiente, toda cultura es un punto de vista, una forma particular de ver el mundo y, por tanto, de construir sentido.

El presente trabajo se instaura dentro de los estudios postestructuralistas que consideran la realidad como una construcción. Según los teóricos, el lenguaje no nombra al mundo, sino que uno vive el mundo a través del lenguaje. En la medida en que se piensa y observa, se construye el mundo. Por lo tanto, los medios de comunicación no sólo “transmiten” información, sino que construyen realidad en la medida en que están atravesados por diferentes discursos (es decir, atravesados por el lenguaje): los del contexto social e histórico del cual hacen parte, los del autor, los del lector, etc. Gracias a los estudios postestructuralistas se entiende que la realidad de una sociedad está construida por una variedad de interacciones, relaciones, que el estudio de cualquier medio de comunicación debe tener en cuenta. Más aún, cuando el medio se distancia históricamente de quien lo estudia. En esa medida, el análisis de los impresos del XIX permite estudiar y tratar de reconstruir la sociedad que los creaba y apropiaba.

Es necesario aclarar que uno de los objetivos fundamentales del presente trabajo consiste en estudiar la manera en que los miembros letrados de la Bogotá del siglo XIX buscaron construir su propia realidad, su propia urdimbre, a partir de los impresos y

particularmente a partir de las novelas por entregas. Es decir, no se analizará la manera en que los campesinos, indígenas y esclavos (los otros miembros de la sociedad bogotana) construían su realidad porque el grupo principal que trabajaba con los impresos era el de los letrados. A su vez, se estudiará la manera en que los participantes de la colectividad letrada se apropiaban de los textos en comparación con la forma en que los europeos de varias clases sociales leían los impresos. Por lo tanto, se investigarán las construcciones, representaciones y la realidad social de la élite letrada, más no de los otros miembros de la colectividad bogotana.

En el presente escrito, se considera que un medio de comunicación (en este caso particular, los impresos) debe ser estudiado como un ente integral de la sociedad de la cual hace parte. No se trata de analizar el medio como un agente separado y cerrado. No se puede estudiar solamente el formato (aunque su análisis particular sea necesario). A su vez, tampoco se puede analizar solamente a las audiencias (énfasis que en general se hace en los estudios de comunicación). El medio, como primera medida, debe analizarse en su relación con otros medios. En el caso del presente trabajo, se ha usado, por eso, el término sistema de comunicación, para evidenciar cómo un medio de comunicación no funciona de manera aislada.

Por otro lado, el medio debe considerarse como una materialidad cruzada de discursos que será apropiada de una forma particular en determinada sociedad. Se llama medio a la acción por medio de la cual una práctica comunicativa toma forma en una materia, en un canal. Una materialidad, que se forma y transforma de acuerdo con los otros agentes del proceso: autor, editor, lector (en el caso del medio libro)... Un canal que, a su vez, contribuye a transformar o perpetuar discursos en una determinada sociedad; una forma en la que se pueden observar esas relaciones.

De hecho, los impresos no sólo hablan de la sociedad de la cual hacían parte gracias a su contenido. También se entiende esa sociedad cuando se estudia el formato, la tipografía, el papel, etc. A su vez, las prácticas de apropiación de los lectores frente a los textos del XIX hablan de la construcción que hacía esa sociedad de la realidad.

Por consiguiente, en la medida en que los medios de comunicación son canales que transportan representaciones y estilos de vida, su análisis permitirá dilucidar las necesidades de un determinado grupo social para mantenerse el orden, así como los actos

marginales. Los medios están atravesados por los discursos que se encuentran construyendo la sociedad, entre otros, los discursos de legitimidad.

(...) esta voluntad de verdad, como los otros sistemas de exclusión, se apoya en una base institucional: está a la vez reforzada y acompañada por una densa serie de prácticas como la pedagogía, el sistema de libros, la edición, las bibliotecas, las sociedades de sabios de antaño, los laboratorios actuales. Pero es acompañada también, más profundamente sin duda, por la forma que tiene el saber de ponerse en práctica en una sociedad, en la que es valorado, distribuido, repartido, y en cierta forma atribuido (Foucault, 1987, 22).

Hay que entender, entonces, el proceso comunicativo que se genera a través de los medios como un espacio de relaciones e interacciones de las representaciones (construcciones) propias de una determinada sociedad. El impreso es intervenido y modificado por decisiones sociales, políticas, económicas y culturales. Por lo tanto, al estudiarlo, hay que tener en cuenta sus prácticas y usos. El estudio de un medio de comunicación, por tanto, debe estudiar el formato, el contenido, la transformación material del medio, sus usos y apropiaciones. A su vez, debe estudiar el cambio que produce la circulación de los discursos que propaga, o la manera en que contribuye a perpetuar discursos.

Por lo tanto, en el presente trabajo, se entiende que el libro hace parte de un circuito comunicativo en el que todas las partes influyen para la construcción de sentido: el productor, la materialidad, el contenido, el receptor (prácticas de apropiación y adecuación) y el contexto social e histórico. Se considera que todos los elementos del proceso comunicativo son igual de importantes: tanto el medio, como el productor, como el receptor, como el texto o contenido. Por eso, para Darnton, es necesario estudiar todas las partes del circuito del libro porque “the parts do not take their full significance unless they are related to the whole” (Darnton, 2002, 11). A través de todas las partes del circuito van pasando discursos que configuran y construyen la propia realidad de una sociedad. Simultáneamente, se considera que todas las partes de ese circuito comunicativo del libro están enmarcadas en su propia mundaneidad.

En este punto, es importante tener en cuenta la visión que tiene Said en *El mundo, el texto y el crítico* de los textos. Para el teórico, tanto el texto, como el lector, como el autor tienen su propia mundaneidad. Por tanto, quien los estudie, debe tenerla en cuenta. El texto, que es lo mismo que el otro, exige ser leído en cierta forma. La mundaneidad del texto no es sólo el contexto histórico en el que se dio, sino también, las diferentes lecturas que el

texto ha tenido. Importa entonces tanto la mundaneidad como la forma en que el texto se ha puesto en el mundo. Said se preguntará, al igual que Foucault, por qué discursos hay en el texto, así como por en qué discursos se ha leído el texto. En esa medida, la obra es un espacio de negociación. Por lo tanto, al tratar de leer los discursos de un texto, quien lee debe aceptar que está en otro discurso (es decir, el lector también tiene su propia mundaneidad).

Así, se entiende que el medio influirá en el contenido y viceversa. El contexto influirá en el medio y el contenido. El productor influirá en el contenido, etc. Todos los factores están íntimamente relacionados. No se puede pensar que hay uno más importante. El estudio de la comunicación, claro está, parte del medio (en este caso, la novela publicada por entregas) pero no se debe limitar al mismo. Debe estudiar todos los agentes y sus relaciones, sin dar prioridad a ninguno, sino pensando en que todos contribuyen a una determinada construcción de sentido, y por tanto, a una determinada construcción de realidad. Además, debe entender la mundaneidad de cada una de las partes.

Lo interesante, en el caso del presente trabajo, es tener en cuenta lo anterior para dilucidar cómo el estudio de un determinado medio permite adentrarse en la manera en que una sociedad construía realidad y por tanto, su propia experiencia. En el caso de los impresos de Bogotá de mediados de siglo (capítulos II y III) se estudiarán todas las partes del circuito comunicativo haciendo énfasis en la forma en que los grupos letrados construían su propia realidad a través de los impresos (legitimando su posición de grupo privilegiado). A la vez, en la medida en que los datos recogidos lo permitan, se analizará la forma en que los letrados se apropiaban de esos textos.

1.3 Impresos en la Europa del siglo XIX

El siglo XIX europeo fue una época de grandes cambios, sobretodo para los sistemas de comunicación. La Revolución Francesa, la Industrial, el surgimiento de una ideología liberal, la expansión de la población y la enseñanza tuvieron influencia tanto en el contenido, como en la estructura del libro, así como en las diferentes publicaciones. Es decir, los diferentes discursos que circulan en la sociedad, necesariamente implicarán modificaciones en el formato y contenido del libro. A su vez, el desarrollo de los otros medios del sistema comunicativo influirá tanto en el contenido como en la forma del libro.

Por último, el nuevo público lector exigirá transformaciones tanto en el contenido, como en la transformación del libro. Y, por tanto, la apropiación que harán del impreso los sujetos en el Viejo Continente, será diferente.

Una de las transformaciones fundamentales en el siglo XIX europeo fue la creación de un nuevo público lector, constituido por las mujeres, los niños y los obreros. El nuevo público surgió gracias a varios factores. En primera instancia, por los desplazamientos de campesinos a la ciudad en busca de mejores oportunidades en las fábricas. En esa medida, los obreros entraron a hacer parte del panorama urbano y empezaron a acceder a ese mundo ágil y veloz del ferrocarril, el barco, el telégrafo y las máquinas. En segunda instancia, se empezó a dar un incremento masivo en la alfabetización. En la Francia revolucionaria, por ejemplo “cerca de la mitad de la población masculina leía y aproximadamente 30% de las mujeres” (Lyons, 2004, 541). Por su parte, Gran Bretaña contaba en 1850 con un 70% de hombres y un 55% de mujeres lectores. Para 1890 se había alcanzado un índice del 90% en Europa occidental y las diferencias entre hombres y mujeres habían desaparecido.

La expansión masiva de la alfabetización se vio acompañada por los esfuerzos de ampliar la educación primaria. Sin embargo, según Lyons “el progreso educativo tendía a seguir más que a preceder a la expansión del público lector. En Inglaterra y Francia, la educación primaria sólo llegó a ser efectivamente libre, general y obligatoria a partir de la década de 1880, cuando dichos países estaban ya prácticamente alfabetizados” (2004, 542).

Chartier afirma que la escuela (aunque no sólo ella) alfabetizó a los franceses en el siglo XIX. El aumento de la alfabetización, para el historiador, hizo “del saber leer una competencia casi universal. El niño, la mujer, el pueblo, esas tres figuras fundamentales de la mitología del siglo XIX, simbolizan perfectamente esas nuevas clases de consumidores de impresos, deseosos de leer por placer, o por instrucción, por diversión, o por estudio” (1994, 28).

A su vez, otro factor fue decisivo para que ese nuevo público leyera: la reducción paulatina de la jornada laboral. Esto hizo que en sus ratos de ocio los obreros buscaran satisfacer su curiosidad, sobretodo con textos que pueden ser considerados como el inicio del género fundamental para el nuevo público: la novela barata.

Otro de los elementos claves para la creación del nuevo público fue el interés que se empezó a gestar por el niño. Con la denominada por Philippe Ariès “invención de la

infancia” se creó conciencia de la niñez y adolescencia como etapas específicas de la vida con sus propios problemas y necesidades. A principios del siglo XIX el lector infantil se reconoció únicamente con el fin de imponerle un código moral estricto. Sin embargo, paulatinamente creció una marcada atención por ese nuevo público. Con el romanticismo alemán y la idea de volver a las raíces floreció la recopilación de relatos orales como la que hicieron los hermanos Grimm, que posteriormente fueron adaptados a las exigencias del público infantil.

Gracias al nuevo público lector, el libro dejó de ser un instrumento al que sólo accedía una minoría culta, adinerada y poderosa. En esa medida, los editores se afanaron por acceder a otros sectores de la sociedad que antes no lo disfrutaban.

Por lo tanto, uno de las partes del circuito comunicativo del libro que se transformó de manera radical fue la de los lectores. En la medida en que el libro dejó de ser un privilegio de una élite, su materialidad se transformó, al igual que su apropiación. Los textos se hicieron pensando en una mayoría que tenía otras necesidades y exigencias. Este hecho será fundamental para entender por qué se da la “moda” de la novela por entregas y el folletín en Europa, a la vez que da luces para entender que, en cambio, en Bogotá, el proceso de apropiación de los textos será muy diferente.

Muchos de estos nuevos lectores carecían de altos ingresos, por lo que los editores e impresores tuvieron que buscar afanosamente cómo bajar el precio. Hubo dos formas de hacerlo: a través del aumento de las tiradas, así como con un mayor del rendimiento de la producción, gracias a varias innovaciones técnicas.

Una de las primeras transformaciones se dio en el papel. En primera instancia, se cambió el trapo —que escaseaba— por la pasta de madera. En 1710 ya el francés Reamar había recomendado utilizar la pulpa de madera para la utilización del papel, pero fue hasta 1843 que el alemán Friederich Gotthob Keller produjo el primer papel con base en dicha pulpa. En segunda instancia, se fabricó una hoja continua gracias a la máquina de fabricación de papel del francés Nicolás Luis Robert en 1798, en el molino de Essones, perteneciente a la familia Didot. Éste último llevó el invento a Inglaterra y las primeras máquinas de papel se empezaron a producir gracias a los hermanos Fourdrinier.

Por otro lado, la necesidad de los periódicos de publicar rápidamente y en grandes cantidades llevó a que los impresores buscaran avances técnicos en la impresión. En esa

medida, se observa cómo los diferentes elementos del sistema comunicativo se influyen unos a otros. La idea de mundo más veloz y abarcable que trajeron consigo el ferrocarril, el barco y el telégrafo, influyó en el desarrollo de las técnicas de impresión. Los periódicos debían solucionar el problema de publicar noticias en un menor tiempo y en mayor cantidad porque la sociedad del XIX lo exigía. Por eso el conde Stanhope aumentó el rendimiento de la vieja prensa de madera para aumentar la velocidad a la impresión de *The Times*, periódico fundado a finales del siglo XVIII en Inglaterra, así como para permitir imprimir de una sola vez la totalidad de la composición. Sin embargo, fue el alemán Friederich Koenig quien inventó una máquina movida por vapor totalmente automática, que sólo necesitaba de dos hombres para funcionar y que imprimía 1.000 hojas por hora (frente a 150 que se imprimían antiguamente).

Algunos impresores que preveían nuevas ediciones de ciertos libros, buscaron conservar la composición mediante un molde. Se intentó con varios materiales hasta que se encontró el adecuado: el cartón. “La estereotipia hizo posible las grandes tiradas de los periódicos, pues simultáneamente varias máquinas podían estar imprimiendo el mismo texto, pero también se usó generosamente en la impresión de libros cuyas ediciones nuevas eran previsibles” (Escolar, 1993, 554).

En el siglo XIX hubo dos necesidades con respecto a la creación de máquinas para impresión: una para la fundición de tipos y otra para la composición. La primera fue creada por un empleado de *The Times*, Friederich Wick, que podía fabricar 60.000 tipos al día. La segunda era una exigencia fundamental en la prensa, preocupada por difundir rápidamente noticias. La primera máquina de componer fue producida por James Young y Adrien Delcambre en 1840. En 1886 Ottmar Mergenthaler creó la linotipia, que permitía imprimir conjuntamente la fundición de tipos y la composición de líneas. El primer periódico que la usó fue el *New York Tribune*.

Por lo tanto, los diferentes discursos que circulaban en la sociedad europea (como el capitalismo en marcha, el auge del pensamiento y la innovación científica), y las nuevas transformaciones en la sociedad (como la nueva importancia a sectores antes marginados) influyeron en que se dieran transformaciones en la materialidad del impreso y, por tanto, en el circuito comunicativo del libro y los impresos en general.

En cuanto al contenido del libro, éste se transformó de forma radical. Ya no tenía como principal objetivo conservar el pensamiento y memoria de la humanidad, sino que tenía la función de ser un medio de información reciente, ya fuera de noticias o de pensamiento científico. Por lo tanto, los cambios en el sistema comunicativo en general, afectan a las partes del mismo. El libro, como parte de ese sistema comunicativo, debía responder a las exigencias de la nueva sociedad de la que hacía parte. El mundo ágil, no sólo influyó en los cambios en la impresión (que debía ser más rápida y de mayores tirajes) sino también en el mismo contenido del libro, que debía estar acorde con la sed de novedad tan característica del siglo XIX europeo.

El pensamiento científico fue fundamental para construir el nuevo universo de la sociedad europea de la época, pues contribuyó a crear todas las innovaciones técnicas exigidas por ese nuevo mundo. En esa medida, la investigación científica dejó de ser estática y cerrada. Por consiguiente, los diferentes avances se publicaban a manera de libros para ser difundidos a las personas que se encontraban en ciudades lejanas, interesadas en los mismos temas y nuevos hallazgos.

En general, ya no se dio tanta importancia a la literatura clásica y medieval, sino a los autores contemporáneos porque hablaban sobre temas que interesaban a los nuevos lectores, ávidos de entretenimiento y conocimiento. Los autores de la época fueron conscientes de lo que quería leer el nuevo público, por eso, a través del género de la novela, se adaptaban a los gustos de moda. De hecho,

el nuevo público devoraba novelas baratas. En el siglo XVIII la novela no se consideraba un género artístico respetable, pero en el primer cuarto del siglo XIX su estatus ya se había afianzado. Se convirtió en la forma literaria propia de la burguesía en ascenso. En los primeros años del siglo XIX, la novela impresa rara vez alcanzaba tiradas que superasen los 1.000 o 1.500 volúmenes. Hacia 1840, las ediciones de 5.000 copias eran más comunes, mientras que en la década de 1870, las ediciones más baratas de Julio Verne poseían tiradas de más de 30.000 ejemplares. En los años veinte y treinta del siglo Walter Scout aportó lo suyo para encumbrar a la novela como género, convirtiéndose en un éxito de alcance internacional. Hacia 1870 Julio Verne empezó a ser conocido entre la masa lectora, que hizo de él un coloso en el mercado de la literatura de ficción. La producción en masa de obras de ficción baratas incorporó nuevos lectores al público lector y confirió una mayor homogeneidad y unidad a este último (Lyons, 2004, 542).

Lyons cuenta que en los años 80 y 90 del siglo XIX “más de la mitad de los libros solicitados en las bibliotecas municipales parisinas eran novelas. Los bibliotecarios subvencionados por la Société Franklin se quejaban regularmente de que sus clientes rechazaban las obras serias decantándose por Alejandro Dumas o por el *Notre Dame de Paris* de Hugo” (2004, 576).

Para Romero Tobar "la novela, desde sus orígenes, es el género literario popular por excelencia, lo que quiere decir que los volúmenes de novelas son muy abundantes y que, por tanto, llegan a gran número de lectores" (1976, 111). La anterior afirmación es fundamental para entender el gusto del siglo XIX europeo por la novela. Para muchos autores, la novela es el género moderno por excelencia. Por su fácil acceso a diferentes capas sociales, la novela será lo que exija el público pues se ajusta al gusto de todo lector en el siglo XIX europeo. La forma literaria más creativa de la prosa del siglo XIX fue la novela, palabra que no se impuso definitivamente hasta finales del siglo XVIII, cuando ya se habían editado muchas obras de este género. Daniel Defoe (1660-1731), autor de *Robinson Crusoe* se había centrado en lo nuevo ("original") y lo "extraño y sorprendente"¹². El formato de la novela por entregas y el folletín permitirá, a su vez, que ese género tan aclamado llegue a gran número de lectores.

Las novelas eran leídas no sólo por los obreros, la burguesía y la aristocracia, sino también por las mujeres, público que, como se ha visto, también se consolidó en este siglo. Las mujeres se interesaban —fundamentalmente— por la novela popular barata. Lyons advierte cómo aunque las mujeres no eran las únicas que leían novelas, sí se les consideraba el primer objetivo de la ficción popular y romántica. En general, se pensaba que la mujer prefería la novela por ser un individuo frívolo, emocional, y de poca capacidad intelectual. En ese sentido, la novela exigía poco y sólo buscaba entretener, fórmula equivalente al ser de la mujer. Además, la novela pertenecía al ámbito de la imaginación y la intimidad, por lo que se asociaba con el género femenino, mientras que los periódicos informaban acerca de los sucesos públicos, relacionados con el masculino. Por eso, para las nuevas lectoras se escribieron muchas narraciones sentimentales e ilustradas. A su vez, también surgieron nuevas autoras como las hermanas Brontë, Jane Austen y Madame Stäel.

Según Chartier, a principios del siglo XIX, en Francia, aumentó el número de títulos publicados anualmente, aunque las tiradas continuaron siendo modestas. El historiador afirma que a mediados del siglo XIX, la tirada media era de aproximadamente 3.000 ejemplares. Los títulos publicados seguían siendo los tradicionales. "Entre 1816 y 1850, por ejemplo, los tres *best-sellers* de la edición francesa son las *Fábulas* de La Fontaine (con

¹² Esa necesidad de novedad se empieza a observar en Inglaterra con obras posteriores a la de Defoe como *Amelia* de Henry Fielding, o la *Pamela* (1741) de Samuel Richardson, que serán influencia fundamental para las novelas publicadas por entregas suramericanas.

casi 750.000 ejemplares publicados), el *Catecismo histórico* del abate Fleury (cerca de 700.000 ejemplares) y más tarde el *Telémaco* de Fenelón (cerca de 600.000 ejemplares)” (Chartier, 1994, 21). Con las innovaciones técnicas como la linotipia y la monotipia y las nuevas técnicas de composición e ilustración la producción cambia a 2.000 títulos anuales a mediados de siglo, hasta llegar a 15.000 ejemplares a finales (Chartier, 1994, 21).

En la medida en que la sociedad se transformaba, los discursos en que se inscribían los impresos debían cambiar. Por eso el contenido del libro se transformó radicalmente: pensamiento científico novedoso y entretenimiento a través de la novela, no son más que la manifestación de una sociedad cambiante, de una sociedad que empezaba a construir su universo influenciada por el pensamiento capitalista y en la que nuevos actores, antes eliminados, comenzaban a evidenciarse (burguesía, obreros, mujeres y niños). El contenido del libro, como parte del circuito comunicativo, se transformaba porque la sociedad comenzaba a construir su realidad de manera diferente.

Paulatinamente se fue destacando la figura del editor sobre la del impresor y sobre la del librero. El impresor se dedicó a los trabajos de encargo y el librero perdió interés por las arriesgadas y caras empresas editoriales y se dedicó a distribuir las obras dejadas en depósito por el autor-editor.

Según Chartier, la edición como una profesión autónoma, apareció en Francia alrededor del año 1830. Para que eso sucediera, el editor tuvo que emanciparse del comercio de librería y, simultáneamente, debió encargarse la totalidad del proceso de fabricación de un libro (elección de un manuscrito, soluciones técnicas, opciones estéticas y decisiones comerciales) a un solo hombre. Para Chartier, la aparición de la figura del editor estuvo íntimamente relacionada con el éxito del libro ilustrado que exigía, más que los otros libros, una unidad clara del proyecto y su ejecución. En el año 1839, el editor León Curmer lo atestigua al dirigirse al jurado de la Exposición de productos de la industria francesa:

El comercio de librería, como se entiende por regla general, no consiste en otra cosa que en un intercambio de dinero por hojas impresas que el encuadernador entrega después en volúmenes. La librería considerada desde este punto de vista había perdido el carácter intelectual que nuestros antepasados habían sabido darle [...]. La librería ha alcanzado hoy otra importancia, y lo debe a la profesión de *editor* que ha llegado a implantarse en ella desde la introducción de los libros ilustrados [...]. El editor, intermediario inteligente entre el público y todos los trabajadores que concurren en la confección de un libro, no debe ser ajeno a ninguno de los detalles del trabajo de cada una de esas personas [...]. Esta profesión es más que un oficio, se ha convertido en un arte difícil de ejercer, pero

que compensa ampliamente de las molestias que causa con los goces intelectuales de cada instante (Chartier, 1994, 32).

El editor tuvo que recurrir a medios publicitarios para dar a conocer los libros a un público que aumentaba constantemente y muchas veces estaba en otras ciudades. Por eso distribuyó carteles, anuncios y gacetillas en la prensa. De la misma forma publicó catálogos, envió viajeros por provincias interiores y designó librerías sucursales o representantes. Por último recurrió al servicio del depósito, es decir, a enviar los libros a un librero que los iba liquidando en la medida en que los fuera vendiendo. Muchas de estas actividades se vieron favorecidas por el ferrocarril y los nuevos medios de transporte de carretera.

El editor usó la suscripción como un recurso constante para tratar de salvar las inversiones de larga recuperación que exigía la publicación de libros. Sin embargo, este recurso sólo podía usarse con obras de muchos volúmenes; con colecciones de libros literarios, históricos o de carácter científico o con las obras completas de un autor. La suscripción permitía que el editor tuviera ingresos previos a la puesta en venta, lo que ayudaba a que se disminuyera la inversión, así como el riesgo, pues si la suscripción no era suficiente se podía suspender la publicación. A su vez, la suscripción permitía a los compradores fragmentar el pago y —cuando la obra era importante— figurar en la lista de suscriptores.

1.3.1 Búsqueda de más lectores y menores precios: la prensa

Todos los fenómenos anteriormente nombrados, como ya se ha empezado a anotar, contribuyeron a que la prensa se desarrollara afanosamente y adquiriera miles de lectores. La prensa debía satisfacer el apetito de los nuevos y viejos lectores de saber el desarrollo de los hechos de otros lugares del mundo, precisamente porque éste se había vuelto pequeño: ya no sólo importaba lo que sucediera localmente, sino nacional o internacionalmente.

La prensa inglesa fue la pionera en la primera mitad del siglo. *The Times* —como ya se ha visto, precursor en las innovaciones técnicas— había sido fundado, a finales del siglo XVIII, por John Walter, con la pretensión de ser independiente de los partidos políticos. Comprendieron la sed de noticias de su público y por tanto se preocuparon por obtener noticias con rapidez utilizando correos privados o corresponsales fijos en el extranjero. Su público eran las clases pudientes, por lo que el precio era elevado.

Los periódicos ingleses tuvieron que soportar la imposición de tasas especiales por parte de las autoridades políticas, que intentaban dar cierto control a la proliferación de periódicos que se estaba dando en Gran Bretaña. Según Thompson “para 1750 Londres tenía cinco periódicos diarios consolidados, seis trisemanarios, cinco semanarios, y varios periódicos de temas económicos que, juntos, sumaban una circulación total de alrededor de cien mil copias por semana” (1998, 99). Las tasas, denominadas “impuestos del conocimiento” eran una forma de restringir la producción y desbancar a los periódicos más marginales, a la vez que se intentaba obtener un incremento a los ingresos para la Corona. Para 1830, por causa de los impuestos, los diecisiete diarios londinenses tenían un total de 40.000 suscriptores, comparados con los 60.000 de París. Sin embargo, se levantó una lucha por la libertad de prensa por causa de los impuestos. “No fue hasta la década de 1830 que las tasas se redujeron de manera paulatina, y alrededor de 1860 quedaron finalmente abolidas” (Thompson, 1998, 99).

Por su parte, en Francia los periódicos dependían de la tolerancia o represión de los gobiernos. “Durante mucho tiempo la prensa experimentó un progreso claro, aunque definido: hacia 1830 *Le Constitutionnel* tenía 20.000 suscriptores, el extremadamente monárquico *Quotidienne* 6.500 y el *Journal des débats* 12.000” (Williams, 1992, 39).

En el año 1835 se produjo en Francia un cambio en la orientación de la prensa, que ya no sólo satisfacía a la burguesía ascendente sino también a un sector del nuevo público lector, como los obreros. Emile de Girardin publicó el periódico *La Presse* a mitad de precio. Su incentivo fue la seguridad de que el poco costo atraería más compradores, y — por consiguiente— más anunciantes. “Muy pronto alcanzó una circulación de 20.000 números y un periódico rival, *Le Siècle* que copió sus métodos y tuvo la ventaja de ser el segundo en este campo, rápidamente llegó a 40.000. Hacia 1846 los veinticinco diarios parisinos tenían 180.000 suscriptores” (Williams, 1992, 40).

Una de las estrategias que siguieron editores como Girardin para atraer suscriptores (y por tanto, pauta publicitaria) fue la adaptación de las técnicas editoriales de los periódicos ingleses populares, entre otras, la utilización de la novela por entregas, que apareció por primera vez en Inglaterra con la de publicación de *Robinson Crusoe* en 1719 (Williams, 1992, 40).

Girardin y su competencia, utilizaron a los autores contemporáneos más leídos por el público para escribir columnas o novelas que se publicaban por entregas, como eran Chateaubriand, Victor Hugo, Balzac, George Sand y Eugène Sue, que gradualmente tuvieron que modificar sus escritos a pedido del público. En esa medida, una decisión como la de Girardin, tuvo en cuenta a un nuevo sector de la población que se empezó a incluir en el público lector: los obreros, que preferían la lectura amena y económica.

También comenzaron a aparecer en la década de 1830-1840 los periódicos ilustrados como el *Penny Magazine* (1830), el *Pfenning magazin* (1833), *Caricature y Charivari* (1832), *Punch* (1841), *Illustrated London News* (1842) e *Illustration* (1843).

En Inglaterra la prensa barata surgió hasta la década del cincuenta, cuando se suprimieron los impuestos. El primer periódico de penique fue el *Daily Telegraph*, que le daba prioridad a la noticia breve facilitada por el telégrafo y por las agencias de noticias, que, como ya se ha explicado, se crearon gracias al nuevo medio de comunicación: Havasm, Reuter y Wolf, en Francia, Inglaterra y Alemania, respectivamente.

En la segunda mitad del siglo la prensa experimentó un crecimiento acelerado por causa de la gran cantidad de nuevos lectores. Los periódicos, entonces,

fueron adaptando su contenido a la preparación y gustos de la mayoría (noticias breves, atención especial al sensacionalismo, novela folletín, información deportiva, etc.) sin renunciar a editoriales señalando la opinión del periódico o de columnistas ilustres, ni a comentarios largos firmados sobre temas que podríamos considerar de cultura superior o al menos de extensión cultural. En esta caza del lector, los periódicos recurrieron también al premio a través de concursos. Consecuentemente, antes de terminar el siglo, hubo periódicos que alcanzaron tiradas de un millón de ejemplares (Escolar, 1993, 568).

1.3.2 El folletín y la novela por entregas

En ese mundo ágil del siglo XIX que se ha venido caracterizando, surgieron dos nuevas formas de publicación que responden a ese contexto específico: el folletín y la novela por entregas.

El origen de la forma de publicación denominada “folletín” es francés, apareció cerca de 1790 y nació como un espacio en la prensa, exactamente, en la parte inferior de los periódicos. Su principal característica consistía en presentar un contenido diferente al político, es decir, al del periódico en general. Por consiguiente, en sus primeras apariciones el folletín muchas veces se titulaba “variedades”, la idea consistía en presentar un contenido ameno y entretenido. No había una regla específica en cuanto a su variedad “artículos de

costumbre, economía doméstica, higiene, policía urbana... novedades de la corte y de los espectáculos... toros, [era] la enumeración de las materias susceptibles de tener cabida en el folletín del *Diario de Madrid* (2/6/1839)” (Magnien, 1995, 17). Esta clasificación no era muy diferente a la de otros periódicos. Generalmente, ese espacio se separaba de otras secciones del periódico por medio una gruesa línea negra. Muchas veces, el espacio del folletín, por estar aparte del resto del periódico, se podía cortar y coleccionar. Posteriormente, se publicarán en esa sección pequeñas novelas cortas y cuentos. El espacio cada vez más se relacionará con publicaciones literarias hasta que, gracias al éxito de Girardin, será el espacio predilecto para publicar fragmentos de una novela, que se continuarán cada nueva edición del periódico.

Hauser considera que el espacio del folletín se originó alrededor de 1800. Para el historiador los periódicos franceses de la época eran muy limitados e insuficientes por causa de la censura. Por consiguiente, publicaban un suplemento literario para entretener a los lectores. En un principio, se editaban crónicas de la vida social y artística. Posteriormente, durante la Restauración, se desarrolló un suplemento realmente literario, generalmente con narraciones y descripciones de viajes (1830). Con el tiempo, se publicarán sólo novelas (1840) (s.f, 991).

Según Hauser, la idea de publicar novelas por entregas en el espacio del folletín del periódico procede de Verón, que la realizó en su *Revue de París* fundada en 1829. Buloz tomó de él la idea en la *Revue des Deux Mondes* y publicó de esta forma novelas de Balzac entre otras (s.f, 991). Según Romero (1976, 54) y Núñez (1997, 76), será el periódico el *Journal des débats* el primero que incluya, con el título *Le feuilleton du Journal des débats*, el espacio de folletín, en la parte inferior del periódico, dividido por una gruesa línea negra. Para Romero Tobar, “la primera novela a folletonada de los periódicos franceses es la traducción del *Lazarillo*, publicado en *Le Siècle* de Dutacq a partir del 5 de agosto de 1836”¹³ (1976, 59).

A partir de la información recogida hasta el momento se puede afirmar que en Francia, a finales del siglo XVIII, se empezó a consolidar ese espacio inferior del periódico como una sección de variedades y con el paso del tiempo, se relacionó solamente con la

¹³ Para mayor información véase: *Évolution du roman social*, Reims, 1908, y Nora Atkinson, *Eugène Sue el le roman feuilleton*, París, 1929.

publicación de una novela dividida en entregas o fragmentos que se publicaba en la sección de folletín. Sin embargo, según Lecuyer y Villapadiera “a finales del siglo XVIII, ya podían leerse en la prensa española obras literarias reproducidas por fragmentos” (1995, 18). Por otro lado, en el caso inglés, según Raymond Williams, la novela a entregas apareció por primera vez en Inglaterra en 1719 con *Robinson Crusoe* (1992, 40).

La innovación del espacio del folletín en el periódico consiste en que “esta forma de edición literaria va a generalizarse y, al especializarse en relatos en prosa y al adoptar una periodicidad más regular, generará profundos cambios tanto en el comportamiento de los lectores como en la estructura narrativa de las obras publicadas” (Magnien, 1995, 18).

Sin duda alguna, quien contribuyó a relacionar el espacio del folletín con la novela por entregas fue Emile de Girardin. Como se explicó anteriormente, el editor fundó el periódico *La Presse* en 1835, cuya principal característica fue la de adquirirse a la mitad del precio de sus rivales (fija el precio de suscripción a cuarenta francos anuales). Para lograrlo, Girardin debía conseguir una gran cantidad de lectores, y por tanto, una gran cantidad de pauta publicitaria. Una de las estrategias del editor consistió en incluir en *La Presse* novelas que se publicaban por entregas en el espacio que daba el folletín a los autores más exitosos y queridos por los lectores. Por ejemplo, gracias a Balzac con *La Vieille Fille*, *La Femme Supérieure*, en pocos meses *La Presse* tenía más de 10.000 suscriptores. Por su parte, *Le Siècle*, al publicar *Le Capitaine Paul* de Alexandre Dumas ganó 3.000 lectores en tres semanas. Por consiguiente, los otros periódicos debieron continuar con el fenómeno, hasta que se convirtió en una costumbre.

Entre 1837 y 1847, Balzac proveía a *La Presse* con una novela cada año. A su vez, Eugène Sue cedió la mayoría de sus obras a esta publicación. Por su parte, Dumas publicó en *Le Siècle*, *Los tres mosqueteros* obra con la que el periódico adquirió considerables ganancias. El *Journal des débats*, para no quedarse atrás frente a *La Presse* y *Le Siècle*, debió publicar también una novela por entregas que gustara al público. Es así como publicó *Los misterios de París* de Eugène Sue, una de las novelas más exitosas de la época¹⁴. Desde

¹⁴ Eco en el libro *Socialismo y consolación. Reflexiones en torno a “Los Misterios de París” de Eugène Sue*, explica: “Es normal que, antes de que termine el libro [*Los Misterios de París*], aparezcan las traducciones italianas, inglesas, rusas, alemanas, holandesas, que sólo en Nueva York se vendan ochenta mil ejemplares en unos meses, que Paul Féval se lance a imitar la fórmula, que salgan por todas partes *Misterios de Berlín*, que Balzac, arrastrado por el furor popular, escriba *Les mystères de Province*, que Hugo se ponga a pensar desde

su publicación, Sue se convierte en uno de los autores de novelas de folletín más buscado y mejor pagado. De esta forma, *Le Constitutionnel* le ofrece mil francos por *El judío errante*, y esta oferta es considerada en lo sucesivo como medida para los honorarios que se le pagaban.

Por lo tanto, los editores, por causa de este fenómeno,

han de ofrecer a sus lectores un manjar tan apetitoso y variado como sea posible para incrementar el activo de sus periódicos, sobre todo teniendo en cuenta el negocio de sus anuncios. Cada uno en lo sucesivo debe encontrar en su periódico lo que convenga a sus gustos y a sus intereses; a cada uno debe de servirle de pequeña biblioteca doméstica y enciclopedia (Hauser, s.f, 989).

Los periódicos publicaban en la época artículos de interés general como descripciones de viajes, historias de escándalos e informaciones judiciales. Sin embargo, lo que más interesaba al nuevo público lector eran las novelas de folletín. Pero no sólo las lee ese nuevo público (mujeres, niños y obreros) sino también la aristocracia, la burguesía y la sociedad intelectual. Este es uno de los fenómenos más importantes en cuanto al nuevo formato. Como se ha venido explicando, es una nueva forma de publicación que responde a las necesidades de una nueva sociedad: una sociedad rápida, ágil. Pero también una sociedad de la que hacen parte integrantes nuevos que quieren entretenerse a través de la lectura. El folletín, permite satisfacer las ansias de leer, a la vez que “engancha” al lector para que continúe leyendo la novela en la próxima entrega.

En el periodo de 1843-1854 florecen en la prensa francesa los llamados “roman-fleuve” que dieron fama al género de folletín: *Los misterios de Paris* se publicó en el *Journal des débats* entre 1842 y 1843; *El Conde de Montecristo* en el mismo periódico entre 1844 y 1846; *La dama de Montsoreau* en *Le Constitutionnel* entre 1845 y 1846; *Le Vicomte de Bragelonne* en *Le Siècle* entre 1847 y 1850, entre muchas otras.

Cabe resaltar que autores desligados a esa necesidad mercantil, también se vieron influenciados por esta nueva forma de publicación. Charles Baudelaire, el poeta maldito, tan ajeno a esa sociedad comercial, publicó los poemas en prosa del *Spleen de Paris* como folletín en el periódico *La Presse*. Sus poemas, bastante particulares, al ser en prosa, se acercaban más al formato de las noticias que al de la poesía (Berman, 1869, 146).

entonces en sus *Miserables* y que el mismo Sue se vea obligado a hacer una adaptación teatral de la obra, deleitando al público parisiense durante siete horas seguidas con sufrimientos espectaculares” (1970, 8).

El formato, que da cabida a un nuevo género, se convierte rápidamente en una fórmula mercantil.

Los ingresos más cuantiosos los obtiene siempre Dumas que gana aproximadamente doscientos mil francos al año y al que la *Presse* y el *Constitutionnel* pagan 63.000 francos por doscientas veinte mil líneas anuales. Para satisfacer la inaudita demanda, se asocian los autores populares y buscados, con los braceros literarios, que les prestan un servicio incalculable en la reelaboración de los productos en serie. Surgen fábricas literarias completas, y las novelas son producidas casi mecánicamente. En una visita judicial se demuestra que Dumas publica a su nombre más de lo que hubiera podido escribir si hubiera estado trabajando día y noche sin interrupción. En efecto, emplea setenta y tres colaboradores, y entre ellos un tal Augusto Maquet, al que permite trabajar con absoluta independencia (Hauser, s.f, 990).

Para Hauser, el fenómeno de la novela publicada por entregas hace que la obra literaria se convierta en “mercancía” pues tiene su cifra en precios, se confecciona según un modelo, y se entrega en una fecha fija. Los precios que se les pagan a los autores no dependen de su mérito sino del precio que vale ese artículo. “Los precios se rigen por la demanda y no tienen nada que ver con el valor artístico del producto” (Hauser, s.f, 991).

El auge del folletín fue tan exitoso que si un folletín no gustaba, el periódico no se vendía. Es decir, el contenido del mismo estaba íntimamente relacionado con el nuevo público. Fue tanto el éxito, que los editores no tardaron en ver las posibilidades económicas que traía este nuevo fenómeno, por tanto, muchos de ellos decidieron publicarlas a modo de libro mediante el formato de las entregas. Dicho formato consistía en tener un contenido y forma igual al de un libro, pero cuya comercialización era la misma de la prensa: aparición periódica, venta de suscripciones y bajo coste de cada entrega.

Por consiguiente, el desarrollo tanto de la prensa como del folletín y la novela por entregas, está íntimamente ligado a la transformación de la sociedad europea. Nuevos discursos comenzaban a ahondar en esa sociedad: el capitalismo, el encuentro entre varias culturas, la necesidad de nuevos lectores, etc. El avance en las técnicas iba a la par con la necesidad de la nueva sociedad. Así, el desarrollo de la prensa, el folletín y la novela por entregas (como materialidad) se dio simultáneamente con el de todos los otros factores del circuito comunicativo. Por lo tanto, se evidencia que la transformación en la materialidad y en el contenido (pues ahora el público exigía la lectura de las novelas) estaba íntimamente relacionada con la circulación de los discursos, a la vez que contribuía a la construcción de una nueva sociedad.

Escolar describe el fenómeno de folletín como una nueva manera de comercializar pues el folletín instaura la forma de publicar las obras a partir de las entregas. Sin embargo,

esta manera especial de publicar da un paso particular cuando se generaliza de tal forma que el contenido del espacio folletinesco o de las entregas que se convertirán en libro comienza a adquirir una estructura particular, al punto de instaurar un nuevo género: el de la novela folletinesca.

Así, a la hora de realizar un estudio sobre la novela publicada por entregas y el folletín hay que tener en cuenta dos puntos. El primero consiste en que —antes que nada— la entrega es una forma de publicación y comercialización que deriva del espacio del folletín. El segundo radica en que de ese espacio derivó un género conocido como la novela folletinesca, cuyos mayores exponentes son los escritores franceses, pero que —al ver el éxito del género— los editores aprovecharon al punto de crear una especie de “fórmula para el éxito” como fue la novela de folletín, que tuvo varios ejemplos, y entre las cuales, sólo algunas se destacan.

Para Nuñez, el folletín “es la pervivencia más clara de la literatura popular en el periódico de masas” (1997, 75).

El folletín es una publicación por capítulos sabiamente dosificados para lograr mantener vivo el interés de las masas mediante la narración de unas aventuras sencillas, por su singular estructura provocan en quien las lee una mezcla de emoción y turbación, de curiosidad y deseo, de saber más sobre las vicisitudes del héroe predilecto (Brunori, 1980, 22 citado por Núñez, 1997, 75).

Para Romero Tobar es necesario diferenciar las dos formas de publicación de las que se ha venido hablando: una es la publicación de la novela por entregas y otra el folletín. En el habla popular se han identificado como una misma forma de publicación y además de género literario. Con el análisis sobre el origen del espacio de folletín, se ha podido observar cómo éste aparece ligado a los periódicos.

Es frecuente el uso de la palabra “folletón” como sinónimo de folletín. Los diccionarios castellanos, siguiendo al académico, prefieren como más castizo el segundo término, compuesto sobre la forma simple “folleto” que, a su vez, procede del italiano “foglietto”; la forma “folletón” es rechazada por ser un calco de la equivalente francesa “feuilleton”, proscripción que ha resultado poco efectiva dada la relativa frecuencia con que el vitando galicismo es empleado. La definición de María Moliner¹⁵ puede servir como seguro punto de apoyo para la explicación histórica del término “folletín”: “escrito que se inserta en la parte inferior de alguna hoja de un periódico, de modo que se puede cortar para coleccionarlo; generalmente se publican así novelas por partes; a veces, también artículos literarios o ensayos”. Quedan fuera de esta explicación lexicográfica los matices significativos secundarios de “melodramático” o “dotado de una intriga ingenua y complicada artificiosamente” con que la palabra “folletín” fue tiñéndose a lo largo de un siglo y que hoy ha desplazado el núcleo significativo originario (...) (Romero, 1976, 53).

¹⁵ Romero Tobar toma la cita de María Moliner, *Diccionario del uso español*, 2 vols., Gredos, Madrid, 1966-1967.

En ese sentido, como se ha visto en el recuento del origen del folletín, este, en principio, se caracteriza por una distinción genérico-literaria: “escritos informativos de carácter no literario por una parte, y relatos serializados por otra” (Romero, 1976, 55). Para Romero, lo que unifica estos dos tipos de definiciones es “la convención por la que la zona inferior del periódico que las recogía acotaba una escritura de pasatiempo e instrucción alejada del interés directo e inmediato del resto de las secciones” (Romero, 1976, 55).

Para hacer clara la distinción entre novela publicada por entregas y folletín, Romero Tobar cita a Monguió, quien caracteriza perfectamente las dos formas de publicación:

La típica novela por entregas española solía publicarse no sólo en el folletón o folletín de algún periódico, sino que se publicaba también —o se publicaba exclusivamente— en folletines o entregas separadas, venidas al público separadamente por algunos de los varios editores que se especializaron en esa clase de obras. Forma enlazada quizá con la vieja tradición de publicación y venta de romances y pliegos de cordel (Monguió, citado en Romero, 1976, 56).

Según Romero, gracias a Monguió se entiende que las dos formas de publicación (novela por entregas y folletín) responden a una infraestructura organizativa y a motivaciones culturales diferentes.

El “folletín” del periódico cuenta *a priori* con un público lector asegurado, cuya sanción favorable redundaba en beneficio del propio periódico, siendo muy poco probable la situación inversa. El “folletín” periodístico a veces reproduce novelas ya publicadas en volumen; puede ocurrir, cuando el interés de las secciones informativas lo determinan, que se interrumpa la secuencia de la publicación diaria (Romero, 1976, 56).

En cambio, para Romero, la novela publicada por “entregas” en cuadernillos

Se produce como un negocio editorial más aventurado, puesto que ella sola se convierte en objeto único de la operación mercantil; exclusivamente depende de la novela el éxito o fracaso del negocio editorial, al que sólo contribuye de forma secundaria el aliciente plástico representado por los grabados y la cubierta de la colección (Romero, 1976, 56).

Según Romero la novela publicada por entregas y el folletín surgen de dos formas dispares: la primera, de la literatura de cordel¹⁶, la segunda, del periodismo, pero

¹⁶ Según Díaz el término literatura de cordel, en sí, no resulta muy definitorio. “Se refiere de hecho, y como es bien sabido, a la manera en que cierta literatura era vendida en Europa —y todavía lo es en algunos países de América—: colgada de un cordel para su exposición al público. También parece que, según otros testimonios, tal denominación puede referirse —sin que ello contradiga lo anterior— a la forma en que pliegos y libritos eran <<transportados>> por quienes los difundían. Y de ahí que, en Francia por ejemplo, se la llamara *litterature de colportage*. Atendiendo más a su aspecto y forma que a estas cuestiones, en inglés se llama a semejantes producciones *broadsides* o *chapbook literature*. Matiza, certeramente, Francisco Aguilar Piñal que <<la venta no se limitaba a los pliegos sueltos, sino que abarcaba también a los folletos y libritos pequeños, con tal de que pudieran sostenerse, con una pinza, en el cordel>> y que <<cuando el volumen del negocio no propiciaba estos tenderetes callejeros, los ciegos llevaban los pliegos colgados del hombro, en un talego o zurrón, con lo cual dejaban de ser propiamente “pliegos de cordel”>>” (2000, 24).

Para Díaz, con el nombre de literatura de cordel no se define una literatura sino el modo en que se exponía y vendió. En el siglo XIX y XX esta literatura se ponía a disposición de sus clientes en los llamados

“coinciden de hecho en un negocio editorial que determina la forma de publicación de mayor éxito en la narrativa europea de más de medio siglo” (1976, 58): es decir, la publicación de una novela por fragmentos o entregas¹⁷.

Según Romero, tanto las novelas por entregas como los folletines multiplicaron la producción y el consumo de los textos narrativos. Estas dos formas de publicación, aunque diferentes, poseen una estructura serializada (1976, 72). Esa estructura, característica del siglo XIX europeo, responde a las necesidades de esa sociedad ágil, ávida de conocimiento y entretenimiento.

Para Escolar, la novela publicada por entregas deriva del éxito del folletín. Sin embargo, como ya se ha visto, *Robinson Crusoe*, fue publicada por entregas en el año 1719, mucho antes de que apareciera el espacio del folletín. A partir de los datos recogidos se puede concluir que muchas novelas se publicaron a manera de entregas antes del surgimiento del folletín. Sin embargo, gracias al éxito del folletín implantado por Gerardin, muchos editores aprovecharon para publicar novelas por fragmentos, situación que se convirtió en una verdadera moda.

“despachos” en donde, frecuentemente, “los pliegos aparecían mezclados con materiales tan variados como zapatos, artículos de mercería, papel de fumar o paraguas. Y de allí acudían a buscarlos también los ‘copleros’ —frecuentemente ciegos— a quienes se ha relacionado e identificado (a veces de manera en exceso reduccionista) con este supuesto género o clase de literatura” (Díaz, 2000, 25).

¹⁷ Es pertinente la notación que hace Romero Tobar de la imposibilidad de encontrar las novelas publicadas por entregas en “estado puro” ya que lo mismo sucederá con *El Doctor Temis*, objeto de estudio del presente trabajo. En cambio, las novelas publicadas por entregas en los periódicos (espacio del folletín) sí es posible verlas en su “estado original” (como es el caso de *Manuela* publicada por el periódico *El Mosaico*). A saber: “a propósito de las distinciones “novela de folletín”/“novela popular” he de manifestar que no he encontrado ninguna novela del siglo XIX que se conserve en el estado original de cuadernillos sueltos no regularizados por la encuadernación. Puede suponerse plausiblemente que muchos ejemplares de novelas por entregas no fueron encuadernados y, con mayor razón, en el caso de los “folletines”, pero evidentemente estos ejemplares no se encuentran fácilmente en las bibliotecas públicas ni en el comercio de libros viejos, a pesar de las cubiertas para la colección que anuncian los prospectos y la disposición tipográfica en doble página y numeración correlativa que adoptan algunos folletines periodísticos (*La busca* de Baroja, por ejemplo). Los volúmenes encuadernados que hoy son asequibles al lector distancian al estudioso no sólo de la situación real que despertaba la espera periódica de la nueva entrega —situación que sólo puede recrearse en un artificioso revivalismo del procedimiento de las entregas—, sino de la realidad bibliográfica que significaban los anhelados cuadernillos. El volumen encuadernado disfraza convenientemente lo que, en un principio, fueron paquetes de entregas; la reconstrucción de la hechura original de éstas se convierte en una labor arqueológica que opera por rastreos de la paginación, de los tipos de letras y de los grabados intercalados. Tarea erizada de inseguridades mientras los problemas bibliográficos del siglo XIX sigan siendo conocidos tan parcelada y asistémicamente como o son hasta el presente.

Creo pues, que la reconstrucción histórica de la “novela por entregas” puede hacerse casi exclusivamente por hipótesis bibliográficas desprendidas del análisis de los volúmenes encuadernados que se conservan, y de un modo indirecto, a través de los anuncios y críticas periodísticas, de los prospectos anunciadores y de los “folletines” narrativos aparecidos en las publicaciones periódicas” (Romero, 1976, 59).

El mismo Botrel define las publicaciones por entregas como las que “no llegan al lector o consumidor en una obra completa sino por cuadernos o pliegos, a los que suelen acompañar ilustraciones fuera del texto o incluidas en él” (1974, 111). Para el autor “la publicación por entregas supone, pues, la distribución por fragmentos o unidades de extensión variable de una obra acabada o en vías de creación, con arreglo a una periodicidad mensual, bimensual o semanal” (1974, 111). Este sistema beneficia al editor porque sólo requiere de una mínima inversión inicial de capital. Al cobrar a los suscriptores el importe de la publicación, recibe rápidamente dinero para recobrar el capital inicial. Posteriormente, con la siguiente entrega, el editor hace otra reinversión. Además, el sistema de suscripción permite regular la producción según la demanda (Botrel, 1974, 111). Este sistema, además, beneficia al consumidor, quien puede adquirir la obra, según Botrel, por medio de gastos periódicos. Esta forma de publicación, además de aplicarse a diccionarios y enciclopedias, como se ha visto, se aplicó a las novelas publicadas por entregas. En esa medida, la forma de publicación por entregas de las novelas se usa tanto en el espacio del folletín del periódico, como en los pliegos o folletines separados. Sin embargo, el análisis que hace Botrel, se centra más en la novela publicada por entregas que en el folletín¹⁸.

El éxito del folletín se debía a la identificación de lector con los personajes de la obra, así como en su espera ante la siguiente entrega. Lyons explica que “los lectores americanos abarrotaban los puertos, según refieren ciertas fuentes, para saludar al barco que traía la nueva entrega de *La tienda de antigüedades* de Dickens, tan ávidos estaban de conocer la suerte de su heroína, Little Nell” (2004, 543).

Los Misterios de París, de Eugène Sue, fue una de las obras publicadas a manera de folletín más aclamada por el público, no sólo francés, sino también, el público europeo en

¹⁸ El análisis que hace Botrel se centra en la novela por entregas y no en el folletín. Su estudio defiende cómo el nuevo público lector (sobre todo los obreros) adquirirían las diferentes entregas-medium (como él las llama) porque consideraban que era una forma mucho más barata de adquirir los libros. Según Botrel, al adquirir un libro la persona sentía que ascendía a un estatus social más alto, en la medida en que el libro estaba, tradicionalmente, reservado para las clases más altas. Para el estudioso, “el público de este tipo de publicaciones compra *lectura* más que tal o cual novela” (1974, 117). El autor insiste en que realmente este tipo de lectores terminaba pagando más por un libro, al comprar las entregas, que si lo hubieran comprado completo. Sin embargo, afirma que este público poco alfabetizado tenía una especie de “miedo” de comprar el libro entero, y preferían hacerlo por partes. El teórico también explica que las novelas muchas veces se hacían con una tipografía de varios puntos y con varios espacios en blanco para ayudar a ese lector poco alfabetizado que, en cierta forma, leía como lo hace un niño que está apenas aprendiendo a leer. Este análisis es sesgado en la medida en que considera que sólo las capas menos pudientes adquirirían este tipo de lectura. Como se ha visto, el fenómeno de las publicaciones por entregas (ya sea el folletín o la novela por entregas) es tan masivo en Europa que llega a todas las capas sociales.

general¹⁹. Eco describe cómo alrededor de *Los Misterios de París* se instauró una verdadera moda, al punto de que se crearon diccionarios para comprender la obra²⁰, a la cual pertenecían individuos de todas las clases sociales. Eco explica que los gabinetes de lectura alquilaban los números del *Journal des débats* a diez *sous* la media hora; el Presidente del Consejo estuvo preso de ataques de ira cuando el folletín no salía; los analfabetos se hacían leer el fragmento de la novela por porteros eruditos, así como había enfermos que esperaban el final de la historia para morir... A los periódicos llegaban súplicas desesperadas de los lectores aclamando un desarrollo diferente de la historia: “¡Haga que Chourineur vuelva de Argelia! No haga morir a Fleur-de-Marie” (Eco, 1970, 8).

A su vez, el éxito de Sue como autor fue tan grande que las aristócratas le habrían las puertas de su alcoba extasiadas, los proletarios lo saludaban como al apóstol de los pobres, los editores se disputaban sus obras y los obreros se reconocían a sí mismos en sus páginas. El mercado capitalista no fue ajeno a este rotundo éxito, pues se crearon juegos de la oca inspirados en los *Misterios*. A su vez, la obra influyó tanto en el público que el abad Damourette fundó un hospicio para huérfanos estimulado por las páginas de la novela y el conde de Portalis creó una colonia agrícola según el modelo de la hacienda de Bouqueval descrita en la tercera parte. Finalmente, el imaginario de la novela estuvo tan consolidado en los lectores, que Sue recibió dinero del público para socorrer a la familia Morel.

En esa medida, las transformaciones en cualquier parte del circuito comunicativo del impreso, hacen que todas las otras partes se modifiquen. La lectura, en este caso, se transformó: se llegó a un público mucho más amplio y variado (de todos los estratos sociales), pues hasta “oían” las novelas aquellos que no podían leer. Entonces, el estudio de la novela por entregas y el folletín como medio de comunicación, permite dilucidar cómo

¹⁹ Vale la pena resaltar cómo en Nueva Granada también se publicó la obra de Eugène Sue. Raúl Jiménez Arango cuenta cómo: “En nuestro medio editorial del siglo XIX, a partir de los finales del decenio de 1840, se empezó a poner de moda el folletín. Varias muestras interesantes vieron la luz en la imprenta de Manuel Ancízar, en la cual se editaba el periódico *El Neo-Granadino*, uno de los más notables e influyentes de la época. *Matilde o Memorias de una joven*, novela en dos tomos escrita por Eugenio Sue, el controvertido autor de *El judío errante*, inició la serie, por el sistema de entregas periódicas o Semana Literaria de *El Neo-Granadino*, como calificaron los empresarios ese original método publicitario” (1991, Revista Credencial Historia).

²⁰ *Diccionario del argot moderno, obra indispensable para la comprensión de Los Misterios de París del señor Eugène Sue, completado con un panorama fisiológico de las prisiones de París, la historia de una joven reclusa en Saint Lazare relatada por ella misma y dos canciones inéditas de dos presos célebres de Sainte-Pelagie*

se fueron transformando las prácticas lectoras y sociales en general, en la Europa del XIX, pues la sociedad europea estaba construyendo una nueva forma de pensar y ver el mundo.

Pero no sólo en Francia tiene una influencia profunda el folletín en los nuevos lectores. En Inglaterra, Dickens hace su parte para ser aclamado por el público.

(...) uno de estos “old Dickensians” me ha narrado lo que representaba para los lectores de Dickens la llegada de sus novelas. La impaciencia no les permitía esperar en casa del cartero, que al fin llegaba con el ansiado cuaderno azul. Durante un mes lo habían estado esperando, hambrientos: todo un mes discutiendo, anhelando por saber si Copperfield se casaría con Dora o con Inés, alegrándose de que la situación de Micawber hiciese de nuevo crisis —bien sabían que vencería a fuerza de ponches calientes y de buen humor—, un mes entero de ansiedad, y ahora que llegaba la solución de todos estos enigmas, ¿habían de esperar tranquilamente, a que apareciese el cartero, en su cochecillo, al paso cansado del rocín? A todos les inquietaba la curiosidad. Y todos, jóvenes y viejos, al cumplirse el plazo, salían al encuentro del correo fuera del pueblo y andaban un par de millas para arrancarle de las manos el anhelado envío (Zweig, 1941, 43).

La descripción anterior de la impaciencia por los fragmentos de las obras de Dickens no era sólo la del pueblo inglés. Era el de todos los pueblos, aldeas y ciudades y de todos los rincones, no sólo en Inglaterra, sino también en Estados Unidos y en donde se leyera inglés o las traducciones de las obras de Dickens. Zweig explica que Inglaterra se sintió conmovida cuando el autor decidió leer por primera vez sus creaciones en público.

El pueblo asaltaba las salas, masas inconcebibles de gentes se agolpaban para verle, para oírle; muchedumbres de entusiastas se colgaban de las columnas, se hacinaban debajo de la tribuna del orador. En Estados Unidos, en pleno invierno, la gente se pasaba noches enteras haciendo cola para conseguir un sitio, durmiendo en colchones que traían de casa y comiendo lo que servían de cualquier restaurante cercano. Increíble la multitud que se agolpaba para escuchar la palabra del poeta. Las más amplias salas de espectáculos resultaban pequeñas, y en Brooklyn hubo que habitar una iglesia. Y el novelista leyó desde el púlpito las aventuras de Oliverio Twist y la historia de la pequeña Nelly (Zweig, 1941, 43).

Cabe resaltar que los folletines producidos en Inglaterra se separan de la tónica general de Europa continental. El folletín inglés no se acoje en su totalidad a la definición del folletín francés. Según lo que se ha visto, el folletín hace parte del periódico, es una sección, un espacio. Las novelas inglesas publicadas a manera de entregas no se publican en un espacio en el periódico sino que se venden siempre a manera de cuadernos. Por otro lado, esta especie de “suplementos” suelen acompañar más que a los periódicos a las revistas semanales, dominicales o mensuales. Además, los cuadernos, a medida que avanza el siglo, se comienzan a vender de manera independiente (Núñez, 1997, 76), es decir, en este último caso, los cuadernos entran en la definición propiamente de la novela por entregas.

La revista inglesa *The Penny Magazine of the society for the Difusión of Useful Knowledge*, sacó desde 1832 el suplemento *The Penny Novelist* que publicaba novelas cortas por entregas, relatos breves y composiciones literarias en general. Este suplemento dobló sus tiradas con las novelas compuestas por Dickens (Núñez, 1997, 77). El autor inglés fue tan exitoso en Inglaterra como los folletinistas franceses que dieron nombre al nuevo género. Como generalmente se publicaba en el formato de la novela por entregas, en suplementos separados, muchas veces sus obras llegaban a otros países ya publicadas como libros. Es decir, los editores se encargaban de “armar el libro” mediante las distintas entregas.

La primera tirada de los *Pickwick*²¹ contó con 400 ejemplares. Ya para la decimoquinta edición se publicaron 40.000. Fue tanto el éxito que las traducciones no se hicieron esperar (lo mismo que ocurrió con los folletinistas franceses). En Alemania, Estados Unidos y Canadá circulaban grandes tirajes de los cuentos de Dickens en cuadernos²².

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX fue agotándose en Francia la actividad folletinesca, y muchas de las obras publicadas desde entonces son reediciones. Sin embargo, existen excepciones y ejemplos del tardío auge de las novelas por entregas, con ciertas ediciones como *El Capital* de Marx, que en 1872 se leyó por primera vez en entregas semanales.

Por otro lado, a partir de 1860, se pasó de la venta por suscripción a la venta por número de calle y los nuevos periódicos como *Le Petit Journal* alcanzaron gracias a su precio módico una mayor clientela (en el caso de éste último 300.000 ejemplares). Sin embargo, gracias a la venta por número de calle el lector potencial debió ser solicitado diariamente. En esa medida ya no será el folletín el que atraiga compradores sino la noticia sensacionalista. Por ejemplo, en 1869 con el caso de Troppman *Le Petit Journal* sube su tirada a 100.000 ejemplares.

²¹ Mientras es taquígrafo en el Parlamento, Dickens empezó a escribir bocetos rápidos para ayudarse económicamente. Gracias a sus escritos un periódico lo contrató. Más adelante un editor le propuso escribir una serie de glosas satíricas acerca de un club, que servirían de texto a una colección de caricaturas sobre el *gentry*. Dickens aceptó. Los primeros cuadernos del *Pickwick Club* tuvieron un éxito total. A medida que la fama de “Boz” (seudónimo de Dickens) fue creciendo *Pickwick* se transformó en una novela (Zweig, 1941, 50). Posteriormente Dickens publicó sus otras novelas como *David Copperfield* y *Oliver Twist*. a manera de cuadernos por entregas.

²² Otros folletinistas ingleses de importancia fueron Collins (que llegó a escribir conjuntamente con Dickens, pues eran grandes amigos), Reade, Trollope o Thackeray.

La lucha que se empieza a dar entre el folletín y la noticia finalmente tendrá como resultado la desaparición del primero, incapaz de competir con la diversificación de los soportes de la novela como las colecciones populares o la novela a peseta, ni con el abaratamiento progresivo de los libros, y mucho menos, más tarde, con la aparición de los nuevos medios como la radio y el cine.

1.3.4 El folletín en España: las traducciones

Los folletines españoles son de especial interés para el presente trabajo, en la medida en que son las traducciones al español las que llegan a Colombia²³. Es decir, los folletines españoles son el puente entre el folletín francés y las novelas que se publicaban por entregas en Bogotá. Cuando se observan las novelas publicadas por entregas y los folletines en la Bogotá de mediados del siglo XIX, las primeras preguntas que surgen son las siguientes: ¿cómo surge ese mismo formato en Colombia?, ¿cómo copian los colombianos tanto el formato como gran parte del contenido del folletín francés? La explicación en gran parte²⁴ la tienen los folletines españoles, de los cuales se hablará a continuación.

La historia del folletín español está íntimamente ligada a la del francés. Desde 1834 se publicaron varios periódicos y revistas españoles inspirados en el formato, la tipografía, la composición y hasta el título de los periódicos franceses. *El español* era una copia del *Times*, *El Semanario pintoresco* imitó al *Penny Magazine* y *Le Magazine Pittoresque*, y *El Artista* estaba altamente influenciado por *L'artiste* parisino (Lecuyer y Villapadiera, 1995, 15).

El 6 de mayo de 1834 apareció en *El Eco del Comercio* una raya gruesa negra que delimitaba una sección anónima muy similar a la del exitoso folletín francés. Posteriormente, los diarios madrileños fueron adoptando la sección-disposición, sinónima

²³ Para efectos del presente trabajo se hablará de “Colombia” aunque se sabe que en el periodo a estudiar el territorio se llamó “Nueva Granada”, “Confederación Granadina” y “Estados Unidos de Colombia”. A saber: el 17 de noviembre de 1831 se dictó la Ley Fundamental del Estado de Nueva Granada según la cual “las provincias del Centro de Colombia forman el Estado con el nombre de Nueva Granada”. A partir de ese momento se expidieron seis constituciones (1832, 1843, 1853, 1858, 1863). El territorio se llamó Nueva Granada entre 1832 y 1858; Confederación Granadina entre 1858 y 1863 (en este periodo y durante la insurrección de Mosquera contra el gobierno central en el pacto transitorio que fue firmado en algunos Estados, el 20 de septiembre de 1861, se adoptó el nombre de *Estados Unidos de Colombia*); Estados Unidos de Colombia entre 1863 y 1886, y República de Colombia desde 1886 hasta la actualidad. (Tirado, 1979, 328).

²⁴ Otra de las formas en las que llegan las traducciones de los folletines franceses a Colombia es a través de los escritores neogranadinos que se instalan en París. De esto se hablará en el siguiente capítulo.

de modernismo. *El Correo Nacional* denominó a esa sección como “boletín” el 16 de febrero de 1838 (en mayo del siguiente año se llamará “folletín”). El *Diario de Madrid* inauguró la sección el 2 de junio de 1839 (Lecuyer y Villapadiera, 1995, 16).

En principio, la sección de folletín española publicaba artículos diversos, crónicas, etc., es decir, contenidos de entretenimiento y festivos. Así como sucedió con el folletín francés, poco a poco el español fue editando contenidos literarios, hasta publicar solamente novelas por fragmentos o entregas. A principios de 1840 la mayoría de los folletines de los diarios madrileños publicaban novelas (generalmente de los autores franceses más aclamados) “cuya publicación puede extenderse por varios días, meses y hasta años, tal *El judío errante* publicado por *El Eco del Comercio* de 1844 a 1845” (Lecuyer y Villapadiera, 1995, 18).

Romero Tobar aclara que no es posible determinar exactamente si en España se publicaron primero las secciones de folletín en los periódicos o las novelas por entregas. Según el crítico, desde el 14 de febrero de 1789 hasta el 15 de julio del mismo año se publicaron las *Cartas Marruecas* de Cadalso de forma serializada en el periódico madrileño *Correo de Madrid*. A su vez, según Romero, el *Diario de Avisos* (21 de julio 1840) habla de la aparición del cuaderno quinto del *Diccionario de Veterinaria y sus ciencias auxiliares* (1976, 60 y 61).

Para Romero, las primeras publicaciones de novelas por entregas en los folletines de los periódicos españoles datan del año 1840, cuando se publica *El castillo de Monfeliú* de Piferrer (*Diario de avisos*). “A partir de esta fecha la proliferación de folletines periodísticos es tan abundante que el órgano guardián de los valores tradicionales, *La Censura* (diciembre 1844), se ve en necesidad de denunciar la plaga de peligros espirituales que se ciernen sobre los lectores (...)” (1976, 62).

En España ocurrió un fenómeno muy particular con respecto a la novela publicada por entregas y el folletín. Como se ha visto, el desarrollo de los periódicos españoles estuvo inmensamente ligado a la producción francesa. Lo mismo sucedió con la industria editorial en general. La “moda” del folletín no sólo se expandió por toda Francia e Inglaterra, sino también en España. La diferencia consiste en que éste último país no creó nuevas obras literarias de renombre, sino que se limitó a traducir las francesas. En esa medida, en España sí existía un público ávido de folletines, pero, en vista de la poca producción, los lectores se

conformaron con leer traducciones. Esto sólo podía ocurrir en este mundo ágil y más abarcable del que se ha venido hablando. Para los editores, las traducciones eran un negocio, para los lectores, una nueva moda instaurada en Francia pero que ellos también copiaban. En esa medida, los españoles eran influenciados por otras culturas, en este caso la francesa.

Los textos publicados en el espacio folletinesco de los periódicos españoles eran en su mayoría importados, traducidos del francés o el inglés. Los editores tenían la necesidad de llenar ese espacio del periódico con lectura amena que los lectores españoles exigían (Lecuyer y Villapadiera, 1995, 8). En vista de que en España no se consolidaron talentos originales²⁵, se optó por publicar lo que ya estaba creado. En esa medida, más que el oficio de “autor” en el país ibérico los escritores ganaban dinero con las traducciones. En la prensa diaria madrileña y barcelonesa, editada entre 1860 y 1908, la mayoría de los autores que publican novelas por entregas en el espacio del folletín fueron extranjeros (europeos) (Lecuyer y Villapadiera, 1995, 26).

Los autores españoles de la época no fueron ajenos a este fenómeno de las traducciones. Muchos escritores y críticos se asombraban ante la cantidad de novelas extranjeras traducidas y se lamentaban de que España no tuviera una tradición propia. Algunos críticos sentían que las reiteradas traducciones producían un descenso cualitativo en la lengua escrita y una incapacidad creadora. En ese sentido, la crítica reclamaba el nacimiento de una *novela nacional* (Romero, 1976, 35).

Uno de los fenómenos que demuestra la influencia del folletín francés en España es el auge que tuvo la traducción española de *Los Misterios de París* de Eugène Sue. Este libro fue publicado por la Imprenta del Comercio en 1843 (mismo año de su publicación en Francia). Fue tanto el éxito que posteriormente aparecieron otras traducciones en otros periódicos, además, no tardaron en aparecer versiones españolas de los *Misterios*. Entre 1844 y 1845 se publicaron los *Misterios* españoles que seguían fielmente el modelo de Sue.

²⁵ A pesar de que en España no hubo un Sue o un Dickens, y que realmente la gran mayoría de novelas publicadas por entregas eran extranjeras, sí hubo algunos autores propiamente españoles. Los más destacados son W. Ayguals de Izco, y Fernández y Gonzáles (el folletinista español por antonomasia). El 27 de marzo de 1896 *El País* publicó *María o la hija de un jornalero* de Ayguas de Izco y —según R. Benítez— el primer folletín por entregas. El autor lo había escrito en 1845. En 1847 fue editado por vez primera y ese mismo año se tradujo al francés con un prólogo de Sue quién veía en este nuevo libro “la regeneración de la novela en España” (Lecuyer, M. y Villapadiera, 1995, 30).

Más adelante, los autores se dieron más libertad, aunque no dejaron de lado la idea de “secreto” y “misterio” tan característica del género.

España no logró sacar a la luz una gran obra de folletín o novela por entregas, a pesar de la afición de toda clase de lectores por esa literatura. En esa medida los textos extranjeros, sobretudo los franceses, lograron satisfacer la necesidad de lectura del lector español. Lo anterior, seguramente, debido a que ofrecían la imagen de ciudades cercanas por la situación espacio-temporal, aunque lejanas por su nivel de desarrollo y sus potencialidades. En cierta forma, las narraciones francesas servían a los españoles como modelo (Lecuyer y Villapadiera, 1995, 44).

El hecho de que en España tuvieran más auge las traducciones que las novelas propias de folletín hizo que se tradujera varias veces una misma obra y hubiese competencia entre las distintas empresas por publicar por vez primera alguna obra que hubiera tenido éxito en Francia. Así, los editores más que estar al tanto de nuevos autores, estaban atentos a la aparición de nuevos éxitos, sobretudo franceses, para traducirlos por vez primera.

Para Montesinos, el libro de éxito en la España de la época fue *Nuestra señora de París*, de Victor Hugo, publicado en 1836 y traducido por don Eugenio de Ochoa. Ya para el año 1850 existían doce ediciones del mismo libro (Montesinos, 1966, 83).

Los autores españoles de las novelas publicadas por entregas se entregaban abiertamente al mercado editorial de la industria popular. Sin demasiadas complicaciones entregaban al público lo que éste pedía: descripciones estereotipadas, aventuras, enseñanzas de todo tipo y referencias a la vida contemporánea. A medida que se imponía la “moda” de la lectura del folletín y por tanto el mercado y el ritmo de producción de las empresas, el trabajo de escritura narrativa fue cada vez más intenso. Al punto que se llegó a una planificación instrumental de los métodos de trabajo. Los editores eran quienes terminaban dirigiendo la escritura, pues proponían el tema y el argumento y señalaban la extensión y el plazo de composición de la obra (Romero, 1976, 98).

A lo anterior se le agrega el hecho de que Salvador Constanzo publicó en un artículo los métodos de trabajo y composición de Dumas, pasos que, por supuesto, siguieron los autores españoles rápidamente. Se crearon “equipos de producción” muy parecidos a los del autor de *El Conde de Montecristo*. En ellos existía una figura responsable y una red de

colaboradores que se distribuían el trabajo. Pero esto no sólo se hacía con nuevas obras españolas sino también, y sobre todo, con las traducciones de obras extensas (Romero, 1976, 99).

En los “equipos de producción” se permitía el intercambio automático de unos escritores por otros. Lo anterior porque la huella del estilo personal era prácticamente inexistente y las fórmulas narrativas se reiteraban de manera automática (Romero, 1976, 100). Galdós, un conocido folletinista español, escribió respecto a esta práctica de sustitución:

Tomóme de escribiente un autor de novelas por entregas. Él dictaba, yo escribía... Mi mano, un rayo... Hombre, contentísimo... Cada reparto, una onza. Cae mi autor enfermo, y me dice: "Ido, acabe ese capítulo". Cojo mi pluma y, ¡ras!, lo acabo y enjareto otro y otro. Chico, yo mismo me asustaba. Mi principal dice: "Ido, colaborador...". Emprendimos tres novelas a la vez. Él dictaba los comienzos, luego yo cogía la hebra, y allá te van capítulos y más capítulos (Galdós, citado en Romero, 1976, 100).

Así, a lo largo del presente capítulo se ha procurado dar cuenta de cómo el formato del folletín y la novela por entregas surgió en un contexto particular de la Europa occidental, bajo un sistema comunicativo específico, un nuevo público lector y, por tanto, determinadas exigencias. El surgimiento de esta materialidad estuvo cruzado de una serie de discursos propios de la sociedad de la época: el capitalismo, el ansia de novedad, conocimiento y entretenimiento, las nuevas técnicas en los impresos, la alfabetización creciente, un nuevo público lector, etc. Este formato, por tanto, se adecuó a la sociedad de la que hacía parte y contribuyó a fomentar la construcción de la sociedad de la Europa Occidental. A su vez, en los diferentes países se comienzan a vislumbrar diferentes materialidades y apropiaciones de la nueva forma de comercialización. En España, como se vio, tuvieron auge, antes que nada, las traducciones. Y serán éstas, las que lleguen a Nueva Granada.

A continuación se intentará demostrar cómo es radicalmente diferente la apropiación que hacen los bogotanos del formato del folletín y la novela por entregas porque los discursos que circulaban en la capital eran diferentes. Este hecho necesariamente influirá en el circuito comunicativo del libro y, por tanto, en la construcción de realidad de la sociedad bogotana.

CAPÍTULO II Los impresos en la aislada Bogotá: el arma de los letrados para legitimarse

En el presente capítulo se pretende reconstruir el sistema de comunicación de la Bogotá de los años 1850 a 1860 y dar cuenta de sus diferencias con el europeo occidental que se daba en la época. Posteriormente, se procurará demostrar cómo en ese sistema comunicativo particular de la Bogotá de mediados del siglo XIX se publicaron las mismas novelas por entregas y folletín que se dieron en Europa aunque su contenido y apropiación fue diferente, pues era una sociedad particular la que los construía. Por lo tanto, las prácticas comunicativas evidencian un complejo social. A pesar de que se dé el mismo formato y la misma forma de comercializar, la apropiación será distinta, porque la construcción de realidad que se da a partir de los medios de comunicación dependerá de los discursos que los atraviesen. Se escogió este periodo (1850-1860) por ser en el que se publicaron *El Doctor Temis* (1851) y *Manuela* (1858), objeto de estudio del presente trabajo.

2.1 Sistema de comunicación en la Bogotá de 1850-1860

El sistema de comunicación de la Bogotá de mediados del siglo XIX contaba con el barco a vapor, los caballos, las mulas, los bongos, los champanes, el correo y los impresos. Bogotá conoció el telégrafo sólo hasta 1865²⁶ y el ferrocarril hasta el 20 de julio de 1889. Esta será una diferencia fundamental con el sistema de comunicación europeo, pues, como se vio en el capítulo anterior, estos nuevos medios contribuyeron a la aceleración del tiempo, la concepción de simultaneidad espacializada, el cruce entre culturas, etc., situación que no se encontrará en la Bogotá de la época.

2.1.1 El tortuoso viaje por el río Magdalena

En el siglo XIX la vía que comunicaba a Colombia con el exterior, era el río Magdalena. Por lo tanto, era la ruta principal para introducir mercancías al interior del país. Había tres maneras para navegar por el Magdalena en el periodo que interesa en este trabajo: a través de los bongos, los champanes o el barco a vapor.

²⁶ “Bogotá y Facatativa fueron las primeras poblaciones comunicadas telegráficamente en Colombia. Esta línea inicial, inaugurada el 1° de Noviembre de 1865, llegó en poco tiempo hasta la población de Ambalema, incluyendo en su recorrido, por lo tanto, a Honda” (Mejía, 1999, 127). Para el año 1886 Colombia pudo comunicarse de manera telegráfica directamente con el mundo por medio del cable submarino. Se creó entonces un periódico en Bogotá, *El Telegrama* (Fundación Misión Colombia, 1989, 62).

En el año 1823 se le concedió a Juan Bernardo Elbers el monopolio de la utilización de barcos por el río Magdalena por veinte años. Sin embargo, Elbers tuvo bastantes complicaciones²⁷. Después de que se declarara libertad para la navegación por el Magdalena en 1837, sobrevino un periodo de seis años durante el cual no hubo navegación a vapor por el Magdalena, por lo que se debía atravesar el río a través de los bongos y los champanes.

El champán era el más grande, con dimensiones que variaban de veinte metros de largo por dos de ancho, hasta el pequeño modelo de catorce o quince varas de largo por dos varas de ancho, pero algunos viajeros hablaban de tamaños aún mayores. La parte central del champán estaba cubierta por un toldo de hojas de palma tejidas sobre un marco de bambú. En el sitio en que se hallaba el fuego, se encontraba la galera, en donde de doce a veinte bogas, dirigidos por su patrón, impulsaban el champán (Nichols, 1973, 39).

Por su parte, Safford explica: “el champán era una embarcación sin quilla, con una tolda de guaduas y hojas de palmera cubriendo la parte central. Las bogas remaban en las aguas hondas, pero en las de poca profundidad lo impulsaban con pértigas largas caminando sobre la tolda” (2003, 380). Robert Gilmore y Joshn Harrison (citados en Safford, 2003) aclaran que los champanes medían entre 16 y 50 metros de largo y de 2 y hasta 3 metros de ancho. Sin embargo, el tamaño más común era de algo más de 20 metros de largo y 2 de ancho, que podían llevar hasta 18 toneladas (144 cargas) utilizando entre 18 y 24 bogas²⁸ (2003, 381).

Nichols describe cómo los bongos eran generalmente más pequeños que los champanes. Consistían en troncos ahuecados que se impulsaban con vigas y remos o con velas. El centro de los bongos, a diferencia de los champanes, no estaba cubierto (1973, 40).

²⁷ Elbers trajo unos barcos construidos en Estados Unidos que eran construidos para resistir el viaje marítimo (por lo que eran grandes) pero deficientes para el viaje por el río. Elbers tuvo la dirección de la Compañía para la navegación a vapor, pero Bolívar se la quitó en 1829. Después, en 1831 se le devolvió el privilegio, pero tuvo que construir su propio barco de vapor. El gobierno, en 1836 obligó a Elbers a poner en circulación dos barcos en operación. El 28 de enero de 1837 se declaró terminado el monopolio de Elbers y se declaró la libertad de navegación en el Magdalena (Nichols, 1973, 45-49).

²⁸ Según Safford los estimados de cargamento variaban mucho: “Charles Stuart Cochrane (1823) aseguró que un champán podía llevar entre 1.000 y 1.200 quintales —equivalente a 50-60 toneladas—, cosa muy dudosa. Otra fuente dice que los champanes y bongos cargaban un promedio de 80 cargas (10 toneladas) (*Present Satet of Colombia* (1827), p. 186). En 1838, una compañía de navegación dijo que, navegando río abajo, podía completar el cargamento de sus botes con 200 cargas (25 toneladas). Pero un informe de 1850 parece indicar que los champanes bajando el río llevaban entre 50 y 150 cargas, con un promedio de algo más que 100 cargas o 12, 5 toneladas (*El Día*, diciembre 3 de 1850)” (2003, 381).

Según los relatos de los viajeros, el viaje por el río era muy desagradable. Miguel Cané explica: “el viaje duraba, por lo general, unos tres meses, al cabo de los cuales el paciente llegaba a Honda con treinta libras menos de peso, comido por los mosquitos, hambriento y paralizado por la inmovilidad de la posición de un ídolo azteca” (Cané citado en Nichols, 1973, 41). Steuart, un viajero, aclara que para el pasajero el champán era bastante incómodo porque había mugre que caía del techo de la tolda cuando las bogas empujaban. Por otro lado, el viajero estaba atrapado dentro del estrecho espacio de la tolda donde no llegaba el aire, pero sí muchos zancudos (Steuart, citado en Safford, 2003).

El tiempo de navegación río arriba variaba continuamente. Las canoas del correo podían subir de Barranca a Honda en 15 días. Si la canoa era más grande haría el mismo recorrido entre 22 y 25 días, pero si el río estaba crecido podía durar entre diez y doce días más. Si los champanes estaban cargados con mercancías duraban entre dos y tres meses en subir el río. De Barranquilla a Honda el viaje en champán duraba 60 días (Safford, 2003, 381).

Generalmente el viaje río arriba se demoraba por causa de las estaciones de lluvia que hacían imposible atravesar el río. Aún en las estaciones favorables, el viajero discutía con los bogas, quienes continuamente querían descansar en varios puntos del trayecto. Además, el viajero generalmente tenía problemas en llevar el cargamento en mula desde el río Magdalena hasta Bogotá (Safford, 2003, 381).

En 1845 tomó la presidencia Tomás Cipriano de Mosquera quien decidió restablecer la navegación a vapor en el río Magdalena, por lo que hizo un llamado a los colombianos y extranjeros que se interesaran en esos proyectos. Fue así como en 1846 Montoya y Joaquín de Mier crearon la Compañía de Vapores de Santa Marta. El 17 de julio de 1847 arribó el “Magdalena”, para iniciar su primer viaje el 6 de agosto, partiendo desde Río Viejo. En 1848 Mosquera declaró ante el Congreso que por fin la navegación a vapor en el Magdalena se había convertido en una realidad (Nichols, 1973, 53 y 54).

El implemento de la navegación a vapor durante esta época estuvo estrechamente ligado al auge del tabaco. En este periodo, las reformas de los gobiernos liberales²⁹

²⁹ Aunque Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849) fue elegido en nombre del conservatismo, su gobierno fue de corte liberal. Los posteriores presidentes, para el periodo que interesa en el presente trabajo, fueron los siguientes: José Hilario López, 1849-1853; José María Obando, 1853-1854; José María Melo (dictador),

fomentaron la idea de que el Estado debería limitar en la medida de lo posible su intervención en la vida económica, y así dejar las decisiones productivas en manos de la iniciativa privada. El gobierno debía impulsar la educación pública, el desarrollo de las obras de fomento y, especialmente, de las vías de comunicación. En general, los grupos dirigentes de la época consideraban que se debía abolir el monopolio del tabaco y el aguardiente, pues constituían un obstáculo para la actividad privada. Además se creía, gracias a las ideas liberales, que el desarrollo económico dependía, como primera medida, del crecimiento del comercio internacional. Por lo tanto, se consideraba necesario fomentar el desarrollo de la producción de bienes agrícolas y mineros que pudieran ingresar en el mercado mundial. De esta forma, en 1847 se creó una reforma arancelaria que redujo y simplificó los gravámenes a las importaciones. Simultáneamente, el gobierno promovió la privatización parcial del negocio del tabaco y lo reorientó al mercado externo. En 1848 el Congreso decretó la abolición del monopolio (Melo, 1991, 146).

Gracias al aumento de las exportaciones de tabaco y quina, se transformaron tanto las condiciones del comercio de importación como la misma navegación por el río Magdalena. Se aumentaron las exportaciones de frutos tropicales, y esto facilitó el establecimiento de relaciones directas con casas comerciales en Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Alemania. Para la década de 1850 a 1860 resultaba más caro transportar el cargamento en barcos a vapor, que en champanes: “los fletes continuaban altos, los botes y champanes hacían competencia a los vapores. Los fletes altos y la competencia entre los viejos métodos de transporte y los nuevos subsistieron hasta la guerra del 60” (Ospina, 1979, 244).

Sin embargo, la implantación de la navegación a vapor, mejoró sustancialmente el comercio y el tiempo de navegación. Desde tiempos coloniales hasta antes de mitad del siglo XIX, el viaje de Bogotá a la costa Atlántica podía durar 70 días. Con la navegación a vapor, el comerciante se llegó a demorar 7 o 10 días de la costa hasta Honda y de 3 a 5 días entre Honda y el océano (Mejía, 1999, 115).

En cuanto a la comunicación entre las diferentes regiones de Colombia, el país estaba unido por una red de caminos de herradura que comunicaban a los principales centros

1854; Tomás Herrera, 1854; José de Obadia, 1854-1855; Manuel María Mallarino, 1855-1857 y Confederación Granadina, 1857-1861.

urbanos entre sí. Sin embargo, tales vías tenían pendientes muy inclinadas, imposibles de ser transitadas con carretas. A su vez, era muy difícil recorrer estas vías en épocas de lluvia puesto que la tierra se volvía resbaladiza (Melo, 1991, 127). A causa de las dificultades para transitar las vías y de los obstáculos que presentaba la navegación por el río Magdalena, los costos para transportar cargas eran elevados y contribuyeron a que se fragmentaran los mercados de productos agrícolas. Por lo tanto, la geografía montañosa del país contribuyó a fomentar la creación de mercados locales.

Dada la existencia de mercados locales relativamente autosuficientes, las posibilidades de una especialización productiva regional parecían depender, ante todo, de la apertura de mercados externos, y por ello la mayoría de los proyectos de desarrollo en las vías de comunicaciones durante el siglo XIX se orientaron a la búsqueda de aquellas rutas que unieran en la forma más rápida y eficiente las diversas regiones del país con el extranjero (Melo, 1991, 127).

Aníbal Galindo escribió en el *Diario de Cundinamarca*, el 10 de agosto de 1874:

Para la generalidad de los habitantes de Bogotá son artículos de lujo los frutos del río Magdalena; y para la generalidad de los habitantes de tierra caliente son artículos de imposible consumo las papas, la mantequilla y las legumbres de la altiplanicie. Los gastos de transporte nos anulan la parte gratuita de fecundidad que nuestra exuberante naturaleza puso en la creación de esos productos, pues cuando llegan a su destino esa parte está consumida por la transportación que es un servicio negativo.

Una arroba de plátanos que en las orillas del Magdalena podría obtenerse por \$0.20, vale en Bogotá \$0.80. Una arroba de yuca que allá vale \$0.10, aquí vale \$0.40. El azúcar es un artículo que hoy no pueden consumir sino las clases acomodadas; los pobres sólo las usan como remedio... La mantequilla que la Sabana podría producir cuanta quisiera a \$0.10 o \$0.15 la libra, vale en el Magdalena a \$0.60. Por término medio, pues, los productos agrícolas que forman la base de la alimentación pública no pueden caminar con los actuales medios de transportación más de veinte leguas, para que su precio de mercado no toque al término en que el cambio deja de ser provechoso; más allá de ese radio, a cada pueblo le tendría más cuenta privarse del artículo que se le ofrece o producirlo artificialmente [y a alto costo] en su propio suelo” (Galindo, citado en Fundación Misión Colombia, 1989, 58).

Por lo anterior, una de las principales preocupaciones de los gobernantes colombianos consistió en mejorar la red que enlazaba a las diferentes ciudades con el río Magdalena. Así, se buscó mejorar las vías carreteables y la red de caminos de herradura que había sido heredada de la Colonia, como el camino de Bogotá a Honda; la vía de Bogotá-Tunja-Socorro; el camino de Medellín a Manizales, el camino del Quindío; la ruta Cali-Popayán-Pasto, que hacían el papel de troncales del sistema de vías de herradura. Sin embargo, a pesar de la preocupación y esfuerzos de los gobernantes, las condiciones de los caminos hicieron que el tráfico continuara siendo lento, sobre todo en las épocas de invierno (Melo, 1991, 128).

Así, mientras en Europa el ferrocarril había traído la concepción de velocidad, uniendo culturas distantes entre sí y había hecho que los europeos se acostumbraran a los itinerarios, en Colombia la conexión entre las diferentes regiones del país era sumamente

difícil, y aún más, la conexión con el resto del mundo. El viaje por el río Magdalena era demorado y tortuoso, además de costoso. En esa medida, el sistema de comunicación de colombiano se diferencia radicalmente del europeo. Acá hay que pensar en demora, en dificultades. Por lo tanto, los impresos tendrán que ser radicalmente diferentes de los europeos, pues no responderán a esa lógica de la rapidez y, como se verá más adelante, tampoco a esa lógica de llegar a todos los lectores posibles, a todas las capas sociales. Los impresos tendrán que adaptarse a las dificultades de la misma demora de la navegación por el Magdalena y por los caminos de herradura.

2.1.2 Llegada a Bogotá

Las dificultades que tenían los viajeros y negociantes para transportar cargas de Honda a Bogotá eran legendarias. Con frecuencia, las mulas se perdían y caían en los trayectos resbaladizos, por lo que a los empresarios de mulas no les gustaba mandarlas a Honda durante el invierno. Por lo general, se gastaban 15 días en llevar la carga de Honda a Bogotá, pero el lapso podía ser de meses durante la temporada de lluvias. Un escritor (Uribe) en un artículo titulado “El camino de Bogotá a Honda”, publicado en *El Tiempo* en mayo 3 de 1859 describía cómo la situación estaba en peor estado que veinte años atrás: “las bestias que lo transitan quedan por muchos meses en imposibilidad de servir, si no mueren o se inutilizan para siempre [...] Hemos visto muchas que a duras penas i con grandes esfuerzos han podido ser rescatados del barro en que se habían sepultado”. Además, generalmente, la carga llegaba dañada (Uribe, citado en Safford, 2003, 399).

Transportar carga desde la costa a Bogotá tenía sus serios obstáculos. En las temporadas de sequía los vapores tenían problemas en navegar en algunos tramos del río Magdalena. En las temporadas de lluvia era imposible subir la carga desde Honda a Bogotá en mula. Aunque los vapores que se introdujeron en el Magdalena después de 1847 atravesaban el río de manera más rápida que los champanes, el cargamento se demoraba bastante en arribar. Generalmente los vapores sólo llegaban hasta Vuelta de Conejo y desde allí se debía trasladar la carga hasta Bogotá. En un viaje normal se podía tardar 13 días para que un cargamento se trasladara de Vuelta de Conejo a las bodegas de Honda. Por lo tanto, la subida del río podía durar 20 días (Safford, 2003, 398).

Los viajeros, después de realizar el viaje por el río Magdalena hasta Honda y luego arribar en mula hasta Bogotá, sentían que la ciudad quedaba en los confines del mundo. Pierre D’Espagnant describe la experiencia: “Bogotá se presenta como una ciudad única que vive una vida especial y retirada del mundo, que lleva consigo en ese nido de nubes sus recursos, su civilización, su genio y sus sueños. Se diría que un trasgo de la montaña la ofrece en una mano, como una ciudad votiva, al dios de los espacios” (D’Espagnant citado en Mejía, 1999, 97).

Por su parte, Miguel Cané relata:

Colombia se ha refugiado en las alturas, huyendo de la penosa vida de las costas, indemnizándose, por una cultura intelectual incomparable, de la falta completa de progresos materiales. Es, por cierto, curioso llegar sobre una mula, por sendas primitivas en la montaña, durmiendo en posadas de la Edad Media, a una ciudad de refinado gusto literario, de exquisita civilidad social y donde se habla de los últimos progresos de la ciencia como en el seno de una academia europea (Cané citado en Mejía, 1999, 99).

Como se ha visto, a los gobernantes les interesaba mejorar las carreteras que comunicaban a las diferentes ciudades con el Magdalena. Particularmente, en el caso de Bogotá, desde 1850 se comenzó a discutir la conveniencia de una carretera desde la capital hasta el río Magdalena. Así, se construyó la carretera que va de Bogotá a El Roble (es decir, el tramo de la Sabana), pero sólo se iniciaron las obras del tramo de la Sabana al Magdalena y no se terminaron (Ospina, 1979, 245). Además del camino que comunicaba a Bogotá con Honda, la capital disponía del camino a Vélez, que pasaba por Zipaquirá; del camino a Neiva, que pasaba por La Mesa; y del camino a Tunja, que pasaba por Chocontá³⁰ (Fundación Misión Colombia, 1989, 56).

Los caballos, las mulas y los indios eran los únicos medios con los cuales se podía transitar a lo largo de estas vías. El camino de Honda sólo era carretero hasta Facatativá. En el año 1851 este camino se refaccionó por el sistema carretero de Mac-Adams. Los bogotanos lo bautizaron “El camino de terciopelo”, por su elevado costo. Esta obra estimuló la creación de la primera empresa de transporte colectivo intermunicipal que

³⁰ Según Mejía: “de Bogotá salía hacia el occidente un camino que la unía con Fontibón, Serrezuela y Facatativá, dividiéndose en esta última población entre la prolongación que continuaba hasta el río Magdalena por Villeta, Guaduas y Honda, o la que unía Facatativá con Subachoque, Tenjo y Tabio. Del camino de occidente, a las afueras de la ciudad, surgía un ramal para Negativa y, un poco más adelante, antes de Serrezuela, se desprendía otro hacia el norte que llegaba a Funza (o Bogotá, nombre de este caserío antes de la independencia) e iba a terminar en Tenjo. Asimismo, del camino de occidente, en los alrededores de Serrezuela, surgía hacia el sur un camino y varias trochas que comunicaban a Bogotá con Bojacá, Tena, Zipacón y, desde allí, con las tierras templadas de La Mesa y las calientes de Tocaima hasta Girardot, en la orilla del río Magdalena” (1999, 101).

funcionaba con cinco carruajes importados. En 1854 el servicio se perfeccionó con cuatro carretas parisienses (Fundación Misión Colombia, 1989, 56). Estas iniciativas permitieron que ya para 1844 las carretas comenzaran a reemplazar a las mulas e hicieran ocho viajes por mes, con cinco cargas cada ocasión. Por su parte, la macadamización generalizó el tráfico de vehículos (Mejía, 1999, 110).

Los problemas que se tenían tanto en tiempos de sequía como en la temporada de lluvias, de los que ya se ha venido hablando, ocasionaban que los ritmos de intercambio fueran sumamente lentos; los precios oscilaran en cada ciudad de forma extrema; el valor de la tierra disminuyera con relación a la distancia del camino principal y que no existieran motivaciones para invertir en mejoras de agricultura (Mejía, 1999, 103). Según Felipe Pérez:

Las vías de comunicación son generalmente buenas en verano y malas en invierno, y todas son de herradura, excepto las que cruzan la Sabana, la cual por su naturaleza es de acarreo en todas direcciones... [Salvo en la Sabana] no hay más sendas que las que trazaron los conquistadores al acaso, o que encontraron de los aborígenes, y que después se han ido ensanchando y ahondando con el uso frecuente... Con todo, la vía de más urgente necesidad es una carretera de la altiplanicie de Bogotá al Magdalena... El comercio sufre por la falta de esta vía lo que tal vez no sufre en ninguna otra parte del mundo por la misma circunstancia; y el precio de los artefactos extranjeros en la Sabana es por lo general del doble y hasta el triple de lo ordinario debido a lo pésimo del camino de que hablamos, principalmente en los meses de lluvia (Pérez, citado en Mejía, 1999, 103).

En general, y como se verá más adelante, la vida cotidiana bogotana no tenía mayores urgencias. Sin embargo, los negocios, la política, el conocimiento y una dispersión mayor de población a lo largo del territorio nacional, fueron los factores que impulsaron el que se emprendiera una enorme batalla contra la naturaleza para vencer la distancia acortando el tiempo y el costo que tomaba trasladarse o comunicarse con otro lugar (Mejía, 1999, 92). Los gobernantes tuvieron que enfrentar grandes problemas para mejorar el estado de los caminos: las dificultades geográficas, la constante escasez de fondos en las rentas municipales o provinciales, la inestabilidad creada por causa de las guerras civiles, las variaciones periódicas en la división territorial, los sistemas utilizados en la contratación de las mejoras y la baja calidad del trabajo realizada por los presos (Mejía, 1999, 104).

Como se verá, esta difícil situación del tránsito por los caminos afectará sustancialmente a todo el sistema comunicativo colombiano y particularmente a los impresos. Si, como se vio más arriba, con los alimentos se creó una especie de “mercado local” lo mismo sucederá con las publicaciones, pues será una labor de titanes lograr que los periódicos y más aún, los libros, puedan llegar a ciudades distantes entre sí, porque no

sólo se encontrarán con que los impresos llegan con varios días de retraso, sino más costosos y muchas veces incompletos. Será una ardua labor si se tiene en cuenta que el impreso no era un bien altamente necesario como el alimento, y más aún en una sociedad que, comparada con la europea, era analfabeta.

2.1.3 La vida sencilla bogotana

Para entender a cabalidad el sistema de comunicación en Bogotá, es necesario dar cuenta sobre cómo los bogotanos percibían y aprovechaban el tiempo. Esto permitirá entender la manera en que los capitalinos se apropiaban de los medios de comunicación que se encontraban a su alrededor, particularmente de la novela por entregas y el folletín, objeto de estudio del presente trabajo. A su vez, analizar la vida diaria bogotana, permite estudiar la manera en que los medios de comunicación y el sistema de comunicación en general daban cuenta de la forma en que los bogotanos entendían su propia experiencia y su propia forma de ver y construir el mundo.

En general, la población colombiana de la segunda mitad del siglo XIX era rural. Por lo tanto, la actividad principal, en materia económica, era la agricultura (Melo, 1991, 122). En el “Cuadro comparativo de la población de la República, según los censos de 1843, 1851 i 1870” se enuncia que la Nueva Granada, en 1851 (e incluyendo a Panamá³¹), contaba con 2.136.976 habitantes (*Anuario Estadístico de Colombia 1875*, 1875, 49). En el “Cuadro general de la población de la República por Estados, Territorios, Distritos i Aldeas, en 1870, comparado con el censo de 1851”, se explica que el departamento de Bogotá, en 1851, contaba con 89.533 habitantes³² (*Anuario Estadístico de Colombia 1875*, 1875, 28). La ciudad de Bogotá, según el censo, estaba poblada por 29.649 habitantes (1875, 28)³³.

³¹ Según el cuadro, la población de Panamá, en 1851, era de 128.897.

³² En el cuadro se explica que los 89.533 habitantes del departamento de Bogotá, se repartían de la siguiente manera: Bogotá, 26.649; Funza, 4.559; Negativa, 595; Cota, 1.503; Chia, 4424; Suba, 1.072; Usaquen, 2.793; Bosa, 1.124; Fontibon, 1.985; Fusagasuga, 3.752; Pandi, 2.533; Soacha, 2.818; Usme, 1.932; Cáqueza, 6.371; Chipaque, 4.163; Fómeque, 6.645; Ubaque, 3.399; Quetame, 1.874; Une, 2.326; Chaoachí, 4.691; Fosca, 1.325. (NOTA: los nombres están descritos con la ortografía que aparece en el cuadro).

³³ *El Anuario Estadístico de Colombia 1875*. Bogotá. Imprenta de Merado Rivas (en donde está el “Cuadro general de la población de la República por Estados, Territorios, Distritos i Aldeas, en 1870, comparado con el censo de 1851”, y el “Cuadro comparativo de la población de la República, según los censos de 1843, 1851 i 1870”) aparece empastado con (1848), *Estadística general de la Nueva Granada: que conforme al decreto ejecutivo de 18 de diciembre de 1846, publica la Secretaría de Relaciones Exteriores*, Bogotá, Imprenta J. A. Cualla, en la sala de Libros Raros y Manuscritos de la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá.

La sociedad bogotana se encontraba jerarquizada. En la punta de la escala se encontraban los criollos letrados, les seguían los campesinos o pueblo, luego los indígenas y al final de la escala los negros. Una de las formas de distinción social más evidente entre los bogotanos era la ropa. Entre la gente de clase alta (criollos) se usaban levitas, pantalones largos, zapatos de charol y altos sombreros de copa. Además, existía la tendencia bogotana de preferir el color negro en los trajes. Por su parte, los campesinos se vestían con una camisa, un calzón de tela o algodón muy grueso, una ruana de lana y un sombrero de paja. Según el viajero Le Moyne, la ruana era usada, en las ciudades, no sólo por los campesinos, sino también por las personas de la alta sociedad para sustituir la capa, sobre todo cuando montaban a caballo o para salir al campo (Le Moyne, citado en Fundación Misión Colombia, 1989, 78).

A su vez, entre los bogotanos, se llamaba “orejones” a los campesinos de la Sabana por su costumbre de usar debajo del sombrero de jipa un pañuelo rabo de gallo que dejaba asomar por los lados las puntas, semejantes a dos orejas de conejo. Por su parte, los esclavos usaban calzones, camisas y ruanas listadas. En cambio, los indios vestían con preferencia de algodón y andaban descalzos o de alpargatas. Sin suda alguna, el calzado era el distintivo más claro de las clases sociales (Fundación Misión Colombia, 1989, 79).

La vida cotidiana de los bogotanos del siglo XIX era sencilla. Todos los días asistían a misa. Esto se debía a que las personas tenían que estar en ayunas para poder comulgar. A continuación regresaban a sus casas a almorzar (desayunar) para, posteriormente, salir a ocuparse de sus actividades y negocios. Generalmente, las labores de oficina o comercio e iniciaban a las 8 o 9 de la mañana. Sin embargo, los artesanos, agujeras, mozos y criadas, iniciaban sus labores antes del alba. Las señoras y amas de casa de las clases altas, después de asistir a misa, dedicaban las primeras horas de la mañana al arreglo de la casa, luego al aseo personal, y finalmente al desayuno. Entre las doce y la una de la tarde los bogotanos volvían a sus casas para almorzar, luego cerraban las puertas y cumplían con el ritual de la siesta durante, al menos, una hora. Toda la ciudad se paralizaba a esta hora. Hacia las 3 de la tarde los bogotanos retornaban a sus labores hasta poco antes de las 6 p.m. (Fundación Misión Colombia, 1989, 80 y Mejía, 1999, 467 y 468).

Las señoras de clase alta se dedicaban, el resto del día, a las consideradas ocupaciones propias de su condición como arreglar y limpiar su vivienda, ordenar las

compras del día, dibujar, coser, enseñar y cuidar de los niños, bordar, realizar esporádicamente algunas visitas en horas de la tarde y acudir a los almacenes en las calles principales. Las únicas mujeres que trabajaban fuera de su casa eran las pocas maestras que enseñaban en escuelas de primaria o viudas que habían heredado de los maridos establecimientos de comercio. Si las mujeres, por estrechez económica, debían ayudar al hogar, lo hacían ejerciendo una actividad de modistería o repostería. En cambio, las mujeres de estratos bajos debían trabajar en servicio doméstico, como aguateras, lavanderas, aplanchadoras o expendedoras en el mercado (Fundación Misión Colombia, 1879, 81 y Mejía, 1999, 465).

Después de que los hombres salían de sus respectivos trabajos, en las horas del atardecer, hacían el paseo por la Alameda o concurrían a la tertulia que tenía lugar en el Altozano de la Catedral o en algún establecimiento de comercio. Sin embargo, era costumbre entre los bogotanos armar conversación a cualquier hora del día, por lo que hubo almacenes que colgaron un aviso prohibiendo esta especie de reuniones. Hacia las 6 de la tarde todos los establecimientos, menos las pulperías y algunas boticas, se cerraban. Muchos hombres y mujeres de sectores populares se dirigían a las tiendas, en donde se tomaba chicha con música de cuerda de fondo. En cambio, en los sectores pudientes primero se tomaba el “refresco” que consistía en chocolate con abundante dulce y colaciones y, a continuación, se realizaban visitas que habían sido anunciadas por la mañana, se participaba en alguno de los esporádicos bailes, se concurría a alguna cena en honor de algún extranjero o personaje ilustre o se asistía a veladas con música y poesías (Mejía, 1999, 469 y Fundación Misión Colombia, 80 y 83).

Los paseos al Altozano se realizaban diariamente. Los viernes, se llenaba desde temprano con toda clase de gente que llegaba a observar la variedad de escenas a que daba lugar el mercado semanal. Miguel Cané, describió en sus notas de viaje al Altozano:

Pero, me diréis, los bogotanos no pasean, no tienen un punto de reunión, un club, una calle predilecta, algo como los *boulevard*...? Sí, pero todo en uno: tienen el Altozano... Allí... todo cuanto la ciudad tiene de notable en política, en letras o en posición, se reúne diariamente. La prensa, que es periódica, tiene poco alimento para el reportaje en la vida regular y monótona de Bogotá; con frecuencia... los vapores que traen la correspondencia se varan y se pasan dos o tres semanas sin tener noticias del mundo. Dónde ir a tomar la nota del momento, el chisme corriente, la probable evolución política, el comentario de la sesión del Senado...? Todo el mundo se pasea de lado a lado. Allí un grupo de políticos discutiendo inflamados... Más allá, un grupo de jóvenes, la *creme de la creme*, según la expresión vienesa que han adoptado. Hay programa para esta noche? Y los mil comentarios de la vida social, los últimos ecos de lo que se ha dicho o hecho durante el día en la calle Florián o en la calle Real, cómo están los papeles, si es cierto que se vende tal hato en la Sabana...

Una bolsa, un círculo literario, un areópago, una *coterie*, un salón de solterones, una *coulisse* de teatro, un *forum*, toda la actividad de Bogotá en un centenar de metros cuadrados: tal es el Altozano (Cané, citado en Mejía, 1999, 193).

Sin embargo, no era propio de todos los bogotanos salir a caminar por las Alamedas o disfrutar de una conversación en el Altozano de la Catedral. No todos los sectores sociales reposaban en los parques. Esos lugares eran sitios públicos, pero su diseño y uso correspondía a los gustos y prácticas de sólo una parte de los habitantes: los criollos letrados, de los cuales se hablará más adelante. El lugar público por excelencia, como ya se ha anotado, eran las pulperías (Mejía, 1999, 413).

Si no salían tanto los sectores pudientes como los populares permanecían en sus viviendas, se rezaba el rosario en familia, se recibía alguna visita o se charlaba entre los miembros del hogar. Entre las 9 y las 10 de la noche se servía la cena. A continuación, los bogotanos se acostaban (Fundación Misión Colombia, 1989, 80 y Mejía, 1999, 469).

La ausencia de vida nocturna no clandestina, con excepción de las pulperías y las representaciones teatrales o líricas en el Coliseo, explica la falta de cafés, restaurantes u otros lugares similares. En general, la vida social de los sectores pudientes se realizaba en las casas. En 1840 Le Moyne comenta:

La vida de Bogotá desaparecía de las calles para el resto del día ya que no había en la ciudad ni un café ni un restaurante, ni establecimiento de recreo o pasatiempo que pudiera atraer a la gente fuera de sus casas como en las grandes ciudades de Europa; pero en muchas casas había reuniones de familia y de amigos, que se caracterizaban por su absoluta sencillez: mientras la gente joven, a la luz de una o dos velas, improvisaba algún baile con acompañamiento de guitarra o arpa, las personas de edad, hombres y mujeres charlaban y fumaban o jugaban a las cartas, juegos de azar en que los aficionados arriesgaban a veces sumas enormes (Le Moyne citado en Mejía, 1999, 432).

Las anteriores jornadas descritas se repetían todos los meses y de año en año. Las rutinas propias de los días de trabajo estaban arraigadas a las prácticas sociales. El uso de las horas era inmodificable. De acuerdo con su percepción del tiempo, todo bogotano sabía que cada cosa tenía su momento. Los capitalinos consideraban que el ocio era un desperdicio por el cual se tenía que rendir cuentas al momento de la muerte. Los bogotanos eran tan rigurosos a la hora de cumplir su rutina diaria que daban la impresión a los visitantes extranjeros de que todo el mundo en la ciudad andaba muy ocupado. Para los bogotanos *trabajar* ocupaba un puesto central en la percepción del tiempo. Consideraban que el trabajo podría brindarles una vida acomodada. Sin embargo, el trabajo era, ante todo, una disciplina de la virtud frente al ocio; era el empleo con utilidad del poco tiempo que disponen los individuos en la tierra. Utilizar bien el tiempo consistía en emplearlo en el

trabajo, en el ejercicio de la caridad, en educar la inteligencia y en orar a Dios (Mejía, 1999, 465, 466 y 469).

Para los capitalinos lo importante, lo virtuoso, era cumplir con las horas. Las rutinas diarias creaban un ritmo pausado en la ciudad que se manifestaba en el gusto por los espacios interiores y en la observancia rigurosa y estricta de cada uno de los momentos en que estaba dividido el día y la misma semana. Si a las 12 del día no se habían terminado un negocio, los bogotanos no tenían afán de posponerlo para más tarde, pues era más importante dormir la siesta (Mejía, 1999, 470).

La extrema lentitud de la vida cotidiana de los bogotanos ya descrita, se debía, en gran medida, al aislamiento que separaba a Bogotá con el mundo exterior, así como a la actividad económica de ritmo lento de un país muy poco ligado al mercado internacional y que internamente, entre sus regiones, se comunicaba muy poco, dando como resultado, como ya se vio, un mercado interno en el que dominaba la autosubsistencia y la baja capacidad de demanda. Esta economía de autosuficiencia no exigía actividad en las transacciones de los particulares, en los trámites de la administración pública ni en las comunicaciones. A pesar del impulso del comercio y la navegación que, como ya se vio, se dio en 1847, Bogotá, en términos generales, continuaba siendo una ciudad aislada. Esto hizo que las noticias llegaran tardíamente, así como los encargos. Manuel Ancízar, director del periódico *El Neogranadino*, por ejemplo, se quejaba del “pésimo sistema de correos”³⁴ y, en general, los viajeros consideraban toda una aventura llegar a Bogotá. Todos los anteriores factores contribuyeron a que la percepción del tiempo de los bogotanos fuera bastante particular, puesto que los capitalinos lo medían no en horas no en días, sino en semanas y meses. Por eso, un cronista afirma que a los bogotanos “no les importaba esperar ni hacerse esperar” (Fundación Misión Colombia, 1989, 83).

Una anécdota del año 1886, a pesar de ser posterior al estudio del presente trabajo, contribuye a construir lo que era la percepción del tiempo por parte de los bogotanos. Ese año, como ya se explicó, el telégrafo conectó a los bogotanos con el resto del mundo. *El*

³⁴ El director de *El Neogranadino* se quejaba de que los impresos llegaban a sus destinos “molidos, mojados y sucios” si es que llegaban pues, la gran mayoría de los casos, se perdían paquetes enteros. Continuamente llegaban al periódico noticias de los diferentes agentes de cada localidad que anunciaban la ausencia del semanario (Loaiza, 2001, 181).

Telegrama, periódico creado ese mismo año que traía noticias internacionales del día anterior a los capitalinos, anotó:

Bogotá, indudablemente, ha presentado un raro caso de aislamiento; tan singular, que varias personas —esto no es exageración— que se precian de cultas, y que en realidad lo son, nos han preguntado, con el mayor candor y buena fe, que qué tanto interés pueden tener los acontecimientos de Bulgaria, ni de Rusia, ni los temblores de todo el mundo y mucho menos en la Oceanía, ni las ovaciones de Sara Bernhardt, ni la libertad de los esclavos, ni la huelga en Cuba, ni el Santo Padre, ni tanta noticia descarnada e incoherente, para darse la pena de hacerla comunicar por cable, cuando días después se pueden obtener más detalladas por correo; que ¿para qué tanto afán y tanta prisa para saber hechos que nada nos interesa?

Tan grande indiferencia por la suerte del mundo y de nuestros semejantes, proviene de nuestra completa incomunicación. Nos hemos quedado estacionarios, mientras que todo se movía (*El Telegrama* citado en, Fundación Misión Colombia, 1989, 62).

Por lo tanto, el sistema comunicativo de la Bogotá de 1850 a 1860 era radicalmente diferente al del Viejo Continente. Mientras los europeos se adaptaban a nuevos itinerarios, leían libros, periódicos y telegramas de otras partes del mundo, viajaban sin dificultad entre diferentes ciudades y países, en Colombia el traslado de una ciudad a otra era sumamente difícil y tortuoso, y, más aún, el traslado hacia el otro continente. Bogotá, además, estaba particularmente aislada. Llegar a la capital era muy complicado. Por eso, la percepción del tiempo de los bogotanos era tan diferente a la europea: el tiempo, en cierta medida, transcurría de manera más lenta. Así, se empieza a observar cómo, a pesar de que el análisis tanto del sistema comunicativo europeo como del bogotano ha sido del mismo periodo de tiempo, hay diferencias entre ellos. En esta medida se evidencia que el estudio del sistema comunicativo de una determinada sociedad, vislumbra la manera en que esta construía su propio mundo. Bogotá, por tanto, era una ciudad aislada, desentendida de las noticias internacionales o de otras regiones, preocupada, en cambio, por cumplir sagradamente con un ritmo de vida sencillo.

2.2. Circuito comunicativo de los impresos en la Bogotá de 1850-1860

En este sistema comunicativo bogotano, los impresos presentarán características propias que responden a una nueva forma de ver el mundo y de construir la sociedad. Los impresos no sólo tendrán serias dificultades para trasladarse de una ciudad a otra sino que serán propiedad de un sector particular de la sociedad bogotana: los criollos letrados. A diferencia de los impresos europeos que buscaban llegar a la mayor cantidad de lectores posibles, los impresos en Colombia, y particularmente en Bogotá, serán escritos por los letrados, sobre los letrados, para los letrados. A continuación se pretende dar cuenta, tal como se hizo en el

primer capítulo, del circuito comunicativo de los impresos de la Bogotá de mediados del siglo XIX, para, finalmente, vislumbrar por qué se dan en Bogotá (ciudad tan aislada, tan alejada) esas novelas por entregas y folletín, y en qué medida su apropiación, por parte de los bogotanos, será radicalmente diferente de la de los europeos de la época.

2.2.1. Los criollos (élite letrada) como productores de los textos

Para entender el circuito comunicativo del libro en Bogotá entre los años 1850 y 1860 es necesario, como plantea Darnton, analizar todas las partes del mismo. Ya se ha visto cómo ese circuito hace parte de un sistema de comunicación bastante particular, que demuestra el aislamiento en que se encontraba Bogotá a mediados del siglo XIX. A continuación, se hará énfasis en cada una de las partes de ese circuito comunicativo del libro para mostrar que la apropiación de los impresos, y particularmente de las novelas por entregas y el folletín, por parte de los bogotanos, era diferente a la que de estos hicieron los europeos de la época.

En el presente apartado se pretende dar cuenta de una de las partes fundamentales del circuito comunicativo del libro en la Bogotá de mediados del siglo XIX: el autor o productor de los textos. Éste resulta ser un miembro de lo que Ángel Rama llama la “ciudad letrada”. Debido a que uno de los objetivos del presente trabajo consiste en demostrar que una de las características fundamentales de la novela por entregas de mediados del siglo XIX en Bogotá resulta ser el hecho de que el miembro de la élite letrada las escribe (sobre el mismo letrado y su estado jerárquico en la escala social) y el criollo letrado las lee, en un circuito comunicativo cerrado, resulta de vital importancia aclarar detenidamente a qué se refiere Rama con el concepto de “ciudad letrada”.

El concepto de ciudad letrada está en el libro titulado *La ciudad letrada* de Ángel Rama. Básicamente Rama hace un recorrido por el periodo colonial americano, luego por el siglo XIX y finalmente termina en el siglo XX, para demostrar cómo en América la figura del letrado ha sido fundamental. Rama explica que la figura del letrado inició en la Colonia para ayudar a perpetuar los signos estáticos y ordenados que imponía el rey. La monarquía pretendía instaurar una ciudad ideal que se ajustara a los parámetros de orden monárquicos, en los que, por supuesto, el orden implicaba una jerarquía en la que el rey tenía el puesto privilegiado.

La monarquía española, según Rama, necesitó de un grupo social especializado que promulgara el sistema ordenado de la monarquía absoluta y difundiera la “misión civilizadora”. Este grupo debía ordenar los signos de la ciudad al servicio del orden monárquico. Según Rama, dicho grupo constituyó lo que él denomina como *ciudad letrada*. El grupo se organizaba en el centro de la ciudad y se constituía a partir de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales. Es decir, todos aquellos que manejaban la pluma y que además estaban estrechamente relacionados con las funciones de poder³⁵.

Los integrantes de la ciudad letrada mostraron capacidad para institucionalizarse a partir de la función específica de ser dueños de la letra y para procurar volverse un poder autónomo dentro de las instituciones de poder a las que pertenecieron (como Audiencias, Capítulos, Seminarios, Colegios, Universidades). Tenían la capacidad de ser productores (en tanto conciencias que elaboran mensajes), así como habilidad para diseñar modelos culturales destinados a la formación de ideologías públicas. Los letrados, por su experiencia, sabían que podían modificar el tipo de mensajes que emitían sin que se alterara su condición de funcionarios, porque dominaban el ejercicio de los lenguajes simbólicos de la cultura. No sólo servían al poder, sino que también eran dueños del poder.

La supremacía de la ciudad letrada se debió, en primera instancia, a que sus miembros conformaron un grupo estricta y drásticamente urbano. Es decir, la ciudad letrada sólo es posible en una estructura ciudadana. En segunda instancia, su supremacía se debió al privilegio que tuvo el grupo de manejar los instrumentos de comunicación social, porque mediante ellos desarrolló la ideologización del poder dirigida al público. Además, su predominio se debió también a que sus miembros fueron los dueños de la letra en un medio analfabeta y a que además sacralizaron la letra dentro de la tendencia gramatológica constituyente de la cultura europea. Por otro lado, no fue sólo la letra lo que manejaron, sino todos los símbolos en general, para fundar una escritura crecientemente autónoma. La

³⁵ La ciudad letrada tenía dos tareas principales que contribuyeron a fomentar su fortaleza. La primera consistía en tomar las riendas de la administración colonial duplicando los controles. La segunda tarea consistía en la evangelización (transculturación) de la población indígena que era de millones. Para cumplir con estas dos tareas se necesitó un elevado número de letrados, que se instalaron en las ciudades. Además, la monarquía necesitaba formar una élite dirigente que ni siquiera debía trabajar o administrar sus bienes, pero que sí debía dirigir la sociedad al servicio del proyecto imperial. Por lo anterior se dieron puestos importantes a una nueva generación de administradores o intendentes y se contribuyó a la formación de profesionales que eran más peninsulares que criollos. Así se creó el cogollo urbano letrado, que tenía funciones importantes para el proceso colonizador.

ciudad letrada, a través de los símbolos, se ajustó como una red lo hace sobre la realidad para otorgarle significación. Los símbolos ordenaban el mundo físico y la vida de la ciudad. La ciudad letrada producía la red gracias a una inteligencia razonante que, a través de la mecanicidad de las leyes, instituye orden. Así, la ciudad letrada proyectaba una ciudad ideal, aún cuando el hombre común le hacía modificaciones sensibles³⁶.

Así, tanto la escritura como la lectura quedaron reservadas al grupo letrado. Esta exclusividad terminó por sacralizar la escritura. La letra fue siempre acatada, aunque en realidad no se cumpliera (tanto en la Colonia como en la República con los textos constitucionales). Los textos procuraban imponérsele a la vida social, aunque no estuvieran hechos a su medida³⁷. En ese sentido, los signos “ordenados” que trataba de imponer la ciudad ideal creada por los letrados, generalmente no estaban acordes con las necesidades de la ciudad real (aquellos que no pertenecían a la comunidad letrada).

Con la emancipación independentista de 1810 se demostró el grado de autonomía que la ciudad letrada había alcanzado dentro de la estructura de poder monárquico y su disponibilidad para realizar transformaciones gracias a su misma función intelectual. A su vez, se hicieron evidentes las limitaciones de su acción. Al depender de un poder real y emanciparse se encontró con que la mayoría de la población estaba en su contra (militaba en fuerzas realistas) por lo que debió hacer concesiones sociales como la abolición de la esclavitud. Asimismo, la ciudad letrada demostró después de las guerras de independencia su capacidad de adaptación al cambio y simultáneamente de frenar los movimientos de transformación según su propia conveniencia. De esta forma, la colectividad letrada logró frenar a las masas populares que se habían desatado por las guerras independentistas y las

³⁶“A través del orden de los signos, cuya propiedad es organizarse estableciendo leyes, clasificaciones, distribuciones jerárquicas, la *ciudad letrada* articuló su relación con el Poder al que sirvió mediante leyes, reglamentos, proclamas, cédulas, propaganda y mediante la ideologización destinada a sustentarlo y justificarlo. Fue evidente que la *ciudad letrada* remedó la majestad del Poder, aunque también puede decirse que éste remedó las operaciones letradas, inspirando sus principios de concentración, elitismo, jerarquización. Por encima de todo, inspiró la distancia respecto al común de la sociedad. Fue la distancia entre la letra rígida y la fluida palabra hablada, que hizo de la *ciudad letrada* una *ciudad escrituraria* reservada a una estricta minoría” (Rama, 1984, 41).

³⁷ Había dos tipos de lenguas: la pública (influenciada por la vida cortesana de la península) y la popular. La primera se caracterizó por su rigidez, su dificultad para evolucionar y por la generalizada unidad de su funcionamiento. Los intentos de desafiar o vencer la posición de esa escritura pública debían pasar obligatoriamente por ella. La ciudad letrada trataba de promover una fijeza semántica, con exclusividad letrada y de canales de comunicación. Mientras que la lengua popular se le oponía. “La *ciudad letrada* quiere ser fija e intemporal como los signos, en oposición constante a la *ciudad real* que sólo existe en la historia y se pliega a las transformaciones de la sociedad. Los conflictos son, por lo tanto, previsibles. El problema capital, entonces, será el de la capacidad de adaptación de la *ciudad letrada*” (Rama, 1984, 55).

apetencias de poder del propio sector ilustrado. En esa medida, la ciudad letrada logró el cambio que necesitaba para su conveniencia (deshacerse del poder de la monarquía española) y al mismo tiempo consolidarse como el sustituto de esa monarquía, con prácticamente su mismo poder y puesto en la estructura jerárquica. Se sustituyeron los cargos monárquicos por los representantes de la élite militar.

(...) Es altamente revelador que el debate se trasladara, entonces, a la lengua y aún más a la escritura, o, dicho de otro modo, a averiguar en qué lengua se podía escribir y cómo se debía escribir. El efecto de la revolución en los órdenes simbólicos de la de la cultura, nos revela las ampliaciones y sustituciones que se han producido en la *ciudad letrada* y asimismo su reconstitución luego del cataclismo social, pero fundamentalmente muestra el progreso producido en su tendencia escrituraria, en el nuevo periodo que —dificultosamente— conduciría al triunfo del “rey burgués” (Rama, 1984, 58).

Los productores de los textos en la Bogotá de mediados de siglo son, entonces, miembros de la ciudad letrada. Éstos no sólo construyeron la idea de la Independencia sino también las Constituciones, así como las mismas novelas en donde se configura en particular ideal de nación. Los criollos se vieron como aquellos designados a crear la nueva nación y lo hicieron a cabalidad, según sus propios intereses.

Arias, quien, en cierta forma amplía el concepto de ciudad letrada de Rama y lo aplica a la élite criolla del siglo XIX colombiano, explica cómo se creó la que él denomina “conciencia criolla” como el primer sustento para la creación de una identidad de élite nacional. Para Arias, en un primer momento, el criollo se origina a partir de su distinción de lugar de nacimiento, es decir, nacido en América. Por lo tanto, se crea una distinción de identidad territorial con respecto al español. En un segundo momento, la conciencia criolla se difumina para dar paso a la “americanidad” que corresponde a la fusión o unidad de criollos, mestizos e indios contra el invasor español. En un tercer momento, se demuestra que la conciencia criolla no se había olvidado, pues, después de la Independencia, es reforzada como marcador de origen que diferencia al criollo del pueblo bajo, los negros y los indios. Por lo tanto, “la conciencia criolla fue el primer sustento en la formación de una identidad de élite nacional: una conciencia fundada en el rechazo a la dominación española, pero marcada y plausible por su herencia” (Arias, 2005, 22).

Así, las leyes, la instrucción pública, los textos literarios y geográficos y los mapas, son escritos y estrategias de esa élite criolla o ciudad letrada en donde ésta procura aparecer como semejante a los otros y responder al discurso de igualdad que se había realizado en la Independencia, y simultáneamente exaltar las diferencias en las que el criollo tenía la

posición jerárquica privilegiada. La idea de Estado-Nación, que está inmersa en todos los escritos de la ciudad letrada, crea un sentido de igualdad política y de un “nosotros”, en donde, sin embargo, debía quedar claro que ese “nosotros” no era homogéneo. Lo mismo sucedía con la idea de “pueblo”: era una forma de generar distancias y simultáneamente de generar la ficción de una unidad (Arias, 2005, 26). En general, “en el siglo XIX colombiano la invención de la nación se constituyó en una estrategia discursiva para definirse como élite en el nuevo orden nacional. Constituir la nación fue un proyecto por medio del cual los grupos dominantes se intentaban instituir como tales” (Arias, 2005, 18). Los escritos de la ciudad letrada se configuran, entonces, como un espacio social rígido (según Bordieu) en torno a principios de diferenciación que dieran cuenta sobre quién ejercía el gobierno sobre otros (Arias, 2005, 27).

Los criollos, élite nacional, o ciudad letrada utilizaron un conjunto de capitales y recursos para dar cuenta de quién debía tener el poder de ejercer el gobierno y la clasificación. El primero de ellos fue la idea de linaje. Así, el criollo tenía una especie de “pureza de sangre” representada en la raza blanca. Para complementar tal distinción, el criollo debía escenificar un conjunto de elementos estéticos que demarcaran su posición social. Por ejemplo, el criollo usaba levita, mientras el pueblo usaba ruana. Así como el criollo usaba zapatos, mientras el pueblo era “descalzado”.

Sin embargo, lo que más distinguía al criollo no eran los rasgos externos sino los sutiles, como por ejemplo el porte y la compostura. Es decir, el criollo se distinguía más por el capital simbólico que por el económico, que estaba ligado al juicio estético del “buen gusto”. En ese sentido, la apariencia se complementaba con el trato, las buenas maneras y los signos corporales racializados. Por otro lado, esta elaboración de la apariencia y las buenas maneras era fundamental para el carácter sociable del criollo, puesto que la sociabilidad se comprendía como el valor central de la vida civilizada. Por último, y tal vez lo fundamental, el criollo se distinguía de la “masa bárbara” por su carácter de ser hombre letrado que sabe manejar las bellas letras, así como por su carácter de ser un hombre urbano y no rural (Arias, 2005, 28-34).

La educación del pueblo consistía en un método de memorización y de estrategia de control de las costumbres en el siglo XIX colombiano. Sólo unos pocos llegaban a obtener un título universitario y éstos constituían ese círculo letrado cerrado. En esa medida, lo

letrado se mantenía como posición de poder no tanto por la rigurosidad estética sino por el mismo poder de la escritura y la palabra para dar un orden y sentido a las cosas. Los textos, cualquiera fuera su índole, se convirtieron en estrategia de poder en donde los escritores se convertían en poseedores del conocimiento de la nación, y por consiguiente, en parte de la élite nacional. El escritor tenía la función de ser el que representaba, es decir, el sujeto que revela la realidad. Esto era fundamental porque la nación sólo podía ser posible en la medida en que fuera narrada y publicada. (Arias, 2005, 34). Por consiguiente, las novelas publicadas por entregas, como *El Doctor Temis*, y el folletín, como *Manuela*, contribuían a hacer una representación de esa nación (particularmente de la sociedad bogotana) a partir de la visión de sus propios autores quienes, por supuesto, eran criollos³⁸ y en sus escritos dan cuenta de una sociedad en la que las diferencias son exaltadas, para contribuir a mantener el orden social existente³⁹.

Según Arias, el pueblo aparecía en los escritos de los criollos como un pueblo supuestamente real-observado que se describía como caótico y desordenado. Esta descripción revela el miedo de la élite porque se le quitara su espacio privilegiado. La descripción del pueblo instauraba su papel como un otro diferente a la élite, pero otro semejante y distante simultáneamente. “A través de la figura del pueblo era constituida una linealidad jerárquica desde donde era pensada y dispuesta la diferencia poblacional en el siglo XIX (...). Al mismo tiempo, a partir de la figura del pueblo era construida la diferencia más extrema de la nación: indios errantes y negros libertos eran ubicados como poblaciones problemáticas por fuera del pueblo, en sus márgenes físicos o simbólicos” (2005, 35).

Los estudios de las costumbres que la élite hizo del pueblo emergieron del miedo a que el pueblo pudiera ascender en la escala jerárquica. En estos textos se hablaba de “nuestro pueblo” pero éste era visto desde la distancia, con cierto extrañamiento y exotividad, como una entidad que es lo propio y lo semejante, pero nunca lo igual. Por eso debía ser objeto de atención y cuidado (Arias, 2005, 37). Esta es la actitud de Demóstenes ante *Manuela* en la novela *Manuela*.

³⁸ El caso de Eugenio Díaz Castro es particular y de él se dará cuenta en el siguiente capítulo.

³⁹ Particularmente la novela publicada en el espacio del folletín, *Manuela*, más que legitimar al grupo letrado, lo que hacía, implícitamente, era criticarlo. Este hecho se explicará detalladamente en el tercer capítulo.

Esas visiones que retrataban los textos costumbristas reforzaban la distancia entre la élite nacional y su pueblo.

La élite urbana, recatada, controlada, ilustrada, republicana se contraponía con una vida de pueblo corrupta, violenta, descontrolada y ajena a la democracia, entre otros rasgos. Esto marcaba una primera gran diferenciación poblacional y espacial de la nación. La descripción de un pueblo observado y la proyección a futuro de un pueblo ideal, contemplaba la imagen del pueblo nacional como una entidad en formación. Esta imagen reiteraba la idea de que el gobierno no era un asunto del pueblo, porque éste todavía no se había formado (Arias, 2005, 41).

Las otras poblaciones como los indígenas y los negros que representaban a otro radical, puesto que no hacían parte del pueblo, no eran objetos de exclusión de los textos de la élite criolla. Precisamente el hecho de que fueran la imagen contraria al pueblo los hacía necesarios dentro de los discursos sobre la nación. “El centro de la nación se ve en una lectura en reversa de sus márgenes. Indios y negros eran marginales y no invisibles en el discurso nacional. Marginales no en el sentido de insignificantes, sino de subordinados y contrarios al ideal. En este sentido no estaban excluidos, por doquier aparecían como motivo de preocupación. (...)” (Arias, 2005, 52).

Por lo tanto, el criollo letrado imponía su privilegio y su poder en los impresos. El criollo era el productor de los textos, se legitimaba a sí mismo en éstos y buscaba que su público fuera otro miembro de la ciudad letrada.

2.2.2 Lectura y educación repetitiva

Otra de las partes del circuito comunicativo del impreso de la Bogotá de mediados del siglo XIX que es necesario estudiar es la de los lectores. Para entender quiénes leían los textos, y más aún, cómo leían, es necesario analizar la educación de mediados del siglo XIX en Bogotá. Fue a través de la educación que se enseñó a los bogotanos a leer los textos, más aún, fue la que consolidó una serie de gestos y hábitos que determinarían en un futuro la manera en que los individuos se apropiarían de los mismos. La educación era la encargada de iniciar la larga selección que finalmente posibilitaría el acto de leer literatura (Acosta, 2005, 34).

La educación fue una preocupación fundamental para los liberales a mediados de siglo, por eso se enmarcó en las reformas que éstos promovieron. Como ya explicó, una de estas reformas consistió en eliminar el monopolio del tabaco. A su vez, los liberales buscaron romper de manera radical con los rezagos de la Colonia al abolir la esclavitud,

decretar la libertad absoluta de imprenta y de palabra⁴⁰, la libertad religiosa y la libertad de enseñanza. Ésta se decretó en su versión más amplia en la ley de mayo 15 de 1850. Esta ley pretendía descentralizar la instrucción pública en sus diferentes niveles. Así, quedó consagrada la libertad de enseñanza en todos los ramos de las ciencias, las letras y las artes, a la vez que se restó toda importancia a los títulos académicos y las tres Universidades del país fueron convertidas en Colegios Nacionales. Los liberales buscaban, con esta ley, descentralizar el monopolio de la educación que se había centrado en Bogotá. Por lo tanto, los títulos quedaron sin valor para ejercer las profesiones, las trabas para los grados desaparecieron y la instrucción pública se puso en manos del poder municipal. Sin embargo, el país atravesaba por una situación económica desfavorable para los propósitos que tenían los liberales en cuanto a la enseñanza. Para el año de 1856 no existía ningún establecimiento de educación costado por rentas nacionales (Zuluaga, 2002, 106, 111, 112).

En 1853 se emitió la ordenanza 210 de diciembre 31 sobre instrucción pública. En ésta se explicaba que cada distrito parroquial tenía la responsabilidad de costear una escuela elemental de niños. Si la población sobrepasaba los 3000 habitantes, el distrito debía costear una escuela elemental de niñas. El número de materias para los varones era de cinco: instrucción moral y religiosa, lectura, escritura, elementos de la lengua castellana y elementos de aritmética (Zuluaga, 2002, 134).

En general, los niños de las familias acomodadas no tenían problema a la hora de acceder a la educación, pues accedían a los colegios creados por la reforma educativa de mediados del siglo, o recibían la educación primaria dentro del recinto de su hogar, de sus mismos padres o de un preceptor. En cambio, los niños de sectores menos favorecidos, estaban a merced de los beneficios que pudiera otorgar la educación pública (Fundación Misión Colombia, 1989, 249).

Las disposiciones de 1850 impulsaron la creación de un buen número de colegios o casas de educación en la ciudad de Bogotá. Éstas anunciaban sus servicios, que generalmente eran de instrucción elemental y secundaria, en los periódicos. En la mayoría

⁴⁰ En el año 1851 se encontraba vigente la Constitución Política de la República de la Nueva Granada. En el título XII, denominado “Disposiciones varias” se enuncia: “Todos los granadinos tienen derecho de publicar sus pensamientos por medio de la imprenta, sin necesidad de previa censura o permiso de autoridad alguna; pero quedado sujetos a la responsabilidad y pena que determine la ley por los abusos que cometan de este derecho, y los juicios de tales abusos se decidirán siempre por jurado” (Castellanos, 1995, 35).

se enseñaba instrucción moral y religiosa católica, lectura, escritura, gramática castellana y aritmética. Otras, además, brindaban elementos de geometría, de geografía general y de la Nueva Granada y de dibujo, materias que constituían la instrucción primaria superior (Zuluaga, 2002, 137).

Según la *Guía oficial i descriptiva de Bogota* del año 1858, para ese año existía: el Colejio de San Bartolomé, el Colejio Seminario, el Colejio del Rosario, el Colejio de la Merced, la Escuela de las niñas de la Catedral, la Escuela de niñas de las Nieves, la Escuela de niñas de San Victorino, la Escuela de niñas de Santa Bárbara, la Escuela de niños de la Catedral, la Escuela de niños de las Nieves, la Escuela de niños de San Victorino, el Colejio de la Independencia y Colejio de Pérez Hermanos (1858, 105 y 106).

Según la *Estadística jeneral de la Nueva Granada que conforme al decreto ejecutivo de 18 de diciembre de 1846 publica la secretaría de Relaciones Exteriores*, en el “Cuadro de las escuelas primarias de niños de ambos sexos, existentes en la República el 31 de agosto de 1847” se explica que en la Provincia de Bogotá⁴¹ existían 53 escuelas públicas de las cuales 52 escuelas eran de hombres y con la asistencia de 3.015 niños, y una era para mujeres, a la que asistían 53 niñas; a su vez, existían 60 escuelas privadas, de las que 29 eran para hombres y a las que asistían 563 niños, y 31 eran de mujeres, a las que asistían 422 niñas. En total, existían 116 escuelas de niños y niñas, a las que asistían 4284 alumnos (1848, 198). Según la *Estadística jeneral de la Nueva Granada que conforme al decreto ejecutivo de 18 de diciembre de 1846 publica la secretaría de Relaciones Exteriores*, la Provincia de Bogotá, en 1848, contaba con 279, 508 habitantes. Por lo tanto, sólo 1.5% del total de los habitantes asistía a la escuela⁴² (1848, 16).

En 1856 se promulgó el decreto 10 de mayo que exigió a todas las escuelas primarias trabajar con base en el *Manual de enseñanza mutua para la escuela de primeras letras*, redactado por José María Triana. Esta obra constituyó el eje de la práctica pedagógica durante más de 25 años (Zuluaga, 2002, 137).

⁴¹ No se encontraron los datos exactos de escuelas públicas y privadas para la ciudad de Bogotá, de manera particular. Así que se considera pertinente resaltar los datos de las escuelas de toda la Provincia de Bogotá para dar cuenta de cómo sólo unos pocos podían acceder a la educación.

⁴² No se tienen datos del número de niños que había en esa población de 279, 508 habitantes.

El método lancasteriano o de enseñanza mutua, era, por tanto, el que predominaba en la educación bogotana⁴³. Consistía en que un profesor impartía las lecciones a un grupo de alumnos y de éstos escogía a los más aventajados y talentosos para nombrarlos monitores. A su vez, éstos debían apoyar, asesorar y reforzar al maestro principal en la educación de alumnos inferiores. Existían ocho niveles de aprendizaje en los que se ubicaban los alumnos de acuerdo con sus conocimientos. Los de los niveles superiores debían enseñar a los de los inferiores. En esta medida, el método de enseñanza mutua creó una especie de pirámide en la que el maestro dirigía a los monitores principales, y éstos a su vez dirigían a otros monitores que se encargaban de grupos de ocho a nueve estudiantes. Por lo tanto, el profesor no tenía mucho contacto con los alumnos, sólo sabía de ellos cuando debía castigarlos (Fundación Misión Colombia, 1989, 250 y Acosta, 1999, 52).

El sistema lancasteriano se caracterizaba por el rigor en la disciplina escolar. Ricardo Carrasquilla explica en su libro *Lo que va de ayer a hoy*: “sobre la silla del maestro había un ... letrero escrito con grandes letras rojas que decía: ‘La letra con sangre dentro y la labor con dolor’”. El método lancasteriano no se preocupaba porque los alumnos entendieran cierto texto. Los estudiantes debían repetir exactamente un enunciado y de no hacerlo, eran castigados con la férula, el látigo o la vara. Muchas veces se utilizaba también el castigo psicológico: si algún alumno había fallado o titubeado en alguna lección, se le ponía una coraza en la cabeza en la que se leía con caracteres grandes la palabra “Burro”. El estudiante duraba con la coraza lo que el maestro dictaminara. A su vez, también se tenía la costumbre de encerrar en calabozos oscuros a los estudiantes negligentes en el aprendizaje (Fundación Misión Colombia, 1989, 251). Tomás Cuenca expone las razones que daban los maestros para ejercer estos castigos: “en la cabeza este raciocinio que no cesaba de repetirnos: Cuando uno se da un fuerte porrazo no se le olvida el lugar donde lo sufrió; así, al que no entienda algo, si se le castiga fuertemente, no se le olvida la explicación que se le haga. Por eso yo les pego a ustedes” (Cuenca citado en Acosta, 1999, 51).

⁴³ En diciembre de 1821 se estableció en Bogotá la primera escuela normal de todo el país. La fundó y dirigió el sacerdote franciscano Fray Sebastián de Mora. Allí el sacerdote promovió el método lancasteriano o de enseñanza mutua, que era bastante atractivo para la sociedad neogranadina por la estrechez presupuestal que imperaba. Más adelante el padre Mora se trasladó al Sur y lo reemplazó Pierre Commetant. Éste último fue escogido para dirigir la escuela de Caracas, por lo que lo sustituyó don José María Triana, quien había sido su discípulo y del padre Mora (Fundación Misión Colombia, 1989, 250 y 251).

La enseñanza que se impartía a través del método lancasteriano era absolutamente mecánica. Los alumnos debían recitar las lecciones de memoria, aunque no entendieran lo que estaban diciendo, es decir, sin captar el sentido de los textos. Lo esencial era repetir exactamente, sin cambiar u omitir un solo vocablo, cada una de las lecciones ante el maestro o monitor (Fundación Misión Colombia, 1989, 251). Así lo explica Tomás Cuenca cuando enuncia: “La gramática la estudia; vamos por lecciones orales que él nos daba sin texto en que estudiar, y no era eso lo malo, sino que nos obligaba con una severidad odiosa a repetirle al otro día sus explicaciones, además de un largo trozo de cosmografía aprendido de memoria y repetición también de explicaciones que él nos había hecho el día anterior” (Cuenca citado en Acosta, 1999, 51).

Según el *Manual de enseñanza mutua* de Triana “los niños no deben leer sentados sino que, después de la escritura desfilan y van marchando con las manos atrás, a colocarse en semicírculos frente al cuadro que les está preparado” (Triana citado en Acosta, 2005, 36).

Si los estudiantes tenían el cuadro a la vista, el primer alumno leía la primera letra, el segundo la segunda, luego el tercero, y así sucesivamente. Si algún estudiante cometía un error, pasaba al final de la fila. El siguiente estudiante debía corregirlo. Mientras tanto, el monitor debía mantener el orden y señalar en el cuadro la lectura indicada. Por otro lado, si los alumnos debían leer de memoria, el monitor decía el principio de una frase que estaba en el cuadro para que el aprendiz la completara. Por ejemplo, decía “Dios creó” y el niño debía responder “el cielo y la tierra” (Acosta, 2005, 36).

Así, en los establecimientos educativos se enseñaba una forma de leer que sólo consistía en la repetición, más que en una actividad consciente e interpretativa. Es interesante ver cómo, según Ortiz, debía existir un “gesto en la lectura”:

Del gesto en la lectura

- Todo el peso del cuerpo debe descansar en la pierna derecha
- Que las rodillas estén rectas, y lo mismo el cuerpo, aunque no perpendicular, sino inclinado a la derecha, y más bien hacia adelante
- Tener el libro o manuscrito en la mano izquierda
- Mirar lo más a menudo al auditorio, sin perder el lugar del libro en que se lee u olvidar las palabras.
- Levantar la mano derecha cuando se exprese algo sublime, o haya de mostrarse el cielo.
- No accionar nunca con la mano en que se tiene el papel o el libro en que se lee” (Ortiz, citado en Acosta, 1999, 49).

Después de que el alumno había aprendido ciertas bases de lectura se ejercitaba en la memorización de cuadros que contenían extractos de la Biblia, máximas del Evangelio,

sentencias morales o el estudio del catecismo. Generalmente el curso de doctrina cristiana se hacía simultáneamente a la hora de la lectura. Por lo tanto, el método de enseñanza mutua contribuyó a que se consolidara la religión católica como el objetivo final del aprendizaje (Acosta, 2005, 37).

Por consiguiente, la lectura de los niños bogotanos de mediados del siglo XIX era muy diferente a la lectura que se hace hoy en día. Los estudiantes debían recitar frases de memoria, sin hallarles ningún sentido. A su vez, tenían muy poco contacto con los textos. Así lo explica José María Triana en su manual:

Cuando se usan libros, no se confían a los niños sino en el momento de la lectura, y el monitor general es el que los distribuye a los monitores particulares, que los recogen después de la lectura para guardar en el armario. Esta costumbre está en consonancia con los principios de economía, orden y conservación que deben observarse en estos establecimientos (Triana citado en Acosta, 1999, 53).

Por lo tanto, se observa cómo se estaba implementando una forma de lectura pública, más que privada. No se quería que los estudiantes vieran al libro como un objeto-amigo, no se quería que leyeran en la intimidad, ni que hicieran sus propias interpretaciones. La lectura que se enseñaba en los colegios a mediados del siglo XIX en Bogotá era una lectura que pretendía controlar a los estudiantes. Por tanto, la tradición y las convenciones sociales estaban imponiéndose sobre la lectura.

En la medida en que la lectura era repetitiva y pública, se estaba fomentando el carácter multiplicador de los textos costumbristas (en los que se enmarcan tanto *El Doctor Temis* como *Manuela*), tan característicos de esta época. Estas obras tenían como propósito fundamental generar grupos de lectores que se reunían a compartir los textos, a partir de la participación colectiva que generaba la prensa, las tertulias, las cadenas de escritos, las correspondencias, entre otros (Acosta, 2005, 35).

La lectura, por lo tanto, más que privada, era pública. Lo público permitía que se pudieran ejercer formas de control sobre los textos. La lectura en privado permitía la libre interpretación, el ir en contra de la norma, es decir, ponía en entredicho las costumbres colectivas. En gran medida, quienes ejercían este tipo de control, esta vigilancia sobre la lectura privada, eran los mismos educadores que usualmente eran, además, colaboradores en periódicos, literatos y políticos (Acosta, 2005, 39 y 40), es decir, hacían parte de la ciudad letrada. Estos educadores eran quienes aceptaban o no un determinado texto para la

lectura de los bogotanos. De hecho, a los estudiantes sólo se les permitía acceder a los textos escolares:

... dócil a las sugerencias de mi temperamento quimérico, y consecuente con mis aficiones de antaño, no desperdiciaba la ocasión de habérmelas con algún librejo a menos para atenuar la melancolía que agobiaba mi alma de muchacho triste. Algunos sinsabores me proporcionaba la satisfacción de ese anhelo de lectura entretenida o sentimental, pues a tal respecto, los pasantes y los profesores habían recibido órdenes terminantes del director del colegio: al niño al que se le sorprendiera entretenido don libros que no fueran los textos de estudio, era castigado sin misericordia (Rivera y Garrido citado en Acosta, 1999, 26).

Alfredo, un estudiante típico del Colegio del Rosario tenía como equipaje permanente:

una cama, un baúl y un ropero; cinco libros; los “códigos”, sus libros de necesidad, “Jorge Sand”, su bello ideal; “Juan Jacobo Rousseau”, su filósofo predilecto; “El Doctor Themis”, humilde monumento elevado de nuestra literatura nacional por un joven pobre como él, a quien, lleno de inteligencia y de virtud, la sociedad dejó marchitar y morir en la oscuridad; y “el libro del pueblo de Laménais”, en donde bebe inspiración para consagrarse a sus mejoramientos. Un retrato de Lamartine y otro de Victor Hugo (Rivas citado en Acosta, 1999, 66).

Seguramente, muchas de las anteriores lecturas las hacía a escondidas de sus maestros. Esto demuestra el hecho de que al ser la lectura una actividad predominantemente pública, se buscara hacerla privada desde espacios marginados o periféricos. Así, muchos estudiantes leían a escondidas sus textos predilectos. Muchos otros (y no sólo estudiantes) leían literatura a partir de la prensa. Como se verá más adelante, la prensa política y literaria resultó siendo un espacio privilegiado para la publicación de literatura en la Bogotá de mediados de siglo.

Aun cuando la Iglesia católica rechazaba rotundamente a muchos de los escritores franceses⁴⁴, la influencia de las lecturas extranjeras se observa dentro de las lecturas de los bogotanos que pertenecen a la ciudad letrada. Vicente Restrepo, cuenta sobre sus lecturas predilectas:

Uno de mis gratos entretenimientos fue siempre la lectura; el primer mueble que tuve fue un estante para libros. Chateaubriand, César Cantu, Thiers, Madame de Stael eran mis autores favoritos; igualmente leía con gusto algunos clásicos españoles. Entre los poetas prefería a Lamartine y a Víctor Hugo (Restrepo, citado en García, 2006, 35).

En el *Diario de lectura* de Tomás Cuenca, también se encuentran preferencias por las lecturas extranjeras. El 80% de sus lecturas hechas entre 1858 y 1860 son autores

⁴⁴ “En 1856, el periódico del arzobispado de Bogotá, *El Catolicismo*, denuncia a Simonnot por vender libros inscritos en el índice expurgatorio, en particular los de Rousseau, Robertson, Eugène Süe, Hugo, George Sand, Volney, Bentham: ‘Si no están prohibidos son por lo menos peligrosas la Moral Universal de Holbach i las novelas de Dumas i de Balzac’ (García, 2006, 112).

franceses⁴⁵. Así, en cuanto a las obras históricas, políticas y económicas, Cuenca dice haber leído a Guizot, Cantú, Robertson, Talleyrand, Bastiat, Bentham. A su vez, a Dumas, Scribe, Cooper. En cuanto a la ficción, Cuenca ha leído a los románticos Bernardin de Saint Pierre, Goethe, Madame de Staël y a los franceses Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo (García, 2006, 120).

Según García, las lecturas de los bogotanos en las décadas de 1850 y 1860 eran predominantemente europeas. De hecho, tanto liberales como conservadores, presentaban homogeneidad en sus lecturas: los radicales leían a los autores ultramontanos y los conservadores a los grandes éxitos del romanticismo republicano (García, 2006, 120). A estas lecturas extranjeras habría que añadir las lecturas de novelas que se hacían en los periódicos de la época. Tanto liberales como conservadores tenían lecturas homogéneas debido a que, finalmente, quienes reciben esa influencia europea son los participantes de la ciudad letrada.

Por lo tanto, la lectura a mediados del siglo XIX en Bogotá se convirtió en una forma de distinción social, puesto que se consideraba a la palabra escrita como una forma determinante a la hora de preservar las costumbres. La lectura se controlaba desde los procesos de censura que se pudieran ejercer desde las escuelas, las leyes de gobierno y la prensa (Acosta, 2005, 41). Era una forma de construir la realidad, una forma de construir a la sociedad bogotana de la época. Por lo tanto, en la medida en que se estudia la forma de leer y acceder a los impresos, se estudia el medio de comunicación y su manera de apropiarse. Y, por consiguiente, se analiza la manera en que una sociedad, particularmente la colectividad letrada, tejía su propio universo a través de los impresos.

En cuanto a los sitios de lectura, sólo existía la Biblioteca Nacional como espacio público de lectura, para la época que compete a la presente investigación. Al final de la primera administración de Mosquera (1845-1849) se adquirieron cinco mil libros en Europa de los cuales la gran mayoría fueron destinados a la Biblioteca Nacional (García, 2006, 60).

⁴⁵ “Así, de cuarenta y seis libros, treinta y siete son de autores franceses, tres de autores italianos (Cesare Cantú, y Silvio Pellico), tres de autores ingleses (Bacon, Robertson y Bentham), uno de Goethe, y, única excepción a la preeminencia europea, un libro del norteamericano Fenimore Cooper sobre Cristóbal Colón. En segundo lugar, la importancia de obras religiosas francesas (cinco de cuarenta y seis, es decir un poco más del 10%) es digna de interés, si se tiene en cuenta que Cuenca pertenece a la joven guardia liberal: allí aparecen Bossuet, Auguste Nicolas, dos obras de Lamennais, una historia de los jesuitas de Créteineau-Joly, y una biografía de Lamennais por el padre Gerbet. Dos obras de Joseph de Maestre y una de Bonald, adalides del pensamiento tradicionalista francés, se cuentan también entre los libros leídos por Tomás Cuenca durante esos dos años (...)” (García, 2006, 118).

Los compró Manuel María Mosquera, quien desempeñaba cargos diplomáticos en París y Londres. Así, 1.382 volúmenes se colocan en nuevos estantes adquiridos para tal fin (Hernández y Carrasquilla, 1977, 99). Era la primera vez, en Colombia, desde la Colonia, que una biblioteca gozaba de tan cuantioso suministro.

La Biblioteca es descrita en la *Guía oficial i descriptiva de 1858* de la siguiente manera:

La Biblioteca Nacional, fundada en 7 de enero de 1777, está hoy colocada en el antiguo local denominado *Las Aulas*: ocupa tres grandes salones, de los cuales el uno es el *Gabinete de lectura*, en donde se hallan mesas i asientos que consultan la comodidad de los concurrentes; las paredes están cubiertas de mapas geográficos i cuadros de jeología, jeognosia, cronología e historia universal. El otro salon, llamado de *Obras nacionales*, contiene la rica colección del patriota e infatigable compilador señor Anselmo Pineda, todas las obras relacionadas con la América del Sur i especialmente con la Nueva Granada, i casi todo lo publicado en el país hasta la presente época. Allí se reciben, con pocas excepciones, los periódicos, obras, folletos i hojas sueltas impresas en la República, i se coleccionan cuidadosamente para que mas tarde el historiador encuentre una fuente segura para sus investigaciones. El tercer salon, que se llama de *Obras extranjerias*, contiene un gran caudal de obras escritas en frances, ingles, español, latin, italiano, portugues, aleman, sueco, griego, hebreo, holandés, catalán, dinamarqués i ruso. Además de la separación de idiomas hecha para el arreglo de los volúmenes, se encuentran clasificados por materias de la manera siguiente: artes i oficios, ciencias eclesiásticas, ciencias físicas i matemáticas, ciencias naturales, filosofía, historia, literatura, medicina, política i jurisprudencia.

El número de volúmenes existente en ambas bibliotecas asciende a cerca de 33,000.

También se encuentran en este establecimiento los retratos litografiados de los hombres mas distinguidos del país, i el importe herbario formado por el joven botánico José G. Triana. (1858, 43).

Desgraciadamente no se encontraron registros de asistencia a la Biblioteca para la época de 1850 a 1860. Sin embargo, sí existe un registro para el año 1872, lo que puede dar una idea de la concurrencia de los capitalinos a la biblioteca. Se llevó a cabo un registro de la asistencia a la sala de consulta durante catorce días, a través de él se calculó un promedio de 430 lectores al mes, cuyos principales intereses se enfatizaron en la lectura de obras literarias (24%), de historia (24%), y de periódicos (17%). A su vez, se consultaron obras de ciencias físicas y matemáticas (9%) y de jurisprudencia (7%) (*Estadística de la concurrencia a la Biblioteca Nacional* citado en García, 2006, 111).

Por lo tanto, son muy pocos quienes acceden a los libros de la biblioteca. No es difícil imaginar que la gran mayoría de estos 430 asistentes pertenezcan al sector de la burguesía y, en menor medida, al artesanado. Es decir, en general, quienes accedían a la lectura era los miembros de la ciudad letrada. Además, Bogotá tan sólo contaba con una biblioteca para acceder a los impresos. En general, el acceso a las obras literarias se daba más por la compra propia y por la prensa de la época que por las bibliotecas.

De la cotidianidad que se vivía en la Biblioteca Nacional, José María Samper, un miembro de la élite letrada, en su libro *Historia de un alma*, narra el siguiente episodio. Así describe el saludo que le daba el entonces joven al bibliotecario, Vicente Nariño:

- Buenos días, señor don Vicente.
- Buenos días lo tenga usted, caballero.
- Yo desearía saber si “tal” libro se halla en la Biblioteca.
- Debe estar: busquemos en el índice.
- Por lo visto, sí está. ¿Tendrá usted la bondad de prestármelo?
- Si duda: búsquelo usted en aquel rincón del estante. Allí tiene usted una silla en qué sentarse a leer.
- Mil gracias (Samper, citado en Hernández y Carrasquilla, 1977, 103).

Según García tal parece que en la década de 1850 sólo funcionaban dos librerías en Bogotá: la de *El Neogranadino* y la de Simonnot, un francés que se radicó en la capital desde 1851 y quien vendía libros en francés y en español. Además, al final de los cincuenta, se agrega a la lista la librería de la imprenta *El Mosaico* que se especializaba en vender obras nacionales (García, 2006, 112). Por otro lado, según la *Guía oficial i descriptiva de Bogota* del año 1858, existía la agencia Periódicos i librería de Francisco Ramírez Castro, en la Carrera de Bogotá, calle 2ª, número 47. También existía la agencia “Jeneral de Negocios” de Pereira Gamba, Camacho Roldán i Compañía en Plaza de Bolívar, número 5, en donde probablemente también se vendieron libros y periódicos.

Según un viajero norteamericano, Duane, en 1823 encontró en Bogotá la única librería de la Gran Colombia. A su vez, existe una carta firmada con las iniciales L. R, quien se cree era un científico francés que también estuvo en Bogotá en 1823, y que dice:

Se observa en casi todos [los santafereños] un deseo insaciable de saber... Hay hombres bastante instruidos, reina en todos un gusto delicado, expresión fina, y si hubiera cultivo podría ser esto un País... Si las ciencias llegasen a emigrar a América, como algunos han pronosticado, establecerían aquí su imperio... Las riquezas literarias de Santa Fe exceden a lo que se podía esperar de un país tan distante del centro de las luces. La biblioteca pública consta de más de veinte mil volúmenes, entre los cuales se encuentran muchas obras preciosas de la antigüedad... En los monasterios, colegios y aun en muchas casas particulares, hay también librerías copiosas, que no se encuentran en muchos lugares cultos de Europa (...) mi juicio conviene con el de Humboldt, que descubrió en Santa Fe las disposiciones más favorables al progreso de las ciencias (Fundación Misión Colombia, 1989, 104).

Así, por lo tanto, se observa cómo en la Bogotá de 1850 a 1860 eran muy pocos quienes podían acceder a las letras, sólo un 1% de la población bogotana. Y no sólo eso, sino que eran escasos los establecimientos en donde se podía acceder a salas de lectura o comprar libros o periódicos. Además, a aquellos pocos que sabían leer sólo les permitían realizar una lectura pública, es decir, una acción controlada por la ciudad letrada que imposibilitaba la libre interpretación de los individuos. Es a este público, reducido, al que

van a querer acceder los diferentes impresos, particularmente las publicaciones periódicas como *El Doctor Temis* y *Manuela*. Por consiguiente, será un público muy diferente al público inglés que esperaba con ansias al cartero que traía la siguiente entrega de Dickens. El público bogotano de la novela por entregas y el folletín será un público exclusivamente de élite. La homogeneización de la alfabetización que se dio en Europa a mediados del siglo XIX, no tenía réplica alguna en Bogotá. Sólo unos pocos podían acceder a ese mundo europeo y quisieron copiarlo. Esos pocos son la ciudad letrada y son, precisamente, los que traerán el formato de las entregas a Bogotá.

2.2.3 Los impresos en la Bogotá de 1850-1860

A continuación se tratará de explicitar el panorama de los impresos en general en la Bogotá de 1850 a 1860, en medio de ese sistema de comunicación del que se ha venido hablando. Con lo que se ha explicado se entiende cómo los impresos no sólo hacían parte de un sistema de comunicación que funcionaba de manera lenta sino que, además, eran manejados, primordialmente, por los miembros de la ciudad letrada. Por lo tanto, de acuerdo con estas características, los impresos en la Bogotá de mediados de siglo serán diferentes a los europeos de la época, y, más aún, la apropiación que hicieron los capitalinos de los mismos.

En primer lugar, es necesario aclarar que sólo existió una fábrica de papel en la capital. Dicha fábrica se hizo en una vieja casona (Therrien, 2007, 37) y se sostuvo hasta los alrededores del año 50, esto se sabe porque en *El Neogranadino* se cotiza “papel de la fábrica bogotana” hasta principios de 1849 (Ospina, 1979, 257). Además Holton, en 1852, la encontró abandonada: “Saliedo de la ciudad dejamos a la izquierda la Quinta de Bolívar y el río [San Francisco], y a la derecha pasamos dos molinos de harina, una antigua fábrica de papel, ya cerrada, y una fábrica de quinina cruda” (Holton, citado en Mejía, 1999, 65).

Por lo tanto los periódicos, y los impresos en general, en la década del cincuenta, estaban supeditados a la importación de papel, pues no existía una fábrica propia que lo produjera. Así, por ejemplo, en 1865, varios periódicos tuvieron que interrumpir su impresión a causa de la escasez de papel (Loaiza, 2005). Se tienen datos que explican cómo, para 1880, Alemania era uno de los proveedores de papel a Colombia (Melo, 1991, 145). Además, se entiende que el papel era vendido de manera primordial a los grupos

económicamente mejor situados, para que éstos pudieran continuar con sus periódicos (Melo, 1991, 128).

Entonces, los impresos no sólo debían luchar contra el lento sistema de comunicación que impedía la llegada de noticias, libros y correo de manera eficiente, sino que además, debían supeditarse a la llegada de papel. Éste, por cierto, debía ser sumamente caro por el alto costo del transporte. Por eso, quienes lo compraban, eran los miembros de la ciudad letrada.

Así, el desarrollo de los impresos en el siglo XIX bogotano fue lento. Fueron escasas las publicaciones periódicas y los libros que, además, estuvieron hechos y dirigidos por los miembros de la élite criolla. El panorama de los impresos y del sistema de comunicación en general en la Bogotá de mediados de siglo es diferente del europeo y demuestra cómo la sociedad que manejaba y construía ese sistema y esos medios, era radicalmente distinta. Entonces, estudiar los medios y sus apropiaciones, permite adentrarse en la sociedad que los creaba y en su forma de construir el universo. Así, los criollos letrados estaban buscando construir una nueva nación, tratando de diferenciarse del Viejo Mundo, pero, a la vez, legitimándose en la punta de la escala social, gracias a su relación con España. Los criollos, fundamentalmente, construyeron la nación que los favorecía desde los impresos. Por eso, éstos serán manejados por miembros de la ciudad letrada, que hablarán y legitimarán a la misma comunidad y se dirigirán, además, a esa élite letrada.

El libro, a mediados de siglo en Bogotá, fue, sobre todo, un bien importado de Europa. Existen algunas obras nacionales, pero, en general, hay una preeminencia del libro europeo (García, 2006, 109). Seguramente, eso se debió a que imprimir libros debía ser muy caro y poco rentable. Aunque no se pudieron encontrar datos al respecto, si se tiene en cuenta todo lo relatado anteriormente (el viaje tortuoso, difícil y costoso por el Magdalena, la poca comunicación entre las distintas ciudades, la escasez de fábricas propias de papel, los pocos lectores, los pocos o casi nulos sitios públicos de lectura, etc.) no es difícil imaginar que muy pocos quisieran emprender la labor de publicar libros, por eso, en general, se prefería imprimir publicaciones periódicas. Por lo anterior, el modo más idóneo de publicación de las obras literarias fue en los periódicos a manera de folletín, o como folletos, a manera de novelas por entregas.

Por eso, Antonio Caballero, en 1980, dijo:

la pobreza en Colombia desde su fundación como República, cuando se comenzaron a abrir las avenidas del pensamiento libre, no daba para editar libros. Los folletos, donde se recogía cierto material que se publicaba previamente y por entregas en los periódicos, o que no habían sido aceptados por éstos, por su extensión, es la otra fuente de la historia de nuestras primeras letras, y perdura con igual valor en todo el siglo XIX. Los libros son escasos y generalmente se editan costosa y oficialmente fuera de Colombia⁴⁶ o, con grandes trabajos, dentro del territorio. Pero para saber qué pensaban, o qué decían los colombianos, o los neogranadinos, es preciso recurrir a los periódicos, mal impresos, en un papel que el tiempo ha amarillado rápidamente (...) (Caballero citado en Cobo, 1990, 9).

Por lo tanto, en la época se editaran, primordialmente, libros escolares, como el *Manual de enseñanza mutua* de Triana o como *El libro del estudiante* publicado por José Joaquín Ortiz, que tuvo siete ediciones (España, 2007, 95).

Al anterior panorama poco fructífero para la edición de libros, se le agrega la frecuencia con que son robados tanto libros como periódicos. Los redactores de *El Neogranadino* se quejaban, en 1849, de que los libros que les enviaban de Europa desaparecían continuamente. “Aún los periódicos de Europa nos faltan frecuentemente, como algunos de la costa i provincias del Norte. A nadie culpamos, pero es cierto que esos despojos bien merecen una protesta” (*El Neogranadino*, citado en García, 2006, 112). A su vez, en 1851, el periódico *El Día* relata la desaparición de varios libros de la biblioteca de Joaquín Acosta (*Informes anuales del secretario del Interior al Congreso* citado en García, 2006, 112).

En general, entonces, la venta de libros a mediados del siglo XIX en Bogotá se limitaba a entregas a pequeña escala. Generalmente, se anunciaba la publicación de los libros en la prensa o en los letreros de los escaparates (García, 2006, 112). Frecuentemente el impresor publicaba una propaganda previa del libro en un periódico de su misma imprenta con el fin de saber de antemano si su libro iba a ser o no leído. Esto evitaba imprimir un texto costoso que después no se vendería (Loaiza, 2004, 168). Entonces, la prensa era quien fomentaba la lectura de los libros y era el mismo impresor de las publicaciones periódicas quien promovía su compra. En *El Mosaico*, número 35, se lee:

UNA RONDA DE DON VENTURA AHUMADA

Novela original, bogotana escrita por don Eujenio Díaz. Se halla de venta en la Agencia del Mosaico. Plaza de la Constitución, número 35 i en el Puente de San Francisco en la tienda del Señor Torres Amaya; a dos reales el ejemplar” (*El Mosaico*, 27 de agosto de 1859, 284).

⁴⁶ Es diciente el hecho de que la segunda edición de *El Doctor Temis* haya sido publicada en París, en el año 1897, por la Imprenta Garnier, y *Manuela*, a su vez, después de ser publicada como parte de la colección Museo de cuadros de costumbres, haya sido publicada por la misma Imprenta Garnier, en París, en el año 1889. Por lo tanto, se puede inferir que los libros eran más rentables de imprimirse por fuera del país.

El impresor, generalmente, sabía que era mucho más rentable publicar obras literarias en el formato de las entregas, ya fuera a través del periódico o de folletos separados. Por lo tanto, aquí se apropiaban del formato de las entregas por una razón particular: era más rentable imprimir literatura de esta forma. En cierta medida, es la misma razón por la que se publican las novelas por entregas en Europa. Sin embargo, la “rentabilidad” es muy diferente porque en Europa los tirajes son mucho mayores que en Bogotá. Acá los impresos se publican, primordialmente, para los miembros de la ciudad letrada y los tirajes son mínimos en comparación con los europeos. Sin embargo, lo que sí es cierto, es que la impresión del libro, en los años cincuenta del siglo XIX en Bogotá, estaba supeditada a las publicaciones periódicas.

Por lo tanto, el impreso predominante en la Bogotá de la década de los cincuenta es el periódico. En él el criollo letrado empezó a construir el discurso de y sobre la nacionalidad. Fue el periódico el medio idóneo de publicación de las obras literarias de los bogotanos de la época que, por supuesto, contribuían a legitimar el discurso de la nacionalidad en el que el letrado tenía el papel privilegiado.

Así como había escasez en la publicación de libros, había muy pocas y rudimentarias imprentas. Según la *Guía oficial i descriptiva de Bogota* de 1858, existían las siguientes imprentas: Echeverría Hermanos⁴⁷ en la carrera de Riohacha, Calle 1ª, número 12; Marcelo Espinosa, en la carrera del Chocó, calle 1ª, n 22; Francisco Torres Amaya en la Plaza de San Francisco, número 41; Nicolás Gómez en la Plaza de Bolívar, número 46; Ovalle i Compañía en la carrera de Venezuela, calle 3ª; Imprenta de la Nacion, carrera del Perú, calle 1ª, número 26 (1858, 107). A su vez, existía la Imprenta Imparcial (en donde se publicó *El Doctor Temis*) entre los años 1851-1856⁴⁸ y la Imprenta de J. A Cualla⁴⁹, en

⁴⁷ Los hermanos Echeverría, León, Jacinto y Cecilio, venezolanos, llegaron a Colombia gracias a Manuel Ancizar. Éste los invitó a participar en la creación de la Imprenta *El Neogranadino*. Los venezolanos eran aventajados alumnos de Pedro Lovera y Carmelo Fernández, maestros fundadores del arte pictórico en Venezuela, y habían intervenido en la instalación de las modernas impresoras de Caracas (Loaiza, 2004, 163). A partir del año 1851 los hermanos Echeverría manejaron su propio negocio.

⁴⁸ En la Biblioteca Nacional existen las siguientes publicaciones editadas por la Imprenta Imparcial: *El Pobre* (1851), *El Paparote* (1852), *El Espía* (1854), *La Tribuna* (1856), *El Artesano* (1856). En el libro *Cien años de prensa en Colombia* se explica que *El Artesano*, desde el segundo número, es editado por la imprenta de Echeverría Hermanos.

⁴⁹ España relata cómo la imprenta de Cualla “estaba en la calle principal del barrio Las Nieves, en una casa vieja que posiblemente también le servía de hogar. Esto no quiere decir que se mantuviera a toda hora allí. Cuando no estaba imprimiendo se ponía la levita y el cubilete y se iba a la calle o al café, a chismosear como cualquier parroquiano. Pero cuando trabajaba era en serio. Se colocaba una especie de mandil de tela gruesa

donde se publicaron las primeras ediciones de *El Mosaico*, una de las más importantes de la época. Estas imprentas, como se ha venido explicando, publicaban de manera primordial periódicos.

En el siglo XIX en Colombia el 90% de los productos de la imprenta está constituido por periódicos, principalmente de combate político y de divulgación ideológica, aunque tampoco faltan los religiosos impresos en las —imprentas diocesanas—. Un 8% del producto total gráfico del siglo XIX corresponde a libros y un 2% a productos comerciales —papelería de escritorio y propagada y algunos industriales, especialmente empaques, cajas de cartón, envolturas y marquillas (Canal, 1973, 31).

En cuanto a la técnica que manejaban las imprentas, cabe resaltar el papel que jugó la imprenta El Neogranadino que, en 1848, trajo consigo innovaciones técnicas en cuanto a la impresión⁵⁰. Así, en el primer número de *El Neogranadino* se anunciaba:

Se encuaderna con la última perfección del arte, desde simple cubierta de papel hasta la encuadernación más lujosa. Los operarios son traídos de las afamadas oficinas de Harper y compañía de Nueva York. Además de encuadernaciones se ejecuta toda especie de obra de cartonería, como Albums, Carteras, Portafolios, Estuches, etcétera, con la mayor finura y la calidad que se pida” (*El Neogranadino*, citado en Loaiza, 2004, 165).

A su vez, la imprenta de Ancízar ofrecía el servicio de corrección y la permanente y discreta vigilancia de las obras que se iban a imprimir:

Se imprime con aseo, corrección y puntualidad todo lo que se pida, desde hojas sueltas hasta obras extensas. La disposición de las oficinas y la vigilancia inmediata del empresario permiten asegurar *inviolable secreto* a los que así lo deseen para sus producciones. La corrección esmerada de las publicaciones queda a cargo de la Imprenta, a menos que el autor quiera reservarse el corregir las pruebas, en cuyo caso hallará un gabinete enteramente privado en donde hacerlo sin ser visto, si le conviniere esta reserva” (*El Neogranadino*, citado en Loaiza, 2004, 165).

El impresor debía vivir al lado de su imprenta. Esto no era difícil dado que en Bogotá existían casas de dos pisos en las que, generalmente, el primero hacía de almacén y el

provisto de grandes bolsillos, semejantes a los compartimientos de un armario, refiere José María Samper. Allí iba colocando los encargos que le llegaban, múltiples hojas pergeñadas por lado y lado, a veces con letras que resultaba difícil desenredar. Era muy estricto en la entrega de lo que se comprometía. Salvo que a veces confundía los encargos al sacarlos de sus hondos bolsillos. En *La Gaceta Oficial* aparecía alguna poesía de vez en cuando, en *El Día* una cuenta de la Tesorería Nacional” (España, 2007, 104). A su vez, José María Samper, quien fue su aprendiz y discípulo de Cualla, escribe en su *Historia de un alma*: “no hubo hombre alguno en Colombia en quien las letras, el periodismo, la libertad práctica de la prensa y la educación política de la juventud debieran servicios más considerables. Fue impresor durante toda su vida, tal vez más por amor al oficio que por especulación: hizo de los tipos su tesoro y una parte esencial de su familia: las prensas fueron siempre los muebles más preciosos del hogar. Si hoy día tenemos en Bogotá numerosas y pequeñas imprentas, débese principalmente a la constancia con que el señor Cualla formó y disciplinó muchos obreros hábiles en los diversos ramos del oficio de la imprenta” (España, 2007, 104).

⁵⁰ Además, la imprenta de Ancízar ofrecía servicios de litografía: “Se ejecutan trabajos litográficos de todo género, al crayon y grabados, al humo o iluminados. Se tiran tarjetas tan perfectas como las mejores grabadas en metal, y con costo infinitamente menor. Se hacen retratos al óleo. Se graba música; y en suma, no hay trabajo, por delicado que sea, que no se ejecute como se pida y a precios muy módicos”. (*El Neogranadino*, citado en Loaiza, 2004, 166).

segundo era el recinto habitado por la familia. El impresor parecía tener una posición privilegiada dentro de la sociedad bogotana. Era una de los oficios más envidiables para los intelectuales bogotanos de mediados de siglo, pues el taller de imprenta era fuente de hegemonía cultural. La imprenta, manejada por la ciudad letrada, era la organizadora de un entorno de poder: librería, imprenta, casa editora y correo (Loaiza, 2004, 177). La imprenta constituía, en sí misma, gran parte del circuito comunicativo del libro y del sistema de comunicación de la Bogotá de mediados de siglo. La imprenta era un centro de poder. Por eso, como se ha visto, era el alma predilecta de los ideólogos civiles, pues a través de ella construían nación y controlaban el poder de la palabra.

A su vez, se creía, seguramente por los ejemplos de los prósperos impresores franceses, que la imprenta era un negocio que permitía el enriquecimiento económico. Simultáneamente, se tenía cierto “respeto” al oficio del impresor y por tanto éste lograba un puesto moral de preeminencia dentro de la sociedad (Loaiza, 2004, 179). Es decir, la imprenta era otra forma del letrado de diferenciarse de los otros sectores de la sociedad, porque le daba un cierto poder simbólico. Sin embargo, las imprentas de la ciudad a mediados de siglo no eran un negocio productivo, como el de Girardin en París. Esto, claro está, debido a que el público de esas publicaciones era reducido. En esa medida, no se manejaba el tiraje y la pauta publicitaria que dieron éxito a los periódicos franceses y, sobretodo, a la novela por entregas y el folletín.

Los miembros de la élite letrada, entonces, vieron, a mediados del siglo XIX bogotano, que la prensa era la herramienta apropiada para unificar intereses y el punto de partida para construir hegemonías políticas y culturales. Sin embargo, como se ha visto, la prensa, a pesar de evidenciar el conflicto ideológico entre los dos partidos, seguía siendo un campo primordial de la ciudad letrada. Tanto conservadores como liberales, eran miembros de la élite criolla y buscaban mantener la misma escala jerárquica, a pesar de sus diferencias, para favorecer sus propios intereses. En sus escritos, contribuyeron a construir un ideal de nación en la que era el letrado el que mantenía el poder. Era en la prensa que el letrado construía la sociedad que buscaba, es decir, era allí donde se plasmaba lo que debía ser apropiado para la construcción de la sociedad bogotana.

Las publicaciones bogotanas, en general, fueron variadas en su extensión. Se encuentran hojas sueltas, así como números consolidados de diez a doce pliegos. Aunque,

en general, los periódicos fueron tabloides de cuatro a seis páginas, con muy pocas ilustraciones y ninguna diagramación. La mayoría de las publicaciones se caracterizaba por tener una duración corta, efímera y con pequeños tirajes⁵¹. En general, además, la prensa fue local, lo que responde al aislamiento en el que, como ya se ha visto, estaba la capital. Las publicaciones de mayor estabilidad fueron las institucionales y las de mayor duración aquellas que eran promovidas por la Iglesia (Uribe, 2002, xiv y Acosta, 2005, 47).

Por otro lado, estos impresos están altamente influenciados por las publicaciones provenientes de Europa. Mosquera, en el año 1849, se quejaba de que la reglamentación del correo que permitía la circulación gratuita de impresos había generado un sobrecosto en las finanzas del Estado. Por lo anterior, recomendaba que sólo los periódicos quedaran exentos del pago de derechos postales (García, 2006, 73). Sin embargo, aunque la circulación de impresos crecía desde finales de la década del cuarenta, la circulación de impresos europeos en Colombia seguía siendo relativamente escasa durante la segunda mitad del siglo. Quienes recibían los periódicos franceses, ingleses o españoles que llegan a Bogotá eran los miembros de la ciudad letrada que los necesitan para la redacción de sus periódicos, por lo tanto, los bogotanos en general, prácticamente no tenían acceso a estos impresos (García, 2006, 121).

Los letrados estaban altamente influenciados por Europa y esto será, en la época en que compete al presente trabajo, causa de la presencia de los escritos europeos en la capital. Pues, sólo hasta después de que se regula la navegación por el Magdalena, el círculo letrado visitará Europa con regularidad. Esto se hará frecuente en la década del sesenta. Por lo anterior, tanto los letrados como el pueblo del cincuenta conocerán, antes que nada, una “Europa imaginada”. Este círculo letrado será, además, quien traiga la influencia europea y, por tanto, las novelas por entregas y el folletín (García, 2006, 101).

En general, la referencia a Europa fue canalizada, precisamente, por la ciudad letrada. Eran muy pocos los extranjeros residentes en Bogotá por lo que los participantes de la élite eran quienes captaban la información europea, la filtraban, la traducían y la comentaban en función del contexto nacional. Es decir, eran los letrados quienes se

⁵¹ Ver ANEXO 2. Listado de periódicos bogotanos de 1850 a 1860.

apropiaban del discurso europeo⁵² (García, 2006, 101). Fueron los autores franceses que dieron fama al folletín, quienes influenciaron, en gran medida, los discursos e impresos bogotanos: Hugo, Lamartine y Sue están presentes en las publicaciones capitalinas de la época y, sobretodo, en las diversas polémicas de los partidos: la manera como era posible pensar la nación, la reflexión sobre la promulgación del cristianismo y la interpretación de los intereses del pueblo en general (Acosta, 2005, 48).

Jose María Samper, en su *Historia de un alma* explica la situación:

Por un lado, las obras de Víctor Hugo y Alejandro Dumas, de Lamartine y Eugenio Sué movían los ánimos en el sentido de la novela social, de la poesía grandiosa y atrevida y de los estudios de historia política; y esta tendencia era caracterizada por dos obras, a la cual más ruidosa y apasionada: *Historia de los girondinos*, de Lamartine, y *El juicio errante*, novela revolucionaria de Sué. Por el otro, los libros de poesías españolas modernas, empapadas en romanticismo, entre los que principalmente llamaban la atención los de Espronceda y Zorrilla, obras que despertaron en la juventud un fuerte sentimiento poético, desarreglado y de imitación en mucha parte, pero siempre fecundo para las imaginaciones ricas y los talentos más dotados⁵³ (Samper, citado en Jaramillo, 1982, 33).

2.2.4 Novela por entregas y folletín la Bogotá de 1850 a 1860

En esa medida, el formato de la novela por entregas y el folletín llegó a Colombia por la influencia que ejercían los discursos europeos en los letrados de la época. Se sabe que en 1836, en Anapoima, José Joaquín Ortíz escribió la novela *María Dolores o la historia de mi casamiento* y la publicó por entregas entre marzo y abril de 1841 en el periódico *El Cóndor*, publicación que él mismo fundó en Bogotá (España, 2007, 95). Es decir, ya para esta época se sabe del formato de publicación por entregas; muy seguramente, este formato se conoce por influencia europea.

⁵² “Los periódicos publicados en Londres, París, Madrid o Nueva York destinados a la América hispánica, constituyen la mayor parte de las publicaciones extranjeras vendidas en Colombia. Puesto que no existen, en la mayoría de los casos, cifras de tiraje y de distribución de dichos periódicos en los diferentes países, resulta difícil evaluar su difusión. Las listas de los distribuidores comerciales de estos periódicos sugieren sin embargo una difusión bastante amplia. Así, en 1870 en Bogotá, la agencia distribuidora Medina Hermanos vende los siguientes periódicos extranjeros: *L’Indépendance Belge*, *La Moda Elegante Ilustrada*, *La Ilustración Española y Americana*, y *El Correo de Ultramar*” (García, 2006, 123).

⁵³ A su vez, Samper explica en *Historia de un alma* su encuentro con Lamartine en París: “Mi antiguo maestro Ezequiel Rojas me había dado en Bogotá una excelente carta de introducción para M. de Lamartine, a quien yo deseaba ardientemente conocer de cerca... Recibiome al punto el gran poeta y publicista, tratándome con majestuosa benevolencia, pues él era majestuoso en todo, y a poco de ofrecerme asiento me preguntó si en mi país estaban en paz, y luego, si las obras de él eran conocidas entre los neogranadinos. Por fortuna pude responderle afirmativamente a lo primero; y en cuanto a lo segundo, díjele, conforme a la verdad, que él era inmensamente popular (con Víctor Hugo y Alejandro Dumas) en toda la América española; que su admirable *Historia de los girondinos* había producido prodigioso efecto, y que entre nosotros el *Telémaco* de Fenelón y el *Viaje a Oriente* del mismo M. de Lamartine eran los libros favoritos con cuya lectura aprendimos a traducir francés” (Samper, citado en Jaramillo, 1982, 127).

La novela *El mudo, secretos de Bogotá* fue publicada a manera de entregas en la imprenta de Cualla en 1848, en 3 volúmenes. Su autor se denominó a sí mismo como “un bogotano”, quien resultó ser Eladio Vergara y Vergara, hermano de José María Vergara y Vergara (España, 2007, 116).

En el número 18 de *El Mosaico*, aparece un “catálogo de las novelas neogranadinas” (*El Mosaico*, 1858, 25 de abril, 140). Muchas de estas novelas fueron publicadas, también, a manera de entregas:

Título novela	Imprenta	Año	Autor
<i>El oidor</i> , Romance del siglo XVI	Imprenta del Neo-Granadino	1850	J. A de P
<i>El mudo</i> , novela bogotana	Imprenta de JA Cualla	1849	
<i>El Doctor Temis</i>	Imprenta Imparcial	1851	José María Ángel
<i>Huayna Capac</i>	Imprenta Echeverría Hermanos	1856	Felipe Pérez
<i>Atahuallpa</i>	Imprenta Echeverría Hermanos	1856	Felipe Pérez
<i>Los pizarros</i>	Imprenta Echeverría Hermanos	1857	Felipe Pérez
<i>El caballero de la barba negra</i>	Imprenta de Ovalles	1858	Felipe Pérez
<i>María o las coincidencias</i>	Imprenta del Núcleo liberal	1858	
<i>La aurora granadina</i> (colección de novelas)	Imprenta José Antonio Cualla	1848	
<i>Historia de una noche</i>	Imprenta de F. Torres Amaya	1858	
<i>Una ronda de Don Ventura Ahumada</i>	Imprenta de la Nación	1858	Eugenio Díaz
<i>Jilma</i>	Imprenta de Ancízar	1849	
<i>Viene por mí i carga con usted</i>	Imprenta del Núcleo liberal	1858	
<i>Sombras i misterios o los dos embozados</i>	Imprenta de F. Torres Amaya	1859	B. Torres Torrente
<i>Dolores</i>	<i>El Cóndor</i> (periódico)	1843	
<i>Jilma, continuación de los Pizarros</i>	<i>El Comercio</i> (periódico)		Felipe Pérez
<i>Manuela</i>	<i>El Mosaico</i> (periódico)	1858	Eugenio Díaz

Sin embargo, a pesar de que existían algunas novelas publicadas por entregas en la década del cincuenta, quien instauró la “moda” del folletín fue Manuel Ancízar, aunque tal “moda” no puede equipararse a la creada por Gerardin en París, dado que los tirajes y el número de lectores son infinitamente menores. No obstante, el director de *El Neogranadino* sí quiso copiar y tratar de iniciar el fenómeno instaurado por el editor de *La Presse*, seguramente por sus conocimientos en cuanto a las publicaciones extranjeras e influencia europea. Ancízar buscaba adquirir más lectores para poder hacer propaganda ideológica liberal. Para lo anterior, acudió a la táctica publicitaria del folletín que le permitía adquirir más público y difundir el ideario liberal que estaba acorde con muchas de las novelas francesas. Desde el segundo número de *El Neogranadino* se utilizó la literatura como un

atractivo para adquirir lectores con “El Parnaso granadino”, una colección de poesías nacionales preparadas por Ancízar para publicar en dos entregas (Loaiza, 2004, 174).

Sin embargo, fue desde el número 23 del periódico que se comenzó a publicar un cuadernillo de 32 páginas denominado “Semana literaria”. Así se anunciaba la novedosa publicación:

SEMANA LITERARIA DEL NEO-GRANADINO.-Comenzará a publicarse desde febrero en un cuaderno semanal, bellamente impreso i conteniendo selectas obras nacionales i extranjeras. A los suscritores del NEO-GRANADINO que quieran serlo también de la SEMANA LITERARIA se les rebajará EL DOCE I MEDIO POR CIENTO del precio de ésta. Cada entrega constará de 32 pájinas en 4, su valor DOS REALES. Se admiten suscripciones a la Semana Literaria solo en todas las Agencias del Neo-Granadino (*El Neograndino* citado en, Jiménez, 1991).

La primera novela que se publicó en la Semana literaria fue *Matilde o Memorias de una joven*, novela en dos tomos escrita por Eugène Sue. Así se anunciaba:

SEMANA LITERARIA DEL NEO-GRANADINO.- Publica la célebre novela de Eujenio Sue, titulada MATILDE O MEMORIAS DE UNA JOVEN. La demora que han sufrido en el tránsito de Santamarta a ésta varias cajas de tipos, nos obliga a reducir por ahora la entrega a 16 pájinas. Tan luego como se reciban, cumpliremos con lo ofrecido en el número 24 de este periódico. Hoi ha salido la entrega primera (*El Neograndino* citado en Jiménez, 1991).

Ancízar, al igual que Gerardin, buscaba adquirir nuevos lectores con esta nueva estrategia publicitaria. Sin embargo, tenía muy claro quién debía ser ese tipo de lector: un miembro de la ciudad letrada. El director de *El Neograndino*, a diferencia del de la *Presse*, no buscaba llegar a todas las capas sociales, y así poder adquirir publicidad. Esto debido a todas las características ya nombradas del sistema de comunicación de la Bogotá de los cincuenta: pocos lectores, sistema de navegación tortuoso, predominancia del letrado en el poder de la palabra, etc.

Ancízar, como ya se explicó más arriba, tuvo una ardua pelea con el sistema de correos de la época, entre otras razones, porque el periódico, antes de que llegara al suscriptor (quien, por supuesto, era un miembro de la ciudad letrada) era leído por personas que estaban fuera de la élite en los accidentados trayectos de las postas. En esa medida, cuando el periódico llegaba a quien lo había pagado no constituía una novedad para éste porque muchos hombres ajenos a esa colectividad letrada ya lo habían leído u oído. Estos “lectores furtivos”, además, muchas veces se quedaban con la novela de folletín o los relatos de los próceres de la Independencia (Loaiza, 2004, 182). En esa medida, se demuestra que las publicaciones eran pensadas y ejecutadas por un letrado para que las leyera otro miembro de la ciudad letrada. Los editores-impresores de la época no

contemplaban la posibilidad de que sus publicaciones llegaran a miembros de otros grupos sociales. Esta es una diferencia fundamental con el fenómeno de la novela por entregas y folletín europeo en donde, como se vio, se buscaba que la novela llegara al mayor número de lectores, sin importar su estatus social. Francisco P. Martínez escribió en *El Neogranadino*:

Esta denuncia reproducida por *El Neogranadino* constata el manejo “escandaloso” que daban a los envíos del periódico los hombres del correo, “pues abren los impresos y los leen otros primero que los interesados a quienes se dirigen, siendo la causa porque no se encuentran suscriptores, porque los leen los amigos, parientes y demás de los colectores encargados del ramo de correos (*El Neogranadino*, citado en Loaiza, 2004, 182).

El exitoso resultado de la publicación de Sue hizo que los editores de *El Neogranadino* continuaran con la Semana literaria. Se publicó *Paulina* de Alejandro Dumas dentro del mismo periódico, es decir, a manera de folletín, así como *Las dos Dianas* y *Ascanio*, del mismo autor, a manera de folletos aparte. De ésta última decía el periódico, en el año 1852: “ASCANIO: Una de las mejores e interesantes novelas de Dumas, se está publicando en la Semana Literaria del Neo-Granadino, i se vende también por entregas de 16 pájinas, a real la entrega”. Esta edición no dice quién es el traductor, aunque parece que es extranjero (*El Neogranadino* citado en Jiménez, 1991) por lo que se puede suponer que este tipo de traducciones eran traídas de España en donde, como se vio en el capítulo anterior, se especializaron en hacer las traducciones al español de las novelas francesas. Las novelas publicadas a manera de folletín por *El Neo-granadino* generalmente eran de Sue, Dumas y Lamartine. Especialmente las obras del primero, que narraban de manera realista y patética la situación miserable del pueblo francés, fueron usadas por Ancízar para difundir un imaginario igualitario y moralizante, en un momento en que la élite liberal, a través de las reformas liberales ya nombradas, hacía una alianza transitoria con los artesanos (Loaiza, 2004, 174). Es de destacar que la publicación de estas novelas por *El Neogranadino* influyó a otras imprentas de la época para que también utilizaran el formato de folletín.

A su vez, el periódico *El Día* publicó, a fines de 1849, la obra *La reina Margarita* de Alejandro Dumas, en la traducción de Eduardo Gonzáles Pedroso. Al concluirse las entregas, el propio *Neogranadino*, el 8 de febrero de 1850 publicó: “LA REINA MARGARITA POR ALEJANDRO DUMAS. - Esta interesante obra, una de las mejores producidas de aquel célebre autor, se encuentra de venta en la tienda número 10 de los

portales de la Casa municipal, a \$2 el ejemplar sin encuadernar, i a 20 reales encuadernado" (*El Neogranadino* citado en, Jiménez, 1991).

Por su parte, el periódico *El Pasatiempo* publicó, en 1851, la novela *Tres hombres fuertes* de Alejandro Dumas, hijo, en la versión del venezolano Juan Vicente Camacho. En el año 1852 la imprenta de Echeverría Hermanos la publicó en volumen separado. Así se publicitó esta nueva publicación:

Terminada la impresión de esta interesante novela del célebre Dumas, la ofrecemos hoi a los amantes de la bella literatura, i a las personas de gusto, en un elegante volumen de 134 páginas en 8vo. francés. El esmero y pulcritud de la edición, no menos que el mérito intrínseco de la producción, nos hacen esperar que corresponderá al ansia con que se solicitaba su lectura en el Pasatiempo. La celeridad con que se han despachado ya gran número de ejemplares nos confirma en ello, i nos obliga a encarecer a los que desean leerla de seguido que ocurran al despacho de esta imprenta, donde se vende a ocho reales (*El Pasatiempo* citado en Jiménez, 1991).

La influencia de los folletines franceses en el imaginario de los bogotanos puede observarse en el hecho de que a Mariano Ospina, el principal opositor del gobierno de López, se le apodó "Rodin", por su apariencia austera y su clericalismo, en referencia directa al *Judío errante* de Eugène Sue. A su vez, se equiparó a Ovado con el general Cavaignac (García, 2006, 74).

Como se ha visto, era el letrado quien se encargaba de manejar las imprentas y las publicaciones en general. En esa medida, el proceso de producción, difusión y consumo de los periódicos estaba controlado por un grupo de escritores y lectores que compartían los mismos espacios, convirtiéndose en redes, la mayoría de las veces cerradas, en los que unos escritores hacían lectores a otros escritores, para promover intereses compartidos. "Lectores-escritores y escritores-lectores se encargaban así de alimentar páginas enteras de publicaciones en las que muchas veces *la reiteración era tan sólo una forma de afianzar principios y costumbres* [las cursivas son de la autora]" (Acosta, 2005, 49). En la medida en que la ciudad letrada buscó legitimarse a partir del poder de la palabra, la literatura se convirtió en una herramienta de construcción de la realidad fomentada por los miembros de la élite.

¿Cómo se publicaban esas novelas? ¿a manera de folletín, o a manera de novela por entregas?, ¿quién las publicaba?, ¿con qué objetivo?, ¿cuál era su contenido?, ¿quién las leía? Son las preguntas que tratarán de responderse a continuación, a partir de los ejemplos de la novela por entregas, *El Doctor Temis* y el folletín, *Manuela*.

CAPÍTULO III La novela por entregas y el folletín en Bogotá durante la década de 1850: el caso de *El Doctor Temis* y *Manuela*

En el capítulo anterior se procuró caracterizar el sistema comunicativo de la Bogotá de 1850 a 1860. Se mostró cómo el estudio de la relación de los diferentes medios de comunicación de la época permite evidenciar un complejo social particular. En medio de ese contexto, el de una sociedad altamente jerarquizada en donde el miembro de la ciudad letrada pretende perpetuarse en el poder a través de los impresos, se produjeron dos novelas “originales” (como se las cataloga en la época): *El Doctor Temis* (1851) y *Manuela* (1858). Para ahondar en el estudio de las mismas es necesario dar cuenta de todo el circuito comunicativo del libro, tal y como se ha venido explicando. Analizar cada una de las partes de ese circuito permitirá construir el proceso en el que esos medios (las novelas) hicieron parte de un complejo social y contribuyeron o no a perpetuarlo.

3.1 Los autores de los textos: José María Ángel Gaitán y Eugenio Díaz Castro

En el presente apartado se describirá la biografía de José María Ángel Gaitán, autor de la novela publicada por entregas *El Doctor Temis*, así como la de Eugenio Díaz Castro, autor del folletín *Manuela*, para así poder describir una de las partes del circuito comunicativo de las dos novelas: la de los productores de los textos.

Según la Noticia biográfica del autor⁵⁴, un agregado a la primera edición de *El Doctor Temis*, Ángel Gaitán nació en Bogotá el 16 de enero de 1819 y falleció el 23 de diciembre de 1851⁵⁵. Era el tercer hijo de los señores Cayo Ángel y Rosa Gaitán, quienes le enseñaron educación moral y religiosa. Su tío, uno de los pocos preceptores que tenía la capital, fue quien se encargó de su educación intelectual al enseñarle las primeras letras y algunas otras materias. En esa medida, Ángel pertenecía a una familia acomodada que se podía dar el lujo, en la época, de contratar un preceptor. A la edad de doce años, Ángel ingresó al Colegio de San Bartolomé, en donde inició sus estudios en lengua latina para, posteriormente, pasar a los estudios de Filosofía, los cuales demoraron tres años.

Después de haber terminado sus estudios de Filosofía, Ángel ingresó en la escuela de Jurisprudencia. Como se ha venido explicando, sólo algunos podían ingresar a las escuelas

⁵⁴ Ver ANEXO 1. Noticia biográfica del autor y Advertencia del autor transcritas por Lucía Camargo Rojas

⁵⁵ De la biografía de Ángel Gaitán no se tienen más registros.

de primeras letras y muy pocos llegaban a la escuela de Jurisprudencia. Ángel, entonces, fue un miembro privilegiado de la élite criolla que podía ingresar a dicha escuela. Además, era necesario hacer cursos de Filosofía para acceder al título de abogado. Por lo tanto, era en estos colegios, como el San Bartolomé o el Rosario, que se educaba a los futuros miembros de la ciudad letrada: se les enseñaba el adecuado manejo de la letra así como del capital simbólico del que se habló en el capítulo anterior. A su vez, se les inculcaba el manejo de las leyes, los códigos, para que los futuros miembros de la élite capitalina contribuyeran a legitimar el poder de la misma a partir del ejercicio de la abogacía.

Así, Ángel inició sus estudios de Jurisprudencia con la ciencia de la Legislación, la ciencia Constitucional, Derecho de gentes, Economía política, Derecho civil y Derecho canónico. El 11 de octubre de 1838 le fue otorgado el grado de Doctor y el 18 de marzo de 1840 se le otorgó el título de abogado, fecha en la que Ángel tenía 20 años.

Después de finalizada su “carrera literaria” (así la denomina quien escribe la Noticia biográfica), Ángel se dedicó a leer la historia antigua, la moderna y la Sagrada Biblia. Posteriormente, aceptó el cargo de Mayor de la Secretaría de la Corte Suprema de Justicia, el cual ejerció por más de diez años.

El 20 de octubre de 1851 la Corte Suprema propuso a Ángel para la provisión en propiedad de una de las dos plazas con las que contaba el Tribunal del Distrito Judicial de Neiva. Ángel Gaitán aceptó la propuesta, aunque ya se encontraba muy enfermo. El día 6 de diciembre de 1851 se supo que el autor de *El Doctor Temis* tenía *Cólico miserere*. El 23 de diciembre falleció, a la edad de 32 años.

La Noticia biográfica del autor en la que se narra la biografía de Ángel, está escrita por un letrado que firma como J.M.M.C, el 29 de diciembre de 1851. Dicha noticia está narrada en un lenguaje que resalta a Ángel como una persona correcta, buena y verdadera. Por ejemplo, se dice del autor de *El Doctor Temis*:

EL ILUSTRADO autor de la Novela intitulada “El Dr. Témis,” acaba de pagar el fatal tributo que le debía a Dios i a la naturaleza; i como esa produccion de su talento, tiene un mérito sobresaliente, es preciso por tanto, dar a conocer el autor, describiendo con fidelidad algunas de las circunstancias de su vida, que fué corta para las personas que tanto le amaban, pero al mismo tiempo larga, para transmitir inmaculado, su nombre a la posteridad que acaso sabrà honrarlo (Anjel, 1851, I).

Esta noticia es relatada por un letrado para exaltar la memoria de otro letrado y legitimar así su posición como miembro de la élite capitalina. No por casualidad se habla de Ángel como “el ilustrado autor de la novela intitulada “El Dr. Temis”. Esta noticia resalta a

José María como alguien cercano al discurso de las letras y simultáneamente como un individuo repleto de virtud y honra. Dos características fundamentales para la construcción de un miembro de esa colectividad. De hecho, según JMMC, si Anjel hubiera tomado la plaza del Tribunal de Distrito Judicial de Neiva (que se le había ofrecido, pero que debió rechazar por su enfermedad) “sin la menor duda, habría ocupado con dignidad i brillo, dando ejemplo a todos de la probidad i rectitud, con la que hubiera administrado la justicia” (Anjel, 1851, V). Es decir, el letrado no sólo es quien maneja el discurso simbólico sino que además es un modelo a seguir, un modelo de honra y virtud.

A su vez, se construye la imagen de Anjel en la Noticia biográfica a partir de la honra para de esta forma ponerlo en un pedestal, al punto de que se afirma cómo José María, antes de morir, “hizo llamar a un digno sacerdote de nuestra Santa Relijion, a quien le confesó generalmente todos sus pecados, que no serian muchos” (Anjel, 1851, IX). Es decir, se elabora la imagen de todo un modelo de virtud y rectitud, que no sólo tiene que ver con una cuestión de la justicia social, sino también de la moral cristiana.

Según JMMC, si los bogotanos hubieran sabido que Anjel era el autor de *El Doctor Temis* el día de su muerte, habrían llorado y hecho demostraciones de acerbo. Por lo tanto, no sólo honra a Anjel sobre su vida pacífica y retraída (hasta se resalta el hecho de que nunca se casó para así poder cuidar de su hermana), sino por su obra *El Doctor Temis* que JMMC cataloga como un mérito sobresaliente. Es decir, se lo honra también precisamente por una práctica escrituraria, que lleva consigo la idea de continuar sacralizando a la escritura y de que ésta debe promulgar los valores morales y la jerarquía que conviene a la élite criolla.

Por su parte, José Eugenio Díaz Castro nació en los alrededores de Soacha, Cundinamarca, el 5 de septiembre de 1803 (por lo tanto, era 15 años mayor que Anjel) y murió en Bogotá el 11 de abril de 1865. Fue hijo de José Antonio Díaz y Andrea de Castro. Recibió sus primeras enseñanzas de Casimiro Espinel y, posteriormente, ingresó al Colegio de San Bartolomé, al igual que lo hizo Anjel Gaitán. Sin embargo, un accidente hizo que el rumbo del autor de *Manuela* cambiara drásticamente. Debido a una afección del pecho y a las secuelas de un accidente sufrido al caer de un caballo, Díaz Castro tuvo que retirarse del San Bartolomé y continuar sus estudios en la hacienda Puerta Grande, propiedad de sus padres que se encontraba en los alrededores de Soacha (Torres, 2004).

Díaz Castro, para sobrevivir, se dedicó a las labores del campo, a veces como propietario y otras como mayordomo en diferentes lugares de la Sabana de Bogotá, así como en tierra caliente. Para el año 1848 Eugenio Díaz dirigía un negocio de prensas de tabaco en Ambalema. Se sabe que, posteriormente, fue mayordomo de la hacienda Junca, un importante trapiche que se encontraba en la jurisdicción del municipio de Mesitas del Colegio, en donde escribió sus primeras obras, entre ellas *Manuela* (Torres, 2004).

En el año 1857 Díaz se trasladó a Bogotá para atender a su madre enferma. En noviembre del año siguiente un amigo le publicó su novela *Una ronda de don Ventura Ahumada*, obra escrita aproximadamente en 1854 en la hacienda de Junca. Fue editada por la Imprenta Imparcial, es decir, la misma imprenta que había publicado tres años antes *El Doctor Temis*.

El 21 de diciembre Díaz Castro se presentó en la casa de uno de los miembros de la colectividad letrada capitalina: José María Vergara y Vergara. Este encuentro fue descrito por Vergara en su artículo “El Señor Eugenio Díaz”. Allí se narra:

El día 21 de diciembre de 1858 estaba yo en mi cuarto de estudio, en ocupaciones bien ajenas de la literatura, puesto que eran libros de cuentas los que abrían sus páginas ante mí, cuando tras un golpe que sonó en la puerta y un ¡adelante! con que respondí al golpe, se presentó en mi cuarto un hombre de ruana (Vergara, 1866).

A su vez, más adelante, Vergara describe a Díaz:

Era un hombre de edad madura: las canas de su cabeza acusaban en él cincuenta a sesenta años, pero su vivaz mirada que atravesaba poderosamente los lentes de sus espejuelos, le daba un aspecto juvenil que contrastaba con su cabeza cana. Venía primorosamente afeitado y aseado. Vestía ruana nueva de bayetón, pantalones de algodón, alpargatas y camisa limpia, pero no traía corbata ni chaqueta (Vergara, 1866).

A través de la descripción de ese encuentro, Vergara describe a Díaz Castro como una persona que viene del campo. Por eso es importante el atuendo que lleva el autor de *Manuela*: la ruana, pues ésta demuestra el hecho de que Eugenio no era un miembro usual de élite criolla. Además, Vergara resalta el hecho de que Díaz “no traía corbata ni chaqueta”. Es decir, don Eugenio no manejaba el capital simbólico del letrado. Este dato es importante para lo que concierne a los objetivos de este trabajo, dado que demuestra el hecho de que *Manuela*, a diferencia de *El Doctor Temis*, no fue escrita por un miembro de la élite capitalina. En esa medida, la novela entra a jugar un puesto particular en el sistema comunicativo de la Bogotá de 1850 a 1860 que se ha venido caracterizando. En cierta forma, Díaz Castro probablemente hubiera sido un miembro de la élite criolla si no hubiera

sufrido la afección en el pecho y no hubiera tenido el accidente. Seguramente sus novelas, al igual que *El Doctor Temis*, hubieran buscado legitimar a esa colectividad. Sin embargo, el rumbo que cambió su vida hizo que Díaz Castro creciera en el campo y reconociera problemas del país en el que vivía de los que, muy seguramente, un miembro de la colectividad letrada no se hubiera percatado.

A pesar de que Díaz Castro no era un miembro “a cabalidad” de la ciudad letrada capitalina, tampoco era radicalmente ajeno a ésta. Por eso Vergara dice:

Este vestido que es el de los hijos del pueblo, no engañaba: se veía sin dificultad que si así vestía era por costumbre campesina; pero su piel blanca, sus manos finas, sus modales corteses, sus palabras discretas daban a conocer que era un hombre educado (Vergara, 1866).

Además, Díaz Castro, bajo su ruana, traía la que posteriormente Vergara denominaría como “novela nacional”: *Manuela*. Así, Díaz manejaba la letra, herramienta fundamental de la élite para mantenerse en el poder. De hecho, gracias a prácticas escriturarias como *Manuela*, podría criticar a los miembros de la colectividad letrada.

Díaz se proponía, al visitar a Vergara, fundar un periódico literario. Había hecho la propuesta a Ricardo Carrasquilla y éste le había sugerido que hablara con el autor de “El Señor Eugenio Díaz”. Don Eugenio, en ese primer encuentro dijo a Vergara ser un escritor “de costumbres del campo, nada más” (Vergara, 1866). En esa medida, el autor de *Manuela* tenía muy claro su papel como escritor, aunque ajeno a lo que se consideraba en la capital como escritor-miembro de la élite letrada.

En su escrito sobre Díaz, Vergara narra la conversación del encuentro entre el letrado y el campesino:

-¿Y ya tiene escrito usted algo?

-Sí, señor, aquí traigo la *Manuela*.

-¿Qué cosa es la *Manuela*?

-Una colección de cuadros de *trapiche, la roza de maíz, la estanciera*, y otros escritos de esas tierras donde he vivido.

Y dicho esto, sacó de debajo de su ruana unos veinte cuadernillos de papel escritos, que puso en mis manos y que yo ojeé, leyendo una línea aquí y otra más allá.

-¿Cuándo saldrá el periódico?

-Lo más pronto posible, dije, al ver que el texto que había adoptado el escritor era éste:

«Los cuadros de costumbres no se inventan, sino se copian» (Vergara, 1866).

Después de aquella entrevista, los dos personajes decidieron crear *El Mosaico*, periódico literario al que dio nombre Vergara. Partieron a la imprenta que estaba fundando en ese momento el famoso impresor de la época, José Antonio Cualla y previeron que el primer número del periódico se publicara el 24 del mes de diciembre, tal y como sucedió.

A *El Mosaico* se unieron rápidamente José Joaquín Borda, José Manuel Marroquín, Medardo Rivas, Manuel Ancizar, José María Samper, José Manuel Groot, José Caicedo y Rojas, Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos) y José David Guarín, entre otros. Díaz Castro continuó colaborando con el periódico literario, así como con otras publicaciones que le daban una remuneración mensual. Sin embargo, muchas veces tuvo que pedir dinero prestado a sus amigos. Se enfermó en 1861 y desde esa fecha tuvo que pasar cinco años en cama. No obstante, desde su lecho continuó escribiendo artículos, hasta que murió el 11 de abril de 1865.

Así como J.M.M.C escribió la “Noticia biográfica del autor” para dar cuenta de la vida de Ángel después de su fallecimiento, Vergara escribió su artículo “El Señor Eugenio Díaz” después de la muerte del mismo. Vale la pena comparar los dos escritos para continuar dilucidando la diferencia de la vida de los dos autores. J.M.M.C, como se explicó más arriba, a través de su escritura coloca a Ángel en un pedestal, por sus logros en sus estudios (hasta llegar a ser un abogado), por su forma de ser modelo de honra y virtud, y por su práctica escrituraria: *El Doctor Temis*, que, además, legitima a la ciudad letrada. En esa Noticia biográfica un letrado resalta la vida de otro letrado como modelo, para así legitimar la urdimbre construida por el grupo.

En cambio, en el escrito que hace Vergara a Eugenio Díaz se lee, entre líneas, cómo existía una diferencia radical entre un letrado y alguien que, a pesar de no ser analfabeta, no era un miembro de la élite capitalina. Vergara dice de Díaz:

Se exhibió como escritor, pero de ruana: nunca le dio vergüenza no tener levita. Este traje formaba parte de sus virtudes: una de ellas era la de ser tan riguroso republicano, tan riguroso cristiano, que se iba al *¡cuaquerismo* (Vergara, 1866).

Vergara toma distancia de Díaz pues lo describe como a un “otro” que no le deja de ser ajeno. Aunque trata de enaltecerlo (para eso es el escrito), no es la misma forma de exaltar que usa J.M.M.C. Este último está describiendo a alguien que es “un igual”, mientras que Vergara está describiendo a un “otro” que nunca acabó de entender. Pues, a pesar de que Vergara no critica el hecho de que Díaz llevara ruana, sí lo resalta como algo “diferente” y algo que, por supuesto, él nunca haría.

Además, es clara su distancia con Díaz cuando, después de haber nombrado los diferentes artículos del autor de *Manuela* que se publicaron en *El Mosaico*, enuncia:

Entre estos artículos y otros cuyos nombres no puedo recordar por ahora, hay algunos excelentes, pinturas de primer orden, siempre grandes por la verdad y la maestría, y siempre rebajadas por el

lenguaje incorrecto. Si el señor Díaz hubiera poseído el lenguaje, como poseía ingenio, hubiera figurado en la primera línea de los escritores castellanos (Vergara, 1866).

Es decir que, para Vergara, el capital simbólico de Díaz, (tanto en los escritos como en el hecho de llevar ruana) era “incorrecto”. Para los otros redactores de *El Mosaico*, Díaz no escribía de manera “correcta”, es decir, de la forma en que imponía la Gramática de Andrés Bello, basada en la gramática española. Por lo tanto, otra de las formas en que los letrados se legitimaban como el poder era a través tanto del manejo del lenguaje que sólo se le concedía a unos pocos, a la vez que por el manejo “correcto” del mismo.

A su vez, cuando Vergara caracteriza a las novelas de Díaz, dice:

Sus novelas carecen de esas peripecias que abundan en la novela del siglo XIX: no tienen más situaciones dramáticas que las que aparecen en la vida. Sin embargo, agrupa los cuadros que quiere pintar, en derredor de su protagonista, de manera que le resulta una trama interesante aunque sencilla. Nunca *jenreda* como A. Dumas; pero siempre describe como Cervantes y Walter Scott. Su estilo es caluroso y pintoresco, lleno de imágenes de buena ley, graciosas, originales; su lenguaje es incorrecto, pero está exento de galicismos y de neologismos, porque Díaz no conocía la literatura extranjera (Vergara, 1866).

Por tanto, a pesar de que Vergara quiere exaltar a Díaz como autor, es despectivo en cuanto al lenguaje que sigue el campesino catalogándolo como “incorrecto”. A la vez, de manera implícita se menosprecia al autor de *Manuela* por no ser un letrado a cabalidad, no sólo por no manejar la letra de manera “correcta” sino también por no conocer la literatura extranjera.

Por consiguiente, estos dos productores de los textos, José María Ángel Gaitán y Eugenio Díaz Castro a pesar de que en principio pudieron ser miembros “iguales” de la ciudad letrada, se distanciaron notablemente gracias a los acontecimientos de su vida. Los dos eran individuos que manejaban la letra para crear novelas nacionales pero cada una de estas novelas respondía a necesidades y discursos específicos. Estas dos novelas fueron publicadas por fragmentos. *El Doctor Temis*, en el formato de novela por entregas en el año 1851 y *Manuela* en el formato de folletín a finales de 1858. Estos años de distancia darán cuenta de cómo una (*Manuela*) parece responderle a la otra (*El Doctor Temis*) en cuanto a la función del letrado.

3.2. *El Doctor Temis* como legitimador del letrado y *Manuela* como crítica del mismo

En el prólogo que se publica en *El Mosaico* antes de iniciar las entregas de *Manuela*, José María Vergara y Vergara anuncia una noticia: “es que poseemos ya otra novela nacional”.

A continuación, escribe:

El doctor Témis, primera novela que en Bogotá no fue traducida del francés, en la cual leímos, absortos de tanto atrevimiento, los nombres de Bogotá, Monserrate i Fontibon, por ejemplo, en vez de los mui sabidos ya de la *Cité*, *Palais Royal* i *Versalles*; Ah! cuánto alegró nuestro granadino corazón! El Doctor Anjel Gaitan hizo una obra buena, i en nuestro humilde concepto, tres veces buena (Vergara, 1858, 24 de diciembre, 8).

Para Vergara, *Manuela* es la “tercera muestra” de la novela nacional. Probablemente para el autor de “El Señor Eugenio Díaz” la primera o segunda muestra de la novela nacional fuera *El Doctor Temis*, dado que escribe la anterior cita después de hablar de que “Hoy nos toca poner prólogo a la tercera muestra; ¡qué muestra!”, refiriéndose a *Manuela*. Por lo tanto, Vergara observa una conexión entre las dos novelas. Relación que fue una de las razones por las que se escogió estas dos obras para el presente trabajo. No sólo son novelas publicadas por fragmentos en el periodo de 1850-1860, sino que también son obras propiamente colombianas y particularmente, son novelas bogotanas. Son las primeras novelas en las que, como bien anuncia Vergara, el lector bogotano tuvo que sentirse identificado, puesto que no hablaban del mundo desconocido europeo, sino de la situación propiamente capitalina. A su vez, son los primeros intentos de construir una novela nacional y desligarse de la dependencia europea en cuanto a la escritura.

Sin embargo, aunque las dos novelas hablan de la vida bogotana y se escribieron en el periodo de los años cincuenta, entre las dos obras existen diferencias radicales en la forma de concebir la sociedad y, por lo tanto, de narrar la situación del letrado en medio de la colectividad bogotana.

Así como en los escritos que se hicieron después de la muerte tanto de José María Ángel Gaitán, como de Eugenio Díaz Castro, se observa cómo en el primero se vanagloria la posición del letrado y en el segundo se desprestigia a Díaz por no ser un miembro a cabalidad de la élite letrada, de igual forma existen diferencias radicales en la manera de concebir al letrado en *El Doctor Temis* y *Manuela*.

En *El Doctor Temis* es el letrado quien resuelve toda la trama de la novela. El doctor Temis, abogado bogotano, es el ejemplo de cómo el letrado es un modelo, un ejemplo a seguir. Ángel Gaitán construye una novela en la que el hilo conductor y la salvación es el manejo que hace el abogado de la situación para que la sociedad funcione de manera

“correcta” y “ordenada”. Es decir, Ángel construye también ese deber ser (que JMMC le cataloga al mismo Ángel Gaitán) como el ideal a seguir y como el sujeto capaz de llevar las riendas de esa sociedad pérfida y desorganizada.

El doctor Temis sería es letrado por excelencia. El modelo del letrado, aquel que es capaz de pensar cómo debe ser la sociedad y ejecutar las acciones debidas para que esa ciudad sea de esa forma. Es decir, el abogado, en su cabeza, tiene el modelo de cómo debe ser la sociedad (la ciudad ideal, según Ángel Rama) y su práctica debe responder a dicho modelo. Ángel lo caracteriza de la siguiente forma:

El Doctor Témis era un hombre mui honrado: jamas habia mentido, i su palabra, que nunca contenía sino la verdad, era considerada por él, como el sello de sus compromisos, como una sancion incontrastable de sus obligaciones i como el garante infalible de su fé i de sus relaciones civiles. Por eso jamas la pronunciaba, ni aun en lo mas trivial, sin una circunspeccion mui juiciosa; mas una vez pronunciada era para él una cadena de bronce que lo sujetaba sin remedio i lo condenaba aun a costa de los sacrificios mas caros, al respeto i cumplimiento de esa palabra que consideraba como articulada por el mismo Dios. Era ciego en el amor ala verdad; así es que en su modo elevado de mirar las cosas, la palabra i la verdad eran, segun él decía, como una esencia de Dios; eran el verbo conservador de la creacion : la palabra i la verdad eran la ciencia, la civilizacion i la virtud; la palabra i la verdad eran la vida, eran el hombre; así que la boca de donde salía la mentira, decía ser una huesa inmunda que brotaba cadáveres infectos, i cuyo aliento corrompía i relajaba ese vinculo de Dios que se llama humanidad (Ángel, 1897)

Según la cita anterior se evidencia que detrás de esta noción de “verdad”, está la idea de la ciudad letrada de construir un mundo en donde los signos no se transformen, aunque la ciudad real sí lo haga. Lo que está en juego detrás de esta concepción es la idea de que el signo que instaure el abogado es coherente con la triada de Platón: bueno, bello y verdadero. En esa medida, su palabra era sinónimo de verdad, bien y belleza porque le hacía el “bien” a la sociedad al construirla según los parámetros ordenados.

Por otro lado, Ángel Gaitán califica al doctor Temis como el hombre letrado a seguir porque es capaz de no caer en tentaciones en las que sólo el vulgo por ignorancia accede.

Habiase penetrado igualmente de que si como hombre estaba obligado a cumplir de un modo religioso sus deberes, a respetar la sociedad i a proteger a sus semejantes; como abogado debía además dar al mundo un ejemplo intachable de probidad: que si en el vulgo de las gentes muchas veces podía servir de disculpa en la violación de la ley, la ignorancia que pudiera disimularseles por sus circunstancias, por su oficio o por su incapacidad, en él debía ser. criminal la falta mas leve; porque quien estudia las leyes, las aprende para respetarlas, siendo un horror execrable escudriñarlas solo para hacer de ellas el ludibrio de la codicia i el apoyo del latrocinio. Sabía además que si el común de los hombres podía incurrir sin grande escándalo en las bajezas a que por lo regular los arrastran sus menguadas pasiones, i descender en las pequeñeces de ruines venganzas, especulaciones sórdidas i ambiciones mezquinas; en él, que por su profesión orgullosa i noble debía tener también noble el corazón, i el pensamiento elevado como la justicia e ilustrado como la ley; en él que debía tener una alma grande como la razón que iba a sostener i la virtud que habla de custodiar; en él, se repite, debía parecer infame e indigna no ya una pequeñez, sino cualquiera debilidad que lo colocase al nivel de los hombres vulgares. (Ángel, 1897).

Por lo tanto, no sólo es el autor de *El Doctor Temis* el que construye a su personaje como un modelo a seguir para la sociedad, sino que además el mismo doctor Temis se reconocía como tal. El abogado, al ejercer su profesión, no se podía equiparar al vulgo ignorante (que sería la ciudad real). Acá, entonces se hace plena la diferencia entre la ciudad ideal que piensa el doctor Temis y la ciudad real. El abogado considera que debe llevar a la sociedad a volverse parte de esa ciudad ideal porque tiene la suficiente instrucción para ello, mientras que el vulgo (ciudad real) es demasiado ignorante para pensar una sociedad. Por eso más adelante se enuncia que el doctor Temis pensaba que “quien iba a custodiar el sustento del pobre contra el poderoso, debía tener una alma humilde, compasiva i grande: que quien debía mostrar a los hombres el camino de la ley, el que debía ser maestro de justicia aun para el majistrado, debía ser mas probo que todo hombre aun mas sabio i recto que el mismo majistrado” (Ángel, 1897). Es decir, el doctor Temis se consideraba con la facultad para guiar a la sociedad ciega. Por lo tanto, el abogado resulta ser un personaje que ejemplifica casi textualmente lo que debe ser un individuo de la llamada ciudad letrada por Rama.

En un momento dado hay un conflicto entre esa ciudad ideal y la ciudad real en la obra. Cuando Emilio pide al doctor Temis que salve a su padre de tener que ir a la cárcel para que su honra como hijo quede absuelta de todo mal, y el abogado se niega a salvar a un delincuente, a pesar de que éste es el padre de su amigo, los dos personajes tienen una conversación bastante particular sobre lo que debe ser esa ciudad ideal:

- ¿ I de la deshonra que entónces recaerá sobre U. mismo en cierto modo con justicia, le será dado escapar cuando el motivo que podría justificar su conducta tiene que permanecer oculto para siempre ?
- Esa deshonra, replicó Emilio, es mucho menor que la que recaerá sobre mi padre i sobre mí, si descubren sus delitos.
- Sobre U. no, Emilio; permítame que se lo repita.
- En concepto suyo puede ser, dijo este; pero la sociedad entera no es tan justa, tal vez, que pueda en este caso echar una raya entre el padre i el hijo.
- Si U. llama la sociedad al vulgo nécio i despreciable, entonces tiene razon; pero la sociedad, que lo es por excelencia el conjunto grande o pequeño de los hombres ilustrados, justos i virtuosos, no solo sabe echar esa raya, sino que tambien, haciendo un contraste del padre malo i el hijo bueno, sabe compadecer al uno i admirar al otro. (Ángel, 1897).

Para un hombre tan honroso y respetable como el doctor Temis la sociedad no es el vulgo, sino el conjunto de hombres ilustrados. Es decir, para el abogado la sociedad es la ciudad letrada y no la ciudad real. Según el doctor Temis a la sociedad sólo pertenecen aquellos hombres que han estudiado las letras, el oficio de la abogacía, leen novelas

europas y son un modelo a seguir. Entonces, según la construcción que se hace del abogado en la novela *El Doctor Temis* sólo aquellos que pertenecían a la élite letrada capitalina eran los que estaban capacitados para construir la sociedad y manejarla. Todos aquellos que no entraran en ese círculo cerrado no podrían tener el privilegio de construir la sociedad. Los letrados, entonces, construían la sociedad a la manera en que ellos querían a partir de la letra: las constituciones, los impresos, las novelas. *El Doctor Temis* ejemplifica a cabalidad esa concepción. No es raro que una de las primeras novelas nacionales, entonces, dignificara y justificara la posición del letrado.

Por otro lado, el doctor Temis se ve envuelto en un conflicto por causa de Emilio. No sabe si seguir sus parámetros morales y correctos, es decir, seguir las reglas de la justicia a cabalidad (o sea las reglas de la ciudad letrada) o realizar una actitud poco correcta en cuanto a la justicia, pero salvar la honra de su amigo (es decir, seguir el orden caótico de la ciudad real que se rehúsa a adaptarse a las normas y el orden que le impone la ciudad letrada). Por eso el doctor Temis reflexiona:

Emilio tiene razon; mucho debe padecer, pues padezco yo tambien. . . .i lo he abandonado, porque el me proponía un delito. ¡ Profesion fatal! No puedo salvar hoy a un inocente, a un amibo desgraciado: ¿mi moral como abogado me hace inmoral como amigo? No: eso seria imposible. Sin embargo me veo precisado a abandonar a Emilio en medio de sus trabajos, ¿De qué me sirven, pues, la ciencia i el talento si es que los tengo ? c Cómo pude abrazar esta profesion si es que carezco de ellos? ¿Cómo temo la audazia de conservar un titulo que no sé manejar ? Defender la inocencia i perseguir el crimen fueron los juramentos que hice ante la leí; i ántes de prestarlos debí aprender a cumplirlos. Ofrecía Dios i prometí a la patria ser el apoyo de la justicia; i hoi la justicia no encuentra en mi nada: solo la sociedad ve un amigo vano, i mi conciencia un profesor ignorante. Allá están los criminales burlándose de la leí que los condena; aquí Emilio inocente deplora su deshonra: aquellos se rien impunes, este llora sin delito, i yo entre el uno ¡los otros no hago mas que abandonar al inocente, i perseguir en vano a los culpables.(Anjel, 1897).

Sin embargo, a pesar de que el doctor Temis llega a vivir “en carne propia” ese conflicto entre la ciudad ideal y la real, su decisión, por supuesto, es la “correcta”. El abogado opta por seguir las normas y leyes de la ciudad ideal porque son lo “debido”. Al hacerlo, resulta dándose cuenta de que el padre de Emilio no es un delincuente sino que los “malvados” de la novela lo tienen encerrado y han hecho pasar a otro hombre, el verdadero ladrón, como el dr. Adolfo (padre de Emilio). De esta forma, el conflicto de la novela se resuelve gracias a la inteligencia y razonamientos del doctor Temis, quien termina por atrapar a los rufianes y dar alegría a los personajes “dignos y honrados”. Por eso, al final de la obra, esos personajes “buenos” bendicen al abogado “por la rectitud i enerjía con que persiguiendo el crimen, salvó la inocencia, e hizo triunfar la justicia” (Ánjel, 1897).

Ánjel Gaitán termina por resolver el conflicto a favor de la ciudad ideal. El doctor Temis sigue los parámetros “correctos” y, al hacerlo, descubre la injusticia que se está cometiendo. No podía el autor manejar un conflicto en el cual Emilio le demostrara al abogado que también existe justicia en la ciudad real y ambigüedad en la ciudad ideal. El autor opta por mostrar cómo seguir los parámetros de la ciudad ideal siempre es lo correcto, a pesar de que en algún momento no parezca. Por lo tanto, Ánjel Gaitán demuestra que el ciudadano debe seguir al pie de la letra las normas y leyes de la ciudad ideal, pues al hacerlo ayudará a construir una ciudad buena, bella y verdadera.

Entonces, a pesar de que puede existir un conflicto en *El Doctor Temis* y que el abogado alcanza a dudar de la supremacía de la letra como organizadora de la sociedad (es decir, duda de las leyes), finalmente el doctor Temis sigue las normas y, gracias a esa actuación con “rectitud”, descubre la injusticia cometida. Por lo tanto, *El Doctor Temis* es una novela maniqueísta, tal como los grandes romances de folletín franceses, en donde los personajes “buenos” hacen que los “malos” terminen en la cárcel y la sociedad sea feliz. Por supuesto, el héroe o salvador de la novela es el abogado. Así, en la obra se justifica la permanencia del letrado en la sociedad porque es el único capaz de acatar las normas a cabalidad, el único que es un modelo a seguir, el único correcto, bueno, bello y verdadero. *El Doctor Temis*, en su contenido como novela no hace más que justificar y alabar la posición privilegiada del letrado en la sociedad, es decir, la novela es un medio de comunicación que legitima la permanencia en el poder del grupo letrado.

En cambio, en *Manuela* el panorama es radicalmente diferente. En este caso el letrado es don Demóstenes, quien llega a un pueblo desconocido⁵⁶. Demóstenes, a diferencia del doctor Temis, es ajeno a la sociedad en la que se desarrollará la novela: observa desde afuera las costumbres del pueblo y, al final de la obra, se marcha de nuevo. Se podría afirmar que Demóstenes es una especie de intruso, o de viajero que sólo visita en vacaciones pero que siempre está comparando el lugar en el que está con lo que denominaría su “hogar”. Su mirada “desde fuera”, sin embargo, es fundamental para la construcción de la novela, para ver hasta qué punto don Demóstenes es un “otro” que no sabe cómo valorar eso que le es ajeno. Así, desde el principio de la obra se describe la

⁵⁶ En la obra no se dice el nombre del pueblo. Al final del capítulo I dice: “Dos horas después entraba en la plaza de la parroquia de ... y pronto se instaló en su nueva posada” (Díaz, 1985, 11).

diferencia de don Demóstenes con respecto a los demás habitantes del pueblo: “Mientras que esto decía el cura, todos los parroquianos dirigían los ojos al forastero, quien por su gran frac blanco, por su buena corbata de seda, y por la hermosa cadena de su reloj, aparecía como el más acomodado de todos, y tuvo la precaución de agacharse un poco” (Díaz, 1985, 15).

A diferencia de *El Doctor Temis*, en la novela de Díaz los personajes que se encuentran alrededor del abogado tienen todos importancia. Es más, no sólo Manuela, la protagonista, sino otros personajes secundarios, tienen la función de criticar a don Demóstenes. A pesar de que el narrador, en principio, parece estar a favor del letrado, el autor hace que sean los otros personajes quienes se encarguen de criticarlo. Así, la novela, aunque maneja el arma fundamental del letrado: la letra, y que, en principio, pareciera legitimarlo, lo que hace es criticarlo duramente, a través de los diferentes comentarios de los miembros de la ciudad real a la manera de ver el mundo de don Demóstenes.

Díaz Castro, desde el principio, caracteriza a don Demóstenes como un miembro de la colectividad letrada y, sobre todo, como alguien diferente, un forastero en el pueblo. Sin embargo, a pesar de que el autor de *Manuela* resalta a don Demóstenes como alguien diferente a los demás, al igual que lo hace Ángel Gaitán con el doctor Temis, no lo alaba ni lo construye como un modelo a seguir. Don Demóstenes, a diferencia del doctor Temis, no es un personaje activo que resuelve los conflictos de la novela. Al contrario, el letrado es un personaje puramente pasivo que simplemente hace sus comentarios de la situación, desde su posición como miembro de la ciudad ideal, pero que poco a poco se percató de cómo sus declaraciones son ajenas a lo que sucede en realidad, es decir, sus comentarios son ajenos a la ciudad real. De hecho, don Demóstenes advierte estos hechos cuando entra en diálogo con otros personajes, sobre todo con Manuela.

El camino por el que tenían que andar Manuela y su compañero, era estrecho, ya por las piedras, ya por los troncos de palos gruesos. Don Demóstenes con toda la galantería del alto tono, instaba a su casera que siguiera adelante.

—Ni lo piense, le decía ella, manteniéndose parada con la mano en la cintura.

—Es el uso, Manuela: para entrar al comedor, o las salas, para pasar a un estrecho que no da cabida más que a uno solo, la señora ha de ir adelante. Y al caballero, lo mismo, hay que comprometerlo a que siga adelante en señal de atención. ¡Si vieras tú las disputas que se ocasionan! ¡Hay veces que la comida se enfría mientras que en la puerta se pelea por no entrar primero!

—Pues aquí es al revés, a lo menos en esto de ir adelante en las angosturas y en todos los caminos de montaña. El hombre va adelante, y con su palo o su cuchillo aparta la rama, o la culebra venenosa; y en los puentecitos se asegura si están firmes o no están; la mujer va detrás *escotera* o con su maleta, con el muchacho cargado entre una mochila. Ni tampoco les consentimos el que vayan detrás, porque casi siempre hay rocío o barriales, y según el uso de las trapicheras, vamos alzando la ropa con una mano

adelante por no ensuciarla: o tal vez porque el uso nos agrada, porque según me han contado hay pueblos en que ninguna se alza la ropa aunque se embarre hasta el tobillo, y si mal no recuerdo, Ambalema es uno de ellos (Díaz, 1985, 29).

Así, Manuela demuestra a Demóstenes que los códigos construidos por la ciudad ideal (es decir, por la élite letrada) no son eternos, ni son una verdad absoluta. Don Demóstenes, en su viaje por un pueblo que le es ajeno, se da cuenta poco a poco de que los códigos de la ciudad ideal no se aplican a la ciudad real. Así, don Demóstenes, un personaje ilustrado que sabe leer y escribir, que conoce de leyes, termina siendo quien aprenda de Manuela, una campesina. Por supuesto, esto demuestra que entre *El Doctor Temis* y *Manuela* hay una gran distancia, pues en la primera se legitima al letrado y se considera que la palabra es sinónimo de verdad. En *El Doctor Temis*, las palabras, parafraseando a Foucault, son iguales que las cosas, pues se cree que la construcción que hicieron los letrados (la ciudad ideal) es igual o es el reflejo de la realidad. En cambio, en *Manuela*, a través de los diálogos del letrado con otros personajes, se demuestra la ambigüedad que existe en el creer que las palabras son iguales a las cosas. En *Manuela* se relativizan esos códigos, tal como la protagonista demuestra con el hecho de que ella no irá adelante en el camino, como insisten que debe ir la mujer en los códigos de urbanidad, porque esos signos en el campo son inconsistentes y van en desacuerdo con la vida diaria: el hombre debe ir adelante para eliminar la maleza o las culebras venenosas.

Las anteriores citas de *Manuela* pertenecen a los capítulos I al VIII que fueron publicados a manera de folletín (es decir, como un espacio en el periódico) en *El Mosaico* entre el 24 de diciembre de 1858 y el 2 de abril de 1859. A partir de esta última fecha, la novela se deja de publicar en el periódico literario. Posteriormente, en 1866, Vergara publica la novela en su totalidad (los 31 capítulos) como parte del *Museo de cuadros de costumbres*. Como introducción a la novela, y homenaje a Díaz (quien había fallecido un año antes) se añadió el texto “El Señor Eugenio Díaz” de Vergara, para que fuera la introducción de la novela. Sólo hasta el año 1889 la novela fue publicada de manera independiente en la Imprenta Garnier Hermanos, en París (dos años después de que fuera publicada en la misma imprenta y en la misma ciudad *El Doctor Temis*). Por lo tanto, las citas de *Manuela* de las que se hablará a continuación no fueron publicadas en *El Mosaico* a manera de folletín.

—Señor don Demóstenes, ¿en cuál se quedó pensando, en la catira de Bogotá, o en la pelinegra del trapiche del Retiro?

—¿Por qué me lo preguntas? contestó el caballero, como sorprendido.
 —Porque ya va para media hora que ni los mosquitos lo hacen mover; y que hoy es cuando se les ha metido picar sin lástima.
 —No es sino que la hamaca me tiene encantado.
 —Y ahí verá que no debía quererle porque usted es liberal.
 —¿Y qué pitos toca la libertad con la hamaca?
 —¿Luego, no sabe usted que la hamaca es el puro centralismo, estando en la mitad de la sala como la suya, haciendo estorbo a los que pasan?
 —¡Vaya una ocurrencia! dijo don Demóstenes, mirando a Manuela y riéndose de su sencillez.
 —Pero como no es eso sólo, dijo la casera, sin cesar de mover la plancha por encima de una levita blanca de su huésped.
 —¿Y qué otra cosa es?
 —Que usted echa a pasear la igualdad cuando se apodera de la hamaca en esta casa o en la de mi prima.
 —¿La igualdad?
 —Sí señor, la igualdad; porque todos los demás estamos fregados en los poyos o los escaños, mientras que usted se está meciendo en la visita, acostado muchas ocasiones, y ya usted ve que eso no se puede llamar igualdad. Y si entran señoras a ese tiempo, yo no sé cómo se entienda usted con ellas.
 —¡Oh! pues entonces me levantaría.
 —Eso tampoco se conviene muy bien con la igualdad de que usted nos habla; pues querría decir que a nosotras se nos debe tratar poco más o menos, y usted nos ha dicho que todos somos iguales.
 —¡Ah! pero era porque estábamos hablando de la igualdad de derechos, me parece
 —¿Entonces no hay más igualdad que esa igualdad de derechos que usted dice?
 —Pues sí hay: la igualdad social; pero tiene sus excepciones.
 —¿Igualdad y excepciones? ¡está muy bueno!
 —Es que una cosa es con guitarra...
 —Entonces diga usted que una cosa es cacarear y otra poner el huevo; una cosa es hablar de igualdad y otra sujetarse a ella (Díaz, 1985, 63).

El anterior es uno de los apartados más lúcidos en cuanto a las reflexiones de Manuela y las críticas que hace a don Demóstenes. Como se observa, éste realmente no tiene qué contestar ante la acusación de la casera. El narrador enuncia que don Demóstenes se ríe de la sencillez de Manuela por lo que, en principio, estaría a favor de los letrados. Sin embargo, lo que hace Díaz es hacer creer que quien narra legitima a la ciudad letrada. En la medida en que en la época se creía que el pensamiento del narrador estaba acorde con el del autor, en principio, se pensaría que Díaz estaba a favor del letrado. No obstante, Díaz describe las acusaciones de Manuela, tan claras y contundentes que ni don Demóstenes, ni el mismo narrador son capaces de contrarrestarlas. La campesina tiene una lógica muy precisa y no se contradice: si se trata de igualdad, ésta debe, como bien implica su definición, ser igual en toda circunstancia. Don Demóstenes, quien predica acerca de la igualdad a lo largo de toda la novela, no se había percatado (o tal vez no quería verlo) de cómo la igualdad que predicaban los miembros de la ciudad letrada no es más que una ficción, una construcción a partir del poder de la letra, una característica de la ciudad ideal, pero que no se aplica a la ciudad real. Por lo tanto, en la medida en que nadie es capaz de

contrarrestar tales acusaciones, quedan como una reflexión del libro que, muy seguramente, era lo que Díaz buscaba hacer: reflexionar sobre cómo las leyes y construcciones a partir de la letra de los letrados no se aplicaban en la ciudad real.

Gracias a apartados como el anterior, se observa una dura crítica a la función del letrado en la sociedad, pues este predica y crea ficciones a partir de la palabra, pero no ejecuta acciones que lleven a la práctica la teoría. Lo anterior, por supuesto, está en contra de la manera de concebir las leyes en *El Doctor Temis* en donde se cree que hay que acatar la ley a cabalidad porque es la verdad y la manera de organizar la sociedad. Manuela, una campesina, resulta ser mucho más sabia que don Demóstenes. En ese sentido se entiende por qué Eugenio Díaz hablaba de “La Manuela” y no de “Don Demóstenes”. De hecho, es fundamental tener en cuenta el título de las dos novelas: *El Doctor Temis* y *Manuela*. La primera tiene como título el nombre del letrado, lo que implica que éste será el protagonista. En cambio, la novela de Eugenio Díaz no se titula “Don Demóstenes” sino *Manuela*. Es decir, en la obra de Díaz Castro, desde el título, se da menor importancia al letrado y mayor atención a una campesina, un personaje que, para el doctor Temis, sería miembro del “vulgo ignorante”.

En gran medida, Manuela, a partir de los diálogos entre los dos personajes, es quien hace ver a don Demóstenes lo que éste, ennegrecido por la letra y los libros, no era capaz de ver. Los diálogos son una estrategia discursiva muy diferente a la que se encuentra en *El Doctor Temis* pues en esta obra tanto el narrador como el personaje principal están a favor de legitimar la posición privilegiada del letrado en la sociedad. En cambio en *Manuela* se hace una crítica implícita al letrado, aunque sin estarlo juzgando constantemente. Al contrario, el narrador parece ser un letrado más. Entonces la estrategia discursiva de Díaz es mucho más sagaz porque hace creer que la novela en general está a favor del letrado cuando, en la mayoría de diálogos, los demás personajes demuestran a don Demóstenes que esa ficción de ciudad ideal que tiene en su cabeza no se aplica en la ciudad real. Díaz hace creer que legitima a los letrados pero es gracias a la letra y más aún, gracias al diálogo (cuando la letra y la oralidad se unen) que los demás personajes son capaces de criticar esa sacralización de la letra y las leyes.

El doctor Temis es un personaje que sabe leer y escribir y que conoce las leyes, al igual que don Demóstenes. Sin embargo, a estos dos individuos los distancia el hecho de

que el primero aplica a como de lugar las leyes y tiene fe en ellas. Es decir, como ya se dijo, considera que las palabras son iguales a las cosas. El doctor Temis, al aplicar las leyes ciegamente logra que el conflicto de la novela se resuelva. En cambio, don Demóstenes, a lo largo de todo *Manuela* y gracias a los permanentes diálogos con los otros personajes, se percata de cómo las leyes resultan siendo un estorbo o insuficientes, se da cuenta de que éstas no se aplican ni son justas, así como no son verdades eternas sino que son relativas:

—Yo creía cándidamente que todas esas leyes que se dan en el congreso y todos esos bellísimos artículos de la constitución eran la norma de las parroquias, y que los cabildos eran los guardianes de las instituciones; pero estoy viendo que suceden cosas muy diversas de lo que se han propuesto los legisladores; por lo menos, en donde haya un don Tadeo (Díaz, 1985, 149).

Contrario a la posición maniquea que existe en *El Doctor Temis*, *Manuela* es una novela en donde se demuestra la ambigüedad que existe en la sociedad y cómo las leyes no son eternas. En *Manuela*, a pesar de que se juzga fuertemente y de manera sagaz a don Demóstenes no se le considera como “el malo”. Simplemente resulta ser un personaje ingenuo y pasivo que no sabe cómo afrontar las necesidades de la sociedad. A su vez, don Tadeo, el culpable de que la sociedad no funcione a cabalidad, tampoco es “completamente malo” en el sentido de que es quien critica fuertemente las diferencias entre los descalzos y los calzados. Por lo tanto, en *Manuela* se supera la posición maniquea que existe en *El Doctor Temis* y se demuestra la ambigüedad que existe al organizar cualquier sociedad.

Por consiguiente, como se ha venido explicando, entre el doctor Temis y don Demóstenes hay una diferencia abismal. En primer lugar, Ángel Gaitán construye al Doctor Temis como un modelo a seguir, mientras que don Demóstenes es simplemente un forastero que observa a la ciudad real y que, en vez de ser un modelo, aprende de los otros personajes.

En segundo lugar, en *El Doctor Temis* se considera que la construcción de la ciudad ideal hecha por la ciudad letrada, encaja de manera perfecta en la realidad. En cambio, en *Manuela* se demuestra cómo las creaciones de la élite letrada, como las leyes, no se aplican a la ciudad real, porque los letrados no conocen las necesidades de la misma. En esa medida, en la novela de Eugenio Díaz se demuestra que los símbolos creados por la ciudad letrada no son eternos y, por lo tanto, no se sacraliza a la letra sino que se la relativiza.

En tercer lugar, el doctor Temis, como ejemplar miembro de la ciudad letrada que sabe leer y escribir y conoce los códigos, lee y se instruye sobre lo que considera la verdad

de las leyes y la aplica y, al hacerlo, contribuye a resolver el conflicto de la obra de manera “adecuada”. En cambio, don Demóstenes poco a poco se percató de que las leyes no se aplican a cabalidad en la ciudad real. Esto hace que don Demóstenes no sea un personaje activo, tal como lo es el Doctor Temis, sino pasivo. Su manera de hacer parte de la obra es a través de sus comentarios, que siempre son criticados de manera sagaz por los otros personajes. De hecho, al final de la novela, don Demóstenes vuelve a su hogar y, en el capítulo siguiente, Manuela muere. Por lo tanto, el miembro de la ciudad letrada no se comporta como héroe pues ni siquiera puede salvar a la protagonista. Su papel en la novela simplemente consiste en hacer comentarios que no lo llevan a ejecutar ningún tipo de acción. Esto demuestra que, para Díaz, el letrado era completamente ajeno a lo que sucedía en la ciudad real, tanto así, que su papel consiste en “no hacer nada”.

En cuarto lugar, para el doctor Temis, solamente al vulgo le era posible cometer errores. Según el abogado, a los miembros de la ciudad letrada no les estaba permitido equivocarse, puesto que eran quienes creaban y manejaban las leyes que eran, para el protagonista, sinónimo de verdad, bien y belleza. Es decir, según el doctor Temis, sólo los miembros de la élite letrada podían ser capaces de construir una sociedad ordenada, a partir de signos estables, gracias a su ilustración. En cambio, en *Manuela* se demuestra que don Demóstenes no está cerca de tener “la verdad” a través del poder de la palabra de los miembros de la élite letrada. Con las intervenciones de los otros personajes en diálogo con las percepciones de don Demóstenes esa “verdad estable” se relativiza porque no se aplica en todo momento y lugar. En esa medida, quien comete errores es don Demóstenes y no los llamados “miembros del vulgo” por el doctor Temis. Por otro lado, los otros personajes muchas veces son quienes enseñan a don Demóstenes, es decir, quienes saben más que el letrado. Por lo tanto, son los campesinos, los miembros de la ciudad real, quienes podrían ayudar a construir la sociedad, situación muy diferente a la presentada en *El Doctor Temis* en donde sólo quienes pertenecen a la élite letrada están en capacidad de construir la sociedad porque supuestamente el “vulgo” que no sabe leer ni escribir, no podría hacerlo.

En quinto lugar, para el Doctor Temis la sociedad está constituida por el conjunto de hombres ilustrados, en cambio, en *Manuela* existe previamente una sociedad de la que no hace parte el letrado y en la que éste no es más que un forastero. En esa medida, se critica el

hecho de que alguien que no conoce y no hace parte de la sociedad sea el que esté capacitado para organizarla.

Por lo tanto, en cuanto al análisis del contenido de las dos novelas publicadas por fragmentos se observa que existen dos posiciones diferentes en cuanto a la legitimación de la función del miembro de la ciudad letrada en la sociedad. Estos dos contenidos, íntimamente relacionados, como se ha visto, con la biografía de sus autores, serán los que entren a jugar en la sociedad bogotana descrita en el capítulo anterior. Así, a medida que avanza el análisis del circuito comunicativo de las novelas por entregas y el folletín, es posible comenzar a reconstruir la manera en que una sociedad construía su propia experiencia. Sin embargo, aún falta analizar el formato de publicación de dichas novelas, así como la manera en que eran apropiadas por los lectores de la época. ¿Cómo fueron publicadas estas novelas y, más aún, cómo fueron leídas por los bogotanos de mediados del siglo XIX? son las preguntas que se tratarán de resolver a continuación con el fin de resolver el rompecabezas que construyen las diferentes piezas del circuito comunicativo del libro.

3.3. El lector letrado, la novela por entregas *El Doctor Temis* y el folletín *Manuela*

Gracias a la Noticia biográfica del autor se sabe que *El Doctor Temis* se empezó a publicar por entregas, de manera anónima, a principios del mes de julio de 1851 en la Imprenta Imparcial. Tanto en la Sala de Libros Valiosos de la Pontificia Universidad Javeriana como en la Biblioteca Nacional se conserva un ejemplar de la edición de 1851 de *El Doctor Temis* empastada, que tiene unidos los diferentes folletos constituyentes de las entregas. Los dos libros ya están armados con los distintos fragmentos y los anexos que se hicieron después de que se acabaron de publicar los mismos.

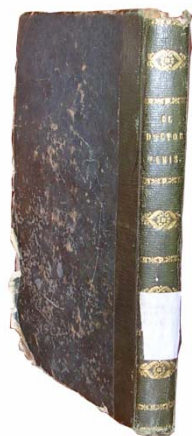


Figura 1.

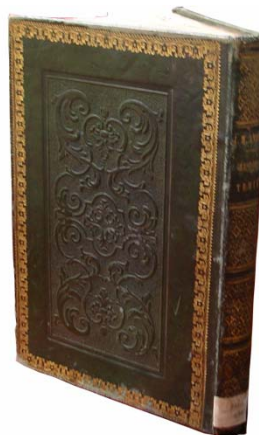


Figura 2

Figuras 1 y 2. Ejemplares de *El Doctor Temis* de 1851 que tienen unidas las distintas entregas. El de la figura 1 se conserva en la Sala de Libros Valiosos de la Pontificia Universidad Javeriana. El de la figura 2, en la Biblioteca Nacional de Colombia.

La novela se publicó en 19 entregas que se vendían los sábados, desde el 26 de julio de 1851 (*El Neogranadino*, 1851, 25 de julio, 214). No se tienen registros que especifiquen si las entregas efectivamente se vendieron cada sábado. Lo que sí se sabe, gracias a la Noticia biográfica, es que la última entrega se imprimió antes de la muerte del autor, es decir, antes del 23 de diciembre de 1852.

Cada una de las entregas, exceptuando la número 19⁵⁷, fue de 16 páginas, como se observa en el cuadro 1. Las hojas medían 20, 6 cm. de alto por 13, 6 cm. de ancho. El número de letra era 9 con un espacio entre líneas sencillo (de 2 mm.). La caja tipográfica era de 16 cm. de alto por 9 cm. de ancho. Además, el texto se repartía en una sola columna.

⁵⁷ La única entrega que se excedió en el número de páginas fue la número 19, en donde se publicaron 21 páginas (de la página 289 a la 309). Se puede sugerir que esta entrega tenía un mayor número de páginas porque era el último fragmento de la novela y no se justificaba hacer una entrega de tan sólo 5 páginas. Además, es en esta entrega en donde se finaliza la novela con una viñeta.

Cuadro 1. Entregas *El Doctor Temis*

Número de entrega	Fecha entrega	Contenido entrega (capítulos)	Rango de las páginas	Número de páginas
Entrega 1	26 de julio de 1851	Figura 3, figura 4, capítulo I (p 3), capítulo II (p 10), capítulo III (p 16) (sin terminar)	Figura 3, figura 4, páginas 3-16	16 páginas
Entrega 2		Continúa capítulo III (p 17) y finaliza, capítulo IV (p 22), capítulo V (p 31) (sin terminar)	Páginas 17-32	16 páginas
Entrega 3		Continúa capítulo V (p 33) y finaliza, capítulo VI (34), capítulo VII (42), capítulo VIII (p 46) (sin terminar)	Páginas 33-48	16 páginas
Entrega 4		Continúa capítulo VIII (p 49) y finaliza, capítulo IX (p 55), capítulo X (61) (sin terminar)	Páginas 49-64	16 páginas
Entrega 5		Continúa capítulo X (p 65) y finaliza, capítulo XI (p 68), capítulo XII (78) (sin terminar)	Páginas 65-80	16 páginas
Entrega 6		Continúa capítulo XII (p 81) y finaliza, capítulo XIII (p 85), capítulo XIV (p 94) (sin terminar)	Páginas 81-96	16 páginas
Entrega 7		Continúa capítulo XIV (p 97) y finaliza, capítulo XV (p 102), capítulo XVI (p 109) (sin terminar)	Páginas 97-112	16 páginas
Entrega 8		Continúa capítulo XVI (113) y finaliza, capítulo XVII (p 115), capítulo XVIII (p 123) (sin terminar)	Páginas 113-128	16 páginas
Entrega 9		Continúa capítulo XVIII (p 129) y finaliza, capítulo XIX (p 130), capítulo XX (p 134), capítulo XXI (p 139) (sin terminar)	Páginas 129-144	16 páginas
Entrega 10		Continúa capítulo XXI (p 145) y finaliza, capítulo XXII (p 145), capítulo XXIII (p 150), capítulo XXIV (p 159) (sin terminar)	Páginas 145-160	16 páginas
Entrega 11		Continúa capítulo XXIV (p 161) y finaliza, capítulo XXV (p 170), página en blanco (p 176). Final de la parte primera	Páginas 161-176	16 páginas
Entrega 12		Inicia capítulo I (p 177), capítulo II (p 184), capítulo III (p 191) (sin terminar)	Páginas 177-192	16 páginas
Entrega 13		Continúa capítulo III (p 193) y finaliza, capítulo IV (p 197), capítulo V (p 206) (sin terminar)	Páginas 193-208	16 páginas
Entrega 14		Continúa capítulo V (p 209) y finaliza, capítulo VI (p 212), capítulo VII (p 219) (sin terminar)	Páginas 209-224	16 páginas
Entrega 15		Continúa capítulo VII (p 225) y finaliza, capítulo VIII (p 226), capítulo IX (p 234)	Páginas 225-240	16 páginas
Entrega 16		Continúa capítulo IX (p 241) y finaliza, capítulo X (p 242), capítulo XI (p 248), capítulo XII (p 253)	Páginas 241-256	16 páginas
Entrega 17		Continúa capítulo XII (p 257) y finaliza, capítulo XIII (p 259), capítulo XIV (p 266), capítulo XV (p 272) (sin terminar)	Páginas 257-272	16 páginas
Entrega 18		Continúa capítulo XV (p 273) y finaliza, capítulo XVI (p 280), capítulo XVII (p 286) (sin terminar)	Páginas 273-288	16 páginas
Entrega 19	Antes del 23 de diciembre de 1851	Continúa capítulo XVII (p 289) y finaliza, capítulo XVIII (p 291), capítulo XIX (p 296), capítulo XX (p 301), conclusión (304)	Páginas 289-309	21 páginas

Fuentes: *El Doctor Temis*, edición de 1851; *El Neogranadino*, 25 de julio de 1851.

La primera entrega de *El Doctor Temis* se anuncia en la página 3 (ver figura 3) y acaba en la página 16 de los dos libros consultados. Sin embargo, esto daría un total de 14 páginas lo que no es lógico en la medida que los folletos debían ser de un número de páginas que fuera múltiplo de 4, para poder, cuando ya se tuvieran todas las entregas, armar un libro⁵⁸, como ocurre con cualquier novela publicada por entregas.



Figura 3. Página de la primera entrega de *El Doctor Temis*. En la parte inferior, a la izquierda, se lee “Entrega 1”.

Esto lleva a deducir que, muy probablemente, en este primer folleto también se entregaban las dos páginas siguientes:

⁵⁸ Además, como se verá más adelante, en *El Neogranadino* se anuncia que cada entrega será de 16 páginas, 4 frances, o lo que es lo mismo, dos pliegos comunes (*El Neogranadino*, 1851, 25 de julio, 214).

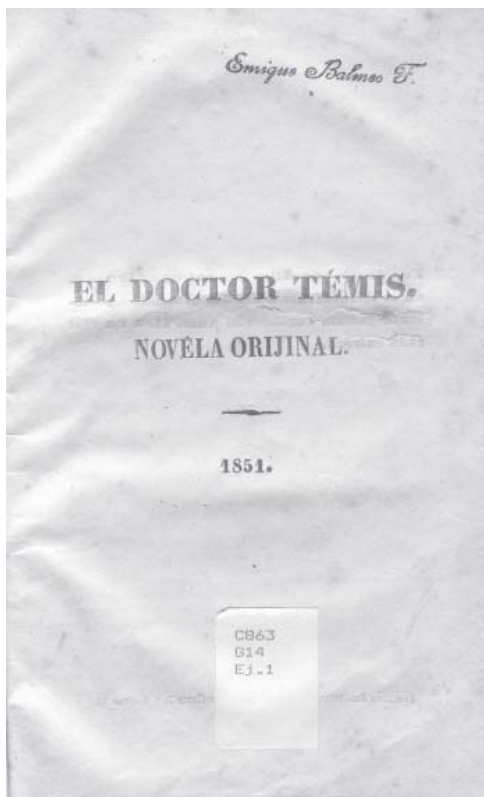


Figura 4

Dos páginas que constituyen la primera entrega. En la figura 4 no se dice el nombre del autor. En la figura 5 se enuncia que la novela se publica por entregas.

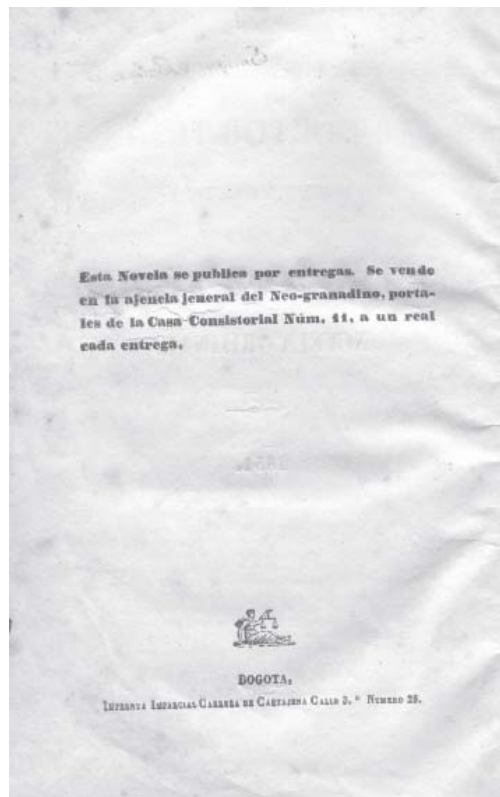


Figura 5

En la figura 4, que es la página de la presentación de la novela, no se anunciaba la identidad del autor. La razón de la ausencia del nombre del escritor en esta página se debe al deseo de Ángel Gaitán de permanecer en el anonimato, como se confirma en la Noticia biográfica en donde se narra:

la composición de esta novela por el Dr. Anjel, fué un secreto inviolable, hasta para sus amigos mas íntimos i discretos, que no supieron que él la había compuesto sino hasta después de su muerte, que vino a serles por esto doblemente dolorosa: fué este un rasgo eminente de la excesiva modestia del autor que constituía una de sus mas bellas cualidades: cualquier otro que hubiera sido el autor, no habría cubierto su nombre con el velo del misterio, i por el contrario se habría apresurado a publicarlo i ostentarlo, con su producción, como un medio indisputable i seguro, de hacer conocer sus talentos i experiencia, de llegar a una posición política elevada i de adquirir algún favor popular, aunque el Dr. Anjel se recomendaba por sí mismo i sin necesidad de tales producciones (Ánjel, 1851, VIII).

Por consiguiente, esta página hizo parte de la primera entrega (figura 4), puesto que sólo hasta después de la muerte de Ángel se supo que éste había compuesto la obra. Además, en esta entrega también se publicó la página de la figura 5, en la que se explica que la novela se publica por entregas, en dónde puede conseguirse (“Agencia jeneral del Neo-granadino”) y a qué precio (un real).

Como se observa en el cuadro 1, en 15 de las 19 entregas se deja sin terminar un capítulo, por lo tanto, la extensión de las entregas no correspondía con la de los capítulos, es decir, no se buscaba que el contenido y espacio fueran equivalentes en los folletos publicados. Así, ninguna de las entregas finalizaba con un “continuará” y, de hecho, muchas veces terminaban con palabras publicadas a la mitad que se completarían en la siguiente entrega.

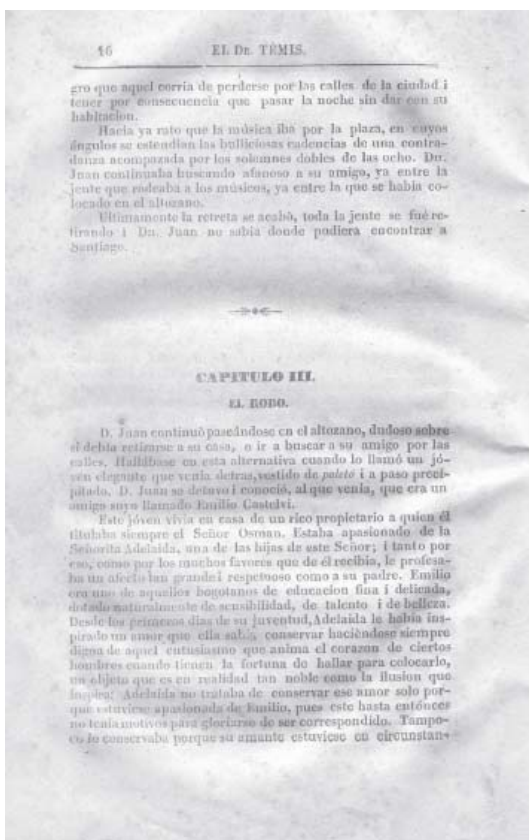


Figura 6

La figura 6 es la página final de la primera entrega (p 16). La última palabra es “circunstan-”. La figura 7 es la primera página de la segunda entrega (p 17) e inicia con el monosílabo “cias”. Por consiguiente, en la segunda entrega se completa el vocablo “circunstancias”.

La figura 6 es la última página de la primera entrega (página 16 de la novela). Si se observa, esta página finaliza con la palabra “circunstan-”. El lector bogotano del XIX sólo conocerá la continuación de la palabra hasta la segunda entrega que inicia con el monosílabo “cias” y se completa, por consiguiente, el vocablo “circunstancias”. De esta forma se comprueba que el criterio de división de cada una de las entregas de *El Doctor Temis* correspondía al número de páginas y no a una selección del contenido, pues éste ya estaba escrito y distribuido en las diferentes hojas a manera de libro. Tan sólo 4 de esas 19

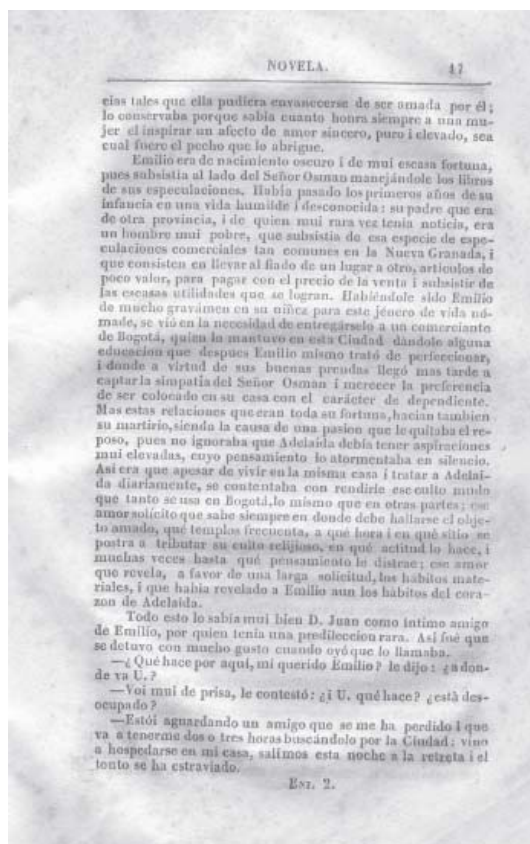


Figura 7

entregas terminaron en concordancia con el final de un capítulo (entregas 11, 15, 16 y 19). Además, sólo la entrega 12 inicia con el comienzo de un capítulo (ver cuadro 1).

En la Noticia biográfica del autor se verifica que la novela ya estaba elaborada antes de que se empezara a publicar. J.M.M.C explica que José María Ángel Gaitán comenzó a escribirla a finales de Semana Santa de 1851:

(...) La idea de esa composicion interesante i bella a todas luces, le ocurrió al Dr. Anjel i la llevó a cima, en las vacantes de la última Semana Santa i en pocos días despues de esta, en que dio trégua a sus ocupaciones poco gratas de oficina, pudiendo decirse, que le mismo día en que se cerraron las puertas del templo de la Justicia, el Dr. Anjel, comenzó a construir el pedestal sobre el que debía alzarce su fama inmarcesible..... (Ánjel, 1851, XVII).

Esto implica que la novela se había planeado con anterioridad a su publicación y que las entregas simplemente eran equivalentes a la división del libro de cada 16 páginas. Por lo tanto, *El Doctor Temis* se publicó estrictamente con el formato de la novela por entregas. Es decir, las entregas, al unirse en conjunto, contribuirían a formar un libro.

Gracias a que la obra fue impresa antes de iniciar su publicación, Ángel no debía supeditar su escritura a un espacio particular y tener que producir un número de líneas específico. A su vez, el autor tampoco debía adaptarse a las exigencias de su público de tal manera que tuviera que modificar la novela, como sí ocurría con los folletinistas franceses, puesto que ya estaba hecha.

Algunas de las novelas europeas publicadas a manera de entregas corresponden exactamente al formato de *El Doctor Temis*. De esta forma, Botrel explica que el lector español muchas veces se encontraba al final de la entrega con una palabra cortada por la mitad, sin una página que la continuara y, por consiguiente, para seguir con el hilo de la historia, debía comprar la siguiente entrega (Botrel, 1974, 114). La división de estas novelas, por lo tanto, correspondía, al igual que sucede con *El Doctor Temis*, a la división de los folletos del libro. Otras novelas europeas publicadas a manera de entregas, en cambio, estaban más influenciadas por la forma de composición del folletín francés. En esa medida, a los autores se les daba el número de páginas del folleto y éstos debían distribuir la información en este espacio, buscando que al final se llegara a un punto climax de la narración en el que se pudieran hacer preguntas como “¿Qué pasará?”. Estos finales buscaban seguir atrapando al lector para que adquiriera la siguiente entrega. De hecho Dickens, como ya se explicó, escribía en este tipo de cuadernillos en donde tanto el formato como el contenido se correspondían.

En la figura 5 (página de la primera entrega) se explica que las entregas de *El Doctor Temis* se venderán en la “Agencia general del Neo-Granadino, portales de la Casa Consistorial Num. 11 ”. Esto se confirma con el aviso del 25 de julio de *El Neogranadino*, en donde se enuncia:

NUEVA PUBLICACION LITERARIA

“EL DR. TEMIS”⁵⁹

Novela orijinal, escrita por un jóven granadino, que empezará a publicarse por entregas desde el 26 del corriente julio. Esta obra tiende principalmente a bosquejar dos caractéres de nuestro foro, ofreciendo de paso a la censura pública uno que otro de los efectos mas ridículos o vituperables que, si no se observan ahora, por lo ménos se han observado i mui probablemente habrán de observarse despues en el Poder judicial, accesible ya en todos sus puestos a toda clase de hombres.

El público ilustrado, juzgará sobre el mérito de esta producción nacional.

Se espenderá en la tienda del Sr. Juan Vengoechea, portales de la Casa Consistorial. número 11 a real cada entrega 16 pájinas, 4 frances, o lo que es lo mismo, dos pliegos comunes (*El Neogranadino*, 1851, 25 de julio, 214).

Por consiguiente, *El Neogranadino* funcionaba como el agente que publicitaba la obra y decía dónde se podía conseguir (en este caso, en su propia agencia)⁶⁰. Por lo tanto, el periódico actuaba como el órgano difusor de esa novela para contribuir a que se gestara el circuito comunicativo de la misma. Así, anunciaba en dónde se vendía la novela, a qué precio y algunas características del texto para fomentar su lectura.

Además, en este aviso promocional, se explicita: “El público ilustrado, juzgará sobre el mérito de esta producción nacional”. Es decir, quienes se encargaron de publicitar la novela caracterizan al lector potencial de la misma como un “juez”. Por lo tanto su función será catalogar si esta obra podría entrar o no dentro del canon de las producciones nacionales. Se le da al lector la posibilidad de decidir si la obra funciona o no. Desgraciadamente, no se tienen registros de la forma en que los lectores catalogaron y aceptaron la novela. Sólo existe el testimonio que da J.M.M.C quien escribe:

el argumento nacido del lamentable estado de nuestro foro, que el autor frecuentó con suceso, no puede ser mas interesante i mas oportuno: ese argumento hábilmente desenvuelto, se encamina a hacer palpar la notable superioridad que tiene un verdadero abogado, hermosamente descrito i dibujado por el autor, en el El Dr. Témis capítulo 4^o. Parte 1^a sobre un tinterillo inmoral i por lo mismo astucioso, como Monterilla, perfilado con favor, en el capítulo 7. de la misma Parte: el triunfo del Dr. Temis sobre su inucuo adversario i sus secuaces, es el triunfo de la virtud sobre el vicio: del bien sobre el mal: del honor i probidad sobre la intriga i la maña (...)

⁵⁹ Es necesario destacar que se usa otra tipografía para el título “EL DR TEMIS”. Esto implica que se le daba gran importancia a la publicación.

⁶⁰ Es importante resaltar que en los “Avisos” de *El Neo-granadino* del 3 de octubre de 1851 se enuncia: “La agencia jeneral de este periódico se ha unido a la administracion de esta Imprenta. —Nuestros corresponsales, i los señores de las provincias que quieran favorecer el establecimiento, se servirán dirigir sus cartas rotuladas, “Al Ajente jeneral de la Imprenta del Neo-Granadino”, para evitar de este modo la equivocacion que muchas veces se sufre de dirijirlas a personas que no tienen ya encargo en dicho establecimiento”.

Aunque no somos competentes para emitir un juicio acertado sobre el valor literario de esa obra que nos parece preciosa, nos atrevemos sin embargo a decir, que en su afortunada composición, se han observado fielmente las reglas principales que debían presidirla, si bien es cierto que el ingenio no puede someterse a ellas. Con todo, ¿búscase en la Novela el absoluto imperio de una moral pura? en la del Dr. Témis se encuentra derramada a manos llenas, la que profesaba el autor: ¿búscase también la viva y fecunda imaginación del autor de la novela? La del Dr. Témis contiene una rica y variada serie de acontecimientos que interesan y llaman, sobremanera, la atención del lector, que se mantiene siempre preescitada: ¿búscanse lances nuevos, diversas y peligrosas situaciones en los protagonistas? todo esto se encuentra con profusión en el Dr. Témis, en el que además se hallan a cada instante caracteres bien dibujados, contrastes debidamente sostenidos, escenas chistosas, serias y de todo género y una admirable unidad, en todas las que se difieren y se dirigen al desenlace feliz y soberanamente moral de la obra, en toda la cual lucen a porfía y con originalidad, la elegancia y flexibilidad del estilo poético del autor, la sublimidad de muchos pensamientos y la moralidad de algunas máximas sobre diversos objetos, verdaderas todas con tanta gala y belleza, que podrían causar envidia a más de un literato novelista, si es que hay literatos capaces de tan ruin pasión: esta novela es el mejor elogio del autor: léase con detención y medítese sobre ella (...)

J.M.M.C valora la publicación por estar acorde con los discursos propagados por la élite capitalina: la moral, la belleza del lenguaje, el triunfo de la virtud sobre el vicio, etc. Al decir “medítese sobre ella”, busca que ese lector-juez la juzgue por su carácter moral de representar las construcciones acordes con el ideal letrado. Sin embargo, al ser éste el único testimonio que se tiene sobre la recepción de la obra, no es posible saber cómo los demás lectores juzgaron el mérito de la misma.

El anuncio del 25 de julio se publica también en *El Neogranadino* del 8 de agosto de 1851 (Núm 168, Año IV). El 15 de agosto de 1851, también en los “Avisos” de *El Neogranadino* se anuncia a *El Doctor Temis* esta vez con un aviso diferente:

EL Dr TEMIS⁶¹

Esta novela original granadina se espone en la tienda del Sr. Vengoechea, portales de la Casa consistorial número 11, a real cada entrega que sale los sábados y contendrá 16 páginas en 4 francos o lo que es lo mismo dos pliegos comunes (*El Neogranadino*, 1851, 268)⁶²

Probablemente los impresores de la Imprenta Imparcial se percataron de que su novela se vendería si la publicaban en un periódico conocido por el público potencial de la novela: aquellos que podían acceder fácilmente a los impresos. Como se explicó en el primer capítulo, la edición de novelas por entregas era un negocio más aventurado que el de publicar folletines. Esto se debe a que las novelas por entregas no contaban con un público fijo y *a priori*, como sí sucedía con el folletín, que hace parte de un periódico. En esa medida, los dueños de la Imprenta Imparcial buscaron que la novela se publicara en un

⁶¹ Esta vez la tipografía del título ya no es diferente a la del resto del anuncio, aunque sí se escribe el título en negrillas y en letras capitales. Esto implica que la obra sigue siendo importante, aunque ya no se anuncia como una novedad.

⁶² Este mismo aviso se publica el 26 de septiembre de 1851 (número 175).

periódico que sí contaba con ese público fijo⁶³. Además, como ya se explicó en el segundo capítulo, el mejor medio para publicitar los libros en la Bogotá de mediados del siglo XIX eran los periódicos.

Por otro lado, la presentación de la obra es un indicio fundamental que permite argumentar cómo el público al que estaba destinada la novela era el de la ciudad letrada. En el caso europeo los editores buscaron llegar con las novelas publicadas por entregas a lectores no muy hábiles. Una de las formas de hacerlo era a través de las ilustraciones que acompañaban el relato. Muchas veces, de hecho, el texto era tan sólo una improvisación circunstancial que se hacía para acompañar las imágenes. A su vez, también se buscaba captar lectores a partir de una tipografía de número grande y viñetas al inicio y final de los capítulos. Esto no se observa en *El Doctor Temis* (ver figuras 6 y 7) en donde el puntaje de la letra es pequeño (9 puntos), así como el espacio entre renglones (de 2 mm.). Además, la caja tipográfica es angosta (16 cm. de alto por 9 cm. de ancho) y en ella se distribuye gran cantidad de texto (46 líneas). A su vez, cada capítulo inicia en la misma página en la que finalizó el anterior, por lo tanto, no se da ningún respiro al lector entre el final de un capítulo y el inicio del siguiente (ver figura 6). Asimismo, sólo existen dos ilustraciones (que son más bien una viñetas): una al final del libro (figura 8) y otra después del índice⁶⁴ (figura 11).

Por lo tanto, el formato de presentación de la novela buscaba llegar a un público que consideraba la lectura de literatura como una práctica cotidiana. Un conjunto de lectores disciplinados que leyeran los textos detenidamente y que no buscaran pasar las páginas buscando ilustraciones.

Además hay que recordar otra evidencia, que ya se citó en el capítulo anterior, pero que vale la pena resaltar para continuar con la argumentación. Un estudiante típico del Colegio del Rosario llamado Alfredo, decía tener como equipaje permanente, además de

⁶³ Es necesario recordar, como se explicó en el segundo capítulo, que Manuel Ancízar consideraba a los miembros de la colectividad letrada como los únicos lectores potenciales del periódico (es decir, su público fijo) y no individuos que fueran ajenos a ese grupo.

También se debe aclarar que Ancízar no era quien dirigía *El Neogranadino* para la época en que se publicita *El Doctor Temis*. En los “Avisos” de Julio 11 de 1851, Núm. 165, Año IV de *El Neo-Granadino* se enuncia: “IMPRESA DEL NEO-GRANADINO

El Dr. Próspero Pereira G. es el encargado actualmente de la Dirección de esta imprenta. Con él debe tratarse todo lo relativo al establecimiento”.

⁶⁴ El hecho de que sólo existan dos viñetas en toda la obra implica, a su vez, que la Imprenta Imparcial no era un organismo que pudiera publicar cuestiones gráficas elaboradas para ese momento.

una cama, un baúl y un ropero, algunos libros de necesidad en los que se cita: “El Doctor Themis’, humilde monumento elevado de nuestra literatura nacional por un joven pobre como él, a quien, lleno de inteligencia y de virtud, la sociedad dejó marchitar y morir en la oscuridad” (Rivas, citado en Acosta, 1999, 66).



Figura 8. Final de *El Doctor Themis*. Única página (además del índice) en la que hay una ilustración (viñeta).

Por consiguiente los estudiantes de colegios como el Rosario también accedieron a la lectura de *El Doctor Themis*. Como se explicó, en las aulas de clase se enseñaba a memorizar más que a leer literatura. Sin embargo, a través de los periódicos y de la comunicación voz a voz, probablemente los alumnos podían conocer de ciertas obras sobre las cuales sus maestros no les comentaban. Es decir, si se tiene en cuenta que a los jóvenes no les estaba permitido tener sus propios libros, posiblemente ocultaban obras como *El Doctor Themis* para leerlas y comentarlas a sus compañeros a escondidas de sus supervisores.

Así, el análisis de un mismo formato, el de la novela publicada por entregas, empieza a demostrar cómo la apropiación de un medio de comunicación será diferente de acuerdo al contexto y la sociedad que lo utilice. Mientras que las novelas europeas publicadas a manera de entregas respondían al hecho de un mundo cada vez más ágil en el que diferentes culturas se conectaban y en el que, fundamentalmente, prácticamente todos los miembros de la sociedad, sin importar la clase social, leían, en la Bogotá de mediados del siglo XIX, en cambio, los impresos recorrían un muy diferente circuito porque estaban inmersos en un sistema de comunicación radicalmente distinto. De hecho, en principio, sólo los miembros de la ciudad letrada son quienes hacen parte del circuito comunicativo del libro. Todos los demás participantes de la sociedad bogotana estaban excluidos del mismo, tanto desde la composición del autor de su obra, como del pensamiento del editor de su público.

Entonces, se observa que las diferentes partes del circuito comunicativo del libro, tal como lo anuncia Darnton, comienzan a adquirir sentido cuando se las analiza en conjunto. *El Doctor Temis* resulta ser una herramienta más de esa construcción de la realidad de la colectividad que accede a los impresos. Es una novela escrita por un miembro característico de la ciudad letrada (José María Ángel Gaitán), que estudio en el San Bartolomé y se graduó como abogado, y que escribe sobre cómo debe ser la élite criolla la que construya la sociedad porque es la única habilitada para ello. Entonces, el contenido del texto estará en total concordancia con el que será el lector del texto: otro miembro de la colectividad letrada.

Esto se demuestra con el hecho de que la novela fuera publicitada por *El Neogranadino*, periódico que se dirigía fundamentalmente a un público letrado. Simultáneamente el aviso publicitario que aparece en el órgano de difusión ratifica específicamente que el público de la novela debía ser “ilustrado”⁶⁵. Además, el mismo formato de presentación de la novela demuestra que la obra estaba dirigida a un lector disciplinado, así como el testimonio del estudiante que lee la novela. Por último, eran los miembros de la ciudad letrada quienes contaban con mayores posibilidades de comprar y obtener tanto libros como periódicos.

⁶⁵ En el presente trabajo se considera que el término ilustrado puede ser un sinónimo del término letrado. Sin embargo, no se tienen datos suficientes que expliquen a qué se refiere exactamente *El Neogranadino* con la catalogación de “público ilustrado” en la época.

Como se explicó, José María Ángel Gaitán murió el 23 de diciembre de 1851 sin que se supiera que era el autor de la novela. La Noticia Biográfica fue escrita el 29 de diciembre de 1851, días después de la muerte de Ángel. En ella se explica cómo después de fallecido José María se encontró la Advertencia del autor que éste había hecho a la novela. Tal Advertencia no se publicó porque Ángel quería permanecer en el anonimato. A saber:

Se ha encontrado también entre los papeles del autor una advertencia sobre su novela, que se publica a continuación, y sabemos que aunque la había llevado a la imprenta, al retiró pronto, persistiendo en ocultar su nombre (Ángel, 1851, VIII).

El 16 de enero de 1852 (después de la muerte del autor) se volvió a promocionar la obra en *El Neogranadino*:

EL DOCTOR TEMIS

La impresión de esta importantísima Novela, se ha acabado de hacer, al tiempo del fallecimiento de su modesto y malogrado autor, el joven bogotano, Dr. José María Ángel Gaitán; cuya novela se halla de venta en la librería del Sr. M. Tanco, portales de la casa consistorial número 9, precedida de una Noticia Biográfica del autor: se compone el ejemplar de 325 páginas y se vende al precio de veinte y dos reales a los no suscritores, a estos se les dan gratis la biografía y la advertencia del autor. Los amantes de la literatura y de las novelas morales y de costumbres patrias, deben apresurarse a comprar la de “El Dr. Témis,” antes que se agote la edición, que consta de muy pocos ejemplares (*El Neogranadino*, 1852, 24).

Ese mismo anuncio se publica las siguientes fechas:

Fechas de publicación del aviso “El Doctor Temis” en *El Neogranadino* de 1852

Fecha	Número
23 de enero de 1852	193
30 de enero de 1852	194
6 de febrero de 1852	195
13 de febrero de 1852	196
20 de febrero de 1852	197
27 de febrero de 1852	198

Fuente: *El Neogranadino*, números 193 a 198 (enero a febrero de 1852)

Por consiguiente, el mismo aviso aparece de manera continua desde el número 193 hasta el 198. Probablemente esto se deba a que había una apuesta tanto por parte de los impresores de la Imprenta Imparcial como de *El Neogranadino* por dar a conocer la obra. De hecho, la novela se empieza a vender en su totalidad y ya no por entregas desde enero de 1852, en la librería del Sr. M. Tanco (por lo tanto, cambia su sitio de distribución) acompañada de la Noticia biográfica del autor, la Advertencia del autor y las siguientes páginas:

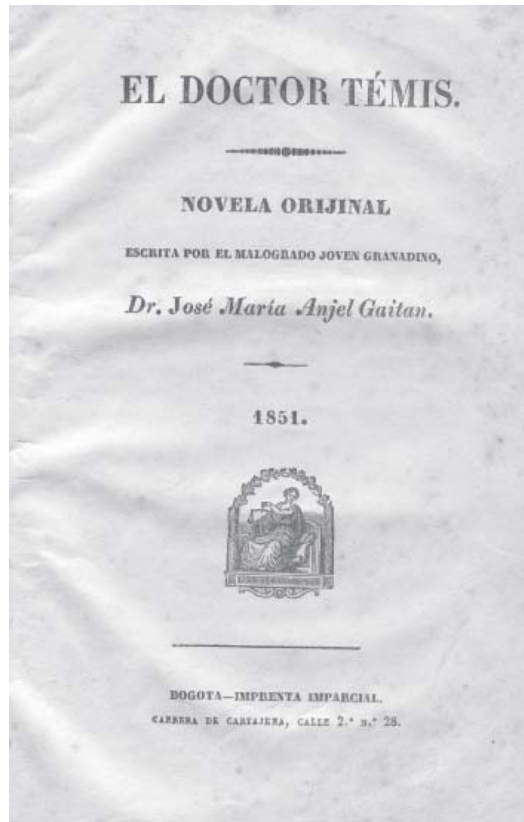


Figura 9

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

PÁGINAS.

Noticia biográfica del autor..... 1.
 Advertencia..... 10.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO I. El Hospital..... 3.
 CAPITULO II. La Barbeta..... 10.
 CAPITULO III. El Robo..... 18.
 CAPITULO IV. Santiago..... 22.
 CAPITULO V. El Ahorcado..... 24.
 CAPITULO VI. El Juez y el Hijo..... 26.
 CAPITULO VII. Montevideo..... 28.
 CAPITULO VIII. La Cima..... 46.
 CAPITULO IX. El Abogado..... 52.
 CAPITULO X. El León..... 61.
 CAPITULO XI. La Visita..... 68.
 CAPITULO XII. Los Cardos..... 78.
 CAPITULO XIII. La Profesora..... 82.
 CAPITULO XIV. Berlín..... 94.
 CAPITULO XV. La Defensa..... 102.
 CAPITULO XVI. La Amnesia..... 109.
 CAPITULO XVII. La Enciclopedia..... 115.
 CAPITULO XVIII. Emilio..... 123.
 CAPITULO XIX. El Capellán..... 132.
 CAPITULO XX. La Pasión..... 135.
 CAPITULO XXI. Manacoteo..... 139.
 CAPITULO XXII. La Penitencia..... 145.
 CAPITULO XXIII. La Junta..... 150.
 CAPITULO XXIV. Los Fiestos..... 157.
 CAPITULO XXV. El Concierto..... 175.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO I. El Hijo..... 177.
 CAPITULO II. La Carrera..... 184.
 CAPITULO III. Los Amigos..... 194.
 CAPITULO IV. Los Compañeros..... 197.
 CAPITULO V. La Falsificación..... 205.
 CAPITULO VI. El Abandono..... 217.
 CAPITULO VII. El Mensajero..... 219.
 CAPITULO VIII. Verbal..... 226.
 CAPITULO IX. El Delator..... 234.
 CAPITULO X. La Malograda..... 242.
 CAPITULO XI. Las Decisiones..... 248.

Figura 10

INDICE.

PÁGINAS.

CAPITULO XII. El Clerigo..... 233.
 CAPITULO XIII. El Regidor..... 239.
 CAPITULO XIV. El Gomejón..... 256.
 CAPITULO XV. El Perro..... 272.
 CAPITULO XVI. El Puente de Icaesoma..... 280.
 CAPITULO XVII. La Noche..... 287.
 CAPITULO XVIII. La Insistencia..... 291.
 CAPITULO XIX. El Bate..... 298.
 CAPITULO XX. La Tarabaldom..... 301.
 CAPITULO XXI. Conclusion..... 304.

ERRATAS.

Se han cometido algunas en la impresion de esta obra, por mas cuidado que se ha puesto para evitadas, pero nos cretamos a lo vez que son fáciles de conocer por todo lector, son tan poco entandibles que nos parece acertada anotarlas una por una como es costumbre hacerlo.

Figura 11

En la figura 9 se lee el nombre del “malogrado joven granadino, Dr. José María Anjel Gaitan”, por consiguiente, esta página sólo pudo ser un agregado posterior a la muerte del autor. A su vez, en el índice aparecen tanto la Noticia biográfica del autor, así como la Advertencia del autor, anexos que sólo se hicieron hasta el año de 1852 cuando las entregas ya se habían publicado. Además, en la figura 11 aparecen las fe de erratas, que sólo se conocen cuando la obra ya se ha impreso en su totalidad. Por lo tanto, las figuras 10 y 11 son agregados (al igual que la Noticia biográfica y la Advertencia del autor) que se entregaron con la venta de las 309 páginas que componían la suma de las entregas.

Como se ha explicado, en la Sala de Libros Valiosos de la Pontificia Universidad Javeriana se encuentra un ejemplar de la obra de 1851, así como en la Biblioteca Nacional. Las dos novelas fueron empastadas de manera diferente, como se observa en las figuras 1 y 2. Por consiguiente, la encuadernación de la novela fue una iniciativa particular de los lectores y no un servicio que ofreciera la imprenta.

Esta nueva forma de vender la novela en su totalidad, probablemente estuvo ligada al hecho de que el autor hubiera permanecido en el anonimato y que sólo hasta después de su muerte se conociera su identidad. Dado que el libro se publicita de manera continua en 6 ediciones de *El Neogranadino* se puede afirmar que el periódico le apostaba a su venta, sobretodo porque la obra se encontraba acorde con el sistema de comunicación y el circuito del libro que imperaba en la época. El hecho de que, además, el periódico publicitara de manera continua la novela en los ejemplares de *El Neogranadino* de 1852, seguramente está ligado a la muerte del autor que debió haber impactado a los miembros de la colectividad capitalina. En cambio, en el año 1851 se publicita la obra en 4 ediciones no continuas (números 166, 168, 169, 165).

En ese sentido, los impresores probablemente buscaron un “gancho” más para vender la obra a partir del fallecimiento de Anjel. Un dato que verifica esta idea, es el hecho de que se haya publicado la Noticia biográfica que, como se ha visto, tenía la función de exaltar tanto la vida del autor como la novela. Así, se podría decir que según éstas dinámicas en el año 1852 se acrecentaron los lectores de *El Doctor Temis*, sin embargo, no se tienen suficientes datos para comprobar dicha hipótesis. Se necesitaría tener registros de la venta del libro antes de la muerte del autor (es decir, de las entregas) y después de esa fecha para

saber si la novela se vendió en mayor cantidad después de que se supo la identidad de su creador.

A pesar de que *El Doctor Temis* sólo tuvo una edición en la época, su lectura pudo haber tenido acogida entre los lectores de mediados del siglo XIX. Sin embargo, no se tienen los suficientes registros para saberlo. Lo que sí es posible afirmar, a partir de los datos recogidos, es que *El Doctor Temis*, como medio de comunicación, estaba en total correspondencia con el circuito comunicativo del impreso de mediados del siglo XIX. Esto se debe a que tanto el autor, como el impresor y los lectores pertenecían a un mismo grupo social. Por eso, las características del círculo comunicativo de estas novelas que poco a poco se han ido describiendo apuntan a demostrar un hecho fundamental: las novelas publicadas por entregas, y de hecho, los impresos en general, contribuían a perpetuar la posición privilegiada del letrado a través del fomento de un círculo comunicativo cerrado en el que un miembro de la ciudad letrada escribía para otro miembro del mismo grupo, sobre cómo la élite capitalina debía permanecer en su puesto privilegiado.

Por otro lado, con la novela de Eugenio Díaz ocurre un fenómeno distinto. En primer lugar, *Manuela* no fue una novela publicada por entregas como *El Doctor Temis*, sino una novela publicada a manera de folletín, es decir, en el espacio de un periódico (*El Mosaico*).

Como ya se vio, la novela estaba elaborada cuando Díaz Castro fue a visitar a Vergara. Este último dice haber leído rápidamente algunos apartes de obra y, gracias al epígrafe de la misma, “los cuadros de costumbres no se inventan, sino se copian”, decidió publicarla en el nuevo periódico que se crearía para tal fin.

Entusiasmados, Vergara y Díaz iniciaron la impresión del periódico *El Mosaico*. En el número 1 (ver cuadro 2) se publicó el inicio del prólogo que Vergara realiza a *Manuela*. Esta primera entrega, de tan sólo una página, inicia de la manera siguiente:

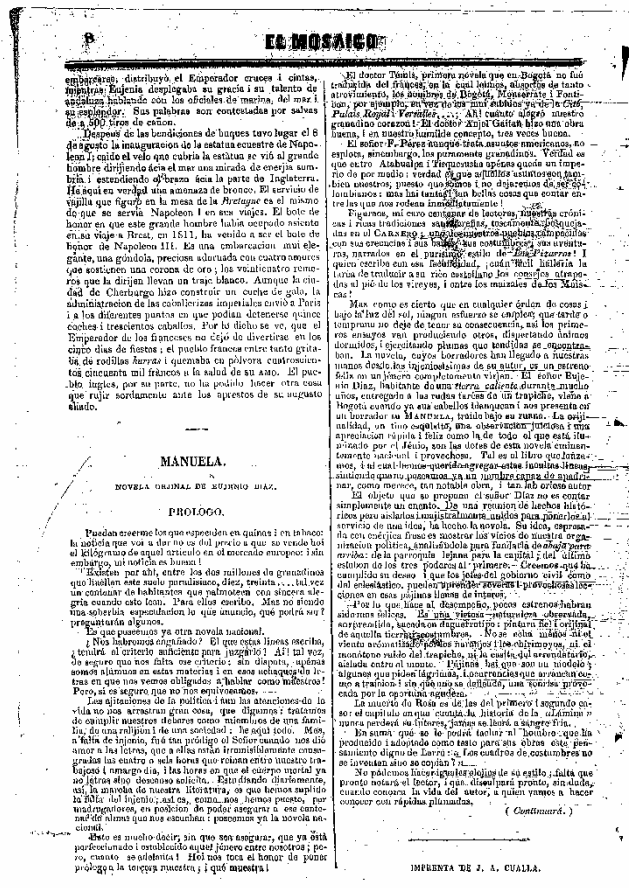


Figura 12. Primera entrega de "Manuela".

En el prólogo a la novela Vergara enuncia la llegada de Díaz a la capital y la importancia de adquirir la obra. Por lo tanto, esta introducción, además de ser una presentación de la novela, es una forma de publicitarla. Por ser la primera entrega se buscaba "atrapar" a los lectores con un preámbulo que exaltara el texto. Además, es necesario tener en cuenta que *Manuela* era una de las formas de promocionar al mismo *Mosaico*, en la medida en que éste apenas iniciaba su aparición. Esta es una de las razones por las que Vergara realiza un prólogo en el que destaca la aparición de la novela. Si el periódico quería subsistir, debía ganar lectores. Una de las formas de hacerlo era publicando en sus páginas una "novela orijinal" a manera de entregas que hiciera a los lectores seguir comprando los siguientes números; una estrategia copiada, por supuesto, de los periódicos franceses.

En ese sentido, el prólogo es una forma de publicitar la obra, y la misma novela es una forma de promocionar al periódico. Esta es una diferencia con *El Doctor Temis* pues la obra de Ángel, por no estar publicada a manera de folletín, es decir, como espacio en un periódico, debió publicarse en *El Neogranadino*. En cambio *Manuela*, al ser parte de *El Mosaico*, era una forma de promocionarlo y el prólogo que hace Vergara, por su parte, era una manera de fomentar la lectura de la novela. En éste, se lee:

Por lo que hace al desempeño, pocos estrenos habrán sido más felices. Es una vistosa naturaleza observada, sorprendida, sacada en daguerrotipo: pintura fiel i original de aquella tierra i costumbres. No se echa ménos ni el viento aromatisado por los naranjos i los chirimoyos, ni el monótono ruido del trapiche, ni la casita del arrendatario, aislada entre el monte. Páginas hai que son un modelo, algunas que piden lágrimas i ocurrencias que arrancan como a traicion i sin que uno se defienda, una sonrisa provocada por la oportuna agudeza.

La muerte de Rosa es de las del primero i segundo caso: el capítulo en que cuenta la historia de la “Lámina” nunca perderá su interés, jamás se leerá a sangre fría.

En suma qué se le podrá tachar al hombre que ha producido i adoptado como texto para sus obras este pensamiento digno de Larra: “Los cuadros de costumbres no se inventan sino se copian?”

No podemos hacer iguales elojios de su estilo; falta que pronto notará el lector, i que disculpará pronto, sin duda, cuando conozca la vida del autor, a quien vamos a hacer conocer con rápidas plumadas (Vergara, 1858, 8 de diciembre, 8).

El 1 de enero de 1859 se publicó el segundo número de *El Mosaico*, en el que se continuó el prólogo a *Manuela*, escrito por Vergara. Se inició la entrega, de tan sólo una página, con el mismo título de la anterior y la misma tipografía. Más adelante, Vergara escribe:

(...) Dijimos que se le disculparian las faltas de su estilo desde que se conociera su vida; i ahora que ya hemos descrito la rápida noticia que antecede, ¿quién se atrevería a inculparle el poco culto que de a la diosa de este siglo literario, a la *Forma*? Pronto adquirirá esta cualidad secundaria, poseyendo por intuición las primeras que deben adornar a un escritor. La sociedad que cultiva en Bogotá hace esperar esto: ligado íntimamente con los mui estimados escritores Carrasquilla i Borda, estimado por nuestros literatos renombrados los señores Ortiz, i animado sin cesar por la obligante i bondadosa cortesía con que el señor J. Arboleda lo distingue, el señor Díaz irá bien léjos. El señor Lázaro Pérez imprimió su “Ronda de don Ventura: i a Pérez es familiar el mérito: el redactor de la “Biblioteca de señoritas” tan buen juez en materias literarias, ha pedido su cooperación en el periódico que dirige (Vergara, 1858*El Mosaico*, 1 de enero de 1859, 16).

Por lo tanto, Vergara justificaba la “falta de estilo” de Díaz por su biografía, es decir, porque no había sido un miembro a cabalidad de la ciudad letrada. Pero consideraba que, una vez él y los otros miembros de *El Mosaico* se encargaran de iniciar a Díaz en las peripecias de este círculo, el autor de *Manuela* acabaría por tener un estilo “correcto”, porque ya sería parte de la élite capitalina.

En esta segunda entrega, por lo tanto, Vergara justifica el estilo de Díaz y, en cierta forma, pide “perdón” por el mismo, a la vez que sigue vanagloriando la obra para que tenga cada vez más lectores.

La tercera entrega de la novela (ver cuadro 2) consta de las siguientes tres páginas:

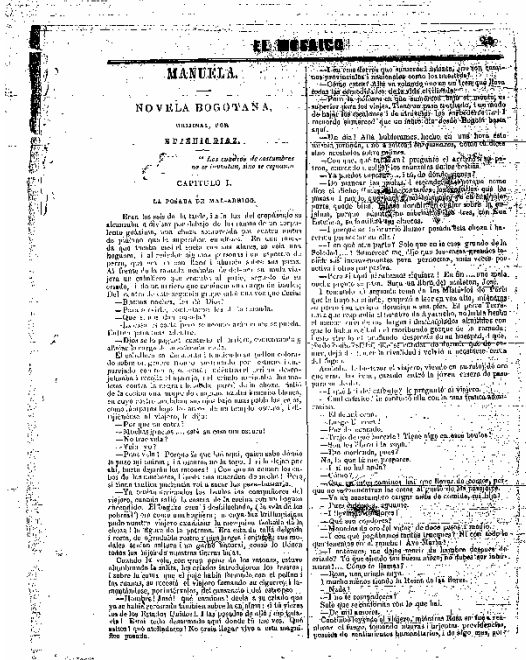


Figura 13

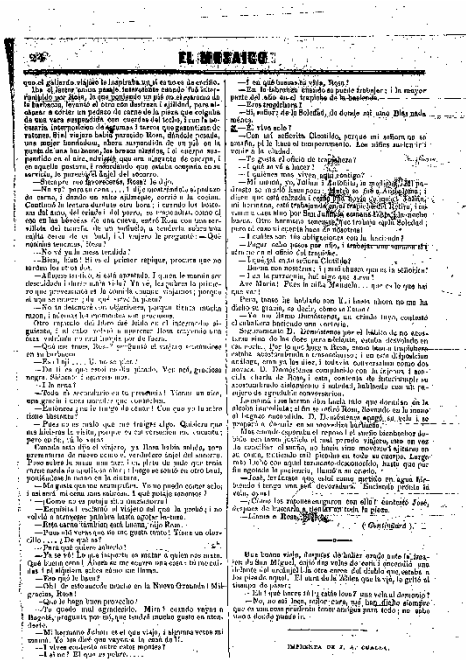


Figura 14

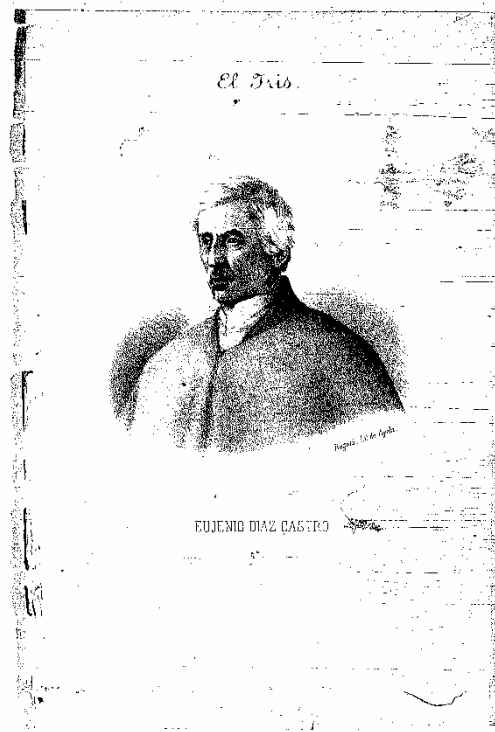


Figura 15

Figuras 13, 14 y 15. Tercera entrega de *Manuela*

En esta entrega se inicia el capítulo I de la novela pero no se finaliza. Sin embargo, el capítulo no acaba con una palabra sin terminar como sí sucede en las entregas de *El Doctor Temis*. Por consiguiente, el impresor buscaba que el capítulo acabara en el punto final de un párrafo (en esta entrega con las palabras “puede ir.”), aunque en este caso no se preocupó porque el espacio estuviera acorde con el contenido, es decir, que la entrega fuera de un capítulo exacto. Sin embargo, sí se enuncia que la historia seguirá su curso en el periódico con un “Continuará”, aviso que no se encuentra en ninguna de las entregas de *El Doctor Temis* dado que éstas sólo correspondían a la división de las 16 páginas del folleto. Por consiguiente, se observa una de las diferencias fundamentales entre la novela de Ángel y la de Díaz: la primera fue una novela por entregas, en cambio, la segunda, una novela publicada a manera de folletín.

Por otro lado, en esta primera entrega hay un retrato de Díaz en la última página. Esta era otra de las estrategias para promocionar la novela, pues, en la medida en que se publica el retrato del autor se lo legitima y se le da estatus y, por consiguiente, se exalta a la misma

obra. El retrato de don Eugenio es la única ilustración que existe en las entregas de la novela publicadas en *El Mosaico*. Así, se observa que, al igual que sucede con *El Doctor Temis*, el formato de presentación de la obra demuestra que ésta estaba pensada para ser leída por un lector disciplinado, puesto que sólo aparece una ilustración y la letra e interlineado son mínimos. Además, en el caso de *Manuela*, la novela se publica a dos columnas, lo que implica que en cada página podía imprimir un número mayor de texto en un mismo espacio. Es decir, sólo un lector miembro de la élite capitalina leería este tipo de formato.

Si se tiene en cuenta que *Manuela* se publica en un espacio del periódico, sería una novela publicada a manera de folletín. Sin embargo, rompe con algunos de los esquemas que implica la definición de publicar de esta forma. En primer lugar, el folletín generalmente es un espacio en el periódico que siempre es del mismo tamaño. Usualmente, como se explicó en el primer capítulo, se separaba del resto de la publicación con una línea gruesa negra, siempre estaba ubicado en el mismo lugar y se daban los mismos renglones de espacio a la novela. En esa medida, los autores debían amoldarse a ese número de líneas en las que se les permitía escribir. En el caso de *Manuela* se observa que, en general, los impresores trataron de publicarla en las páginas finales del periódico. Sin embargo, cada entrega era de un diferente número de páginas y columnas (ver cuadro 2), por lo tanto no había homogeneidad en cuanto al espacio que debía ocupar la novela en los distintos números de *El Mosaico*. Los impresores trataron de que cada entrega iniciara con un título que identificara la novela. Sin embargo, el título de las dos primeras entregas es diferente al de las siguientes. Además, en la tercera entrega dice “orijinal de”, mientras que en la cuarta dice “orijinal por”. Desde la cuarta entrega en adelante se homogeneiza el título de la siguiente manera:

huelgas por las condiciones... Manuella... NOVELA BOHOTANA...

MANUELLA

NOVELA BOHOTANA

DE EDDIE WIZL

Manuella... D. Demostenes... D. Tadeo... D. Demostenes...

Manuella... D. Demostenes... D. Tadeo... D. Demostenes...

Manuella... D. Demostenes... D. Tadeo... D. Demostenes...

Manuella... D. Demostenes... D. Tadeo... D. Demostenes...

Manuella... D. Demostenes... D. Tadeo... D. Demostenes...

Manuella... D. Demostenes... D. Tadeo... D. Demostenes...

Manuella... D. Demostenes... D. Tadeo... D. Demostenes...

Figura 16

Figura 17

Figuras 16 y 17. Cuarta entrega de Manuella

Es importante destacar que aunque sólo se homogeniza este título desde la cuarta entrega siempre se trató de hacer diferencial las entregas de Manuella de los artículos del resto del periódico a partir de usar una tipografía distinta para el título "Manuella". Sin embargo, es sólo hasta la cuarta entrega que todo este encabezado se mantuvo uniforme. Aunque no se utilizó la usual línea negra de los folletines franceses para diferenciar el espacio de la novela, se usó una tipografía diferente. Por lo tanto, se puede inferir que desde la cuarta entrega hay una preocupación editorial por parte de los impresores para que la novela tenga una identidad y, de esta forma, el lector la identifique como un fragmento distinto a los demás artículos del periódico.

En la cuarta entrega tan sólo se publicaron dos páginas, como se observa con las figuras 16 y 17, en las que se continúa el capítulo I y se finaliza, a la vez que se inicia el capítulo II (ver figura 17) que no termina. Como se observa en el cuadro 2, en el quinto número de El Mosaico no se publica la novela. En cambio, en el sexto número del periódico literario (quinta entrega) se publican dos páginas y un párrafo de la obra en las que continúa el capítulo II e inicia el capítulo III. La sexta entrega consta de una página

y una columna, en donde se continúa el capítulo III hasta que finaliza. Es la primera entrega en la que la que el final del capítulo y final del espacio coinciden.

Cuadro 2. Entregas de *Manuela*

Número de entrega	Fecha entrega	Contenido entrega (capítulos)	Rango de las páginas	Número de páginas
Entrega 1	24 de diciembre de 1858 (número 1 de <i>El Mosaico</i>)	Inicio prólogo de Vergara a la novela	Página 8	1 página (columna y media)
Entrega 2	1 de enero de 1859 (número 2)	Continúa prólogo de Vergara a la novela	Página 16	1 página (1 columna)
Entrega 3	8 de enero de 1859 (número 3)	Inicia capítulo I (p 23) y queda cortado (p 24). Retrato de Eugenio Díaz (p 25)	Páginas 23-25	3 páginas
Entrega 4	22 de enero de 1859 (número 5)	Continúa capítulo I (p 39) y finaliza, capítulo II (p 39) (sin terminar)	Páginas 39-40	2 páginas (3 columnas y media)
Entrega 5	29 de enero de 1859 (número 6)	Continúa capítulo II (p 46) y finaliza (p 47). Inicia el capítulo III (p 47) (sin terminar)	Páginas 46-48	3 páginas (4 columnas y 1 párrafo)
Entrega 6	5 de febrero de 1859 (número 7)	Continúa capítulo III (p 55) y finaliza (p 56).	Páginas 55 y 56	2 páginas (3 columnas)
Entrega 7	12 de febrero de 1859 (número 8)	Inicia capítulo IV (p 62) y finaliza (p 64)	Páginas 62-64	3 páginas
Entrega 8	19 de febrero de 1859 (número 9)	Inicia capítulo V (p 69) y finaliza (p 72)	Páginas 69-72	4 páginas (7 columnas)
Entrega 9	26 de febrero de 1859 (número 10)	Inicia capítulo VI (p 77) y finaliza (p 80)	Páginas 77-80	4 páginas (5 columnas y un párrafo)
Entrega 10	5 de marzo de 1859 (número 11)	Inicia capítulo VII (p 87) (sin terminar)	Páginas 87 y 88	2 páginas (2 columnas)
Entrega 11	12 de marzo de 1859 (número 12)	Continúa capítulo VII (p 95) (sin terminar)	Páginas 95 y 96	2 páginas (2 columnas)
Entrega 12	19 de marzo de 1859 (número 13)	Continúa capítulo VII (p 103) y finaliza (p 104)	Páginas 103 y 104	2 páginas (2 columnas y media)
Entrega 13	2 de abril de 1859 (número 15)	Inicia capítulo VIII (p 121) (sin terminar)	Páginas 121 y 122	2 páginas (2 columnas)

Fuente: *El Mosaico*, números 1 al 15 (diciembre de 1858 a abril de 1859).

Desde el número 8 de *El Mosaico* el capítulo y el espacio de *Manuela* son equivalentes. Esta entrega (séptima) consta de aproximadamente 3 páginas y busca publicar todo el capítulo IV en su totalidad. Esto puede implicar que en este número de *El Mosaico* (el octavo) existen algunas posibles decisiones editoriales que pueden haber dado prioridad a la novela frente a los demás artículos del periódico.

Además, las dos siguientes entregas (la octava y la novena) también publican un capítulo entero (el V y el VI respectivamente) por lo que se demuestra cómo la novela estaba adquiriendo importancia para los impresores, quienes tomaron la decisión editorial de hacer corresponder espacio y contenido.

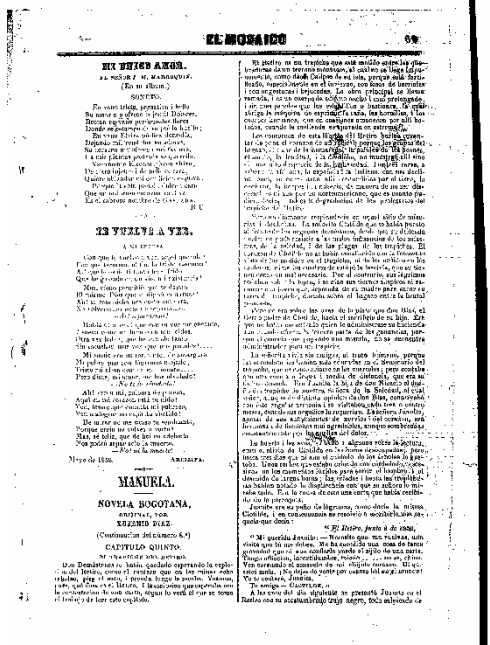


Figura 18

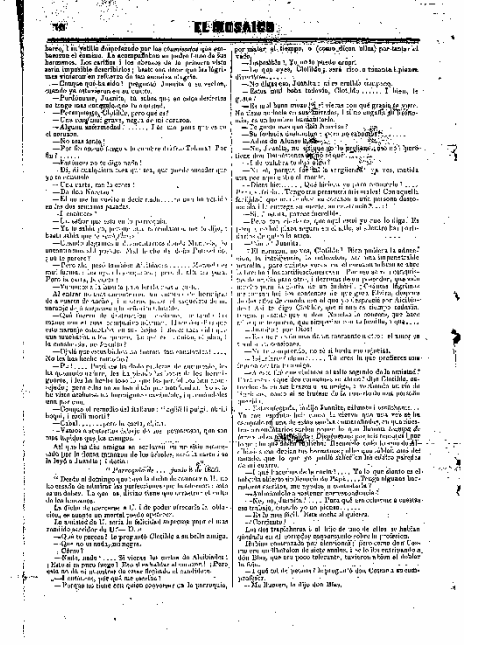


Figura 19

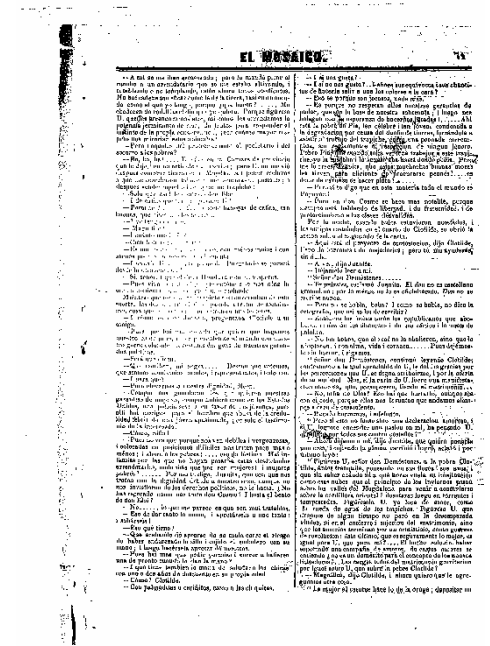


Figura 20

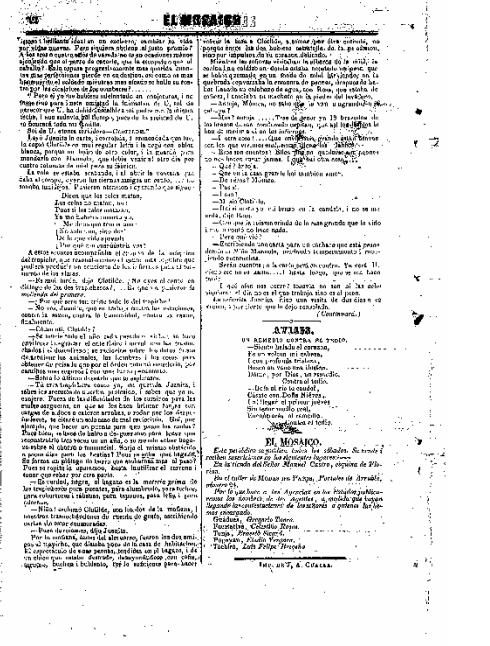


Figura 21

Figuras 18, 19, 20 y 21. Octava entrega de *Manuela* (capítulo y entrega coinciden)

Sin embargo, desde la décima entrega tan sólo se publica aproximadamente una página repartida entre dos (las páginas 87 y 88) en la que se inicia el capítulo VII, como se observa en las figuras 22 y 23:

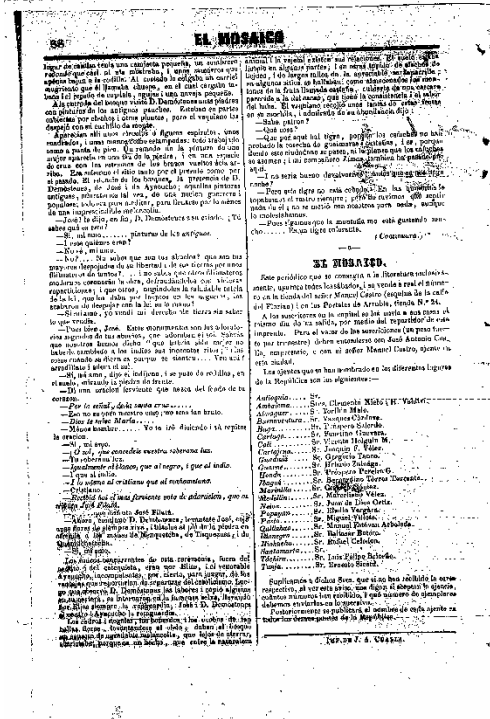
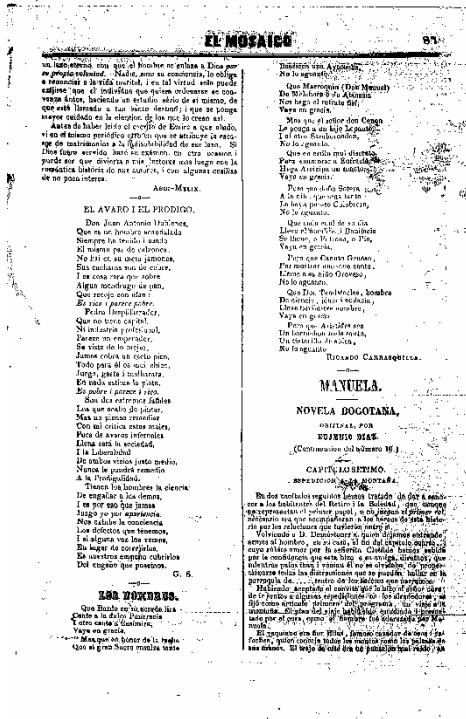


Figura 22

Figura 23

Figuras 22 y 23. Décima entrega de *Manuela*

En la décimo primera entrega se publican tan sólo, aproximadamente, dos columnas divididas entre dos páginas (la 95 y la 96) y se continúa con el capítulo VII. A su vez, en la décimo segunda entrega se publican, aproximadamente, tres columnas repartidas entre las páginas 103 y 104. Por lo tanto, en estas tres entregas (de la décima a la décimo segunda) se reparte un solo capítulo (el VII).

Por consiguiente, desde la séptima entrega hasta la novena (tres entregas) existió una preocupación editorial por parte de los impresores porque la entrega correspondiera al contenido de la novela, es decir, a un capítulo. En cambio, desde la décima entrega se reparte un solo capítulo en tres números. El capítulo VIII inicia en la décimo tercera entrega y finaliza con la promesa de un “Continuará” que nunca se cumple.

Se podría afirmar que la decisión editorial por parte de los impresores de que las entregas comprendidas entre la séptima y la novena correspondieran, cada una, a un capítulo de la novela, querría decir que *Manuela* estaba siendo leída a satisfacción por los suscriptores de *El Mosaico*. Sin embargo, no se tienen registros sobre las ventas del periódico en estas fechas que permitan afirmar si en esas entregas *El Mosaico* adquirió nuevos lectores. Tampoco se tienen cartas o documentos en los que los lectores den testimonios de su recepción de la obra.

La novela se publica solamente hasta la mitad del capítulo VIII. Por consiguiente, el capítulo siguiente, el noveno, no se edita. Como se explicó, es en éste, en donde se encuentra la afirmación de Manuela sobre cómo don Demóstenes no aplica el concepto de igualdad en toda circunstancia. Este hecho puede significar que las directivas de *El Mosaico* no quisieron publicar esta escena porque era una crítica muy fuerte a los miembros de la sociedad letrada, de los cuales ellos hacían parte. A su vez, también se puede afirmar que las directivas de el periódico no estaban de acuerdo con el estilo de Díaz, como ya se anotó, y por consiguiente decidieron dejar de publicar la novela. Sobre este aspecto, el único registro que se tiene es la declaración que hace Vergara sobre el asunto, en la biografía que hace de Díaz varios años después:

Tal era el hombre que conocí entonces como escritor de la bellísima novela que empezó a salir en *El Mosaico*, y que no siguió publicándose porque don *Eugenio* no quería poner en limpio los confusos borradores. Rogábale yo que lo hiciera, y él tomaba papel para obedecer; pero en el acto sentía el convite que la pluma hacía a la imaginación; y en lugar de copiar y pulir la novela que tenía por delante, improvisaba otra no menos larga, no menos ingeniosa, no menos rica (Vergara, 1886).

En esa medida, la única razón que da Vergara para haber dejado de publicar la novela consiste en que Díaz “no quería poner en limpio los confusos borradores”. Esto probablemente tenga que ver con el contenido de la novela en el sentido de que ésta, como ya se ha anotado, no buscaba legitimar al letrado sino criticarlo y, por consiguiente, estaba en desacuerdo con el circuito comunicativo de los impresos de la época. Además, el estilo “incorrecto” de Díaz, tampoco armonizaba con la manera de realizar textos concebida por los miembros de la élite capitalina. Sin embargo, no se puede confirmar esta hipótesis puesto que no se tienen los datos suficientes para corroborarla.

Por otro lado, en *El Mosaico* no se publicó ninguna carta en la que algún lector se quejara de por qué la obra no se siguió publicando. A su vez, tampoco se encuentra ninguna explicación por parte de las directivas sobre el por qué la novela se dejó de imprimir. Si los

lectores se quejaron de esta ausencia, muy seguramente lo hicieron a través de la oralidad y de esta información no se tiene ningún registro.

Además, es probable que el lector capitalino no estuviera acostumbrado a los itinerarios y al cumplimiento característico de las publicaciones francesas. Según Lecuyer y Villapadiera, por ejemplo, la gran diferencia entre los lectores españoles y los franceses, consiste en que los primeros tuvieron que esperar mayor tiempo la tan ansiada entrega pues a menudo su publicación era regular y muchas veces totalmente caprichosa, a pesar de las promesas que acompañaban el anuncio de la próxima novela (1995, 21). Esta situación probablemente era la misma entre los impresos bogotanos que debían sufrir varios obstáculos para publicarse y cumplir con las promesas de los impresores. Sin embargo, en la medida en que el tiempo bogotano funcionaba de manera más lenta, con un ritmo de vida sencillo, es probable que los lectores no exigieran la siguiente entrega con la misma periodicidad que los lectores franceses. Esto se puede justificar, por ejemplo, con los registros que se tienen de cómo los bogotanos no consideraban importante la llegada de las noticias en el mismo día en que ocurrían. No obstante, para tratar de verificar si los lectores bogotanos estaban acostumbrados o no al cumplimiento de los plazos por parte de las publicaciones periódicas habría que hacer un estudio detallado sobre qué tanto cumplían los editores sus promesas, así como qué tanto los lectores se sentían o no agredidos con el incumplimiento. Situación que rebasa los límites del presente trabajo.

Lo que sí se puede afirmar es que *Manuela* no se publicó con una periodicidad regular. Como se observa en el cuadro 2, la novela se publicó desde el número 1 hasta el 3 e interrumpió su publicación en el número 4. A su vez, la novela se imprimió desde el número 5 hasta el número 13 y se dejó de publicar en el número 14. En el número 15 la novela vuelve a imprimirse pero desde el 16 en adelante no se vuelve a publicar. Por consiguiente, la obra no se imprime con regularidad y además se suspende su publicación. Esto probablemente representa la situación de unas imprentas y editores rudimentarios característicos del sistema de comunicación del que hacían parte. Sin embargo, como se ha insistido, habría que tener registros de las ventas del periódico en estos números y de la prioridad que tuviera en el momento la publicación de otros artículos para saber con certeza por qué la novela no se imprimió con regularidad ni en su totalidad.

Por otro lado, si en *El Doctor Temis* es claro cómo la novela era dirigida y leída por un público letrado, en *Manuela* se observa que existía una especie de escisión entre el contenido y sus lectores. En la medida en que la obra hacía parte del periódico literario, los suscriptores del mismo eran los lectores potenciales de la novela. Así, como demuestra Carmen Elisa Acosta en el libro *Lectores, lecturas y leídas* los suscriptores de *El Mosaico* eran miembros de la ciudad letrada bogotana (Ver ANEXO 3. Suscriptores del periódico *El Mosaico*)⁶⁶.

A diferencia de *El Doctor Temis*, *Manuela* no se publicó en su totalidad, probablemente porque no era una novela que estuviera acorde con el circuito comunicativo del libro que imperaba en la época ya que su contenido estaba en desacuerdo con los discursos políticos, morales y culturales fomentados por el letrado. Sin embargo, no se tienen los datos suficientes para verificar esta hipótesis. Lo que sí es cierto es que, tanto las directivas como los suscriptores de *El Mosaico* eran miembros de la élite capitalina.

Como se ha visto a lo largo de todo el presente trabajo, un sistema de comunicación es la expresión de la manera en que una sociedad construye su propia realidad. En esa medida, se ha ido demostrando que la construcción de la realidad de los bogotanos de 1850 a 1860 era radicalmente diferente de la de los europeos. Estudiar todo el sistema comunicativo de la época da cuenta de una Bogotá aislada en la que el tiempo transcurría lentamente y en la que los miembros de la colectividad letrada buscaban construir una urdimbre en la que se legitimaran a partir de diferentes discursos simbólicos, fundamentalmente, a partir de la letra.

A lo largo de todo el análisis de este último capítulo se corroboró la idea de Darnton sobre cómo es necesario estudiar todas las partes del circuito comunicativo del libro para poder tratar de interpretar el significado que construía una sociedad a partir del mismo. Generalmente los estudios de la comunicación se centran solamente en la investigación del medio o formato. Tal análisis es fundamental pero sólo se entiende en su totalidad cuando se estudia todo el sistema de comunicación en general en el que se haya inmerso ese medio,

⁶⁶ Acosta escribe: “Cotejando el listado de los lectores [de *El Mosaico*] con los directorios aparecidos en la *Guía oficial de 1858* y el *Almanaque curioso para el año 1861*, se pudieron lograr algunas aproximaciones a la labor que desempeñaban algunos de ellos. De entrada se les puede caracterizar como partícipes de un grupo social selecto que es el que aparecía en los almanaques. Se puede ver entonces, como gran parte de los suscriptores del periódico participaron de la administración pública del Estado y que además un buen grupo perteneció a la profesión de abogacía. Los hubo también médicos, un buen número de profesores, además de uno que otro hacendado y negociante” (Acosta, 1999, 87).

así como todo el circuito comunicativo que genera: el productor, el contenido, el lector, etc. Así, por ejemplo, se demostró que *El Doctor Temis* estaba en total armonía con la construcción de la ciudad ideal que habían hecho los letrados de la época. Desde el productor, pasando por el formato, el contenido y los lectores, buscaban legitimar un círculo comunicativo cerrado en el que un letrado escribía sobre cómo otro letrado era un modelo en la sociedad, para que otro letrado leyera y se legitimara así la posición del grupo. En cambio, en el presente trabajo se considera que *Manuela* probablemente no se publicó en su totalidad porque su productor no era un miembro a cabalidad de la ciudad letrada, su contenido no legitimaba al letrado, su estilo estaba en desacuerdo con los ideales de este grupo y, por tanto, su público no podía ser el mismo de *El Mosaico*. El periódico literario, al igual que *El Doctor Temis*, buscaba generar un circuito comunicativo cerrado que fomentara los discursos de la élite capitalina; posiblemente *Manuela* entraba en desacuerdo con ese circuito.

Es entonces interesante observar que el estudio de un medio de comunicación permite interpretar a una sociedad entera y su manera de ver y observar el mundo. Los medios tanto en sus mensajes explícitos como en los implícitos (como por ejemplo el hecho de no seguir publicando *Manuela*) están hablando de una sociedad. Quienes los estudien, entonces, deben tener en cuenta ese hecho y tratar de desentrañar esa urdimbre que implica la construcción de una realidad que ayudaron los medios de comunicación a perpetuar o no. Hay que entender, entonces, el proceso comunicativo que se genera alrededor de los medios, en este caso las novelas publicadas por entregas, como un espacio de relaciones e interacciones de las representaciones (construcciones) de una determinada sociedad. Un medio puede perpetuar los discursos que se propagan en una sociedad o intentar criticarlos, como en el caso de *Manuela*.

Curiosamente en Bogotá se copia el mismo formato de la novela por entregas y el folletín que se dio en la Europa en la década del 30 y el 40. Existen cuatro razones para este hecho. La primera es la influencia que tenían las ideas europeas en el letrado bogotano. La segunda es que este formato permite que sea más fácil publicar libros enteros, pues en la capital, como ya se ha visto, era muy caro producirlos. En tercer lugar, el formato de la novela publicada por entregas y el folletín es propagador del género del costumbrismo, al que pertenecen tanto *El Doctor Temis* como *Manuela*. En cuarto lugar, como se vio al final

del primer capítulo, en España se realizan constantemente traducciones de las novelas francesas al español, y éstas son las que llegarán a Bogotá.

Sin embargo, aunque acá se produce el mismo formato, su contenido y apropiación fueron distintos del que hicieron los europeos, porque era una sociedad diferente la que los producía. En primer lugar, como se ha visto, eran los letrados quienes escribían las novelas. Aunque se presentaron casos particulares como el de Díaz es necesario recordar que éste manejaba la letra porque estaba destinado a ser un miembro de la élite letrada. A su vez, el contenido de las novelas (en el caso de las estudiadas) estaba marcado por la función del miembro de la colectividad letrada: ya fuera para alabarlo o criticarlo. Por otro lado, los lectores eran también miembros de la élite capitalina. Esta es quizás la diferencia fundamental con el caso europeo, en la medida en que en Europa, como se vio en el primer capítulo, la sociedad se alfabetizó en el siglo XIX, y los miembros de todas las clases sociales pudieron acceder a los impresos. El hecho de que en la Bogotá de la época esto no sucediera responde a la construcción de una sociedad diferente.

Así, todo el análisis tanto del sistema de comunicación de la Bogotá de 1850 a 1860 como del circuito comunicativo de *El Doctor Temis* y *Manuela* apunta a demostrar que en la capital las novelas por entregas y el folletín, y los impresos en general, estaban manejados por una colectividad letrada que los producía, promovía y leía para fomentar un circuito comunicativo cerrado que contribuyera a perpetuar su propia construcción de la ciudad ideal en la que ellos tenían el puesto privilegiado.

A su vez, el recorrido del circuito comunicativo tanto de *El Doctor Temis* como de *Manuela* demuestra que a este tipo de novelas se les puede estudiar como a un medio de comunicación y dicho análisis conlleva a una mejor comprensión de la manera en que los bogotanos del XIX construían su propio universo. A *Manuela* generalmente se la estudia únicamente en cuanto a su contenido como obra literaria y no en cuanto a su manera de ser un medio de comunicación. Por su parte a *El Doctor Temis* no se la había estudiado ni en cuanto a su contenido, ni en cuanto a su formato. Analizar estas dos novelas en su formato de novela por entregas y folletín permite demostrar que estas tienen mucho que decir sobre los discursos que se propagaban en la época.

Sin embargo, este análisis también demuestra que es necesario recoger más datos sobre la recepción que hacían de los textos los bogotanos para poder reconstruir el circuito comunicativo que estas novelas propagaban.

Por otro lado, el hecho de que *El Doctor Temis* fuera una novela publicada por entregas que estaba en concordancia con los ideales de un grupo dominante y *Manuela* una novela publicada a manera de folletín que rompía con la urdimbre implementada por ese grupo, podría significar que el formato del libro en el siglo XIX bogotano propagaba los discursos más relevantes para esa élite, esas verdades inmutables, mientras que el formato del periódico podría ser un formato más propicio para el diálogo. Es decir, se podría suponer que los discursos fomentados en los libros eran más “legítimos y verdaderos” que los fomentados por el periódico. Sin embargo, esta es apenas una aproximación a lo que sería una hipótesis de un trabajo mucho más extenso y complejo.

A su vez, el estudio de estas novelas como medio de comunicación permite preguntarse también sobre otras novelas publicadas a manera de folletín en los periódicos o por novelas ya empastadas (como *El Doctor Temis*) que esconden en sí mismas toda una narración sobre las diferentes entregas que las componen. Estas novelas aún tienen mucho que decir sobre todo el circuito comunicativo de los impresos del XIX.

Simultáneamente, este trabajo es una invitación para estudiar los procesos comunicativos que se encuentran detrás de los periódicos, las imprentas etc. del XIX. Analizar estos procesos permite reconstruir la función del editor en la época, la publicidad, el lector, etc. Por ejemplo, queda la pregunta por saber cuáles eran los obstáculos que tenían los impresores para cumplir con sus promesas. A la vez, la duda sobre qué tan exigente era el público bogotano con las entregas tanto de las novelas como de los mismos periódicos.

Otra posible línea de investigación para el estudio de estos procesos es la manera en que juzgaban las producciones literarias. ¿Cuáles eran los criterios (los valores y discursos) para decidir si una novela era una “producción nacional”? ¿Quiénes y con qué objetivos promovían dichos criterios?

Por último, después de todo el recorrido tanto del sistema de comunicación como del circuito comunicativo de los impresos de mediados del siglo XIX bogotano, cabría preguntarse por los discursos marginales que entraron a hacer parte de ese sistema de comunicación. Loiza, por ejemplo, explica que existían lectores fuera de la ciudad letrada

que leían los folletines de *El Neogranadino*. Es probable que hayan existido otras apropiaciones de los discursos por parte de otros miembros de la sociedad bogotana. ¿Cómo se leían estos textos desde las márgenes?, ¿quiénes los leían?, ¿cómo accedían a ellos?, ¿cómo se apropiaban de los discursos del letrado? Serían algunas preguntas posibles a hacerse, aunque tales cuestionamientos sobrepasan los límites de esta investigación. Sencillamente, esta trata de ser una primera aproximación e invitación a estudiar los procesos comunicativos alrededor de los impresos que se daban en la Bogotá de mediados del siglo XIX.

Conclusiones

A lo largo del presente trabajo se han recogido algunas ideas que, a modo de conclusión, se mencionan a continuación:

Las prácticas comunicativas, denominadas en el presente trabajo como el sistema de comunicación (relación de los diferentes medios de comunicación) y el circuito comunicativo del libro, evidencian un complejo social. Así, el estudio tanto del sistema de comunicación de la Europa occidental a mediados del siglo XIX, como el de la Bogotá de 1850 a 1860 demostró cómo las dos sociedades construían su propia urdimbre, su propio entramado de significación, visión del mundo, es decir, su propia experiencia, su propia realidad, de manera diferente. En el caso europeo existía una sociedad que funcionaba cada vez más de manera rápida, que conocía de diferentes culturas, donde agentes antes lejanos se conectaban al punto de que se debió estandarizar el tiempo más allá del tiempo local. Una sociedad ávida de conocimiento nuevo y de entretenimiento, en donde las diferentes capas sociales accedían a los impresos. En cambio, la sociedad bogotana de mediados del siglo XIX funcionaba de manera lenta, a través de un ritmo de vida sencillo y sin afanes. Bogotá era una ciudad aislada de otras ciudades y del resto del mundo, en donde el tiempo y los mercados eran locales. A su vez, sólo quienes pertenecían a la élite letrada podían acceder a los impresos, pues tan sólo una reducida parte de la población sabía leer y escribir.

Los medios de comunicación construyen realidad en la medida en que están atravesados por diferentes discursos: el contexto social e histórico, la situación económica, educativa, política, la situación del productor, el lector, etc. En esa medida, se evidencia que el estudio de la comunicación no se debe limitar al análisis de los medios o las audiencias sino que debe buscar retomar todo el proceso comunicativo a través de la investigación de los distintos agentes que hicieron parte: productor, medio, contenido, receptor y el contexto social e histórico. En el caso del presente trabajo se demostró la necesidad de estudiar el medio de comunicación en relación con otros medios (aquí se denominó a esta relación como sistema de comunicación), a la vez que, en el caso de los impresos, se debe analizar todas las partes del circuito comunicativo del libro: productor, medio, contenido, maneras de envío, lector y el contexto social e histórico. Es decir, el

medio de comunicación (en este caso los impresos) debe ser estudiado como un ente integral de la sociedad que lo construye.

El estudio tanto del sistema de comunicación como del circuito comunicativo del libro en la Europa de mediados del siglo XIX, como en la Bogotá de 1850 a 1860 evidenció que los medios de comunicación responden a las prácticas discursivas que los atraviesan. En el caso particular de los impresos se demostró que el proceso comunicativo que se generaba alrededor de las publicaciones europeas buscaba llegar a diferentes capas sociales de la sociedad, respondiendo así a una lógica capitalista de un mercado masivo. En cambio, en la Bogotá de 1850 a 1860 los impresos eran producidos y leídos por miembros de la élite capitalina que buscaban no un mercado masivo sino todo lo contrario: un mercado cerrado a unos pocos privilegiados que les permitiera seguir detentando del poder. Así, los anteriores ejemplos demuestran cómo es necesario entender el proceso comunicativo que se genera a través de los medios de comunicación como un espacio de relaciones e interacciones (construcciones) propias de una determinada sociedad.

Particularmente, a través del estudio del circuito comunicativo del libro generado por las novelas publicadas por entregas y el folletín tanto europeas como bogotanas de mediados del siglo XIX, se verificó la necesidad de analizar todas las partes del circuito porque al hacerlo y relacionarlas se da un significado completo que permite adquirir sentido a esa práctica comunicativa. Estudiar el formato, la manera de producirse, circular y de ser apropiado (circuito comunicativo del libro) permite dilucidar la sociedad que lo construye. Así, se evidenció cómo las novelas publicadas por entregas y el folletín que se generaron en Europa respondían al sistema comunicativo rápido que conectaba diferentes culturas y estaba ávido de entretenimiento y conocimiento. A la vez, y fundamentalmente, el fenómeno de la novela por entregas y el folletín europeos buscaba llegar a un público masivo, hecho que es la diferencia fundamental con el proceso comunicativo que se generaba alrededor de la novela por entregas y el folletín que se publicaba en la Bogotá de mediados de siglo. Allí, a diferencia de Europa, se buscaba que el público de tales novelas fuera miembro de la élite letrada. Este grupo buscaba legitimarse como el sector que debía tener el poder, a través de diferentes estrategias discursivas y, sobre todo, a través de los impresos. Así, quienes producían las novelas eran letrados que buscaban legitimar a la ciudad letrada, para que las leyera un letrado generando un circuito comunicativo cerrado.

Por lo tanto, las prácticas comunicativas alrededor de las novelas por entregas y el folletín tanto europeas como bogotanas es diferente. A pesar de que es un mismo formato éste se produce y apropia de manera distinta porque son dos sociedades diferentes las que los producen, son dos procesos comunicativos diferentes los que se dan alrededor de las obras: el uno un proceso de producción y apropiación masiva, el otro, en cambio, un proceso tanto de producción como de apropiación tan sólo para un grupo privilegiado que busca legitimarse a partir de los impresos.

La anterior afirmación se demuestra fundamentalmente con el estudio particular del circuito comunicativo del libro de *El Doctor Temis y Manuela*. Tal estudio sólo adquiere significado pleno cuando se analizan cada una de las partes del circuito de las dos obras y se ponen en relación. En primer lugar, el estudio de las dos novelas evidencia que sí existen novelas publicadas a manera de entregas, con el mismo formato europeo, como lo es *El Doctor Temis*. *Manuela*, por su parte, es una novela publicada a manera de folletín en un periódico, aunque no cumple con algunos de los estándares del folletín francés como el diferenciarse del resto de los artículos con una línea negra y ubicarse en cada número del periódico exactamente en el mismo espacio.

En segundo lugar, se demuestra cómo *El Doctor Temis* fue una novela que armonizaba con los discursos y la manera de construir el mundo que había creado la ciudad letrada. Por eso la novela fomenta un circuito comunicativo cerrado en el que José María Ángel Gaitán, miembro de la élite criolla, la escribe para legitimar la posición privilegiada de la ciudad letrada. A su vez, son miembros de la ciudad letrada quienes la leen, para cerrar un circuito comunicativo cerrado en el que simplemente se repite el mismo discurso entre los mismos miembros de un grupo privilegiado.

En cambio, *Manuela* no legitima a la ciudad letrada porque en su contenido, a diferencia de lo que sucede en *El Doctor Temis*, se critica la función de los miembros de la élite criolla. Así, en la obra de Ángel Gaitán el doctor Temis es un modelo a seguir, mientras que don Demóstenes, el letrado de *Manuela*, es un forastero que observa desde afuera la ciudad real. En *El Doctor Temis* las palabras son iguales a las cosas y, por tanto, se considera que la construcción de la ciudad ideal (los códigos, los impresos) encajan perfectamente en la ciudad real. En cambio, en *Manuela* las creaciones de la élite letrada (ciudad ideal) no se aplican en la ciudad real. En esa medida, los símbolos no son eternos y

estables, como ocurre en *El Doctor Temis*, porque se relativiza el papel de la letra. A su vez, el doctor Temis contribuye a resolver el conflicto de la obra: es un personaje activo. Por su parte, don Demóstenes es un personaje pasivo que se limita a hacer comentarios sin realizar ninguna acción. Por otro lado, el Doctor Temis considera que sólo al vulgo se le debe permitir equivocarse, mientras que los miembros de la ciudad letrada no pueden hacerlo, pues son los encargados de construir una ciudad ordenada a partir de signos estables. En cambio, en *Manuela*, los demás personajes (el “vulgo” para el doctor Temis) demuestran a Don Demóstenes que se equivoca. Es más, los campesinos y el cura demuestran al letrado que ellos estarían en mayor capacidad que él para construir la sociedad. Por otro lado, para El doctor Temis, la sociedad está construida por un conjunto de hombres ilustrados, en cambio, en *Manuela*, se demuestra cómo ya existe una sociedad antes de que el letrado arribe en ella. Es decir, éste no hace parte de ésta, es un forastero.

Probablemente por causa del contenido de *Manuela*, ésta deja de publicarse en *El Mosaico* periódico que, al igual que sucede con *El Doctor Temis* fomentaba un circuito comunicativo cerrado: sus directivas eran miembros de la élite capitalina al igual que sus suscriptores. Por lo tanto, posiblemente el hecho de que Díaz Castro no fuera un miembro de la ciudad letrada, su estilo no estuviera acorde con los ideales de escritura del grupo, y el contenido de *Manuela* criticara la función del letrado en la sociedad, contribuyeron a la suspensión de su publicación. Sin embargo, esta hipótesis no puede verificarse en la medida en que faltan datos para corroborarla.

Por lo tanto, el presente trabajo evidencia que existen limitaciones en cuanto a la investigación de la recepción de las obras que hicieron los bogotanos a mediados del siglo XIX. En la medida en que no se cuenta con datos suficientes como cartas, diarios de lectura, críticas a las obras en los periódicos, registros en las bibliotecas de las lecturas, es difícil lograr cerrar adecuadamente el circuito comunicativo de los impresos porque no se conoce suficiente sobre la recepción de los mismos.

Por otro lado, tampoco existen registros sobre las ventas de los periódicos, las entregas y los tirajes de los mismos que permitan conocer sobre cómo los impresores mantenían su empresa y tomaban la decisión de publicar o no determinado contenido de acuerdo con su aceptación por parte de los lectores. No se puede saber, por tanto, si la

publicación de determinado contenido, como en el caso de *Manuela*, contribuía a disminuir o aumentar el tiraje del impreso, de acuerdo con la aceptación por parte del público.

Anexos:

ANEXO 1. Noticia biográfica del autor y Advertencia del autor transcritas por Lucía Camargo Rojas

NOTICIA BIOGRAFICA DEL AUTOR

“EL ILUSTRADO autor de la Novela intitulada “El Dr. Témis,” acaba de pagar el fatal tributo que le debía a Dios i a la naturaleza; i como esa produccion de su talento, tiene un mérito sobresaliente, es preciso por tanto, dar a conocer el autor, describiendo con fidelidad algunas de las circunstancias de su vida, que fué corta para las personas que tanto le amaban, pero al mismo tiempo larga, para trasmitir inmaculado, su nombre a la posteridad que acaso sabrà honrarlo.

El autor de quien vamos a hablar, lo era el eminente Dr. José Maria Anjel, natural de esta Ciudad de Bogotá en la que nació el día 16 de Enero de 1819, del matrimonio contraido por los Señores Cayo Anjel i Rosa Gaitan, ambos Bogotános también, los que habiendo perido a su hijo primojénito, que se hallaba en la infancia, dedicáron toda su atencion i paternas cuidados, hácia su tercer hijo varon, José Maria Ánjel, porque el segundo era una hembra, de que mas adelante se hará mencion, como un objeto sobre el cual se ejercieron con esmero por su hermano, algunas de las virtudes que le ornáron. La educacion de la infancia, tuvo la fortuna el jóven Anjel, de recibirla al lado de sus dos padres, que conociendo altamente, la precoz penetracion de su espíritu i la bondad de las inclinaciones que le habian sido acordadas por Dios, no hacian mas que desarrollárselas, con las lecciones i ejemplos necesarios, para dirigir su espíritu i encaminarlo al conocimiento i práctica de la virtud: èsto en cuanto a lo que miraba a su educacion moral i religiosa, porque en cuanto a la intelectual, fué esta encomendada a uno de los mui pocos preceptores que hubo entónces en esta Ciudad i que era su tío, el que al principio limitó sus enseñanzas a las primeras letras i después de sabidas éstas, a otras pocas materias, que aprendió el jóven Anjel, como era de esperarse de su talento natural, que queria cultivar con su rara aplicacion, adquiriendo tambien bastantes conocimientos en la agradable ciencia de la música, la cual hizo mas esquisita su sensibilidad.

Los padres de Ánjel, deseando como deseaban que su hijo abrazára la carrera literaria, i sobre todo, la profesion de abogado, para la cual, desde mui temprano, manifestó tener las aptitudes necesarias, lo condujeron, a la edad de doce años, al Colejio de San Bartolomé, en clase de capista, i allí empezó sus estudios por el de la importante lengua latina, a la que no era desafecto, como lo son ordinariamente los jóvenes de esa edad, en cuya virtud aprendió lo que se requería por los estatutos de aquel tiempo, para pasar al estudio de la filosofía, como lo verificó Anjel, despues de haber sido ecsaminado i aprobado en esa lengua, de la que supo recordar mas tarde, lo bastante para poder traducir, como traducia al glosador de las Partidas i a algunos pragmáticos que escribieron sus obras en latin: los tres años de filosofía los cursó Anjel, asistiendo con la mayoe puntualidad a las clases i aprendiendo cuanto le era dable, las materias que formaban esos cursos, distinguiéndose siempre entre sus condiscípulos i conquistandose el aprecio de éstos i de sus catedráticos i demas superiores, por la ejemplar conducta que observaba, tanto fuera del Colejio, como dentro de él, conduciéndose como se conducia con todos, con esa admirable

moderacion i prudencia, que le eran jeniales, i que formaban con otras cualidades, no mènos estimables, los rasgos distintivos de su caràcter afable y mesurado.

Terminada que fué la filosofia, en la que por su consagracion al estudio, adquirió varios conocimientos, principalmente en las ciencias intelectuales, por las que se mostró apasionaldo, desde entónces, mirandolas con razon, como la base fundamental, sobre la cual debían reposar sus ulteriores conocimientos, pasó, decimos, al difícil i complicado estudio de la Jurisprudencia, empezandolo, por la delicada e importantísima ciencia de la lejislacion, enseñada por la tan conocida obra de Jeremías Bentham, intitulada, Tratados de Lejislacion, en la cual tuvo la fortuna el alumno Anjel, merced a su talento despejado i penetrante, de aprender i comprender bien, el universal é infalible principio analítico aplicado al ecsámen i conocimiento de la bondad ó maldad, de las acciones humanas, el que, el jóven Anjel, aplicaba siempre a la moral pura i cristiana que profesaba i que le servia de antorcha y de guía, desmintiendo así, de un modo patético i elocuente a los antagonistas de este principio eterno, como la verdad, que solo puede estraviar alguna vez, a los que no lo comprenden, ó a los que comprendiendolo bien, no lo practican con lealtad: al estudio de la lejislacion acompañó el de la Ciencia Constitucional, el del Derecho de Jentes i el de la Economía Política: en la primera se fijó mucho, porque ella le daba i le dió mui buenas nociones i reglas para la Organización Política conveniente de las Sociedades humanas que se llaman Estados: la segunda gravó en su entendimiento, los preceptos enseñados por la sana razon a las Naciones, para el buen arreglo i pazífica marcha de sus intereses y relaciones mùtuas: la tercera, es decir, la necesarísima ciencia de la Economía Política, le suministró los principios sàbios que aplicò a su vida privada, que son de los mas importantes de los de esa Ciencia que nosotros llamaremos de la vida laboriosa: el estudio del Derecho Civil patrio lo hizo Anjel en dos años continuos i èl le dejó por fruto, el convencimiento íntimo que tenia, de que este derecho no se aprendia en un tiempo determinado, siendo necesario para iniciarse siquiera en sus mas inescrutables misterios, el estudio constante, atento i tenáz, de muchos años, que debia hacerse, hasta tanto que se sancionàra el Código Civil, que era el único que podía definir i establecer, con método, claridad i precision, los derechos i obligaciones civiles de los asociados, que hoi yacen sumidos en las tinieblas del embrollo producido por los defectos de los Códigos españoles que son los nuestros como todos saben: el estudio de este derecho, lo hizo el jóven Anjel bajo la direccion de los dos hàbiles profesores que lo enseñaban en las aulas como Catedràticos, i esta circunstancia favorable, le facilitó mas i mas su aprendizaje, porque es necesario decirlo de una vez, Anjel, fue uno de los pocos jóvenes, que desde el Colejio, enriqueció su buena memoria, con la mayor parte de las innumerables disposiciones de nuestras leyes, que tenia el deber de saber i entender bien, ya para invocarlas con firmeza y ecsijir d ellos Jueces se exacto cumplimiento, a favor d ellos derechos de las partes que tuviese que patrocinar como abogado que iba a ser, o ya para aplicarlas con rectitud como Juez, si llegaba, como no podia mènos de llegar en caso de que lo fuese.

El Derecho Canónico, era la última de las materias que componian el programa de los estudios de Jurisprudencia requeridos para optar el grado de Doctor, i por decontado el jóven Anjel tuvo necesidad de estudiarlo como se estudiaba entónces ese derecho, es decir, superficialmente, aunque no por esto desconoció del todo la Lejislacion de la Iglesia Cristiana de que era miembro: de todas las materias referidas, presentó Anjel los ecsámenes correspondientes al fin del respectivo año escolar, i en cada uno de ellos, obtuvo siempre la plena aprobacion de sus ecsaminadores, sucediendo lo mismo en el grado de Bachiller que se le confirió el dia 8 del mes de Diciembre de 1837, i tambien en el de Doctor que le fué

otorgado el día 11 de Octubre de 1838, dejando satisfechos de sus conocimientos, en todos esos exámenes rigurosos a los profesores de nota que los hacían y calificaban con severidad; siendo de notarse que los reglamentos académicos de ese tiempo, no hacían muy accesibles esos grados al común de los jóvenes que podían aspirar a ellos, por lo que debe asegurarse, que los que llegaban a obtenerlos lo debían a la idoneidad que se les reconocía, como lo fue la del Dr. Anjel, quien para obtener como obtuvo después el título de abogado, sufrió otros dos exámenes igualmente severos, en los que salió no menos lucido y airado, que en los anteriores: ese título se le espidió por la Corte Suprema de Justicia, el día 18 de Marzo de 1840, compuesta de tres Magistrados y un Fiscal, juristas que se regocijaron del brillante acceso del Dr. Anjel a la profesión de abogado.

Finalizada de tan honroso modo, la carrera literaria del Doctor Anjel, cuando apenas contaba la edad de veintiun años, no cumplidos, guiado por la instintiva afición que tenía al estudio, especialmente al de la literatura, dedicó el tiempo a leer atentamente la historia antigua y la moderna y las obras literarias de más nombre y valía, dando la preferencia a la Sagrada Biblia, que según él, contenía en los profetas y en los demás divinos libros, a los poetas sagrados más insignes y dignos de ser imitados, sin dejar por esto de avanzar en el estudio de la legislación de su país, al que consagraba, buena parte de su tiempo: en estos estudios y otros más, se ocupó con mucho provecho, el Doctor Anjel, hasta que viéndose sin destino lucrativo y ardiendo de deseos de ser útil por otra vía, a una madre que lo había amado y amaba como lo merecía, con todas las fuerzas de su alma, y a una hermana virtuosa, como él, que más tarde debía ser su única compañera de peregrinación, dada por Dios y la naturaleza, tuvo que aceptar el destino de oficial Mayor de la Secretaría de la Corte Suprema de Justicia, en donde ya era ventajosamente conocido, cuyo destino desempeñó por más de diez años, y desde el principio hasta el fin, con inteligencia y laboriosidad extremas, como deben testificarlo el archivo de la Corte y los escogidos letrados que han ocupado y ocupan las plazas de Magistrados de ella, todos los que reconociendo a primera vista no más, las cualidades y prendas distinguidas que poseía el Dr. Anjel, tenían por este, una estimación particular, congratulándose de tener por ayudante a un tan atento, culto y diligente joven; pero no se piense que el desempeño de este destino, era el único deber al que daba esmerado cumplimiento, nada de eso: el anhelo de saber cada día más y más y de perfeccionar su instrucción y su espíritu profundamente observador y analizador a la vez, lo hicieron continuar y variar sus metódicos estudios y vigiliias, con el mismo tezón y empeño, con que lo había hecho desde su niñez; y fue sin duda por esta constante aplicación al estudio y por el ejercicio infatigable de su penetrante pensamiento, que contrajo el Dr. Anjel hábitos de meditación que lo condujeron insensiblemente al grado de saber a que consiguió llegar después.

Los vastos conocimientos que en el buen desempeño del expresado destino, manifestó tener el Dr. Anjel, en la jurisprudencia teórica y práctica movieron a los actuales magistrados de la Corte Suprema, a proponerlo espontáneamente, en terna, al Poder Ejecutivo, para la provisión en propiedad, de una de las dos plazas de que consta el Tribunal de Distrito Judicial de Neiva de reciente creación, propuesta que fue hecha el día 20 de Octubre último y firmada por uno de los jurisconsultos con quien había practicado y discutido con acierto, el Dr. Anjel, sobre varias cuestiones de nuestro intrincado y espinoso foro, y que por lo mismo, podía juzgar bien, de sus elevadas aptitudes para la Magistratura: no habiendo recaído en el Dr. Anjel, el día 10 del mismo mes, cuando la enfermedad estaba progresando: el Dr. Anjel, tuvo en su lecho noticia de la propuesta y el nombramiento indicados, y se manifestó dispuesto a aceptar, aunque con temor, el destino, no solamente

por aprovechar la ocasion que se le presentaba oportuna de variar siquiera de domicilio, ya que no le era posible viajar, como lo habia deseado siempre, para educar mas su pensamiento, por medio del conocimiento de la naturaleza i de los hombres, como lo espresa el célebre Lamartine, hablando de los viajes; sino tambien para servir a su patria, de la que era amante entuciasta ui decidido, en tan importante puesto, que sin la menor duda, habria ocupado con digbidad i brillo, dando ejemplo a todos de la probidad i rectitud, con la que hubiera administrado la justicia. ¡Contrístese, pues, el Distrito Judicial de Guanentá i deplore siempre la inmesa è irreparable pérdida que ha hecho, en el jòven jurisconsulto-literato, que humilde se preparaba a ir a hacer brillar con sus dotes i conocimientos privilegiados, la majistratura, que habría desempeñado, en obsequio i para el bien de garantías judiciales de los habitantes de ese Distrito.....!!

En el mes de Febrero del año de 1843 la muerte arrebató a un sér, cuya ecsistencia, reputaba el Dr. Anjel, como mas importante que la suya propia: ese sér tan amable para él i para muchos, era su madre, a quien le habia tributado siempre, con toda su alma i con todo su corazon, un culto particular i casi relijioso, correspondiendo así dignamente al acendrado amor que ella le profesaba, al que debió en gran parte, el Dr. Anjel, la obra de su esmerada educacion moral i relijiosa, i el no haberse estraviado ni en una línea, del estrecho sendero de la virtud: la muerte de esa madre adorada, le hizo probar, con acentos lastimeros, los encantos esquivos de la poesia, porque fue en este lenguaje divino, que el Dr. Anjel, hijo tierno, hizo comprender i admirar, el profundo dolor, la amarga pena, que tal fallecimiento, habia producido en su alma: fue en esta época triste por cierto, que su natural adhesion a la poesia, cobró mas brios i proporciones, como tendremos ocasion de manifestarlo, publicando despues algunas de las elegantes composiciones poéticas que nos trasmitió i otras que se han encontrado entre sus manuscritos, de los cuales tambien publicaremos algunos que se hallan en prosa.

Muerta que fue la Sra. Gaitan, su hijo predilecto, la reemplazó en sus funciones, encargándose con gusto de desempeñarlas, hácia su querida hermana, porque su padre a quien tambien amaba, el Dr. Anjel, con ternura, pasó a segundas nupcias: animado el Dr. Anjel, por un vehemente amor fraternal, compartia con su hermana sus honrosas adquisiciones, con las que tambien auxiliaba a su padre, haciendola compañera de su pazífica, retraida i virtuosa vida; i si el Dr. Anjel no contrajo matrimonio, como puede estrañarse, fue entre otros motivos plausibles, por el temor de esponer a su hermana a algunos sufrimientos, que él debia i queria evitarle, en prueba del cariño que le tenia, el que no se entibió nunca, porque hasta los ùltimos instantes de su vida, la recomendó a su padre i a sus amigos, con encarecimiento.....

Hecha esta narracion, ocupemonos ya de la ingeniosa novela “El Dr. Témis,” que nos complacemos en creer i esperar, granjeará a su autor, Dr. Anjel, una justa celebridad, en cuanto ella pone en evidencia, su entendimiento claro i penetrante, su capacidad estensa, su comocimiento de la humanidad, que parece superior a su esperiencia i edad, su modo correcto, fácil, agradable i sentencioso de escribir, i la moral, pura i austera que profesaba i que produjo en él, la integridad de la conducta que observàra: esa novela escrita con arte i amenidad inimitables, quizá, i con elegancia i gracia ecesivas, es un reflejo fiel de la fisonomía moral del autor.....La idea de esa composicion interesante i bella a todas luces, le ocurrió al Dr. Anjel i la llevó a cima, en las vacantes de la última Semana Santa i en pocos días despues de esta, en que dio trégua a sus ocupaciones poco gratas de oficina, pudiendo decirse, que le mismo dia en que se cerraron las puertas del templo de la Justicia,

el Dr. Anjel, comenzó a construir el pedestal sobre el que debía alzarse su fama inmarcesible.....

La novela "El Dr. Témis" como lo persuade su lectura, pertenece al género de las Novelas de costumbres, si bien abunda en cuadros de sentimentalismo: en ella se propuso el autor, lo que no podía menos que proponerse, es a saber, comunicar a los que la leyeron, alguna instrucción, censurando i condenando, con decencia i blandura unas cuantas de nuestras costumbres i preocupaciones populares: el argumento nacido del lamentable estado de nuestro foro, que el autor frecuentó con suceso, no puede ser mas interesante i mas oportuno: ese argumento hábilmente desenvuelto, se encamina a hacer palpar la notable superioridad que tiene un verdadero abogado, hermosamente descrito i dibujado por el autor, en el El Dr. Témis capítulo 4^o. Parte 1^a sobre un tinterillo inmoral i por lo mismo astucioso, como Monterilla, perfilado con favor, en el capítulo 7. [círculo arriba] de la misma Parte: el triunfo del Dr. Temis sobre su inucuo adversario i sus secuaces, es el triunfo de la virtud sobre el vicio: del bien sobre el mal: del honor i probidad sobre la intriga i la maña: en esa novela elaborada con sublimidad i jénio, aparecen con oportunidad i uno por uno, todos los personajes principales i accesorios, que el autor creyó indispensable hacer intervenir en ella, para el completo logro de su elevado intento; i la gracia i mérito, de la invencion i labor, comienzan por los ingeniosos nombres de los personajes i acaban por el buen desempeño de sus respectivos difíciles papeles.

Aunque no somos competentes para emitir u juicio acertado sobre el valor literario de esa obra que nos parece preciosa, nos atrevemos sin embargo a decir, que en su afortunada composicion, se han observado fielmente las reglas principales que debian presidirla, si bien es cierto que el injenio no puede someterse a ellas. Con todo, ¿búscase en la Novela el absoluto imperio de una moral pura? en la del Dr. Témis se encuentra derramada a manos llenas, la que profesaba el autor: ¿búscase tambien la viva i fecunda imajnacion del autor de la novela? La del Dr. Témis contiene una rica i variada serie de acontecimientos que interesan i llaman, sobremanera, la atencion del lector, que se mantiene siempre pre escitada: ¿búscanse lances nuevos, diversas i peligrosas situaciones en los protagonistas? todo esto se encuentra con profusion en el Dr. Témis, en el que además se hallan a cada instante caracteres bien dibujados, contrastes debidamente sostenidos, escénas chistosas, sérias i de todo género i una admirable unidad, en todas las que se difieren i se dirijen al desenlace feliz i soberanamente moral de la obra, en toda la cual lucen a porfia i con orijinalidad, la elegancia i flexibilidad del estilo poético del autor, la sublimidad de muchos pensamientos i la moralidad de algunas máximas sobre diversos objetos, vertidas todas con tanta gala i belleza, que podrian causar envidia a mas de un literato novelista, si es que hai literatos capaces de tan ruin pasion: esta novela es el mejor elogio del autor: léase con detencion i medítese sobre ella, i estamos seguros, que léjos de encontrar ecsajerados nuestros tímidos conceptos a favor de ella, se reconoceràn por el contrario deficientes, se deplorarà siempre la temprana muerte del autor que ha dejado un vacío, difícil de llenar, en la literatura granadina i se derramarán con sinceridad lágrimas de dolor, sobre la tumba del malogrado escritor de costumbres i por lo mismo mas util al pais, que mas de un escritor de politica ingrata i enojosa por demas.

La publicacion del "Dr. Témis" empezó a hacerse por entregas semanales i anónima, al principio del mes de julio prócsimo pasado, con lo cual obedeció el autor al mandamiento de su padre, que quiso vecer la repugnancia i temor que tenia su hijo, i que este recojiera los laureles con que debía ceñirse su frente literaria: la composicion de esta novela por el Dr. Anjel, fué un secreto inviolable, hasta para sus amigos mas íntimos i

discretos, que no supieron que él la habia compuesto sino hasta despues de su uerte, que vino a serles por esto doblemente dolorosa: fué este un rasgo eminente de la ecseiva modestia del autor que constituía una de sus mas bellas cualidades: cualquier otro que hiberna sido el autor, no habría cubierto su nombre con el velo del misterio, i por el contrario se habria apresurado a publicarlo i ostentarlo, con su produccion, como un medio indisputable i seguro, de hacer conocer sus talentos i esperiencia, de lleagar a una posicion política elevada i de adquirir algu favor popular, aunque el Dr. Anjel se recomendaba por sí mismo i sin necesidad de tales producciones. Se ha encontrado tambien entre los papeles del autor una advertencia sobre su novela, que se publica a continuacion, i sabemos que aunque la habia llevado a la imprenta, al retirò pronto, persistiendo en ocultar su nombre.

Terminaremos ya esta memoria, haciendo una breve relacion de la enfermedad i la muerte del Dr. Anjel: ya dijimos que el mal se mostró el dia seis de este mes, i esa enfermedad homicida del talento i la virtud, era la conocida por los médicos, i por el vulgo con el nombre de *Cólico miserere*, de la cual padecia con frecuencia: al principio no se pensó que fuera mortal, pero no por eso dejaron de administrársele con prontitud, los remedios prescritos por el facultativo que lo asistió; desarrollándose después con toda su gravedad a pesar de los extraordinarios esfuerzos que hacia el por atacar la enfermedad, la que al fin i por un decreto terrible de la Providencia, triunfó de la habilidad del profesor, conduciendo con rapidéz al término final de esta vida: sabedor el cristiano Doctor Anjel, del peligro en que se hallaba de morir, hizo llamar a un digno sacerdote de nuestra Santa Relijion, a quien le confesó generalmente todos sus pecados, que no serian muchos, de un modo, que el Dr. Anjel quedó mui contento i satisfecho, como se lo dijo poco àntes de morir a un amigo suyo, al tiempo de despedirse para la eternidad.....: recibì tambien la Eucaristia a espresa peticion suya, i aunque esto fué media hora àntes de espirar, lo hizo con todas las señales de un verdadero creyente, dándose como se dió, a pesar de su postracion, golpes de pecho, que denotaban lo contrita que estaba el alma del jóven predestinado, la cual fue llamada por Dios para celebrarla en mejores sitios, a las dos i media de la tarde del dia veintitres del corriente, en que se elevó a la celestial morada, radiante é inmortal..... Sus funerales se celebraron al dia siguiente a las nueve de la mañana, con bastante solemnidad i sentimiento, en la iglesia de Capuchinos i sus venerables restos, fueron conducidos despues, por sus amigos i admiradores al cimiterio públicoen donde le dijeron el último A dios..... El mérito personal del Dr. Anjel, hizo verter làgrimas de dolor a todas las personas que habian tenido relaciones con él, i creemos que si el dia de su muerte se hubiera sabido que él era el ilustre autor del “Dr. Témis,” el luto i el llanto se habrian esparcido por toda la ciudad i la poblacion en masa, habria hecho demostraciones del acerbo pesar que le causaba la muerte de un poeta filosòfico, que le pertenecia i que habia sabido describir con gracia, algunas de sus costumbres i censurar con moderacion algunas de sus preocupaciones.

El Dr. Anjel, decía que era preciso morir inocente, no vivir sin virtud i dejar tras de sí la gloria; i esto lo consiguió en toda su plenitud i mejor que otro ninguno porque murió inocente en la florida edad de treinta i tres años no completos, vivió entregado a prácticas virtuosas i honestas, i dejó la gloria literaria, que no se le puede disputar delante de su inmortal obra, la que hará que un dia, quizás no lejano se tributen honores que perpetùen la grata memoria de nuestro finado amigo.....

BOGOTÁ, 29 DE DICIEMBRE DE 1851

J.M.M.C

.....

ADVERTENCIA DEL AUTOR

*Todo está escrito ya, decía Espronceda; i al decir esto no hacia otra cosa que repetir lo mismo que dos siglos ántes habia dicho La Bruyére. Sin embargo, con aplicacion a Bogotá mui poco se ha escrito todavía, aunue de mucho tiempo atrás, está ecsijiendo el público la imagen de lo que hace; imájen que la literatura debe apresurarse a mostrarle, pues que está destinada a corregir así las costumbres, que sin ella de dia en dia irànmostrándose mas descompuestas, como quien careciendo de espejo en que mirarse, se viste siempre a ciegas. Con todo, no es este el motivo que obliga a presentar el público la novela del **Doctor Témis**, acaso demasiado rápida i diminuta para un fin tan vasto como aquel. Ella mas bien tiene como objeto el bosquejar dos caractéres de nnuestro foro ofrecer a la censura pública, uno que otro de los efectos mas ridículos i vituperables que, sí no se observa ahora, por lo ménos átes se han observado, i mui probablemente despues han de observarse en el Poder Judicial, al alcance ya en todos sus puestos a toda clase de hombres.*

He ahí el motivo que impele a ocupar al público con esta produccion, sin olvidar lo delicadas que son semejantes publicaciones donde no hai costumbre que familiarice con ellas. Mas el autor, a quien poco importa la crítica de esta obra, porque nunca ha aspirado a quien se le tenga por escritor de novelas; procurará únicamente precaver la censura, escudandose con la verdad, i esponiéndose de preferencia a apear mas bien contra lo bello que contra lo cierto.

Al hacer, pues, tal publicacion es indispensable advertir, no obstante el cuidado de evitar al lector temerarias aplicaciones, que ninguno tiene derecho para señalar a nadie como tipo ni entre los vivos ni entre los muertos, a ménos que esté persuadido de que le tocan respectivamente los hechos que van a referirse.

Por lo demas, es escusado decir al lector, que puede criticar esta obra; pero que en todo caso es necesario recuerde el principio de que si el escritor está muchas veces dispensado de ser perfecto, el crítico sí está en el preciso deber de tener siempre razon.

ANEXO 2. Listado de periódicos bogotanos de 1850 a 1860

1850

Baile, El

Cañón, El

Cartera, La

Catolicismo, El

Civilización, La

Colmena, La

Cometa, El

Demócrata, El

Estandarte del Pueblo, El

Filotémico, El

Gaceta Oficial

*Neo-granadino, El*⁶⁷
Patriota Imparcial, El
Pilatos y Barrabás
Siete de Marzo, El

1851

Boletín oficial
Catolicismo, El
Filotémico, El
Gaceta oficial
*Lanceta, La*⁶⁸
Mentor, El
Neo-granadino, El
Oposición, La
Pasatiempo, El
Pobre, El
Pueblo, El
Reforma, La

1852

Catolicismo, El
Discusión, La
Eco de los Andes, El
Fariseo, El
Faro, El
Gaceta Oficial
Guerra, La
Liberal, El
Neo-granadino, El
Orden, El
Paparote, El
Pasatiempo, El
Pluma, La
Principios, Los
Siesta, La

1853

Boletín Eleccionario
Catolicismo, El
Coco, El
Constitucional, El
Discusión, La
Eco de los Andes, El

⁶⁷ De Manuel Ancízar, Murillo Toro, Salvador Camacho Roldán

⁶⁸ “El 7 de abril de 1852 se conoció en Bogotá el primer ‘periódico de medicina, cirugía, historia natural, química i farmacia’ dirigido por el doctor Nicolás A. Vega” (Cacua, 1995, 29).

Fe del Pueblo
Gaceta Oficial
Infrascrito, El
Liberal, El
Neo-granadino, El
Orden, El
Pasatiempo, El
Reforma, La
Unión, La

1854

Artesano, El
Catolicismo, El
Diez y siete de Abril, El
Espía, El
Gaceta Oficial
Liberal, El
Neo-granadino, El
Pasatiempo, El

1855

Bogotano Libre, El
Catolicismo, El
Cura, El
Diario de Avisos
Espada de San Pablo
Esperanza, La
Gaceta Oficial
Guirnalda, La
Matachines, Los
Neo-granadino, El
Porvenir, El
República, La
*Tiempo, El*⁶⁹

1856

*Album, El*⁷⁰
Artesano, El

⁶⁹ De José María Samper, Felipe Pérez, Juanario Salgar, Lorenzo María Lleras, Próspero Pereira Gamba, José María Rojas Garrido y Manuel Murillo Toro (1855-1875) “Con la aparición de *El Tiempo*, el 1 de enero de 1855 editado por los Echeverría y bajo la dirección de don José María Samper, y de *El Porvenir*, también del año 55, dirigido por don José Joaquín Ortíz, comenzó la era de los grandes periódicos y del auténtico periodismo. Por primera vez salieron publicaciones en tamaño convencional, seis columnas, de medio pliego, con secciones fijas, excelente impresión y armada. Estos periódicos organizaron sus propias agencias y oficinas de corresponsalías en el extranjero, publicaron el nombre de sus directores, y circularon regularmente (...)” (Cacua, 1995, 31).

⁷⁰ De José Joaquín Borda

Cartera, La
Catolicismo, El
Ciudadano, El
Gaceta Oficial
La Avispa, La
Loco, El
Nacional, El
Neo-granadino, El
Porvenir, El
Tiempo, El

1857

Catolicismo, El
Centinela, El
Gaceta Oficial
Neo-granadino, El
Patria, La
Porvenir, El
Tiempo, El

1858

Arracachas, Las
*Biblioteca de Señoritas*⁷¹
Catolicismo, El
Comercio, El
Gaceta de Cundinamarca, La
Gaceta Oficial
Juventud, La
Liberal, El
Mosaico, El
Núcleo, El
Patria, La
Porvenir, El
Tiempo, El

1859

Cundinamarqués, El
Causa del Pueblo, La
Mosaico, El
Porvenir, El
Tiempo, El
Gaceta Oficial
Catolicismo, El

1860

⁷¹ De Felipe Pérez y Eustacio Santamaría

Catolicismo, El
Gaceta Oficial
*Heraldo Nacional*⁷²
Mosaico, El
Porvenir, El
Tiempo, El

Fuentes:

Higuera, T. (1970), *La imprenta en Colombia*, Bogotá, Imprenta Nacional, pp 91-92, 98-99
Uribe, M. (2002), *Cien años de prensa en Colombia*, Medellín, Universidad de Antioquia.

ANEXO 3. Suscriptores del periódico *El Mosaico* (tomado del ANEXO 2 del libro *Lectores, lecturas y leídas* de Carmen Elisa Acosta)

SUSCRIPTORES DE LA CAPITAL

A

Adams Alfonso
Ayala Daniel
Azuola Domingo – Médico 1861
Angarita Francisco
Acero Antonio
Argáez Ramón – Administrador de Hacienda de los Departamento de Bogotá- Negociante
1858

B

Bourdon Santiago
Belver José
Bernal Eusebio – Negociante 1858
Briceño Emigdio- Prefecto del Gobierno Departamental 1858. Vocal del Cabildo
Parroquial 1858
Bayon Francisco – Médico 1861
Barreto Benigno – Vicepresidente de la Suprema Corte de la Nación 1858. Magistrado de
la Corte Suprema de la Confederación 1861
Borda Cornelio

C

Caicedo Señora Clemencia
Castro Amado Lino- Abogado 1858 y 1861
Castillo Fructuoso
Caicedo Alejandro – Jefe de Sección de la Secretaría de Gobierno 1858
Calvo Bartolomé – Procurador General de la Corte Suprema de la Confederación 1861
Calvo Mariano

⁷² De las anterior lista de publicaciones, Higuera no explicita si son o no de Bogotá.

Cuenca Tomás – Vicerrector del Colegio del Rosario 1858 y Abogado 1861 – Profesor del Colegio Pérez Hermanos
Cuervo Angel – Escritor

D

Díaz Gaspar

E

Espinosa Bernardo – Médico 1861
Escovar Macías Emilio – Abogado 1861
Escovar Nestor
Escallón Rafael – Secretario del Cabildo Parroquial 1858
Escovar Evaristo – Contador Interventor de la Tesorería General 1858

F

Fonseca Gregorio de J. – Secretario de la Curia Eclesiástica 1858
Fernández Madrid Pedro – Escritor – Profesor Liceo de Familia 1860

G

Gardezabal Antonio
Gutierrez Miguel
Gutierrez Ingacio – Secretario de Hacienda 1858
Gutierrez Jesús María – Negociante 1858 Miembro del Consejo Administrativo del Colegio de San Bartolomé
Galan Angel María
González Narciso – Negociante 1858
Granados Daniel – Negociante 1858
Gutierrez Lee, Exmo. Sr.
Gómez Restrepo, J. María
Guerra Azuola Ramon

H

Heredia Emeterio
Herrera Bernardo – Abogado 1858

J

Jonnes Exmo. S. George.
Junquito José María

L

Lombana Vicente – Médico 1861
Lorenzana Nazario – Negociante 1858
Linding N
Lievano Gavino – Secretario de la Oficina General de Cuentas 1858
Latorre Eustacio

LL

Lleras Lorenzo María – Escritor – Profesor del Colegio Pérez Hermanos

M

Montoya Sra Enriqueta

Mora Jiménez Juan N

Merizalde José Feliz – Médico del Hospital de la Caridad 1858 y 1861

Muñoz Juan de Dios

Marroquín Juan Antonio

Martínez Jerónimo – profesor Liceo de Familia

Maldonado Timoteo

Mc Dowal Alejandro

Martín Carlos – Abogado 1858

Manrique Venancio

Manrique Manuel

Madiedo Manuel María – Escritor- Abogado 1861

N

Narváez Antonio R. de. – Oficial Mayor Secretaría de Guerra 1858

O

Osorio Alejandro – Hacendado 1858 – Magistrado de la Corte Suprema de la Confederación 1861

Ortega Ignacio

Ortiz Ignacio

Ospina Exmo Sr. Mariano

Ospina Pastor – Hacendado 1858

Obregón Gregorio

Ospina Ignacio – Abogado 1858 y 1861

Ospina Francisco

P

Pombo Lino de. Director de la Caja de Ahorros 1858

Pinzón Lucio

Pardo Julian

Pineda B. Antonio

Pórras Rafael de. – Subsecretario de la Secretaría de Hacienda 1858

Pereira Gamba Nicolás

Pulecio Bruno

Portocarrero José María

Peña José Segundo – Negociante 1858 – Abogado 1861

Plata José María

Q

Quijano O. José María – Director de la Biblioteca Nacional

R

Restrepo Venancio – Rector del Colegio de San Bartolomé 1858- profesor del Colegio de la Santísima Trinidad 1861
Rivas Medardo – Escritor
Riomalo Juan de Dios – Médico 1861
Restrepo Francisco P. – Negociante 1858
Rei Antonio
Rodríguez, Sra. Fidelia
Rojas Pedro
Roa Felipe
Ruiz Francisco E.
Rio Teófilo del.
Rubio Frade José María – Síndico del Colegio de la Merced 1858 – abogado 1861

S

Silvestre Zoilo
Santamaría Andrés – Vicedirector de la Caja de Ahorros 1858
Santamaría Ricardo
Samudio J. Francisco
Saunier Jervancio
Schloss Carlos
Seoane Exmo. Sr. Buenaventura
Saiz Félix
Saravia Ferro José María
Saravia Hermójenes
Samper Rafael
Silva Ricardo

T

Tejada García José María

U

Urbina Marco de – Negociante 1858
Umaña Manuel
Umaña Enrique – Hacendado 1858
Uricoechea Bonifacio
Uricoechea Sabas – Hacendado 1858
Uribe Angel Wenceslao
Ujueta Juan – Vocal del Cabildo Parroquial 1858

V

Vargas Miguel – Fiscal Tribunal del Estado de Cundinamarca, Sala de lo Criminal 1861
Vargas Reyes Antonio – Boticario 1858 – Médico 1861
Vargas Vega Antonio – médico 1861
Valenzuela Teodoro – Abogado 1858 y 1861

Z

Zarate Ramírez José María

- *Guía oficial i descriptiva de Bogotá*. Bogotá, Imprenta de la Nación. 1858
- *Almanaque curioso para el año de 1861*. Contiene datos estadísticos, recetas, anécdotas y avisos importantes, calculado para la Confederación Granadina. Bogotá. Imprenta El Mosaico. 1860.

Bibliografía:

Fuentes primarias

- Ángel, J. (1897), *El Doctor Temis*, París, Imprenta Garnier Hermanos. Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República [en línea], disponible en: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/literatura/temis/indice.htm>, recuperado: 21 de enero de 2008.
- (1851), *El Doctor Temis*, Bogotá, Imprenta Imparcial.
- Díaz. (1985), *Manuela*, Bogotá, Editorial Oveja Negra.
- (1859, enero 8), “Manuela”, en *El Mosaico*, Bogotá, pp 23-25..
- (1859, enero 22), “Manuela”, en *El Mosaico*, Bogotá, pp 39-40.
- (1859, enero 29), “Manuela”, en *El Mosaico*, Bogotá, pp 46-48.
- (1859, febrero 5), “Manuela”, en *El Mosaico*, Bogotá, pp 55-56.
- (1859, febrero 12), “Manuela”, en *El Mosaico*, Bogotá, pp 62-64.
- (1859, febrero 19), “Manuela”, en *El Mosaico*, Bogotá, pp 69-72.
- (1859, febrero 26), “Manuela”, en *El Mosaico*, Bogotá, pp 77-80.
- (1859, marzo 5), “Manuela”, en *El Mosaico*, Bogotá, pp 87-88.
- (1859, marzo 12), “Manuela”, en *El Mosaico*, Bogotá, pp 95-96.
- (1859, marzo 19), “Manuela”, en *El Mosaico*, Bogotá, pp 103-104.
- (1859, abril 2), “Manuela”, en *El Mosaico*, Bogotá, pp 121-122.
- El Neogranadino* (1851, 25 de julio), “Nueva publicación literaria. ‘El Dr. Temis’”, Bogotá, 214.
- (1851, 8 de agosto), “Nueva publicación literaria. ‘El Dr. Temis’”, Bogotá, 260.
- (1851, 15 de agosto), “El Dr. Temis”, Bogotá, 268.
- (1851, 29 de agosto), “El Doctor Temis”, Bogotá, 284.
- (1852, 16 de enero), “El Doctor Temis”, Bogotá, 24.
- (1852, 23 de enero), “El Doctor Temis”, Bogotá, 193.
- (1852, 30 de enero), “El Doctor Temis”, Bogotá, 194.
- (1852, 6 de febrero), “El Doctor Temis”, Bogotá, 195.
- (1852, 13 de febrero), “El Doctor Temis”, Bogotá, 64.
- (1852, 20 de febrero), “El Doctor Temis”, Bogotá, 197.
- (1852, 27 de febrero), “El Doctor Temis”, Bogotá, 80.
- Vergara, J. (1866), “El señor Eugenio Díaz” en *Museo de cuadros de costumbres*, Bogotá, F.Mantilla. Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República [en línea], disponible en: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/literatura/cuac/cuac20.htm>, recuperado: 21 de enero de 2008.

- (1858, diciembre 24), “Manuela. Prólogo” en *El Mosaico*, Bogotá, 8.
- (1859, enero 1), “Manuela. Prólogo. Continuación” en *El Mosaico*, Bogotá, 16.

Libros

- Acosta, C. (1999), *Lectores, lecturas y leídas. Historia de una seducción en el siglo XIX*, Santafé de Bogotá, ICFES.
- (2005), *Leer literatura. Ensayos sobre la lectura literaria en el siglo XIX*, Bogotá, Cooperativa Editorial Magisterio.
- Arias, J. (2005), *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Ediciones Uniandes.
- Berman, M. (1989), *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo Veintiuno.
- Botrel, J. (1974), “La novela por entregas: unidad de creación y consumo” en Botrel, J. y Salgün, S. (edits.) *Creación y público en la literatura española*, Madrid, Editorial Castalia, pp 111-155.
- Briggs, A. y Burke, P. (2002), *De Gutember a Internet: una historia social de los medios de comunicación*, Madrid, Taurus.
- Cacua, A. (1995), “Una historia de papel” en *Catálogo de publicaciones seriadas*, Bogotá, Colcultura, Biblioteca Nacional de Colombia, pp 13-40.
- Canal, G. y Chalarca, J. (1973) *Artes gráficas. Enciclopedia del Desarrollo colombiano. Vol II*, Bogotá, Antares.
- Carey, J. (1997), “Tiempo, espacio y telégrafo” en Crowley, D. y Heder, P. (comps.), *La comunicación en la historia. Tecnología, cultura y sociedad*, Barcelona, Bosch Comunicación, pp 196-203.
- Castellanos, N. (1995), *Impresores, empresarios o políticos la “ imprenta de Echeverría Hermanos” en Bogotá 1851 – 1892*, [trabajo de grado], Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Historia.
- Chartier, R. (1994), *Libros, lecturas y lectores en la edad moderna*, Madrid, Alianza.
- Darnton, R. (2003a), “Historia de la lectura” en Burke, P. (edit.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza.
- (2003b), “Una de las primeras sociedades informadas: las novedades y los medios de comunicación en el París del siglo XVIII” en [El coloquio de los lectores: ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores](#), México, Fondo de Cultura Económica, pp. 371-429.
- (2002) “What is the history of books?” en Finkelstein, D. (ed.), *The book history reader*, London, New York, Routledge, pp 9-25.
- Díaz, L. (2000), “Se venden palabras: los pliegos de cordel como medio de transmisión cultural” en Díaz, L. (coord.), *Palabras para el pueblo. Vol 1. A proximación general a la literatura de cordel*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp 16-38.
- Eco, U. (1970), *Socialismo y consolación. Reflexiones en torno a “Los Misterios de París” de Eugène Sue*, Barcelona, Tusquets.
- Escolar, H. (1993), *Historia universal del libro*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- España, G. (2007), *Letras en el fuego: el libro en Bogotá*, Bogotá, Panamericana Editorial.

- Estadística general de la Nueva Granada: que conforme al decreto ejecutivo de 18 de diciembre de 1846, publica la Secretaría de Relaciones Exteriores, (1848), Bogotá, Imprenta J. A. Cualla. NOTA: Empastado con Anuario Estadístico de Colombia 1875. Bogotá. Imprenta de Merado Rivas.*
- Foucault, M. (1987), *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets.
- Fundación Misión Colombia (1989), *Historia de Bogotá. Tomo II*, Bogotá, Villegas Editores.
- García, R. (2006), *Los extranjeros en Colombia: su aporte a la construcción de la nación (1810-1920)*, Bogotá, Planeta.
- Geertz, C. (1997), *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Guía oficial i descriptiva de Bogota*, (1858), Imprenta de la Nacion
- Hauser, A. (s.f), *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, Guadarrama.
- Hernández, G. y Carrasquilla, J. (1977), *Historia de la Biblioteca Nacional*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- Higuera, T. (1970), *La imprenta en Colombia*, Bogotá, Imprenta Nacional.
- Jaramillo, J. (1982), *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Editorial Temis.
- Lecuyer, M. y Villapadiera, M. (1995), “Génesis y desarrollo del folletín en la prensa española” en Magnien, B. (edit.), *Hacia una literatura del pueblo: del folletín a la novela (El ejemplo de Timoteo Orbe)*, Barcelona, Editorial Anthropos.
- Loaiza, G. (2004), *Manuel Ancízar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*, Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit.
- Lyons, M. (2004), “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros” en Cavallo, G. y Chartier, R. (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Santillana, pp 539-589.
- Mejía, G. (1999), *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá, 1820-1890*, Santa Fe de Bogotá, CEJA.
- Melo, J. (1991), “Las vicisitudes del modelo liberal (1850-1899)” en Ocampo, J. (edit.), *Historia económica de Colombia*, Bogotá, Siglo Veintiuno editores, pp 119-172.
- Montesinos, J. (1966), *Introducción a una historia de la novela en España, en el siglo XIX*, Madrid, Editorial Castalia.
- Nichols, T. (1973), *Tres puertos de Colombia*, Bogotá, Banco de la República.
- Núñez, S. (1997), *Los antecedentes del periódico de masas: ocasionales, canards y almanagues*, Madrid, Universidad Europea Ediciones.
- Ospina, L. (1979), *Industria y protección en Colombia 1830-1930*, Medellín, Fondo Rotatorio de Publicaciones FAES.
- Rama, A. (1984), *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte.
- Romero, L. (1976), *La novela popular española del siglo XIX*, Madrid, Editorial Ariel.
- Safford, F. (2003), “El comercio de importación en Bogotá en el siglo XIX: Francisco Vargas, un comerciante de corte inglés” en Torres, E. (2003), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX-XX: una colección de estudios recientes*, Bogotá, Editorial Norma, Ediciones Uniandes. Tomo I, pp 374-406.
- Said, E. (2004), *El mundo, el texto y el crítico*, Barcelona, Debate.
- Thompson, J. (1998), *Los media y la modernidad: una teoría de los medios de comunicación*, Barcelona, Paidós.
- Tirado, M., (1979), “El Estado y la política en el siglo XIX” en Uribe, J. (dir.), *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, pp. 325-384.
- Uribe, M. (2002), *Cien años de prensa en Colombia*, Medellín, Universidad de Antioquia.

- Williams, R. (1992), *Historia de la comunicación*, Barcelona, Bosch.
- Zuluaga, O. (2002), “Instituciones educativas y libertad de enseñanza” en Zuluaga, O. (dir.) *Historia de la educación en Bogotá, Tomo I*, Bogotá, Panamericana formas e impresos, pp 106-145.
- Zweig, S. (1941) *Tres maestros. Balzac-Dickens-Dostoievski*, Buenos Aires, Editorial Tor.

Revistas

- Cobo, J. (1990, abril), “Pioneros de la edición en Colombia”, en *Revista Credencial Historia*, 1990, pp 9-11.

Páginas de Internet

- Jiménez, R. (1991, mayo), “Ancízar y Madiedo, dos grandes editores colombianos. La literatura de folletín en el siglo XIX. Novelas de capa y espada y de amor apasionado”, en [Revista Credencial Historia](http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo1991/mayo2.htm), núm 17. Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República [en línea], disponible en:
<http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo1991/mayo2.htm>, recuperado: 21 de enero de 2008.
- Loaiza, G. (2005), “La búsqueda de autonomía del campo literario. El Mosaico, Bogotá, 1858-1872”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm 67. Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República [en línea], disponible en:
<http://www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boletin67/bol0a.htm>, recuperado: 21 de enero de 2008.
- Torres, P. (1991), “Eugenio Díaz Castro” en *Gran Enciclopedia de Colombia. Tomo IX. Biografías*, Santa Fe de Bogotá, Círculo de lectores, pp 194-196. Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República [en línea], disponible en:
<http://www.lablaa.org/blaavirtual/biografias/diazeuge.htm>, recuperado: 21 de enero de 2008.